Jordi
Sierra i Fabra

El pasado que vendrá

© Pablo Hojas

Jordi Sierra i Fabra (Barcelona, 1947) fundó y dirigió las principales revistas de rock en España durante los años sesenta y setenta. En 1972 publicó su primer libro y desde entonces ha escrito más de quinientos, y ha ganado cincuenta premios literarios. Su obra ha sido traducida a prácticamente cuarenta lenguas. En 2007 recibió el Premio Nacional de literatura del Ministerio de Cultura; en 2013 el Iberoamericano al conjunto de su obra; en 2017 la Medalla de Oro de las Bellas Artes y en 2018 la Creu de Sant Jordi. En 2004 creó la Fundación Jordi Sierra i Fabra, en Barcelona, y la Fundación Taller de Letras Jordi Sierra i Fabra, en Medellín, Colombia. Desde entonces se concede un premio que lleva su nombre a un escritor menor de dieciocho años. En 2010, sus fundaciones recibieron el premio IBBY-Asahi de Promoción de la Lectura. En 2012 se inauguró una revista literaria en línea, gratuita, www.lapaginaescrita.com , y en 2015, el Centro Cultural de la Fundació Jordi Sierra i Fabra, en Barcelona, obtuvo la Medalla de Honor de la ciudad.

Septiembre de 1943. Cinco personajes de la España de posguerra se encuentran en la encrucijada de sus vidas. El anciano Jordi, afinador de pianos; su joven nieta María, de 22 años; el novio de ella, Pere, que trabaja como doblador de películas; Jaume, que regresa clandestinamente a Barcelona como miembro activo del FNC (Frente Nacional de Cataluña); y Neus, su antigua novia, que va a casarse con un hombre mayor para salir de la pobreza. El afinador de pianos ha de dar clases al hijo de un poderoso falangista para subsistir y Pere ve cómo las oportunidades son cada vez menores para él. La vuelta del rebelde Jaume, dispuesto a tomar las armas, les cambiará la vida a todos y los sumergirá en una espiral de amor y violencia de la que no podrán escapar.

Una novela de trasfondo histórico dura, contundente, que refleja de manera fiel y minuciosa los acontecimientos sucedidos en España entre septiembre y noviembre de 1943, momento en que la Segunda Guerra Mundial empezaba a perderse por parte de los nazis y España se enfrentaba a su soledad en el nuevo mundo.

El pasado que vendrá

Jordi Sierra i Fabra

A mis padres,
que lo vivieron.
Y a mi familia,
tanto la conocida
como la (tristemente)
desconocida.

PRIMERA PARTE

Septiembre de 1943

Capítulo 1

Jordi

En el Ensanche, la mayoría de las casas parecían nobles. Algunas más que otras. Aquella, por ejemplo, tenía la pátina de la edad impresa en la fachada y la de la clase en los detalles de buen gusto: balcones, ventanas, el trabajo ornamental y el amplio vestíbulo de entrada rematado por la autoritaria presencia de un conserje, no de una simple portera.

—¿Puedo ayudarle en algo?

—Señores Sandoval.

—El principal.

—Gracias.

Tomó el ascensor. Más por curiosidad que por otra cosa. La madera brillaba tanto como los remates cromados. Mientras subía a través del entresuelo hasta el principal, el espejo le devolvió su imagen gastada. Eso le hizo sentirse extraño: una imagen gastada en un espejo posiblemente más viejo que él y sin embargo perfectamente limpio y cuidado. El viaje fue lento, casi perezoso. La cabina se detuvo haciendo un leve chasquido. Abrió las puertas y se encontró en el rellano.

No había más puerta que aquella a la que iba a llamar.

Tomó aire.

Sostuvo la bolsita de las herramientas con la mano izquierda y pulsó el timbre con la derecha.

El tintineo se esparció por el interior como una música suave. No tuvo que esperar mucho. Una criada de uniforme apareció en el quicio. Era bonita, agradable pese a su seriedad. Tendría unos veintipocos años y era menuda. Tanto que el uniforme le venía incluso algo grande.

—La señora Sandoval me está esperando —dijo.

—¿De parte?

—Jordi Jofresa.

—Un momento, por favor.

Lo dejó en el recibidor, tan amplio como su propia habitación. Los tonos eran severos, el papel de la pared, oscuro, los muebles de calidad. Frente a él, un enorme crucifijo le mostraba el dolor de un Jesucristo agonizante.

No era ni mucho menos una entrada alegre.

Intentó no mirarlo.

Lo malo era que Jesucristo lo miraba a él.

Reapareció la criada.

—¿Quiere acompañarme, por favor?

Lo hizo. De la alfombra de la entrada a las alfombras del pasillo. Le pareció extraño que ya en septiembre las hubieran puesto por toda la casa. Los pasos fueron silenciosos hasta que se encontró en una sala enormemente espaciosa, con libros en las estanterías y pinturas por las paredes. Todas de caza.

Ella estaba allí.

—¿Señor Jofresa? —Le tendió una mano flácida que él apenas si se atrevió a tomar.

—Encantado, señora. —Se dejó escrutar mientras intentaba no hacer lo mismo con la dueña de la casa.

—Me han dicho que es bueno en lo suyo —dijo la mujer.

—Tengo mi reputación, sí. —Trató de no parecer pretencioso.

—Un curioso oficio, afinar pianos.

—Pero muy hermoso, se lo aseguro.

—¿Trabaja mucho?

—Últimamente no. —Evitó agregar que llevaba meses sin acercarse a un piano—. Pero la práctica no se pierde. Y la experiencia es un grado.

—¿Y por qué últimamente no?

—No son buenos tiempos para los pianos, señora —se atrevió a decir.

—Qué tontería. —Estiró un poco el cuello con suficiencia—. Dos de mis mejores amigas tienen pianos en sus casas.

—¿Y los tocan?

—No, pero… Hay que reconocer que son bonitos.

—Mucho, aunque con la guerra…

—La Cruzada —lo detuvo.

—¿Perdón?

—La Cruzada —se lo repitió ella.

—¡Oh, desde luego, lo siento! —intentó reencauzar la conversación para no ponerla en su contra de buenas a primeras—. ¿Puedo preguntarle una cosa?

—Desde luego.

—¿Quién le ha hablado de mí para que venga a afinarles el piano?

—La persona que nos lo vendió.

—¿Recuerda el nombre?

—No. Eso fue cosa de mi marido. De hecho el piano está en bastante mal estado. Imagino que no solo será afinarlo. También tendrá que reponer cuerdas… Bueno, no sé. Eso es cosa suya.

—Haré lo que pueda. —Se temió lo peor.

—¿Cuánto tardará?

—Tres días, una semana, un mes… Depende del estado. ¿Va a tocarlo usted?

—No. Mi hijo. Quiero que aprenda de una vez.

—¿Qué edad tiene su hijo?

—Doce años.

—¡Oh!

—¿Algún problema?

—No, ninguno. Ha dicho «de una vez».

—Ha recibido unas pocas lecciones —soltó un profundo suspiro—. No pretendo que llegue a concertista, aunque me gustaría, claro. Me conformo con que sepa tocar un poco bien, ya sabe. Creo que es un signo de distinción.

La palabra flotó ingrávida en mitad de la sala.

«Distinción».

Todo cuanto le rodeaba tenía el sello de la distinción, desde la gravedad de la mujer hasta los cuadros con escenas de caza, los libros o los recargados adornos que apenas si dejaban espacios libres para uno más.

Se sintió pequeño.

Pequeño y casi desnudo.

¿En qué momento del camino casi llegó a perder la dignidad?

—¿Puedo ver el piano?

—¿No quiere hablar de los emolumentos antes?

Pagaría por volver a sentir lo que siempre había sentido al tocar o afinar un piano.

No se lo dijo.

—Llegaremos a un acuerdo, no se preocupe. Pero sin ver el piano y su estado, saber el tiempo que puedo tardar…

—Venga conmigo, por favor.

Salieron de la sala y, con ella precediéndole, enfilaron un pasillo saturado de más y más cuadros y muebles a ambos lados. La siguiente sala en la que entraron era como un museo presidido por el señero retrato de un hombre gravemente serio y con uniforme de falangista. Jordi tragó saliva. El hombre del retrato también aparecía en varias fotografías repartidas por las estanterías de un mueble. Con Franco, con Millán Astray, con Queipo de Llano, con obispos, con más y más hombres uniformados.

El peso de las imágenes y los nuevos crucifijos le hizo estremecer.

Lo empequeñeció, lo aplastó.

De momento, ni siquiera reparó en el piano.

—Costó mucho meterlo por el balcón. —Oyó la voz de la mujer como si fuera un eco distante.

Tuvo que sobreponerse.

Entonces sí, miró el piano.

Y los ojos acabaron llenándosele de lágrimas.

La señora Sandoval notó el azoramiento.

—¿Le sucede algo? —Frunció el ceño.

Tuvo que mentir.

—No, no. Es la emoción —dijo él.

—¿Qué le parece? —Ella pasó una mano por la madera—. ¿Es bueno?

Jordi tragó saliva.

—Sí, muy buen piano, sí. —Hizo lo posible para sobreponerse.

—¿No está muy viejo?

Se acercó a él y dejó la bolsita con las herramientas sobre una

mesita. Cada paso le aproximó al pasado más que al presente. A fin de cuentas lo habría reconocido entre un millón.

—A veces la edad es lo que da sonoridad a un instrumento. —Lo acarició como si fuese un recién nacido, conteniendo de nuevo las lágrimas al sentir el contacto—. Toda la música sigue aquí dentro, ¿sabe?

La mujer se apartó.

Jordi tocó una tecla. Otra. Las dos notas se esparcieron por la sala como solitarias gotas de lluvia sonora. Luego levantó la tapa para examinar las cuerdas. Faltaban algunas, y también algunos martillos para nada difíciles de encontrar pese a la precariedad del momento.

Seguía pareciéndole asombroso.

Se detuvo al ver el orificio en la parte de atrás, en la pata.

—Un disparo —le informó ella—. Nos lo dijo el anterior propietario.

Un disparo.

Cerró los ojos, de espaldas a la dueña de la casa.

Ella siguió hablando ajena a todo.

—Es francés, ¿verdad?

—Bueno, aunque se fabriquen aquí, tienen nombres foráneos, sí. —Intentó no parecer inquieto—. Este es un Chassaigne Frères de media cola. Un piano excelente. También están los Orpheus y los Cusso & Sfha como más populares. Entre 1890 y 1920 había veintitrés fábricas de pianos en Barcelona.

—¿Tantas?

—Barcelona siempre ha sido una ciudad musical y erudita —se atrevió a decir.

—Sí, lástima que cayera en manos de la horda roja —chasqueó las palabras con desagrado, como si le quemaran en los labios, antes de volver a lo que más le interesaba—. Bueno, ¿puede arreglarlo y afinarlo?

—Sí, claro. Y lo ha dicho usted muy bien: primero hay que repararlo. Por suerte, hay recambios. Lo que tarde en encontrarlos… No puedo darle una fecha, pero descuide, que le quedará como nuevo. Se lo dejaré a 440.

—¿440?

—Es lo ideal, y también lo normal, aunque eso va a gustos. Se trata de la medida estándar de referencia para afinar las cuerdas de los pianos.

El rostro de la señora Sandoval era inexpresivo.

—Mire, a mí esa jerga… Mientras suene bien, me vale. ¿Luego cada cuánto habrá que afinarlo?

—Depende de muchas cosas, de quién lo toque, de la humedad…

—Ya le he dicho que lo hará mi hijo.

—Un niño que aprende suele aporrear las teclas. Eso requiere más cuidados. Pero no se preocupe. A veces nosotros somos demasiado puntillosos. La mayoría de las personas no tiene tanta sensibilidad auditiva. —Empezaba a recuperarse del *shock* , de vuelta a su terreno—. Mire, yo de entrada le sugeriría que lo cambiara de sitio y lo pusiera a este lado.

—¿Por qué? —se extrañó ella.

—Está demasiado cerca del balcón. Como le he dicho, los cambios de humedad les afectan mucho, tanto como el sol si les da directamente o si están cerca de una fuente de calor, la calefacción, un brasero… Y ahora que llegará pronto el invierno la propensión a que se desafinen es mayor.

—Vaya, ya veo que tenía que haberle comprado un violín —rezongó la mujer.

—Solo son consejos, tranquila.

—¿Cómo se hizo afinador de pianos?

—Es un oficio que suele pasar de padres a hijos. No sabría decirle.

—¿Usted toca?

—Sí, claro.

—¿Y enseña?

—Podría hacerlo, aunque nunca me lo he planteado. Para dar lecciones, enseñar… hay que haber dado varios años de piano y de solfeo, y eso, por lo menos, yo lo he hecho.

La conversación parecía llegar a su fin. La señora Sandoval le echó un vistazo a su reloj de pulsera. Era toda una dama, y se le notaba en gestos aparentemente insignificantes como aquel. Una dama de envergadura casada con un falangista de relumbrón.

Posiblemente un alto cargo de la Falange.

A Jordi le crujió el estómago.

«La necesidad obliga», se dijo.

—Si le parece bien, puedo empezar ahora mismo, ver lo que necesito, tratar de afinar las cuerdas que estén bien para comprobar su estado general…

—Hágalo, sí. —Volvió a mirar el reloj—. Pero solo tiene un par de horas, hasta la comida. Somos muy puntuales.

—Muy bien, señora.

—Si necesita algo…

—Un vaso de agua.

—¿Para la afinación?

—No, no. Para mí. Tengo sed.

—Le digo a la chica que se lo traiga.

La mujer dio media vuelta y lo dejó finalmente solo.

Solo con el piano.

Solo en aquella sala cargada de signos victoriosos.

Solo con el peso de su derrota.

Acarició el piano.

—Por Dios, Enric… —exhaló algo más parecido a un gemido que a un suspiro.

Iba a coger su bolsita, con las llaves, las cuñas y las pinzas, cuando apareció la criada con una bandejita de plata y el vaso de agua. Estaba muy seria.

—Gracias. —Se lo cogió de la bandejita.

—No hay de qué, señor. —Ella apartó la vista.

—¿Cómo te llamas?

—Amparo, para servirle a Dios y a usted.

Bien enseñada.

Digna de la nueva España.

—¿Llevas mucho aquí, Amparo?

—Poco más de tres meses, señor.

A lo lejos se oyó la voz firme y rígida de la dueña de la casa.

—¡Niña!

—He de irme, señor. —Reaccionó rápida y con un gesto asustadizo.

Se fue con la bandejita, dejándolo con el vaso de agua en la

mano.

Jordi Jofresa lo apuró de golpe, en tres largos tragos.

Llevaba una hora trabajando, contando los martillos que faltaban y las cuerdas que habían desaparecido, anotándolo todo de manera minuciosa, cuando apareció él.

Doce años, sí.

Doce años de infancia en una posguerra que para un niño de su nivel y posición social debía de ser tan normal como una bendición. Faltaba saber si había vivido la contienda en un lugar tranquilo o si había sufrido hambre y frío, el fragor de los disparos, el pavor a los bombardeos.

Jordi imaginó que no.

Pura intuición.

—Hola. —Se detuvo a su lado.

—Hola —le correspondió él sin dejar de trabajar.

Era relativamente bajo, como si aún le faltase un buen tramo de desarrollo. Cabello corto y peinado con determinación, brillante y con la raya a un lado. Pantalón corto, calcetines largos, zapatos impecables, camisa blanca y chaquetilla a juego con los pantalones, gris marengo. Tenía la cara redonda, los labios delgados, la nariz en punta, la frente amplia.

Y los ojos, inquietos.

—¿Tú eres el que va a tocarlo? —preguntó Jordi ante su silencio.

El niño se encogió de hombros.

Parecía más hastiado que indiferente.

—Es un buen piano —dijo Jordi.

—Es un trasto viejo de segunda mano —dijo el niño.

—Ahí te equivocas —intentó ser contemporizador—. Este piano tiene historia.

—¿Usted sabe mucho de pianos?

—Lo suficiente.

—¿Cómo sabe que tiene historia?

Prefirió ser cauto.

—Lo deduzco —dijo.

—Era de un rojo —apostilló el niño.

Jordi se tensó un poco. Lo superó.

—Los pianos no tienen color —repuso despacio.

El chico siguió impertérrito, a su lado, mirándole desapasionadamente.

«No es más que un niño», se dijo Jordi.

—No pareces muy contento —se atrevió a decirle.

—Qué más me da —suspiró—. Mi madre quiere que toque el piano.

—¿A ti no te gusta?

—No mucho.

—Entonces ¿por qué lo haces?

—Porque ella me obliga. Dice que eso da clase.

—Es una pena. —Jordi dejó de trabajar—. ¿Por qué no te gusta?

—Es aburrido.

—Al principio, cuando se aprende. Pero luego…

—Es lento y pesado —insistió el niño—. Siempre te equivocas en una nota. Hagas lo que hagas, la fastidias.

—¿Has recibido muchas lecciones?

—Unas pocas.

—¿Quién es tu maestro? Igual lo conozco.

—Murió. Por eso me han comprado el piano. Antes iba a su casa y ahora vendrá uno nuevo a darme lecciones aquí. Ni siquiera sé su nombre.

—Ya.

—¿Usted sabe tocar?

—Sí.

—Creía que solo los afinaba.

—Ya ves que sé hacer las dos cosas.

El chico miró el interior del piano. Puso cara de no entender nada.

—Esto son los martillos, lo que golpea las cuerdas —le informó Jordi.

—¿Por qué las cuerdas van de tres en tres?

—Porque cada nota tiene tres cuerdas, y han de sonar las tres igual. De ahí la importancia de afinarlas bien todas. ¿Cómo te llamas?

—Jesús.

—Yo soy Jordi.

—Jorge —le rectificó.

—No, Jordi. —Trató de mantenerse firme.

—Ya no hay nombres catalanes. No puede llamarse Jordi. ¿Quiere ir a la cárcel?

—Toda la vida he sido Jordi.

La mirada de Jesús fue críptica.

—¿Luchó en el Alzamiento? —le preguntó.

—No.

—¿Por qué?

—Era mayor.

Se hizo el silencio. Esta vez, incómodo.

Lo rompió de nuevo el chico.

—Yo quiero ser militar —dijo—. General.

Jordi sintió un ramalazo de frío.

—¿General? Vaya.

—Por eso no quiero tocar el piano. Los soldados no tocan el piano.

—Te equivocas. Muchos sí saben. Y son los mejores.

—¿Por qué?

—Porque la música te hace mejor persona, así de simple.

—¡Qué tontería!

Jordi captó el desprecio, la profunda rabia.

Incluso la ira.

En el fondo tuvo suerte de que, en ese momento, apareciera la señora Sandoval, en visita de inspección.

No le gustó encontrar a su hijo allí.

—¡Jesús! —le reprendió—. ¿Quieres dejar trabajar al señor?

No hubo más palabras.

El niño dio media vuelta y fue tras su madre.

Jordi Jofresa continuó en soledad, bajo el peso del retrato, los crucifijos y las fotografías del dueño de la casa, intentando abstraerse de ellas para concentrarse en el piano.

El piano.

La señora Sandoval le había dicho que la comida era puntual, así que le quedaban apenas quince o veinte minutos de trabajo antes de

irse. Empezó a ver qué cuerdas estaban en mal estado a pesar de mantenerse tensas. Usó la llave con la boca del número 2 y movió las clavijas.

Volvió a enfrascarse en lo suyo.

Hasta que escuchó el carraspeo.

Al levantar la vista y darse la vuelta se encontró con el uniforme.

Rígido.

Y tras el uniforme, el hombre.

Marcial aun estando en su casa.

—Siga, siga —lo invitó el falangista.

—Perdone, no le había oído entrar —se excusó.

—Sentía curiosidad. —Hizo un gesto vago—. A mí estos trastos…

—Es cuestión de paciencia.

—Hay que tener oído, ¿no?

—Y sensibilidad, gusto… La voz de un piano es como su alma. Nosotros hacemos lo posible para que esa voz sea pura y suene bien.

—Habla del piano como del espíritu de la nueva España. —Hinchó el pecho—. Nosotros somos los que hacemos posible que su voz suene firme y vigorosa, clara y llena de esperanza, de futuro. Me gusta su símil.

No supo qué decir.

Intentó continuar, aunque ahora le temblaban un poco las manos.

—Me ha dicho mi esposa que quería saber quién nos había vendido el piano.

—Ya no es necesario.

—¿Por qué?

—Lo he reconocido.

—¿En serio?

—Sí, señor.

—A mí estos trastos me parecen todos iguales. —Se encogió de hombros.

—No lo son, créame.

—Veo que no tiene los dedos de la mano amarillentos. Eso es

que no fuma, ¿verdad?

—No, no fumo.

—Como el Caudillo —le hizo notar—. Y como yo mismo. Será muy varonil, dicen los cortos de miras, pero a mí me parece un vicio detestable, maloliente y sucio. El Generalísimo tendría que servir más de ejemplo, ¿no cree?

—Desde luego. —Se vio en la necesidad de asentir.

El dueño de la casa se cansó de la charla. Como si acabase de saludar a un militar de menor graduación, se dio la vuelta dispuesto a irse.

—Le dejo trabajar. —Fue su despedida.

Volvió a quedarse solo.

Esta vez cerró los ojos.

«Vete», le dijo su voz interior.

No. Necesitaban el dinero. Ya no se trataba de orgullo, sino de supervivencia.

Si abría los ojos seguiría viendo el retrato del hombre que acababa de estar allí, y con él, las imágenes de las fotografías, el Caudillo, Queipo de Llano, Millán Astray, los curas, los militares…

Dejó la llave y salió de la sala sin hacer ruido. Una vez en el pasillo, no supo adónde dirigir los pasos. No quería encontrarse con nadie, por muy perentoria que fuese su necesidad. Pero si abría puertas sin ton ni son…

Tosió un par de veces.

Tuvo suerte porque la criada apareció de la nada, saliendo de una puerta a su derecha.

—¿Señor?

—Buscaba el retrete, por favor.

—Es aquí. —Le indicó otra puerta casi frente a la de ella.

Jordi entró en él y lo primero que hizo fue asombrarse. No era precisamente un lugar tan simple y pequeño como el de su propia casa. Más bien era otra habitación. Tenía lavamanos, bidé y bañera además de la taza. La cerámica de las paredes era rosada, la del suelo, blanca.

Una bañera.

Se la quedó mirando con envidia.

María y él tenían que usar el lavadero, subiéndose a una silla

para sentarse en el raspador, y usar ollas de agua caliente para mojarse y quitarse el jabón después. En verano era soportable. En invierno, como helarse a la intemperie.

Después de orinar se lavó las manos y se miró en el espejito frontal.

Al otro lado de la puerta esperaban una mujer que quería que su hijo tocase el piano por simple orgullo de madre y por posición social, un hombre con el sello y la estirpe de los vencedores de la guerra, y un niño que quería ser general y, posiblemente, odiase el celo materno por convertirle en alguien cultivado.

Jordi Jofresa apretó los puños.

Necesitaba salir de allí cuanto antes y respirar aire fresco.

Tenía suficiente para una primera vez.

Enric Miramón no vivía lejos.

Casi le venía de paso.

Se desvió dos manzanas y al llegar a la calle sintió que el tiempo no había transcurrido. La casa seguía en pie. Parecía que nada había cambiado.

Comprendió que sí cuando, en la acera de enfrente, vio el solar vacío.

Las bombas habían caído por todas partes.

¿Por qué, en cuatro años, no pensó en ir a verle? ¿Era porque le creía muerto?

¿Muerto, como casi todos?

La portera barría el suelo de la entrada cuando lo vio. Jordi no supo si era la misma de años atrás. Se dirigió a ella por cortesía.

—Voy al piso del señor Miramón.

La mujer no le dejó seguir.

—Ya no vive aquí, señor.

—¿Ah, no?

—Se mudó a casa de su hermana.

—¿Sabe la dirección?

—Claro. Es aquí cerca, en la calle de Enrique Granados con la de Provenza. No sé el número, pero hay un quiosco delante mismo de la puerta del edificio.

—Gracias.

—Vaya con Dios.

No, precisamente con Dios no quería ir.

Se lo habían apropiado ellos.

Regresó a la calle y miró la hora. Podía ir después de comer. Decidió que no, que mejor hacerlo en caliente. Luego igual ya no se sentía con fuerzas. Total, si llegaba un poco tarde, no pasaba nada. María estaba acostumbrada a que sus paseos fuesen, a veces, excesivos.

Si no fuera por ella…

El día era agradable, todavía apretaba el calor. De caminar a paso más vivo empezó a sudar un poco. La nueva portera le dijo que Assumpta Miramón vivía en el tercero. No había ascensor. Cuando llegó al rellano resoplaba. Pulsó el timbre después de acompasar la respiración y esperó con el corazón encogido.

Le abrió él mismo.

Enric.

Los dos hombres se quedaron mirando, reconociéndose.

—Jordi… —Enric Miramón fue el primero en hablar.

—Hola —se limitó a responder su visitante.

—Dios… ¿De dónde sales?

Vivían cerca el uno del otro, y aun así, era como si los dos regresaran por el túnel del tiempo.

Con una guerra de por medio.

Ella y la falsa paz posterior.

Jordi le tendió la mano. Enric correspondió a su gesto, pero con la izquierda. De pronto el visitante comprendió por qué había vendido el piano al margen de una posible necesidad.

A su amigo le faltaban la mano derecha y el brazo hasta el codo.

—Vamos, pasa, pasa.

Cruzó el umbral. La vivienda olía a tabaco, era sencilla y apenas si tenía lo justo. Durante la guerra, muchos habían quemado los muebles para calentarse en invierno. En cuatro años no habían tenido tiempo ni dinero para reponerlos. Y la precariedad parecía no tener fecha de caducidad. Cartillas de racionamiento, cortes de luz, la implacable vigilancia de los vencedores sobre los vencidos…

—¡Cuánto tiempo, señor! —gruñó Enric precediéndole—. ¿Has

estado preso o qué?

—No, en mi casa, con mi nieta. Te creía muerto.

—Toma, y yo a ti hasta que Ruso me dijo que te había visto.

—¿Ruso?

—Bueno, Pepe. Ahora hay apodos que no conviene mentar. A él sí lo metieron preso. Por suerte no le fusilaron y salió hace unos meses.

—Debemos de ser de los pocos que seguimos con vida.

—Si a esto lo llamas vida…

Estaban en el comedor. Una mesa vieja y dos sillas. Ni siquiera un aparato de radio para pasar las noches. De pronto, Jordi se sintió como un intruso.

—Siéntate —lo invitó Enric.

—Solo un minuto. Mi nieta me espera.

—Es curioso que estés aquí. —Soltó un resoplido—. Hace unos días le di tu nombre a una persona que necesitaba un afinador de pianos.

—Lo sé. Por eso te he buscado y he venido a verte.

—¿Te ha llamado?

—Sí.

—Bueno, me alegro. —Su tono fue condescendiente—. Un trabajo es un trabajo, venga de donde venga. No creo que tengas muchos pianos que afinar en estos días, ¿verdad?

Jordi no le contestó.

La mirada fue crepuscular.

A pesar de la mano amputada, hizo aquella pregunta.

—¿Por qué lo vendiste?

Su viejo amigo esbozó una sonrisa amarga.

—¿Y qué querías que hiciese? —levantó el antebrazo sin final.

—Era tu piano.

—Mi piano —espetó con más y más amargura—. En la guerra estuvimos a punto de quemarlo, como los muebles. Para entonces ya estaba hecho un desastre. No me apetecía tocarlo. ¿Música mientras llovían las bombas o mientras los hombres caían en el frente como moscas? Después perdí el brazo y ya… ¿Sabes lo que era verlo sin poder tocarlo? Coño, Jordi, yo amaba la música más que a nada en el mundo. Era como amar a una mujer y estar

capado.

—Pero se lo has vendido a unos…

—¿Fachas de mierda?

—Sí —asintió él.

—¿Y quién me lo habría comprado? —El tono seguía siendo oscuro—. Le saqué un buen precio. Podían incluso habérmelo quitado, sin más.

Jordi se sintió derrotado.

Como un rato antes en el cuarto de baño de los Sandoval.

—¿Cómo hemos llegado a esto? —musitó.

—Perdiendo la guerra, la dignidad…

—No, eso no. —Levantó la cabeza.

—Sabes que sí —insistió Enric Miramón sin el menor énfasis—. Seamos realistas: no nos queda nada. Los que sobrevivimos somos un residuo. Sales a la calle y todo son sotanas y uniformes, pintadas en las paredes exaltando a Franco, consignas, prohibiciones, censuras. Los buenos ya no están, Jordi. Unos se fueron al exilio y otros han muerto o penan en las prisiones repartidos por todo el país. Pons, Cuxart, Román, Mascarell...

—¿Él también?

—¿Qué esperabas siendo inspector de policía en la República? A él lo fusilarían de los primeros.

Se les hizo el silencio.

Y creció como un globo entre los dos.

Transcurrieron cinco segundos que parecieron cinco años.

—¿Cómo perdiste el brazo? —se atrevió a preguntar Jordi.

—En un bombardeo, pero no a causa de una bomba, sino por una caída al correr hacia el refugio. Pasamos allí tantas horas que el corte se infectó y ya no pudieron salvármelo.

—¿Tus hijos…?

La mirada de Enric Miramón fue vacua.

—Uno muerto en Belchite. El otro preso y obligado a trabajar, picando piedra. Algo de un monumento que se va a construir o que está construyendo Franco a las afueras de Madrid.

—He oído hablar de él.

—Pandilla de cerdos fascistas —casi escupió las palabras—. Una vergüenza. Y el mundo mirando para otro lado.

—Hay una guerra mundial.

—Ya, excusas. La guerra empezó en septiembre del 39, meses después de que acabara la nuestra, que a fin de cuentas fue un ensayo de la de ahora. Gane quien gane, a nosotros ya se nos ha olvidado. ¿Te imaginas ese mausoleo cuando la espiche ese matarife de voz aflautada? Acabará siendo un lugar de peregrinaje tipo Lourdes. La Iglesia igual lo hace santo.

—Vamos, Enric.

Su amigo dejó de quejarse. Estaba ante a alguien salido del túnel del tiempo. Comprendió que había que ponerse al día.

—¿Y tú qué? ¿Qué es de tu vida?

—No hay mucho que contar. Vivo con mi nieta.

—¿Tu mujer…?

—Muerta.

—Lo siento. ¿Qué edad tiene María ahora?

—Pronto hará veintiuno.

—¿Ya?

—Sí.

—¿Entonces tu hija…?

—Murió de tuberculosis. Fue rápido.

—Joder…

—Ni siquiera pudo ir a combatir. Lo intentó, pero…

—¿Cómo os las apañáis?

—Con lo que gana ella, que no es mucho. Yo hago lo que puedo. He dado clases de Gramática, alguna de Música… Nadie tiene un duro.

—Clases de Música. —Sonrió con nostalgia—. Casi parece una fantasía. —Apretó las mandíbulas y agregó—: Esos hijos de puta… Yo ni siquiera tengo radio, para ahorrarme las fanfarrias militares, los cantos religiosos o el maldito flamenco, que lo han adoptado como música «española», no te digo.

Podían pasarse dos horas o dos días lamentándose.

Jordi contó hasta tres.

—He de irme —reconoció.

—¿Ya?

—Solo quería verte ahora que he sabido que estabas vivo.

—Quedaremos, ¿no?

—Claro.

Se lamerían las heridas.

Como dos viejos sentados en un banco al sol, haciendo una carrera de lamentos para ver quién estaba peor y se iba a morir antes.

Jordi se puso en pie.

Enric hizo lo mismo.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo el primero.

—Por supuesto.

—El piano tenía un balazo.

—Fue al empezar la guerra, cuando no se sabía quién iba a ganar en cada lado. Un vecino se lio a tiros en la escalera. Una de las balas atravesó una ventana y le dio.

—¿Fascista?

—Redomado, aunque ya venía loco de fábrica. Un tipo solitario. Lo redujimos y le echamos por el hueco, aunque dijimos que se cayó, claro.

—Sigue siendo un buen piano —asintió Jordi dando el primer paso para irse de allí.

—¿Vas a dejarlo como nuevo?

—Sí, y sonará bien otra vez, si es eso a lo que te refieres.

—¿Lo toque quien lo toque? —El tono fue pesaroso.

—Aunque sea un niño que odia la música, porque el niño crecerá y se olvidará de él, pero tu piano seguirá y seguirá.

—¿Crees que vendrán tiempos mejores?

No, no lo creía. Pero le mintió.

—No hay bien, ni mal, ni Franco que cien años dure —dijo.

—Cuida de mi piano. —Enric le palmeó la espalda con su única mano mientras se dirigían al vestíbulo—. ¡Coño, no sabes lo bien que me siento de que estés aquí! ¡Vas a venir a cenar! ¿De acuerdo? Mira que mi hermana Assumpta sigue soltera, y está de buen ver. ¿Qué te parece?

A pesar de apretar de nuevo el paso, llegó a casa media hora después de lo normal. María apareció por la puerta de la cocina al oírle entrar en el piso.

—Empezaba a preocuparme —suspiró aliviada.

—Perdona.

—No, ya está. No pasa nada. —Se acercó a él para tomarle la chaqueta y la bolsa con las herramientas—. ¿Qué tal te ha ido?

—Regular.

—¿Solo regular? —Una sombra oscureció su rostro—. ¿No te han dado el trabajo?

—Sí, sí, me lo han dado. Incluso me va a tocar reparar el piano, que está hecho un desastre, pero…

—¿Pero qué?

—Necesito un vaso de agua. —Se metió en la cocina con María detrás—. Llevo todo el día con sed. Este calor…

Su nieta esperó a que lo tomara de la pica y lo llenara, aunque primero dejó que saliera un poco del grifo para que estuviera más fresca. Una vez apurado se sintió mejor. La cocina era pequeña, así que olía a sofritos y caldo, o fuese lo que fuese que ella estuviese preparando.

Reapareció la pregunta, con un deje de ansiedad.

—Va, ¿pero qué?

—¿Te acuerdas del señor Miramón, Enric Miramón?

—No.

—Tocaba muy bien el piano. Tenía dos hijos. El mayor siempre se metía contigo y te llamaba Trenzas de Oro.

—Ahora sí. —Se cruzó de brazos.

—Pues el piano que he de arreglar y afinar era el suyo.

—¿Lo ha vendido? —abrió los ojos.

—Sí, por necesidad.

—Eso lo creo. En estos días…

—Ha sido más que necesidad de comer —se lo aclaró—. Perdió un brazo en la guerra.

—Eso todavía es más triste… —Bajó la cabeza, apenada.

—Pues lo peor es que se lo ha vendido a un maldito fascista.

—¿Quieres bajar la voz? —le reprochó asustada—. ¿No ves que está la ventana abierta y las paredes tienen oídos?

La obedeció, pero siguió con el discurso.

—Se lo ha vendido a un maldito fascista, falangista por más señas, y con pinta de pez gordo. En su casa tiene fotos con todo

quisque, incluido el Caudillo de las narices.

—Vaya por Dios. —María hizo una mueca.

—No va a tocarlo él, sino su hijo, de doce años, que por cierto odia la música, va a practicar obligado por su madre, y su aspiración es ser general. ¿Qué te parece?

María se acercó a él y lo abrazó.

Jordi se dejó querer.

—Abuelo, lo siento —lo susurró ella al oído.

—No te preocupes. —Le pasó una mano por la cabeza—. Lo arreglaré, lo afinaré y adiós. Será un buen dinero, y más ahora que en cuatro días ya estaremos en Navidad.

María continuó abrazándole.

—¿Cuánto daño más pueden hacernos?

—Todo el que quieran, cariño. —Se le hizo un nudo en la garganta pensando en ella, en su futuro—. Siguen con la suya, creyendo que los rojos no eran personas, sino animales, peor que bestias.

—¿Por qué hablas en tercera persona?

—Porque sabes que yo no era rojo, ni verde, ni amarillo, ni anarquista, ni comunista, ni… —Apretó los puños con rabia—. Solo catalán y republicano.

—Venga, no te sulfures. —María le dio un beso en la mejilla—. Luego te pones malo.

—Estoy bien.

—Ya, pero, por si acaso —se separó de él y volvió a concentrarse en la olla que hervía sobre la tea y el carbón de los fogones—, pon la mesa, ¿quieres?

—¿Qué te han dado hoy con la cartilla?

—Lentejas.

—¿En serio? Vaya.

—Son más duras que las piedras, abuelo. Suerte que aún tienes dientes.

—¡Pues claro que tengo dientes! —Puso los brazos en jarras.

—¡Vete a poner la mesa! —Sonrió ella.

La obedeció. Se dirigió al comedor y sacó un mantel del aparador. Luego las servilletas, las cucharas y los tenedores. No había nada que cortar, así que no hacían falta los cuchillos. La

carne era un lujo fuera de su alcance. Regresaba a la cocina a por los vasos y los platos cuando se fue la luz.

—¡Oh, no, otra vez! —gimió María.

La cocina estaba en la parte más oscura del piso, con solo un ventanuco de ventilación. Por lo menos, el comedor tenía un poco más de iluminación. Podían verse las caras. La última vela se había extinguido un mes antes. Se sentaron a la mesa y comieron en silencio, robándose miradas de soslayo.

Jordi pensó en el último comentario de Enric Miramón:

—Mira que mi hermana Assumpta sigue soltera, y está de buen ver. ¿Qué te parece?

Para faldas estaba él.

Nadie podría sustituir a Berta.

Nunca.

María tenía razón, las lentejas eran de piedra. Si por lo menos hubieran compartido espacio con algo de chorizo…

Se le hizo la boca agua.

—¿Sabes qué es lo que más me gustaría? —dijo de pronto ella.

—¿Qué?

—Poderte pagar una entrada para que fueras al fútbol.

—Para fútbol estamos.

—Pues es la única alegría de los pobres. Por lo menos en el campo te dejan gritar.

—Hay cosas más urgentes.

—Ya, pero un capricho…

Duras o no, las lentejas habían desaparecido de los platos. No quedaba ni una.

Volvió la luz.

Por lo menos la exterior.

Jordi se quedó mirando el plato vacío.

—¿Te recogerá Pere hoy cuando salgas del trabajo? —preguntó por la simple necesidad de decir algo y no caer en el silencio.

—Sí, y llegaré un poco tarde. Necesito estirar las piernas con un buen paseo.

—No te preocupes, cariño.

—Tampoco hay mucho que hacer salvo eso: pasear. Sentarse en cualquier lado cuesta dinero.

—¿Y lo suyo qué?

—Creo que mañana empieza un doblaje. Me lo dirá seguro hoy. Pere está convencido de que ahora, con la obligatoriedad de doblar todas las películas al español, va a estar muy ocupado.

—Ojalá sea verdad.

—Por un lado, bien. Oiremos a los actores y las actrices diciendo las cosas en español, sin necesidad de leer subtítulos que a veces te obligan demasiado a dejar de ver la película y perder detalles, sobre todo si lees despacio. Y no digamos si Pere se asegura trabajar a menudo. Eso es lo mejor en nuestro caso. Pero por otro lado… Está claro que el Régimen no quiere que aprendamos inglés y nos enteremos de lo que no les interesa. Lo van a censurar todo.

—Todo cambia, cielo.

—A peor, sí, ya.

—Ahora mismo está muriendo gente por toda Europa. Es estremecedor. Y si gana Hitler…

—Abuelo… —María alargó la mano por encima de la mesa, para coger la suya.

En ese momento se volvió a ir la luz.

—¡Mierda! —masculló Jordi Jofresa.

Capítulo 2

María

El vestidor no era muy grande, así que las empleadas se cambiaban la ropa y se ponían la bata de trabajo rozándose unas con otras. Estaban acostumbradas. Ninguna decía nada. Había que moverse rápido y no perder tiempo. Alguna mirada, algún suspiro y poco más. Las paredes tenían oídos. A Elena Martí la habían despedido por hacer un comentario despectivo allí mismo. La lección estaba aprendida.

María fue de las primeras en salir, todavía abotonándose la bata. Hacía calor, y más en el vestidor, cuando coincidían todas juntas. Por detrás iba Teresa Coloma, su mejor amiga allí dentro. En el taller, las máquinas esperaban la puesta en marcha para el turno de la tarde, bajo la débil iluminación que proporcionaban los sucios ventanales del conjunto. A veces no se conectaba la luz hasta que casi no veían nada. El silencio era una isla previa al estruendo inmediato.

—¡Vamos allá! —Oyó que decía Teresa.

María no dejaba de pensar en su abuelo. A veces no sabía si se mantenía en pie por su fortaleza interior o si lo hacía por ella. Le adoraba. Era un hombre íntegro. Un *rara avis* en tiempos de supervivencia y miseria. Daría lo que fuera por verle feliz, y sabía que él no pensaba en otra cosa que hacerla feliz a ella.

Si se casaba con Pere, desde luego no iba a dejarlo solo.

Nunca.

Aunque casarse, sin apenas nada…

Sumergida en sus pensamientos, no se dio cuenta de la proximidad de Dámaso Sanchis, el encargado.

—María, ven a ayudarme.

Se quedó quieta de inmediato.

Y se le doblaron las piernas.

El encargado no esperó su respuesta. Se dirigía ya al almacén.

—Cerdo —musitó Teresa deteniéndose al lado de ella.

—Tranquila —dijo María en el mismo tono.

—¿Tranquila? ¡No vas a poder pararle los pies siempre!

María bajó la cabeza. Dámaso Sanchis ya no estaba a la vista. Las demás chicas se repartían poco a poco por los puestos de trabajo. Alguna se había dado cuenta del detalle. Las primeras miradas convergieron en ella.

Dio el primer paso en dirección al almacén.

Cuando entró, vio al encargado al pie de la escalera móvil, con ruedas en las patas, que les servía para subir o bajar cajas de las partes altas de las estanterías. El hombre sonreía. Siempre sonreía. Era más bajo que ella, con apenas cabello en la cabeza, ojos porcinos, mofletes rojos y un ridículo bigotito a la moda que le confería un cierto aire mefistofélico. También él llevaba bata.

Aunque de otro color.

El color del poder.

—Tendrás que subir a por esas cajas de arriba. —Señaló las alturas—. Ya sabes que yo tengo mal la cadera y entre el peso y el equilibrio… Yo te sostengo la escalera por abajo, ¿de acuerdo?

La escalera.

Las alturas.

Suficiente para verle las piernas, los muslos, y más arriba si se acercaba mucho.

María apretó las mandíbulas.

—No hace falta que la sujete, señor Sanchis. —Intentó protegerse vanamente.

—¡Faltaría más! ¿Sabes cómo me sentiría si a mi chica favorita le sucediera algo?

¿Cuántas «chicas favoritas» habían pasado por lo mismo allí?

María se aferró a los lados de la escalera de madera y juntó las piernas. No era ni fácil ni sencillo tratar de subir los escalones de esa manera, pero empezaba a tener práctica. Evitó ponerse roja. Eso había sido lo normal la primera vez. Lo único malo, lo peor, era que Dámaso Sanchis iba a más cada día, yendo a tumba abierta a por ella.

Dominó las ganas de llorar.

—Ahí, esas de arriba —le señaló el encargado.

Las más altas.

No las necesitaba para nada, eso seguro.

Y cuanto más tardase en regresar al taller, más rumores y comentarios se propagarían entre las otras.

No todas de su lado.

Le pasó la primera caja a su acosador. Lo tenía prácticamente debajo. Era imposible que, desde allí, no le viera incluso las bragas. Dámaso Sanchis se pasaba la lengua por los labios.

Otra caja, y otra más.

Al final lo único que pudo hacer fue dejarle caer la siguiente.

—¡Oh, perdone! —se excusó.

—No pasa nada, un descuido. —El hombre dejó la caja en el suelo y se pasó la mano por la cabeza—. Pero otro, en mi lugar, te habría despedido, ya lo sabes. En cambio yo…

María bajó la escalera.

—Lo siento —insistió.

—¿Qué haríamos aquí sin ti? —Le cerró el paso el hombre.

—Hay muchas chicas.

—Pero no tan guapas.

—Si no me necesita para nada más… —Intentó sortearle sin éxito.

—Espera, espera. ¿Qué prisa hay? Estás con el jefe, ¿no?

Empezó a temblar.

Dámaso Sanchis nunca había ido tan lejos.

La puerta del almacén quedaba a media docena de pasos. Su acosador, a uno. Nadie entraría allí mientras estuviesen dentro. Dámaso Sanchis era el amo del taller. En las alturas nadie se preocupaba de lo que sucedía abajo, siempre y cuando la producción se mantuviera.

—Ah, María, si tu quisieras…

La distancia dejó de existir. Lo tenía literalmente encima. Podía verle la saliva en la comisura de los labios, el brillo oscuro en la mirada, el deseo en cada gesto.

Casi le mareó el maldito aliento de fumador.

—Señor Sanchis…

—En un pedestal te ponía yo.

—No quiero ser una estatua.

—Ya sabes a qué me refiero. —Levantó la mano derecha sin tocarla. María hizo un leve gesto de asco y apartó la cara—. Aquí tienes un porvenir, y conmigo…

—Tengo novio, ya lo sabe. —Se estremeció.

—¿Ese que viene a buscarte? ¡Venga, mujer, no me hagas reír! ¡Tú vales más!

—Por favor, déjeme volver… Por favor.

—¿Un beso?

—¡No!

—Un beso. Solo uno. Para probar. Un beso y te dejo salir una hora antes.

—Por favor… —Bajó la cabeza incapaz de contener las lágrimas por más tiempo.

Dámaso Sanchis seguía sin tocarla, pero con la mano demasiado cerca. Ya no sonreía seguro y confiado. Empezaba a estar serio.

—¿Por qué eres tan arisca?

—Porque esto no está bien, señor Sanchis.

—La mitad de las del taller daría lo que fuera por estar aquí ahora mismo.

—Pues dígaselo a ellas.

—No son como tú. —Finalmente le rozó la mejilla con la mano.

María dio un paso atrás.

La mano quedó suspendida en el aire.

—Nadie va a enterarse —dijo el hombre en un tono de voz cada vez más seco.

—¿No piensa en su mujer?

—Vamos. —Soltó un atisbo de sonrisa burlona—. No me hagas reír. Ella y yo solo vivimos juntos. Ya no hay ningún vínculo. La guerra la traumatizó. Ahora se pasa el día rezando. En cambio un hombre… tiene sus necesidades. Y te aseguro que soy muy hombre.

De pronto ya no era únicamente el miedo: era el asco.

Pensó en empujarle y echar a correr.

¿La despedirían por eso?

—Déjeme pasar. Van a murmurar.

—Envidiosas.

—No puedo, de verdad. —Le cayeron las dos primeras lágrimas

—. Por favor…

Era el momento decisivo. O la abrazaba y lo intentaba o se rendía. Por un momento pensó que le dominaría la lujuria, la ansiedad que se le adivinaba en los ojos.

Fue algo pasajero.

Dámaso Sanchis adquirió un súbito tono paternal.

—Eres una niña, pero ya aprenderás —dijo pausadamente—. Puedo esperarte, aunque no mucho. Verte cada día es como acercar un pastel a la boca de un chico hambriento. Si sabes lo que te conviene…

Saber lo que le convenía.

María se atrevió a dar el primer paso.

Y el segundo.

El encargado no hizo nada por retenerla. El tercer paso lo alejó de su presencia, del olor a tabaco, del miedo que le inspiraba. Le dolía el cuerpo, pero más la mente. Era la primera vez que Dámaso Sanchis no jugaba y se quitaba la careta. Ya no se trataba de verle las piernas. Ahora, definitivamente, iba a por ella. Acababa de decírselo.

¿Cuánto tiempo podría apartarle antes de que se le echara encima como un toro furioso?

María salió del almacén.

No levantó la cabeza. No quiso mirar al frente. Pero sabía que las miradas de todas las demás chicas estaban fijas en ella en ese momento, por encima del fragor de las máquinas que ya operaban a todo ritmo.

Miradas de todo tipo, desde la pena al desprecio.

Se encontró con Teresa en el lavabo dos horas después.

Su amiga no se fue por las ramas.

—¿Lo ha intentado?

—Sí, esta vez sí. —Fue sincera.

—¡Cerdo! —Apretó los puños combativa.

—Me ha hecho subir la escalera, para verme desde abajo, pero al bajar me ha acorralado y ha empezado a insinuarse, a decirme que me iría mejor si le hacía caso, que con él estaría como una

reina y cosas así.

—¿Te ha tocado?

—Solo me ha rozado la cara. Quería que le diera un beso.

—¡Por Dios, qué asco!

María se abrazó a sí misma y empezó a llorar.

—Vamos, vamos. —Teresa la rodeó con los brazos y la apretó con fuerza—. Hay más trabajos, ¡no tienes por qué desesperarte! A las malas…

—¿Qué voy a hacer? —gimió la nieta de Jordi Jofresa.

—¡Díselo al dueño!

—¿Para qué? El señor Sanchis es el encargado, lleva aquí años. Yo soy reemplazable. Aun dirían que he sido yo, que soy una buscona o algo así.

—¿Y la dignidad?

—Vamos, Teresa, no me hagas reír. Nosotras ya no tenemos dignidad, ni nada. Con el orgullo no se come. Además… ¿El dueño? Si son ciertos los rumores no es muy diferente del señor Sanchis.

—¿De verdad crees que a aquella chica la embarazó él?

—Sí, lo creo. La vi no hace mucho y es imposible que el encargado pueda pasarle tanto dinero como para ir como iba. Tuvo que ser el señor Peláez.

—Fue él. —Escucharon una tercera voz.

Era Leonor, otra de las compañeras. Ni siquiera se habían dado cuenta de que estaba encerrada y callada en el retrete. Salió del pequeño cubículo subiéndose las bragas y bajándose la bata. También era atractiva, muy mujer, pero sus cuarenta años le conferían un aspecto ya ajado, en el extremo opuesto de la lozanía y juventud de María.

—¿Nos has oído? —preguntó Teresa.

—¿Y quién no?

—Alguna piensa que María ha claudicado.

—Siempre hay imbéciles. O las que accederían sin pensárselo por una simple mejora salarial o laboral. —Leonor se miró en el sucio y gastado espejo situado encima del lavamanos—. Yo, desde luego, al señor Sanchis lo dejaba sin huevos.

—No es tan fácil —dijo María.

—¿Cuánto tiempo crees que podrás pararle los pies? —Leonor se

encaró con ella.

—Se cansará —dijo María con voz débil.

—¿Ese? —El tono de Leonor no dejó lugar a dudas—. Cuanto más le digas que no y le rechaces, más se encaprichará contigo. Entonces dejará de ser un cordero y se convertirá en un peligro. Para ti y para el resto.

—¿Y qué quieres que haga? Necesito el trabajo.

—Teresa te lo ha dicho hace un momento: tú encontrarás empleo en un abrir y cerrar de ojos. —Soltó una pequeña risa sin alma—. Dios, ¿te has visto? No me extraña que ese salido se haya fijado en ti, con esa carita de ángel. Hasta podrías hacer cine.

—¿Y si me cambio de trabajo y es lo mismo? —No hizo caso del comentario de su compañera.

Leonor subió y bajó los hombros.

—Yo solo digo que el señor Sanchis acabará haciéndonos la vida imposible a todas.

—¿Por mi culpa?

—Se enfadará y lo pagará con el resto. Incluso puede que escoja a otra por despecho.

—¡Pues acuéstate tú con él! —exclamó Teresa.

—¿Crees que no lo haría?

—¿En serio? —No pudo creerlo.

—¿Qué más da uno que otro? —Leonor chasqueó la lengua—. Si gano más y tengo mejores condiciones laborales…

—¿Aguantarías a ese baboso?

La mujer sostuvo la mirada de María. En sus ojos titiló un leve destello que tuvo algo de crepuscular.

—Tú eres virgen, ¿verdad? —No esperó la respuesta y agregó—: Yo ya no sé lo que es eso, y más después de haber pasado lo que pasé en la maldita guerra y en estos últimos cuatro años. —Endureció el gesto repentinamente—. Te lo aseguro, María: todos los rabos son iguales, y a oscuras, ni les ves la cara. Cuanto más énfasis le pones tú, menos duran ellos.

—¡Anda, cállate, va! —Teresa la empujó hacia la puerta de los retretes—. ¡Parece mentira! ¡Si te oyeras…!

—Ya me oigo —se limitó a decir Leonor sin rebelarse—. La que no oye es esa. —Señaló a María con la barbilla—. ¡Cásate con tu

novio y en unos años tres hijos y adiós al amor, porque de la miseria no se saca nada!

Teresa la echó fuera y cerró la puerta.

Las dos amigas se quedaron mirando.

Hasta que María volvió a llorar.

—¡Venga ya, mujer! —protestó Teresa—. ¡No le hagas ni caso a esa! ¡Está resabiada y ha corrido lo suyo!

—¿Y quién no en estos días?

—¡Pero hay que seguir! ¿No?

—¿Cómo? —se desesperó María.

—Mira mi hermana. Se casó con un miliciano y el pobre murió a las primeras de cambio dejándola embarazada. Al acabar la guerra le quitaron a la niña, por ser hija de un rojo, y a ella la metieron presa. Ni siquiera sé dónde está. No me lo quieren decir. Yo aún doy gracias al cielo de que no me mezclaran en eso y me hayan dejado vivir.

—¿Nos dan por todas partes y todavía hemos de darles las gracias por dejarnos vivir?

—Solo te digo que tengas cuidado, María. Lo peor de todo lo que te pasa es que quizá el señor Sanchis tenga amigos. Y si no los tiene él, seguro que el dueño sí. Basta con que digan algo malo de ti o de tu novio para que acabéis Dios sabe dónde.

—¡Pere no ha hecho nada malo!

No hubo réplica por parte de Teresa. La puerta se abrió de pronto y por el quicio apareció otra de las compañeras, Luisa. Las miró con cierta alarma.

—¿Qué estáis haciendo aquí tanto rato? ¿Queréis que Sanchis venga a buscaros o qué? ¡Salid de una vez y volved, maldita sea!

Fue la primera en salir del trabajo.

Y echó a correr al ver a Pere en la otra acera, esperándola.

Cuando llegó a su lado le besó la mejilla, se colgó de su brazo y echó a andar, sin esperar ni un segundo. Incluso lo apremió diciendo:

—Vamos, venga.

Pere miró hacia el grupo de mujeres que salía del taller.

—¿Adónde…?

—No sé, camina.

—¿Tienes prisa?

—Sí.

Él lanzó una segunda mirada a su espalda. Algunas de las trabajadoras les seguían con la vista. La mayoría, sin embargo, se dispersaban de camino a sus casas.

El edificio del taller era un monolito gris de apariencia vulgar. Ni siquiera tenía un rótulo que lo identificase. Los ventanales eran oscuros. La silueta de un hombre se recortaba en una de las ventanas más altas.

El pastor observando al rebaño.

—¿Ha pasado algo? —quiso saber Pere.

—No —dijo María demasiado rápidamente.

—Mírame.

Lo hizo, sin dejar de caminar, intentando sonreír.

—¿Has llorado?

—No.

—Tienes los ojos un poco rojos.

—Por el trabajo, ¿qué quieres?

—¿No habrá vuelto a molestarte ese hombre?

La traicionó de nuevo la rapidez en la respuesta más que la crispación de la mirada o el gesto.

—No, no.

—María…

No podía mentirle. No a él. Pere era lo mejor de su vida. Lo único bueno. Hasta el momento de conocerle, solo tenía a su abuelo.

Ahora, en cambio se sentía protegida, amada. Compartía algo.

Algo incierto pero sazonado con la mejor de las esperanzas.

—No ha pasado nada —trató de sonar firme.

—Pero lo ha intentado —dijo él con desaliento.

—No importa, en serio.

—¿Cómo no va a importar? ¿Qué ha hecho esta vez?

—Se me ha insinuado.

Pere se detuvo en seco. Quiso colocarse delante de ella. María lo evitó.

—No te pares, por favor. Sigamos andando. —Tiró de él.

—¿Se te ha insinuado? —lo repitió expectante.

—Sí, y ya pasó.

—¡Esto es el colmo! ¡Está casado, y tú tienes veinte años!

—¿Y qué quieres? —El tono era cansino—. Le he parado los pies y ya está.

—¡No, no está! ¡Ese cabrón seguirá insistiendo! ¡Debería decirle cuatro cosas!

—¿Estás loco? —se asustó—. Yo acabo en la calle y tú, a lo peor, denunciado.

Dieron una docena de pasos más, hasta que, ahora, la que se detuvo fue María. No pasaba mucha gente por la calle. Podían incluso besarse sin llamar demasiado la atención. Pero no lo hicieron. A veces ellos, la policía, la guardia civil, los de la secreta, salían de debajo de las piedras, o de las sombras. El 7 de julio la ordenanza de decoro público se había visto aumentada con la prohibición de las actitudes consideradas plebeyas o el desaliño.

El Régimen los quería limpios, sanos, puros, castos, espejo de todas las virtudes encarnadas en el Movimiento.

—Pere, le tengo a raya, de verdad —quiso tranquilizarle.

—¿Y si se propasa un día?

—Grito y le araño —trató de bromear.

—No se puede vivir así, con miedo y bajando la cabeza siempre. —Se deshizo como una fina arenilla.

—Olvídalo. Siento habértelo dicho.

—¿Y si le mando un anónimo a la esposa?

—¿Quieres callarte? ¡Lo sospecharía! —Volvió a cogerle del brazo, tiró de él y le obligó a seguir andando—. ¿Qué hay del trabajo? Eso sí es importante. ¿Te lo dan o no?

Logró hacerle sonreír.

—Mañana llega la película, sí —asintió.

—¡Pere! —Se le iluminaron los ojos—. ¿Por qué no empezabas por ahí?

—Tampoco es gran cosa, un doblaje pequeño, aunque sí abre expectativas. —Trató de no mostrarse tan entusiasta como su novia.

María de pronto se columpiaba en el cielo.

—¡Venga, cuéntame! ¡Oh! ¿Serás tonto? ¿Por qué hemos estado

perdiendo el tiempo en lugar de hablar de eso? ¿Cuándo ibas a decírmelo?

—Te lo digo ahora.

—Cariño… —Se pegó a él, agarrada a su brazo.

—Te lo dije: el doblaje obligatorio es malo para el cine, pero bueno para los dobladores, porque van a hacer falta muchos.

—Tú tienes la mejor de las voces. —Lo miró amorosa.

—Yo y muchos más.

—No, la tuya es mejor.

—Gracias.

—¡Ojalá te hagan doblar a un actor famoso!

Pere se echó a reír.

—Lo importante es que paguen bien, porque la verdad… lo que se estipula tanto por película para los papeles principales como por horas para los pequeños, no es mucho.

—Pero si trabajas bastante…

—Entonces podremos casarnos en un par de años.

María se miró las puntas de los zapatos mientras caminaba. A veces era demasiado impetuosa, y lo sabía. Pero lo sucedido horas antes en el taller parecía empujarla.

Después de todo, ¿qué más daba quien lo propusiera?

—Podríamos hacerlo igualmente ya —dejó ir—. Nos casamos y nos quedamos en mi casa, que es más grande que la tuya.

—¿Con tu abuelo?

—Con mi abuelo y tu madre, sí.

—¿Los cuatro juntos?

—¿Por qué no? ¿Cuánto le queda a tu madre? Dijeron que unos meses y ya han pasado de sobras ¿No ves que te quedarás solo cuando ella falte?

—Quiero nuestra propia casa.

—¿Y ellos qué? ¡No vas a dejar sola a tu madre estando enferma, ni yo a mi abuelo!

—Ni que fuera un inválido.

—Ahora no lo es, pero en unos años…

Pasaban cerca de un portal oscuro. Anochecía rápido. Pere tiró de ella inesperadamente y la metió dentro. Sin esperar a más la besó con toda la fuerza reprimida hasta ese momento.

María no se resistió.

Al contrario, se deshizo como un helado al sol.

El beso fue largo, denso, vivo.

Acabaron abrazados, temblando.

—Cuando llegue el día lo hablaremos, cariño. Pero ahora te quiero solo para mí —le susurró Pere al oído.

María se estremeció.

Volvieron a besarse.

Hasta que, una eternidad después, acompasaron las respiraciones y relajaron los músculos.

La oscuridad del portal era un marco. En la penumbra solo brillaban sus miradas.

—Estás loco —susurró ella.

—Estoy enamorado —dijo él.

—¿De veras quieres esperar años para tener algo propio y poder casarnos?

—No, supongo que no —admitió Pere.

—Vámonos —lo apremió María—. Si aparece alguien…

—Espera.

—No, va.

—¿Y adónde quieres ir?

Ella se encogió de hombros.

—¿Al puerto a ver los barcos?

—¿Otra vez?

—Me gusta el mar, ya lo sabes.

—¿No te apetece sentarte en una terraza y tomar algo, para celebrarlo?

—Me apetecen muchas cosas, pero cuestan dinero. —Le acarició la mejilla con la mano—. No voy a gastar un dineral por nada. Con estos besos ya lo he celebrado bastante.

—Quiero más.

—Vaya por Dios. —Casi se le doblaron las piernas.

—Estoy excitado, y nervioso por lo del trabajo —quiso justificarlo él—. Y te quiero.

—Yo también.

—Te quiero mucho, María. Mucho. Más de lo que pueda expresar con palabras. —Pareció devorarla con los ojos.

Iba a besarla de nuevo.

María fue la primera en dar el paso.

Salieron a la calle y reanudaron la marcha, ahora incluso más despacio que antes. Por la calzada vieron pasar un carro empujado con mucho esfuerzo por un solitario hombre. En la guerra se lo habían comido todo, hasta los burros. Las ruedas metálicas traqueteaban sobre los adoquines. En las casas había pocas ventanas iluminadas.

Barcelona languidecía igual que una ballena varada en una playa, a la espera de la muerte o de que la marea alta la devolviera al mar.

—Si vieras las películas que llegan del extranjero, antes de que aquí las corten y las censuren... —rompió el silencio Pere.

—América es diferente.

—No, lo diferente es esto —rezongó él.

Una imagen del Caudillo silueteada en negro en la pared, con el yugo y las flechas al lado, bajo los lemas «¡Viva Franco!» y «¡Arriba España!», saludó su paso a un par de metros.

La noche podía devorarlo todo menos aquello.

Las barcas se mecían suavemente en la dársena del Comercio, levantando un leve chapoteo en la noche, un roce que tenía algo de nostálgico y etéreo. Había poca luz, pero aun así el agua reflejaba los distantes brillos de las farolas o los faros del puerto. María y Pere, sentados en las escalinatas que declinaban hacia el mar, eran dos residuos aislados y perdidos entre otros residuos, parejas que, como ellos, disfrutaban de la soledad y el silencio en la recta final del día, antes de volver al siguiente silencio, el de sus casas, sus habitaciones, sus almas.

María le acarició el dorso de la mano a su novio.

Manos hermosas, como lo era su voz.

Un extraño don en un mundo sin dones.

—¿Sabes ya en qué película trabajarás?

—En español se llamará *Bola de fuego* . La protagonizan Gary Cooper y Barbara Stanwyck.

—¿Gary Cooper?

—Ya ves.

—¿No irás a doblarle a él? —María levantó las cejas, expectante.

—Ya me gustaría, pero no. —Pere hizo un gesto de resignación —. A Cooper le dobla Rafael Luis Calvo, como siempre. Yo tendré un papel secundario, con otro de los actores.

—Debe de ser difícil sincronizar los labios de una persona que habla en inglés —consideró ella.

—Los que traducen lo hacen muy bien. Lo importante es que las frases no queden largas ni cortas. Para mí lo más difícil en cambio es darle emoción a lo que diga.

—¿Al final vas a los Estudios Acústica?

—Sí, pero ya me han dicho que después me esperan en Orphea. Eso sí es grande y da respeto, aunque… bueno, paso a paso. Todo el mundo me dice que no tenga prisa.

—¿Has visto ya la película?

—No, mañana harán un primer pase para nosotros. Pero sé que va de un grupo de profesores excéntricos y aislados que prepara una enciclopedia del saber humano, una especie de diccionario. Uno de ellos busca expresiones populares o algo así, y ve alterada su vida con la aparición de una mujer fatal, una cantante de cabaret que se esconde en la casa porque está huyendo y les pone la vida y el trabajo patas arriba. Imagínate que todos son solterones menos uno, que es viudo. Con la aparición de ella se dan cuenta de lo separados del mundo real que están.

—¿Cuándo la podré ver en el cine?

—No lo sé, pero no creo que sea antes del próximo año. Y eso que en Estados Unidos se estrenó a comienzos de 1942 y ganó muchos premios. A ella incluso la nominaron a esos de tanto prestigio, los óscars. Aquí todo llega tarde ahora.

—Tengo ganas de oírte.

—¿No tendrás celos cuando veas que alguien con mi voz besa a una rubia fatal?

—¡Tonto!

—Yo los tendría si fuera al revés.

—Ya verás como pronto te darán un papel principal, seguro.

—Eres muy optimista. Ojalá.

—¡Pues claro que lo harán! Con el tiempo…

—Sería maravilloso —reconoció él—. Si adaptan tu voz a una estrella, sabes que vas a doblarle siempre a él, y eso es trabajo seguro. Pero para llegar a eso…

—Cada día habrá más películas, ya lo verás. Es la única distracción que tenemos.

—Acabarán doblándose la mayoría en Madrid, es un hecho.

—No sé por qué. Tú mismo dijiste hace poco que Barcelona era la capital de la industria cinematográfica española.

—Exacto: era. ¿Crees que el Gobierno va a dejar que lo continuemos siendo? Ahora todo se va para Madrid. Es el precio de la derrota. Habrá que conformarse con las migajas.

—¡Pero si aquí están los mejores!

—También se los llevarán a Madrid, ya lo verás.

María frunció el ceño.

—¿Te irías tú?

—Por trabajo… Quién sabe. En todo caso nos iríamos los dos. Pero tranquila. —Impidió que dijera nada—. Eso no va a pasar. Seguiremos aquí.

—No me veo viviendo en otra parte —musitó ella.

—Ni yo, aunque sabes que estos últimos años…

—Sí. —Le apretó las manos con fuerza.

Una pareja sentada dos escalones más abajo, casi cerca del agua, se levantó para retirarse. La mujer era mayor. El hombre joven. Los dos parecieron huir de las miradas ajenas. Subieron la escalinata de piedra y desaparecieron. La mayoría de las personas aún recomponían las piezas de su vida, adaptándose a las nuevas circunstancias. Excombatientes que regresaban de la nada, después de haber hecho un nuevo servicio militar o tras salir milagrosamente de las cárceles franquistas. Viudas que luchaban por un pedazo de amor, apurando hasta el final su feminidad. Incluso ancianos y ancianas que encontraban un camino para sobrellevar la soledad. Todos querían tapar los agujeros de la guerra con el cemento del olvido.

María siguió jugando con las manos de Pere.

Un beso, no. Acababa de pasar una pareja de la benemérita vigilándolos a todos.

—¿Recuerdas la primera vez que te vi? —Pere meció cada

palabra en un susurro cargado de emotividad.

—Claro —asintió ella.

—Dios, me pareciste un ángel.

—Porque llevabas tiempo sin ver a una chica.

—No. Fue más que eso, y lo sabes.

—Abriste los ojos y allí estaba yo, sí. Pusiste una carita…

—Creí que estaba muerto.

—Eres un romántico.

—Muerto y en el cielo —insistió él—. Pensé: «Bueno, si ella es mi ángel ya me vale».

—Era una cría.

—Una cría salvando vidas.

—Hacía lo que podía, como todas.

—Ni siquiera sé cómo me hiciste caso. Los había más guapos.

—No, eso no. —Fue categórica—. Sé que me enamoré de ti a las primeras de cambio. Aquella misma noche le dije a una compañera que, si te pasaba algo, me avisara. Quería cuidarte yo, lavarte yo, cambiarte las vendas yo.

—Y me esperaste estos tres años…

—No quiero pensar en ello, va. —Tembló imperceptiblemente—. Tres años de guerra, luego tres años sin ti… Ya ni recordaba lo que era sentirme bien, volver a creer en la felicidad, reír…

Otra pareja abandonó su lugar en la escalinata.

Se hacía tarde.

Pero la noche era suave.

Contaba arañar los segundos.

—¿Crees que Europa se acuerda de nosotros? —preguntó él inesperadamente.

María no tenía ninguna respuesta para algo así.

De hecho no tenía respuestas para casi nada.

Lo que más quería era pasar el resto de sus días con él.

—Ellos tienen su guerra —dijo—. Si la nuestra no les importó lo más mínimo, ¿qué más da?

Un cangrejo se paseó por el último escalón, el que besaba en un ir y venir eterno la línea del mar. El hombre que estaba más cerca también lo vio y le arrojó la colilla de su cigarrillo. El cangrejo desapareció en el agua y la colilla flotó a la deriva en aquella falsa

orilla.

María pensó que aquello era como una metáfora de sus vidas.

Pero no se lo dijo a su novio.

Capítulo 3

Pere

Pere todavía tenía pesadillas. No se lo decía a María para no inquietarla, pero muchas noches despertaba sobresaltado, unas creyendo que seguía en el hospital y otras creyendo que permanecía en la cárcel, a la espera de saber si lo fusilaban o no. A veces incluso oía en sueños el fragor de las descargas en el Campo de la Bota, al amanecer, la hora en que se mandaba al paredón a los que ya no les quedaba nada.

Cada vez que dejaba a María en la puerta de casa y regresaba a pie a la suya, le sobrevenían los fantasmas. Cuando no se tiene nada, a veces uno se refugia en la indiferencia. Cuando se tiene todo…

Él tenía a María.

Su vida.

Sí, era cierto: al abrir los ojos en el hospital creyó estar muerto. María, inclinada sobre la cama, muy cerca de su rostro, le sonreía con dulzura. Tenía los ojos grandes, como faros, y la boca carnosa, suave y rosada. Lo primero que le dijo fue:

—Bienvenido.

Se la había quedado mirando, obnubilado. Ni siquiera se atrevió a parpadear. ¿Bienvenido? ¿Dónde estaba? Lo supo cuando quiso mover un brazo y el dolor le atravesó todo el cuerpo, de la cabeza a los pies. Arrugó la cara y ella le puso una mano en la frente.

—Tranquilo, estás bien. Te recuperarás.

—¿Qué… me ha pasado? —balbuceó.

—Te estalló una granada, muy cerca. Tienes algunos agujeros, pero ya te los han cosido. En unos días estarás bien. ¿Sabes cómo te llamas?

—Pere Macías Ballvé.

—Yo soy María, Pere. Y voy a cuidar de ti.

Y lo hizo.

Cuidó de él.

A la guerra le quedaban dos disparos y muchos muertos más. Eran los últimos días de 1938, después de la batalla del Ebro. María se había presentado voluntaria para hacer de enfermera a pesar de ser tan joven y de que no tenía ni la menor idea de curar una herida. Cualquier ayuda era necesaria. Cuando supo que tenía dieciséis años casi se sintió un infanticida.

Cuando se enamoró perdidamente de ella ya ni casi.

Era un infanticida.

Pero en una guerra, ¿qué importaban las edades?

Juraron reencontrarse. Ella le dijo que le esperaría. Él, que volvería con vida, sin importar el tiempo que transcurriese. Y María le creyó. Y él, que lo sabía, se hizo fuerte para resistir. Cuando Barcelona cayó ni siquiera pensó en irse al exilio. No con su madre sola y desamparada. No con María esperándolo. Primero se refugió en su casa, ocultándose. Después, un vecino le convenció para que se entregara y le acompañó él mismo a la comandancia más cercana. A Pere todavía le resonaban en la cabeza aquellas palabras:

—No tiene delitos de sangre. Es un buen chico. Estaba aquí y no tuvo más remedio que luchar en este bando, pero es un buen cristiano, un hijo excelente, y desde luego ni comunista ni anarquista. Se entrega sabiendo que serán justos.

Justos.

Lo mandaron a prisión y allí, entre cientos como él, desesperados y humillados, conoció el horror de la derrota, unido al miedo de la venganza por parte de los vencedores. Los rojos no eran humanos, eran bestias salvajes. Los rojos no eran fieles a una República, sino a la hoz y el martillo comunistas, símbolo de la decadencia de la humanidad. Los domingos los curas les daban misa. Los mismos curas que luego confesaban a los condenados y hacían el signo de la cruz en sus frentes antes del fusilamiento. Cada noche un coro de lágrimas le impedía dormir. Por la mañana el estruendo de los disparos le despertaba y le enfrentaba a la realidad de que, tal vez, aquel también fuese el último día para él. Los hombres entraban a espuertas y solo salían para ir al paredón. Los que lo hacían en libertad, eran más bien escasos.

Un día lo llamaron. Tenía que ir «arriba».

Palabras mayores.

Subió y apenas si pudo comprender lo que le decían aquellos tres hombres con uniformes de alto rango. «Condena», «Piedad», «Por la gracia del Generalísimo», «Hombre nuevo», «Nueva España», «Segunda oportunidad»…

—¿Crees ser merecedor de tal dispensa, Macías?

Dijo que sí.

Una dispensa no era una sentencia, ¿no?

Así fue como acabó vistiendo el uniforme de los vencedores, reclutado y reinsertado socialmente, para cumplir con la penitencia de un largo servicio militar de tres años destinado a servir a la Patria y redimirse de sus pecados.

Quería volver a ver a María, así que tragó con todo.

Dejó de ser Pere y se convirtió en Pedro, fue a misa, comulgó, se portó bien, no dio problemas, cantó el «Cara al Sol», se presentó voluntario para lo que fuera. El sargento, el teniente, el capitán, que primero la tomaron con él, sabiendo de dónde venía, acabaron incluso palmeándole la espalda y convirtiéndolo en su favorito, uno tras otro. El soldado ejemplar. La viva muestra de la nueva doctrina española. Fue precisamente el capitán el que le hizo actuar en la función de Navidad, alegando que tenía una voz única.

No era buen actor, pero lo de la voz…

—Cuando te licencies y vuelvas a la vida pública, ¿qué vas a hacer, Macías?

No tenía ni idea.

Casarse con María.

¿Acaso no había sobrevivido a todo por ella?

—Tengo conocidos en algunos estudios de cine de Barcelona, Acústica, Orphea… Allí van a necesitar voces como la tuya, seguro. Hay actores muy buenos que no saben declamar, y harán falta dobladores. Te aseguro que ahí tendrás una oportunidad.

Eso había sido antes de que el 23 de abril de aquel mismo 1943 apareciera la orden gubernamental para el doblaje obligatorio de todas las películas extranjeras exhibidas en el territorio español.

Ya no solo era doblar a los malos actores patrios: significaba poner voz a todos, americanos, franceses, italianos…

El día que lo licenciaron hizo dos cosas. La primera, ir a su casa, ver a su madre, lavarse y cambiarse de ropa. La segunda, volar al encuentro de María.

Mientras ella lloraba en sus brazos, le prometió amor eterno.

Nunca iban a separarse.

El resto…

Abrió la puerta del piso tratando de no hacer ruido, pero le fue imposible pasar desapercibido aunque, como siempre, estaba seguro de haber sido silencioso.

Era como si ella nunca durmiera, o lo hiciese con una campanita de alarma conectada a la mente.

—¿Pere?

Además, siempre lo preguntaba.

¿Quién podía ser si no él?

—Ya estoy en casa, mamá.

Dejó la chaqueta en el perchero y entró en la salita. Todavía hacía calor, pero ella tenía encendido ya el brasero, con las piernas a su vera bajo el tul de la pequeña mesa. Según el médico, ya no diferenciaba el frío del invierno del calor del verano. Su termómetro interior estaba averiado. Su madre siempre tenía frío. Hasta en julio o agosto, con las ventanas cerradas para escapar de las corrientes de aire. La enfermedad que se la iba comiendo por dentro vorazmente también la deterioraba cada vez más por fuera. La que de joven había sido una mujer guapa y luminosa, a tenor de las fotos que a veces se castigaba con ver, ahora no era más que una sombra, un pálido eco de lo que fue. Y apenas si tenía cuarenta y cinco años. Una vida segada en plenitud. La cara, demacrada, hacía que la piel se pegara a la calavera interior. El cabello, ralo, gris y escaso, le confería un siniestro aire de bruja de cuento. Pere le dio un beso en la frente.

—Siento llegar tarde.

—¿Has estado con María?

—Sí.

—Bien, bien. Me alegro. —Le acarició el rostro con el pergamino de su mano—. Esa muchacha ha tenido suerte de encontrarte, pero tú también la has tenido de encontrarla a ella.

—¿Cómo has estado?

—¿Cómo quieres que haya estado? Como siempre.

—¿Te ha dolido?

—No mucho.

Mentía. Le hacía daño. Y mucho. A veces ella escondía las muecas de dolor, apartaba la cara, se dominaba en lo posible con entereza, apretaba los puños y se quedaba rígida. Pero no siempre era tan sencillo ni lograba engañarle. Cuando sentía la lacerante mordedura del cáncer en el pecho, acababa gimiendo y emitiendo pequeños estertores que la desarbolaban.

Pere odiaba verla sufrir.

Lo odiaba con todas sus fuerzas.

Según el médico, no cabía otra cosa que esperar.

Esperar.

Y mientras…

—Voy a prepararte algo de cenar.

—No, deja. Lo hago yo.

—Mamá, no seas tonta. Descansa.

—¡Pero si llevo todo el día aquí sentada sin hacer nada!

—Estás enferma. Es lo que te toca: estar sentada y no hacer nada. Bastante siento dejarte sola tanto tiempo.

—Cómo eres.

No fue un reproche, más bien un sentimiento de orgullo.

—¿Te va bien una sopa?

—Espera, no tengo hambre. ¿Cómo te ha ido? ¿No ibas a lo del cine? Vamos, ven y cuéntamelo.

La obedeció. Se sentó a su lado aunque apartándose lo que pudo de la mesita y del brasero. La sala era un horno. Llevaba allí un par de minutos y ya estaba sudando. Se aligeró el nudo de la corbata y se desabrochó el cuello de la camisa.

—Ha ido bien —le dijo—. Mañana empiezo a doblar una película.

—¡Oh, Pere! —Se le iluminaron los ojos—. ¡Qué bien!, ¿no?

—Sí, y seguramente habrá más. Todo lo que está llegando ahora, después del verano, ha de estar doblado para Navidad o comienzos de año. Las expectativas son buenas.

—¡Te darán buenos trabajos, ya verás! ¡Con lo que vales!

No le habló de Madrid, del centralismo, de que por importante y

pionera que fuera la industria del cine en Barcelona, el Régimen iba a primar la capitalidad del país por encima de todo.

Decían que a Franco le encantaba el cine.

Como a Hitler.

—Mañana doblaré a uno de los actores de una película titulada *Bola de fuego* , con Gary Cooper y Barbara Stanwyck.

—¡Gary Cooper! ¡Oh!

—Ya, pero yo no le doblo a él.

—¡Da lo mismo, todo el mundo irá a verla, y tú estarás ahí!

Los mortecinos ojos anunciaban lluvia. Pere trató de evitarlo.

—Voy a por la sopa. Y, si es necesario, te la daré yo, cucharada a cucharada.

—Bastante haces ya. —Impidió que se levantara sujetándolo con un leve resto de fuerza—. Espera, ¿quieres? He de hablar contigo.

—¿De qué? —Se temió algo malo.

Y lo era, solo que peor.

—De tu padre.

—Mamá… —Hizo un pequeño esfuerzo para soltarse sin ocultarle el desagrado que sentía.

—No, ni mamá ni nada. —Se mantuvo firme—. Vas a oírme, lo quieras o no. A fin de cuentas ya es hora, ¿no crees?

—¿Hora de qué? —lamentó.

—Hora de enfrentarte a él, por tu bien.

—¿Por mi bien?

—¿No ves que a mí ya no me queda mucho?

—Vivirás cien años.

—¡Me estoy muriendo, y tú te quedarás solo!

—¡Tengo a María!

—Ya sabes a qué me refiero.

—No, mamá. No lo sé. —Se rindió, dejándose caer sobre el respaldo de la silla—. Te dije hace tiempo que no quería saber nada de él, como él no ha querido saber nunca nada de mí. ¿Crees que ha cambiado algo? Ni siquiera sé por qué insistes. Yo no tengo padre.

—Sí lo tienes, y has de ir a verle.

—¿Para qué, para que me eche a patadas?

—No lo hará.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé, eso es todo. Un día me quiso, le conozco bien.

—¡Tú lo has dicho: te quiso un día, solo uno! ¡Te embarazó y te dejó!

—¡Éramos muy jóvenes! ¡Y fuimos novios casi un año! ¡Su familia fue la culpable! ¡Ellos impidieron que nos casáramos!

—Se portaron cristianamente, claro —dijo con sorna—. Me dieron el apellido.

—Tampoco nos faltó nunca dinero para comida y tu educación. Si no hubiera sido por la guerra…

Era demasiado para ella. Empezó a toser y a ponerse lívida. Pere reaccionó dándole golpecitos en la espalda antes de acercarle el vaso de agua que siempre tenía al lado.

—¿Quieres hacer el favor de no alterarte?

—¿Y tú quieres dejar de ser tan terco?

—¿No ves que no puedo ir a verle?

—¿Por qué no?

—¿Qué le digo? ¿«Hola, papá. Soy tu hijo»? ¿Así de fácil?

—Tienen dinero, se han recuperado, lo sé. ¡Pueden ayudarte! ¡Si no lo haces por mí, hazlo por María! Si no sale bien lo del doblaje, ¿qué? ¿Vas a condenarla por un estúpido orgullo?

—Sabes que es algo más que orgullo.

—¡Son tus raíces, por Dios! ¡No puedes renunciar a ellas! ¡Tienes tíos, tías, un hermanastro y dos hermanastras!

Se quedó perplejo.

Llevaban tiempo sin hablar de ello, y ahora, de pronto…

—¿Cómo lo sabes?

—¡Lo sé y ya está!

—¿Le has visto tú?

—¡No!

—¿Entonces cómo sabes que tiene una familia?

La mujer necesitó recuperar un poco las fuerzas. Tomó aire. Pero no se rindió. Era como si quemara las últimas energías que le quedaban. El aspecto demacrado mostraba de pronto un tinte exageradamente macabro.

—Porque ya lo sabía, hijo. Por eso —balbuceó—. Lo sabía y me daba miedo decírtelo… Pero ahora…

—¡No ha cambiado nada, mamá! ¡Ni va a cambiar porque lo

sepa!

—La señora Rosa me dijo hace unos días que le había visto, y de pronto comprendí…

—¿La vecina?

—Han pasado veinticinco años, es hora de que te enfrentes a ello, por favor.

Pere se llevó una mano a los ojos.

Hundió los dedos en las órbitas hasta poblar su interior de luces de colores.

Ya no quería oír más.

—Voy a prepararte esa sopa —dijo levantándose de golpe.

Ella ya no pudo retenerle.

Tampoco la dejó hablar, porque salió de la sala y de su ardiente calor casi a la carrera, dándole la espalda.

Nunca había hecho nada parecido.

Y ni siquiera se sentía mal.

Solo triste.

Su madre dormía, finalmente rendida y agotada por el dolor. La caja estaba en el armario, debidamente oculta. No era muy grande. Una simple y vulgar caja de zapatos. Jamás había hurgado en las cosas de ella, aunque tampoco imaginaba que pudiera guardar allí mismo sus secretos.

Toda su vida.

Se sentó a la mesa del comedor, con la caja abierta y el contenido a la vista. Fotos, recuerdos, cartas…

Primero miró las fotografías. Algunas las recordaba, otras no. Imágenes del pasado, rostros que ya no estaban entre ellos. Padres, abuelos, familiares o amigos desconocidos… Sí, su madre había sido muy muy guapa. Grandes ojos, labios hermosos, sonrisa abierta, cabello perfectamente peinado a la moda y una suma elegancia innata, ahora perdida. No era nada extraño que uno de los ricos Macías se hubiera enamorado de ella, aunque fuese una simple dependienta en una perfumería.

Las palabras todavía le rebotaban en la cabeza:

—¡Tienes tíos, tías, un hermanastro y dos hermanastras!

Siguió rebuscando en las fotografías hasta que dio con él.

Su padre.

Tomás Macías Roselló.

La imagen era de veinticinco años atrás, cuando ellos eran novios.

Pere comprendió lo mucho que se parecía a él.

Lo difícil que habría sido para su madre verle crecer, convertido en el vivo retrato del único hombre al que había amado, el único hombre de su vida.

Dejó las fotografías y repasó los escasos recuerdos. Unos billetes de tren, otros de autobús, entradas de cine, folletos de películas, un pañuelito bordado a mano, un anillo barato, unos pendientes…

Quizá regalos.

Las cartas estaban al fondo, atadas con una cinta azul.

Abrió la primera sin atender al nudo del estómago, el vértigo de la cabeza y el temblor de los dedos. La letra era pulcra y clara. Parecía haber sido escrita con una extrema calma que no se correspondía con la fuerza del contenido. El texto ni siquiera se iba por las ramas.

Amor, mi amor. ¿Qué puedo decirte? Ni siquiera espero que me contestes. Ni todo lo que sentimos puede cambiar las cosas y esto es lo que más me duele. Comprender que no soy dueño de mi destino ha sido lo peor de mi vida, sobre todo porque ello me ha hecho perder lo mejor de esa misma vida: tú. Darme cuenta de que soy un cobarde es triste y amargo. Y a pesar de esto, a pesar de todo, has de saber que tú siempre serás la primera y la única, porque nunca, nunca podré amar a nadie más de lo que te amo a ti. Te juro que ni siquiera sabía los planes prefabricados de mis padres. Esa boda con la hija de su socio, esa unión más comercial que sentimental… Sí, ¿qué puedo decirte? Quisiera seguir viéndote, pero eso sería todavía peor. Sufriríamos. ¿Podrás perdonarme algún día? Sé que no. Pero por lo menos no me odies. Te lo suplico, no me odies…

Estuvo a punto de estrujar el papel.

¿Cuántas veces habría leído su madre esas cartas?

¿Y por qué las conservaba?

¿Olían a él?

Leyó otras dos. No estaban ordenadas. Una procedía del extranjero, de París, y era inocente. La típica misiva de un joven enamorado. La otra hablaba de trivialidades. Lo peor, a la postre, fue encontrar una libretita en la que su madre había anotado algunas fechas curiosas.

Tardó en comprenderlas.

Tardó en darse cuenta de que eran los días felices de Tomás Macías, no los de ella.

Sí, tenía dos hermanastras de veintitrés y veinte años respectivamente, y un hermanastro de dieciséis.

Macías e Hijos.

¿Cuántas veces había pasado por delante de esas oficinas sin saber que pertenecían a su propia familia?

—Mamá… —suspiró.

¿Qué podía hacer ahora?

¿Obedecerla, hacerle caso, ir a verle?

—Soy tu hijo ilegítimo, el paria, el muerto de hambre.

Lo más seguro era que también viviesen sus abuelos, los mismos que, tras negarse a que Tomás Macías se casara con la embarazada novia pobre, se habían dignado a concederle «cristianamente» el apellido al fruto de su amor no consentido.

Pere ya no pudo seguir leyendo más.

Guardó las cosas en la caja, respetando el orden en el que las había encontrado, y cerró la tapa. Una simple caja de zapatos podía contener una vida entera. Y esa misma caja, en el fondo de un armario, ser el testigo silencioso de otra vida, la de él.

Jamás se hubiera atrevido a curiosear en las cosas de su madre de no haber mediado aquella conversación un rato antes. Fue como si una cortina se abriera y permitiese ver al otro lado. Un lado que siempre había estado ahí de todas formas, aunque él no hubiese querido verlo.

Dejó transcurrir unos segundos.

Acompasó la respiración.

Luego se levantó, cogió la caja y regresó al cuarto de su madre. Por lo menos los sedantes la hacían dormir toda la noche, aunque a

veces se despertara antes y sus gemidos le alertaran. Abrió el armario y la depositó en su sitio. Lo último que hizo antes de salir de la habitación fue arroparla un poco.

Le pasó la mano por la frente.

No, los Macías nunca podrían pagar lo que le habían hecho.

Condenada a ser madre soltera, con la existencia arruinada.

No cerró la puerta al salir. La dejó entreabierta. Todavía no era muy tarde y tampoco tenía sueño. Podía escuchar un rato la radio.

Se dirigía al comedor cuando, inesperadamente, escuchó los golpecitos en la puerta.

Pensó en una vecina. Quizá la señora Rosa.

Caminó hasta el recibidor y abrió la puerta sin más.

Al instante, se le desencajó la mandíbula.

—¿Jaume? —balbuceó.

La última vez que lo había visto fue en los días de la gran huida de Barcelona, antes de que las tropas victoriosas de Franco entraran en la ciudad el 26 de enero de 1939 y miles de republicanos escogieran el exilio como salvación, camino de la frontera francesa.

Jaume, su mejor amigo, había tratado de convencerlo.

—¡Vente conmigo!

—¡No puedo!

—¡Tu madre estará bien, saldrá adelante! ¡Si te quedas a lo peor acabas muerto!

—¡Está enferma! ¿Cómo voy a dejarla sola?

—¡Pere, Pere, maldita sea! ¡Estaremos juntos! ¡Podremos luchar mejor desde la libertad! ¡No van a dejar que Franco se salga con la suya! ¡Regresaremos y acabaremos con ese cabrón! ¡Te necesito!

No le hizo caso.

Lo vio alejarse calle Balmes arriba y eso fue todo. Ni siquiera volvió la cabeza.

Ninguno quería ver las lágrimas del otro.

Cuatro años y nueve meses sin verlo.

Una amarga eternidad.

Y ahora estaba allí, en la puerta de su casa, resucitado, igual y diferente, con el mismo brillo en los ojos y cambiado, delgado y

súbitamente mayor.

Jaume Enrich, el de siempre.

No pudo volver a abrir la boca. Jaume se le echó encima y lo abrazó igual que un oso atrapando a su presa. El abrazo se convirtió en una suerte de comunión emocional, superado el impacto de la primera sorpresa.

—¿Pero qué…?

—¡Coño, Pere! —Jaume se separó de él para mirarlo, aunque le costó encontrar las palabras adecuadas para expresar lo que sentía —. ¡Maldito hijo de puta!

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo has vuelto?

—¿A ti que te parece? ¿Crees que iba a dejarte solo mucho más tiempo? Vamos, déjame entrar, que estoy agotado. Llevo todo el día…

No acabó la frase. Cargaba una especie de macuto a la espalda y lo dejó en la entrada mientras él mismo cerraba la puerta. Pere comenzó a reaccionar poco a poco. De lo primero que se dio cuenta era de lo irreal de la presencia de Jaume en Barcelona. Lo segundo fue captar su aire conspirador.

El peligro que emanaba de él.

—Cuando supe que estabas vivo y que seguías viviendo aquí, se me abrió el cielo, ¿sabes? ¿Y tu madre?

—Sigue enferma, y cada vez peor. Ya no… Pero ven, pasa, va.

—Dame un vaso de agua, por favor.

—Sí, claro.

Vacilaron un segundo más.

Y volvieron a abrazarse con la misma intensidad, superada la sorpresa de Pere y la emoción del recién llegado, como si ahora, por fin, se reconocieran el uno al otro.

—Creí que no te volvería a ver —susurró Pere.

—Pues anda que yo… Nunca imaginé que volvería a esta mierda de país estando ellos en el poder.

—¿Y cómo…?

—Agua, una silla y te lo cuento, ¿de acuerdo?

Lo dejó en el comedor y fue a por agua. Le llevó una jarra y el vaso. Hizo bien, porque Jaume apuró uno de golpe y casi hizo lo mismo con el segundo. Se pasó el antebrazo por los labios y, como

si hubiera caminado cien kilómetros, se echó para atrás en la silla. Los dos se estudiaron mutuamente, reconociéndose más allá de su pasado y la larga separación impuesta por las circunstancias.

—Sigues pareciendo un crío —se burló su amigo.

—Pues tú pareces salir de una guerra —dijo Pere.

—Y de una salgo, amigo. Si tuviera que contártelo todo…

—¿No vas a hacerlo?

—Cuanto menos sepas, dadas las circunstancias, mejor.

—¿Por qué?

—Si me detienen…

Pere tragó saliva. Jaume era un año mayor. En la guerra lo habían condecorado. Él solo había acabado con un nido de ametralladoras, salvando a decenas de hombres de caer heridos o muertos. Más que valentía lo suyo había sido de un arrojo suicida. De los dos, siempre había sido el de más carácter, el del empuje a veces alocado, el que quería quemar la vida antes que verla pasar sin más. También era un experto fabricando explosivos. Le bastaba muy poco para hacer una bomba.

—¿Estás ilegalmente en España?

—¿Tú qué crees?

—Dios, Jaume…

—Necesito quedarme aquí unos días. No tengo adónde ir. En cuanto pueda te juro que desapareceré y no te pondré en ningún compromiso. Si me arriesgo a deambular solo por la calle igual me dan el alto o qué se yo.

—Claro, claro —asintió él.

—¿De verdad no te importa?

Le importaba, pero no se lo dijo.

—Somos amigos.

—¿Cómo están las cosas?

—¿Cómo quieres que estén? Mal. Se sigue fusilando, la represión es brutal, todo son militares y sotanas. Lo único que cuenta es sobrevivir.

—¿Y la gente, traga?

—¿Qué quieres que hagan? Acabaron hartos de la guerra, Jaume. En cada casa hay una herida, muertos que ya no volverán, silencios que son como gritos ahogados.

—Resignación.

—Llámalo como quieras. ¿De dónde sales tú?

—Las cosas van a cambiar —dijo Jaume sin responder a su pregunta.

—¿En serio? ¿Cómo?

—Dinamitaremos el sistema desde dentro.

—¿Otra guerra? ¿Por eso estás aquí?

—Pensábamos que las potencias europeas nos iban a ayudar, pero bastante tienen con la guerra contra Hitler, que ya está ganada, aunque no será fácil acabar con los nazis.

—¿Cómo que está ganada?

—Stalingrado cayó en febrero. Más de un millón de alemanes se dejó la vida allí. Todo el 6º Ejército destruido y el 4º casi lo mismo. Eso marcó el fin de la contienda en Oriente. De víctimas, los rusos pasaron a vencedores. En mayo el Eje abandonó el norte de África y hace dos meses los aliados desembarcaron en Sicilia. —Hizo una pausa con los ojos expectantes—. ¿No lo ves? La pinza ya es irreversible. Los rusos por el este, los aliados por el sur y en cuanto Estados Unidos cruce el mar del Norte y ataquen por allí, los alemanes ya no podrán contenerlo todo. ¡Es el fin! No inmediato, pero sí irreversible. Por eso hemos de empezar a actuar en España, para minar al Régimen desde dentro. Cuando la guerra mundial termine, volverá la esperanza.

—Espera, espera. —Pere intentó serenarse ante el entusiasmo de su amigo—. ¿Por qué hablas en plural? ¿Hemos? ¿Actuar en España?

—Soy del Front Nacional de Catalunya, el FNC —dijo Jaume abriendo las manos.

—¿Y eso qué es?

—Lo fundamos en París en 1940, primero como un partido político nacionalista catalán, aunque ahora queremos ir más allá de lo meramente local. Si hay una revolución, ha de comenzar en Barcelona, está claro.

—¿Quién forma ese… lo que sea?

—Nombres señeros del exilio, Pere. Se trató de aglutinar a todos, sin distinción de siglas o partidos. Nada de enfrentamientos, como en la guerra. Nos fijamos un fin común: hacer caer a Franco y al

Régimen. No ha sido fácil, pero estamos en el camino. La idea es establecer una resistencia activa en Cataluña, por la libertad, la dignidad y poniendo en marcha un modelo de sociedad avanzada, acorde a los nuevos tiempos que vendrán con el fin del nazismo. Si lo hacemos bien, al acabar la guerra los aliados nos ayudarán. ¡No tienen otra! No van a dejar a Franco y al fascismo dominando el sur de Europa. Nuestro modelo servirá también para mover al resto de España.

—¿Vais a poner bombas y empezar a matar gente?

—De momento no, porque los moderados dominan el FNC. Pero hay otros que sí queremos. El problema es que tenemos poca financiación.

—Tú eres de los que lo quieren.

—Sí, yo. Pertenezco a la rama militar del FNC. Creo que es la única y mejor forma de golpearles. Que se den cuenta de que no todo es un lecho de rosas para ellos. Tenemos en nuestras filas a mossos d'Esquadra, policías de la Generalitat… ¿Sabes quiénes son los fundadores? —No esperó a que Pere le contestara—: Joan Cornudella y Antoni Andreu, de la directiva de Estat Català; Manuel Cruells, de las Juventudes; Marcel·lí Perelló, del antiguo Partit Nacionalista Català; Joan Massot y Jaume Martínez, de Nosaltres Sols!; Enric Pagès, Francesc Espriu y Joan Fortuny, de la Federació Nacional d'Estudiants de Catalunya… ¿Quieres que siga?

Nombres.

A Pere empezó a darle vueltas la cabeza.

Nombres y más nombres, exiliados, notables, seguros de un sueño. Y Jaume, como siempre, de avanzadilla, brazo armado.

—¿Has cruzado la frontera solo?

—No.

—Entonces vais en serio.

—¿Tú qué crees? El mes pasado entraron clandestinamente en Cataluña Cornudella, Andreu, Cruells y otros. Estamos tejiendo una red de espionaje para los ingleses. Josep Benet es el correo con el exterior. Jaume Ribas contactó con el Servicio de Inteligencia Británico y nos dieron algunas armas y una emisora de radio. Gregori Font hizo lo mismo con el Deuxième Bureau francés. Estamos en precario, pero perfectamente organizados.

Perfectamente organizados.

Pere recordó a los generales de la República asegurando que la victoria estaba de su lado porque defendían la razón y la legalidad.

Así de simple.

—Esto es una locura, Jaume —se atrevió a decir.

—¡No, no lo es! —Su amigo se inclinó hacia delante, vehemente—. ¡Todas las revoluciones comienzan con unos pocos! ¡El éxito viene de la perseverancia y la astucia, saber dónde, cuándo y cómo actuar! ¡Este es el momento, Pere! ¿No lo ves? ¡El momento exacto, con el giro de la guerra en Europa! Calculamos que Hitler resistirá uno o dos años más. Si no nos preparamos, para cuando llegue ese momento, perderemos el paso. Hemos de hacernos notar, gritar: «¡Eh, estamos aquí!». ¡Hay que barrer hasta la última sombra de fascismo para enfrentarnos al futuro!

Arrebatador, pasional, ojos encendidos, manos expresivas.

El mismo Jaume de años atrás.

—Déjame que lo asimile —suspiró Pere.

—¡Eh, no te pido que me ayudes y te metas en problemas! ¡De momento es cosa mía! Solo necesito tu ayuda esta noche. Después… Si quieres unirte, bien. Pero sea como sea, comprenderé lo que hagas. Entiendo que a estas alturas debes tener tu propia vida.

Se conocían bien.

Ante un campo minado, Pere esperaba, Jaume se lanzaba a tumba abierta.

El recién llegado bebió lo que le quedaba en el vaso y se sirvió un tercero.

—¿Has cenado?

—No te preocupes por mí.

—¿Cómo no voy a preocuparme? Puedo hacerte una sopa.

—Estáis bajo racionamiento. Mejor no malgastes la comida.

—No te hagas el héroe conmigo.

Jaume sostuvo su mirada.

Más allá de la ventana, el silencio de la noche era casi ceremonial.

Hora de cambiar las tornas.

—¿Qué ha sido de tu vida? ¿Estuviste preso?

—Sí —confesó Pere—. Me ahorraron el fusilamiento, pero tuve

que cumplir un servicio militar extra con Franco.

—¿Te pusiste el uniforme…?

—Sí, Jaume. Me lo puse. Yo estaba aquí. Quería vivir.

—No te juzgo por ello.

—Te lo agradezco.

—Pero ¿sigues pensando como antes?

—Por supuesto.

—¿Y ahora? ¿Qué haces?

—Trabajo de doblador de películas y tengo novia.

Jaume levantó las cejas.

Pere no supo si por lo primero o por lo segundo.

Posiblemente por las dos cosas.

—Mañana doblo a uno de los actores de una película de Gary Cooper —relató.

—Increíble. ¿Y la novia?

—¿Recuerdas la enfermera del hospital?

—¿Aquella niña…?

—No era una niña. Tenía dieciséis años y sabes que nos enamoramos.

—¿Así que es ella?

—Sí.

Mesuró la rotunda afirmación de su compañero. Cuatro años y medio de separación no les habían cambiado tanto. Jaume conocía su lado romántico, su carácter. Acabó sonriendo.

—Estás enamorado —dijo.

—Sí —asintió Pere por segunda vez.

Jaume hizo entonces la pregunta final, la que quizá, en el fondo, llevaba deseando hacer desde el comienzo.

—¿Sabes algo de Neus?

La respuesta de Pere fue decepcionante.

—No, nada.

Capítulo 4

Jaume

Cuando despertó, Pere ya se había ido. Habría creído que estaba solo si no hubiera oído, de pronto, algo parecido a un viento que iba y venía en oleadas espectrales, como si el aire fuera sólido y se restregara contra una superficie rugosa y accidentada.

Recordó a la madre de Pere.

Se levantó despacio, descalzo, y salió de la pequeña habitación en la que había dormido. La mujer estaba sentada en la salita, con el brasero ya encendido. Dormitaba con la cabeza vuelta hacia un lado. La posición era la que la hacía respirar fatigosamente. Por un momento, Jaume pensó en entrar y colocarla mejor, pero no quiso despertarla. Pere le había dicho la noche pasada que, antes de marcharse, avisaría a su madre de su presencia en la casa.

Desde la puerta, miró a la prematura anciana de cuarenta y cinco años.

Nada que ver con la mujer de unos años atrás.

Nada que ver con ninguna mujer de años atrás.

Lo que no había matado la guerra lo mataba la vida.

Fue al lavadero y se aseó un poco. Luego se vistió y se dirigió a la cocina. Pere no había aceptado el dinero que le había ofrecido, a pesar de su insistencia.

—¡Estamos financiados, cógelo!

—Anoche dijiste que el problema era la falta de medios. No voy a coger tu dinero. Donde comemos dos, podemos comer tres.

Mejor dicho: donde malcomían dos, malcomerían tres.

Bueno, no pensaba quedarse allí mucho tiempo, aunque Pere le insistió en que no tenía por qué irse ya. Clandestino o no, era su amigo. Pere quizá no fuera un héroe, pero tenía conciencia, sentido de la responsabilidad.

Se acercó a la ventana y miró a la calle y a las casas de enfrente.

Las casas eran las de toda la vida, solo que ahora las miraba y las veía con otros ojos. La calle sí parecía distinta. La gente iba y venía, como siempre, pero era como si un hálito pesado e invisible los aplastara. Podía percibirlo. Pere le había dicho que en todas partes quedaban heridas abiertas, que todas las familias lloraban a sus muertos. ¿Bastaban cuatro años y medio de falsa paz para acabar con el dolor de los tres años anteriores? Franco no había ganado la guerra: la había perdido la República. Eso todavía dolía más.

Si no fuera por la esperanza del futuro que, juntos, iban a forjar desde ya mismo…

Tenía cosas que hacer, pero solo una le inducía a la prisa.

Neus.

Las palabras de Pere la noche anterior todavía se hundían como cuñas en su cerebro:

—¿Sabes algo de Neus? —le había preguntado él.

Y la respuesta:

—No, nada.

—Pero la habrás visto alguna vez…

—Jaume, te fuiste al exilio. ¿Para qué iba a verla? ¿Para llorar juntos? Bastante tenía con lo mío, el servicio militar, mi madre, María… Simplemente desapareció.

Cuatro años y medio.

¿Y si se había casado?

¿Quién espera a un fantasma?

No quiso pensar en ello y se apartó de la ventana. Lo hizo demasiado violentamente. Sin darse cuenta rozó una silla. Las patas arañaron el suelo con estruendo. En el silencio de la mañana sonó como un trueno. Casi al momento apareció la voz.

—¿Jaume?

Entró en la salita del brasero. La madre de Pere estaba despierta. Sonreía con ternura, como si se reencontrara con un hijo perdido. Levantó las manos hacia él y lo abrazó al tiempo que le besaba con intensidad en ambas mejillas.

—¡Jaume!

—Hola, señora Concepción.

—Cuando Pere me ha dicho que habías vuelto… no podía creerlo.

—Ya ve.

—Pero ilegalmente… ¿No es muy peligroso?

—Sé cuidarme, descuide.

—Hay mucha represión, hijo.

—Europa no está mejor. Y ya ve: aquí estoy, sano y salvo.

—¡Ay, Señor! —suspiró la mujer sin dejar de acariciarle la mejilla—. Estás cambiado.

—¿Y quién no?

—No irás a meter a Pere en líos, ¿verdad?

—No, descuide.

—Él no es como tú, y lo sabes.

—Sí, lo sé. Tranquila. Cada cual hace la guerra como puede. Pere le tiene a usted, a su novia… Yo no tengo nada. Bueno, salvo la causa.

—La causa —repitió la palabra con dolor.

Jaume la besó en la frente antes de apartarse de ella para sentarse al otro lado de la mesita. Intentó parecer sereno, aunque le costaba mirar a la cara a la madre de su amigo. Era como ver a dos personas en una: la que fue y la que era ahora, ella y el fantasma de la muerte acompañándola. Había visto muchos muertos, demasiados. Pero todos eran anónimos. La señora Concepción no tenía nada de anónima.

Tantas tardes preparándoles la merienda cuando eran niños.

Toda aquella belleza y energía perdidas.

—Pere me ha dicho que te quedarás unos días.

—No muchos. Solo los necesarios. No sabía adónde ir. En cuanto encuentre lo que necesito…

—¿Te buscan?

—No, no. —Hizo un gesto tranquilizador—. Y llevo papeles falsos realmente buenos, aunque siempre es mejor que no me paren por la calle ni me los pidan. Quería ver a Pere, eso es todo.

—¿Y tu novia?

No hubo respuesta.

No la tenía.

Bajó la cabeza sin encontrar ninguna palabra adecuada. Concepción supo respetar su silencio. Había muchas preguntas que llevaban a respuestas dolorosas. El final de la guerra en España, el

exilio, la guerra en Europa…

—¿Sabes que Pere trabaja como doblador de películas? —Sonrió de pronto con orgullo.

Cuando estaba en Argelès, muriéndose de frío en aquella maldita playa junto a otros miles de españoles macilentos, mientras los franceses los trataban peor que a perros, se dijo que lo primero que haría si un día volvía a Barcelona sería pasear por su barrio, su calle, levantar la cabeza al cielo y ver el sol, sentir el calor. El calor de la libertad.

Ya no estaba en Argelès.

Había estado en muchos sitios, peleando, preso, huido.

Y había vuelto.

Aunque nada fuese igual.

Ser libre no era lo mismo que sentirse en libertad.

La casa en la que había nacido y vivido, su casa, no existía. En su lugar se abría un espacio vacío a la espera de que se construyera una nueva edificación. No hacía falta ser muy imaginativo para deducir que una bomba se la había llevado por delante. Después de todo, era una casa vieja. Habría bastado un soplo de viento para arrancarla de cuajo de sus cimientos. Cerró los ojos y la vio tal cual en su memoria, inolvidable. Los abrió y aquella nada le hizo un inesperado daño. No creía en las posesiones. No tenía nada. Y era mejor así. Pero una casa era, a fin de cuentas, la propia raíz de uno mismo. El origen. Aunque en ella vivieran ya otras personas.

La calle sí estaba tal cual.

La panadería, la pescadería, la droguería, la pequeña tienda de ultramarinos.

También la gente, capaz de reconocerlo.

—¿Jaume?

Se quedó tenso.

Era una mujer mayor, quizá amiga de su madre. La tenía delante, mirándolo con ojos expectantes. No supo identificarla. Con los padres muertos nada más empezar la guerra, él se había ido a pegar tiros por España, hasta la masacre del Ebro y el rápido descalabro final.

—Creo que se equivoca, señora.

—¿No eres Jaume Enrich, el hijo de la señora Carmen?

—No, no. Me llamo Ventura.

Era lo que ponían sus nuevos papeles.

—No es posible… —insistió la mujer.

—Perdone —se excusó.

¿Imprudente? Sí, lo estaba siendo. Se apartó de ella y echó a andar calle abajo. No paró hasta doblar la esquina. Ya no volvió la cabeza. De acuerdo, había ido a su calle para ver el inesperado vacío de la casa que la guerra se había llevado. Lo que soñó con hacer en Argelès estaba hecho.

Ahora tocaba apretar los puños y olvidar.

Quizá para ganar y devolver la libertad hubiera que volar muchas casas. Media Barcelona. Todo antes de que aquellos ciegos fanáticos la siguieran violando inmisericordemente.

Jaume sintió odio.

El odio lo había mantenido en pie durante días, semanas y meses. El odio lo había alimentado. Odio, odio, odio en las noches lúgubres y solitarias tanto como en los escasos momentos de calma. Los compañeros muertos en la guerra, las columnas de exiliados rumbo a Francia, Argelès, los campos de trabajo, el comienzo de la nueva guerra mundial… Y, mientras, España condenada a su suerte bajo la bota del fascismo.

Cuanto antes empezaran a actuar, antes removerían conciencias.

Por eso estaba allí.

Parte del Front Nacional de Catalunya pedía calma, ir paso a paso. La mayoría. Pero otros, como él, querían acción. La necesitaban. Acción ya, por pequeña que fuese, para que el Régimen supiera que existían, para que no pudieran cerrar los ojos como si tal cosa por las noches.

Jaume se miró las manos.

Quería matar, sí.

¿No era lo que se hacía en todas las guerras?

Otro barrio. Otra calle. Las mismas sensaciones.

Era como ver a Neus por todas partes.

Allí, en aquel portal, la había besado por primera vez. Allí, en aquella taberna, habían merendado por última vez. Allí, en aquel cine, se escondían de las miradas ajenas. Allí, en todos los rincones, flotaba su amor.

El gran amor.

Neus era la chica más guapa del barrio. Estaba seguro que de toda Barcelona. Era simplemente única. Ojos, pómulos, nariz, labios, cabello, cuerpo, manos, pies… La perfecta simetría. Todos los jóvenes iban a por ella. Todos soñaban con ella. Y ella lo había escogido a él. Unas miradas, unas palabras, y ya eran novios. El amor hizo que él se sintiera más seguro, más fuerte y firme de lo que jamás había sido. Capaz de todo. Tener a Neus le hizo mejor, en todos los sentidos. Podía comerse el mundo. Desde que se dejaron ver juntos, la gente dijo que eran tal para cual, que habían nacido para quererse. La única diferencia entre ambos era que, mientras él se apasionaba siempre, ella era mucho más fría. ¿Fría? Bueno, la palabra sonaba excesiva, pero sí. Neus tenía los pies en el suelo mientras él tenía la cabeza en las nubes. Neus era pragmática, lógica. Lo real era lo que podía ver y tocar. Lo otro eran fantasías. Maravillosas, pero fantasías al fin y al cabo. Con el comienzo de la guerra se encerró más en sí misma.

—Quiero vivir, y no me importa cómo —le dijo una de las últimas veces.

—Debería importarte. Vivir no lo es todo —repuso él.

—A mí sí me lo parece.

—¿Qué es la vida sin la libertad? La felicidad exige algo más.

Neus chasqueó la lengua.

—Los idealistas sois peligrosos —dijo de manera cansina—. Hacéis que las cosas parezcan fáciles y que las mentiras se confundan con las verdades.

—¿Las mentiras?

—Llámalo sueños. ¿Acaso un sueño no es más que una mentira cargada de esperanza en la mente de un iluso?

Habían discutido.

La maldita guerra ya estaba allí, haciendo mella en todos.

De pronto, él era un idealista y ella…

Se detuvo delante del portal. Vaciló un par de segundos hasta

que vio que la portera no era la misma de años atrás. Eso le proporcionó un poco de tranquilidad. Buscó el aplomo necesario, superando los latidos de su corazón, y cruzó aquel umbral.

—¿Adónde va, joven? —lo detuvo la mujer.

—A casa de los señores Mata.

—¿Los señores Mata?

Su esperanza empezó a resquebrajarse.

—Tercero segunda.

—Ah, ya —asintió la mujer—. Los antiguos inquilinos. —Se cruzó de brazos y se lo dijo—: Ya no viven aquí. Creo que se fueron al acabar la guerra, poco antes de llegar yo.

—¿Sabe su nueva dirección?

—No, no, lo siento.

—¿Podría subir y hablar con los señores García, los del tercero primera? Eran muy amigos. Ellos lo sabrán.

—Los señores García tampoco viven ya aquí. A él lo detuvieron y ella se fue con una de sus hijas. —Puso cara de pena—. Lo siento, joven.

Regresó a la calle.

Neus trabajaba en una tienda, a diez minutos a pie. Casa Gregoria era la mercería más grande del barrio de Gracia. Bajó la cabeza y echó a andar. Trataba de ser un caminante más, pero le costaba mantenerse equilibrado cada vez que se cruzaba con una pareja de la guardia civil o cualquier tipo de uniforme tras el cual se escondiese alguien con poder. Sí, los papeles falsos estaban muy bien hechos, pero no resistirían el examen de un experto en comisaría.

Si lo cogían, moriría antes de hablar, eso seguro.

Pero mejor no jugársela.

Finalmente tenían un compromiso.

El FNC.

Llegó a la mercería con la misma sensación de *déjà vu* que al entrar en el vestíbulo de la casa de Neus. Todas las tardes que había ido a buscarla, como un novio más. Tantos besos ahogados en la esquina, antes de alejarse de las miradas de las que todavía esperaban el amor. Al entrar en el lugar revivió en él el aroma de las telas, los hilos. Un aroma de hogar. Había una docena de

clientas, todas mujeres. Y media docena de dependientas, también del sexo femenino. Prefirió no esperar su turno y se acercó a la que tenía más cerca.

—Perdone, ¿Neus Mata sigue trabajando aquí?

La clienta no le perdonó. Lo taladró con una mirada réproba. La dependienta en cambio le regaló una sonrisa amplia y radiante, tan risueña como el sol de la mañana.

—Neus ya no está aquí —le dijo—. Lo dejó hace unos meses.

—¿Sabe dónde puedo encontrarla?

La clienta resopló.

No le hicieron caso.

—Vive en la calle Topacio, cerca de la plaza del Diamante, pero no sé el número, lo siento.

—Gracias. —Se dirigió también a la molesta clienta—: Y perdone, señora.

Eso la tranquilizó.

Lo último que vio Jaume antes de salir de Casa Gregoria fue la sonrisa de la dependienta.

Apenas diecinueve años de alegre vitalidad.

Pensar en Neus también le había mantenido en pie.

Ella sola habría sido suficiente motivo para regresar.

El día de la despedida…

—Volveré.

—Calla, ¿quieres?

—Te lo juro.

—¿Cómo vas a volver?

—Lo haré. Tú solo espérame, por favor.

—Mierda, Jaume… —Lloraba.

—Confía en mí. Si nos queremos…

—¡¿Quieres callarte?! —le gritó.

Aquel abrazo. Aquel beso final. Aquel último contacto antes de echar a correr.

Ni siquiera le pidió que se fuera con él.

No lo habría hecho.

Tampoco era como para reprochárselo.

Se alejó repitiéndose a sí mismo, en voz baja y con los puños apretados:

—Volveré, volveré, volveré…

Cuatro años y medio podían ser mucho tiempo.

Jamás hubiera creído que el alma pudiera doler tanto, más que una herida de guerra.

El dolor invisible.

La calle Topacio no era muy larga, pero preguntar casa por casa convertía cada paso en una pequeña eternidad. Si, además, en una de las casas no había portera o en otra la puerta estaba cerrada y nadie respondía a su llamada, la sensación de impotencia aumentaba. Lo peor fue dar con unos señores Mata que no eran precisamente los que buscaba. El hombre con el que se encontró al abrirle la puerta era lo más parecido a un bulldog furioso. Lo fulminó con una mirada agresiva antes de cerrársela de nuevo en la cara, molesto por la interrupción de quehaceres.

Volvió a la carga. Rebasó el cruce de la calle Topacio con la de Rubí. Cuanto más subía, menos porteras había. Las casas eran pequeñas, casi unifamiliares o con un par de pisos a lo sumo. Llamaba a puertas que no se abrían, o se abrían las ventanas por las que se asomaban mujeres preguntando qué quería.

—¿Mata? No, aquí no es.

—¿Sabe…?

—No, no, ni idea.

Otra casa más.

Por lo menos tuvo suerte. Salía una mujer con un cesto de la compra en la mano. Jaume la detuvo antes de que cerrara la puerta. Ella lo miró un poco asustada.

—¿Viven aquí los señores Mata?

—Sí. —Fue su lacónica respuesta.

¿Otros Mata que no tenían nada que ver con los que él buscaba?

—¿Neus Mata?

—Sí, sí. En el segundo.

—Gracias. —Fue a cruzar el umbral.

—Pero ahora no están. —Lo frenó la vecina.

—¿Sabe cuándo regresan?

—El señor Mata al salir del trabajo. La señora Mata no sé.

—¿Y Neus? ¿Sabe dónde trabaja?

—Creo que no trabaja —le informó—. Pero tampoco está, seguro.

Se quedó un poco sin saber qué hacer.

La mujer le cerraba el paso.

—Gracias. —Se rindió.

Ella cerró la puerta y se alejó en dirección al siguiente cruce, el de Topacio con Viada. La calle Topacio moría un poco más allá, doblando a la izquierda hacia la calle Belén. Jaume fingió caminar en dirección contraria, rumbo a la plaza del Diamante. Se detuvo a los diez metros.

Ni rastro de la vecina.

Miró la casa en la que ahora vivía Neus. Dos pisos. Más discreta que la anterior, señal de que las cosas no les habían ido bien. Lo extraño era lo que acababa de decirle la mujer:

—Creo que no trabaja.

¿Vivían más humildemente y ella no trabajaba?

Bueno, la vecina no lo sabría todo, claro.

Tocaba esperar.

No quería ir calle arriba calle abajo, como un conspirador, despertando posibles sospechas, ni sentarse en el bordillo sin más. Pero tampoco quería irse. Era importante pillar sola a Neus. Que el primer reencuentro no fuese en el piso, con sus padres delante. Necesitaba abrazarla, mirarla a los ojos, volver a sentirla.

Se alejó lo que pudo de la casa, pero sin apartar los ojos de ella.

Neus podía aparecer por la parte de arriba, o subir desde la plaza, o doblar desde Rubí o Viada. También pudiera ser que tardase horas en regresar, que no lo hiciera a mediodía, sino por la tarde o al anochecer.

Jaume comenzó a contar los minutos.

Luego las horas.

No fueron más que dos, pero le parecieron muchas más.

La reconoció al instante, de lejos. Caminaba con paso vivo por la calle Asturias en dirección a la plaza del Diamante. Él estaba ya en la esquina de la calle Topacio. Neus mantenía la vista en el suelo, ensimismada. Tuvo tiempo de contemplarla libremente y embeberse de su magia. Había dejado a una joven preciosa de veintiún años y

se encontraba con una mujer más que atractiva de veintiséis. Vestía un traje chaqueta azul oscuro de perfecto corte, falda tubular, blusa blanca. Llevaba zapatos de tacón y un bolso colgado del brazo derecho. A medida que se acercaba perfiló más su rostro, maquillado sin excesos, labios rojos, cabello perfecto y ondulado a la moda.

No le vio los ojos hasta que le salió al paso y ella levantó la cabeza.

Primero, la sorpresa.

Después, el susto.

Finalmente, la reacción.

—Jaume…

—Te dije que volvería.

El primer atisbo de lágrimas la desarboló.

Se le doblaron las rodillas.

Jaume fue rápido. La sujetó. Luego la abrazó sin poder hacer nada para evitar toda aquella furia. El estremecimiento de Neus fue tan intenso como breve.

Llegó la reacción.

—Por favor, aquí no… Por favor… Pueden vernos… Ven, sígueme… Dios…

Capítulo 5

Neus

Era el mismo.

Y era otro.

El mismo hombre, otro aspecto. El mismo hechizo, otra forma. El mismo olor, vivificado por la edad y el tiempo que lo había alimentado. El mismo deseo turbio que tanto la había excitado en el noviazgo. El mismo Jaume.

El problema era que ella ya no era la misma.

Cuatro años y medio podían ser una eternidad.

Sentados en el bar, todavía sentía el temblor en las piernas y el nudo en el estómago. La cabeza iba recomponiéndose poco a poco. Apenas si podía fijar los ojos en él. Jaume la miraba con ansiedad. Ella no sabía cómo reaccionar.

Un fantasma.

Era un fantasma salido del pasado para enturbiarle el presente.

De tanto que lo amó había llegado a odiarle.

Por irse.

Por dejarla sola.

Por todo.

—Estás preciosa.

—Cállate, ¿quieres?

—Es la verdad.

—Tú estás horrible.

—Gracias. —Asintió con una sonrisa.

—Dios… qué susto me has dado.

—¿Por qué?

—¿Tú qué crees? ¡Pensaba que habías muerto!

—¿Yo?

Bajó la voz, aunque no logró evitar la crispación.

—¡Sí, tú! ¿Te crees inmortal o qué? ¡Te mataría yo misma ahora

si pudiera!

—Vamos, cálmate.

—¡No me pidas que me calme!

—Estás nerviosa, como yo.

—¡Yo estoy muerta de miedo!

—Ni siquiera puedo tocarte. —Miró a su alrededor—. ¿Por qué no vamos a otro lugar? Necesito…

—¿Quieres callarte?

—¿No comprendes que si sigo vivo, en parte es por ti?

—¿Y tú no entiendes que han pasado años y que te enterré hace ya mucho?

—Cariño… —Alargó una mano para cogérselas a ella.

Neus las retiró de encima de la mesa y las oculto en el regazo. Seguía inquieta, mirando a todos lados, como si temiera que alguien los viera o la reconociera. Un camarero se plantó a su lado con cara de aburrido, aunque sin perderla de vista. Quizá no entrasen muchas mujeres como ella en el bar.

—¿Qué va a ser?

—Un vino —pidió él—. ¿Y tú?

—Yo, nada. —Negó con la cabeza Neus.

—Toma algo. No me hagas beber solo.

—Un vaso de agua.

El camarero se encogió de hombros. Le lanzó una mirada final, de arriba abajo, y se retiró de la mesa. Volvieron a quedarse solos. Solos en medio de la pequeña turba de obreros y parroquianos que comía allí mismo, cerca de su puesto de trabajo, posiblemente alguna obra.

—¿Por qué has tardado tanto? —logró preguntar Neus.

—Es una larga historia.

—¿Estuviste preso?

—Entre otras cosas.

—¿Te hicieron…?

—No, tranquila. —No le dejó acabar la pregunta.

—¿Y ahora?

—He vuelto, ¿no?

—¿Legalmente?

Notó cómo la atravesaba con la mirada. Cómo la desnudaba. Se

sintió peor de lo que ya estaba. Sin darse cuenta hizo un gesto de coquetería, como si llevara mal el pelo.

—Estás perfecta —dijo él.

—Responde. ¿Estás aquí legalmente?

—No. —Fue sincero.

Neus bajó la cabeza y se llevó una mano a los ojos.

—Dios… —gimió.

—No tengas miedo.

—¿Cómo no voy a tenerlo?

—Estoy bien.

—¡Tú, tú, siempre tú! —Se inclinó sobre la mesa para hacerle llegar su ansiedad—. ¿Crees que estás solo o qué? ¿Y si te detienen conmigo? ¡Mi hermano está en la cárcel, pueden fusilarlo el día menos pensado!

—¿Albert? ¿Qué ha hecho?

—¡Nada! —ahogó su grito—. ¿Quién ha hecho algo desde que acabó la guerra? ¡No ha hecho nada, pero le detuvieron y ya está! ¡Hubo una falsa denuncia, alguien dijo que había estado metido en cosas turbias y fue suficiente! Dicen que lo están investigando, pero mientras él se está pudriendo allí.

—¿Qué decía esa falsa denuncia?

—Que estuvo en una checa, torturando gente.

—¿Y es verdad?

—¡No lo sé! —Cerró los puños—. ¡No lo creo, pero no lo sé! ¿Quién no se volvió loco en la maldita guerra? Tú, Albert, todos… —Intentó no llorar—. ¿Es que nunca acabará esto?

—No mientras el fascismo…

—¡Quieres cerrar la boca! —Casi le golpeó con la furia de su aliento—. ¡Fascismo, comunismo, socialismo, anarquismo…! ¿No ves que todo es lo mismo? ¡No son más que palabras e ideas para volver loca a la gente!

—No, Neus, eso no es verdad. Luchamos…

Tuvo que dejar de hablar al reaparecer el camarero. El hombre volvió a mirarla de arriba abajo mientras dejaba en la mesa el vaso de vino frente a él y otro con agua frente a ella. Se retiró sin decir nada más.

Los envolvió un pesado silencio.

—¿Y tus padres? —quiso saber él, sin continuar con lo que estaban diciendo un momento antes.

—Preocupados, ¿tú qué crees? O, mejor dicho, locos de miedo y ansiedad. ¡Si es que no nos dejan ni verlo! ¡No sabemos nada!

—Pero ¿están bien?

—Sí, están bien.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Cuando he preguntado por ti, una vecina me ha dicho que no trabajabas.

Neus bebió dos sorbos del vaso de agua.

No contestó de inmediato.

Luego lo hizo con otra pregunta.

—¿Cómo me has encontrado?

—He ido a tu casa, luego a la mercería, y allí una chica me ha dicho que vivías en esa calle, la del Topacio. He tenido que preguntar casa por casa.

—Lo que faltaba —suspiró ella.

—¿Qué querías que hiciese? —Se dio cuenta de la distancia que mantenía con respecto a él, sobre todo anímica, y acabó agregando —: Neus, ¿qué te pasa?

—Nada.

—Es como si no te alegraras de verme.

—Me alegro, pero… —Apartó la mirada y la dirigió hacia ninguna parte.

—Pero ¿qué?

—Todavía no me he recuperado, eso es todo —mintió—. ¿Dónde paras?

—En casa de Pere Macías, aunque solo serán unos días, hasta que encuentre algo. No quiero comprometerle.

—¿Por qué has vuelto?

—Para verte.

—Dime la verdad.

—Para verte y… bueno, ver cómo está todo.

—¿Piensas quedarte aquí ilegalmente?

—Tengo buenos papeles.

—Eso da lo mismo. ¿Te crees que son tontos?

—Venga, mujer —trató de contemporizar—. Todo irá bien, ya lo verás.

—Tú y tu eterno optimismo —rezongó ella.

—Necesito un poco de tiempo, eso es todo. Luego las cosas volverán a ser como antes.

—¿Cómo antes? —Lo miró con escepticismo—. ¿Vas a quedarte aquí bajando la cabeza? ¿Tú?

—Nos casaremos, Neus —dijo él.

Fue como si la abofeteara. Se le arrebolaron las mejillas, no por el sofoco, el susto o la impresión, sino por la rabia. Le había querido. Posiblemente aún le quisiera. Pero reaparecía en su vida, clandestino, y a las primeras de cambio le hablaba de casarse.

Loco.

Loco, loco, loco.

O simplemente Jaume.

—¿Qué te pasa, cariño? No pareces feliz y… bueno, me estás asustando.

Hora de decírselo.

Mejor antes que después.

Neus levantó la cabeza, contuvo las lágrimas y fijó los ojos en los de él.

Su voz sonó fría, distante.

Casi seca.

—Estoy prometida, Jaume —dijo.

Llegó a casa mucho más tarde de lo normal, así que no le extrañó encontrarse a su madre en el pasillo, alertada por el ruido de la puerta al abrirse. La mujer se frotaba las manos en el delantal y no ocultaba la cara de preocupación aunque disimulada por el alivio de verla.

—¿Dónde has estado? —preguntó.

—Se me ha hecho tarde, lo siento.

—Neus…

—Voy, voy. Deja que me ponga cómoda.

No la dejó. Fue tras ella antes de que cerrara la puerta de la habitación y empezara a desnudarse. Le bastó con verla bajo la luz

de la lámpara para darse cuenta de que algo sucedía.

Instinto de madre.

—Estás pálida —le dijo.

—¿Yo? No.

—¿Qué te pasa?

—¡Mamá, nada! ¿Quieres dejar que me cambie?

—Hija, pareces haber visto un fantasma.

Neus cerró los ojos. No podía con ella. Además de insistente y persistente, era controladora. Nada escapaba a su radar. Trató de darle la espalda pero se enfrentó al espejo del armario y casi fue peor. Su imagen rebotó como una máscara de porcelana.

—Voy a llamar a tu padre.

—¡No! —La detuvo.

Su padre era mucho más tranquilo, pero incluso él era víctima de los arrebatos de ansiedad de su mujer.

—Pues cuéntamelo. —Se cruzó de brazos.

—Deja a papá en paz, ¿quieres? Te digo que estoy bien, no pasa nada.

—¡Cuando una hija le dice a su madre que no pasa nada, es que pasa algo! —Utilizó la lógica materna.

No tenía escapatoria.

A pesar de lo que habían discutido, Jaume era capaz de presentarse allí en cualquier momento, poniéndolo todo patas arriba. Era mejor prevenirles.

Se sentó en la cama.

—He visto a Jaume —confesó.

La mujer abrió tanto los ojos que las pupilas parecieron bailar en mitad de dos lagos blancos.

—¿Qué? —exhaló.

—Está vivo —continuó Neus—. Y ha vuelto a Barcelona.

—¿Cómo que… ha vuelto?

—¡Está aquí, sí! ¿Qué más quieres que te diga?

—Se fue al exilio. Tú misma dijiste que no podía volver.

—También dije que debía de estar muerto, y ya ves.

—¡Ay, Señor! —Se llevó una mano al pecho.

—No vayas a hacer ahora un drama, ¿de acuerdo? —la previno ella.

—¿Y qué quieres? —Mantuvo la sensación de ahogo—. Sabes que nunca me gustó ese chico, aunque respeté siempre tus sentimientos y no dijimos nada.

—¿Que no dijisteis nada? —Le pareció un mal chiste.

—No, no lo hicimos. —Se mantuvo en su parcial convencimiento —. Ahora, en cambio…

—Ahora no ha cambiado nada, tranquila.

—¿Seguro?

—Sí, mamá. Seguro.

Su madre se sentó en la cama, junto a ella, y le cogió una mano. Se la apretó con fuerza. Neus notó el jadear de su respiración. No era mayor, pero lo parecía. El encarcelamiento de Albert no había hecho sino contribuir al gradual envejecimiento. Más allá de eso, lo peor era que tuviera los nervios a flor de piel.

—Neus —comenzó a decir despacio, como si reflexionara cada palabra—. Estamos bien ahora, ¿entiendes? Por fin estamos bien, y cuando Albert salga de prisión… Todo volverá a la calma.

—Ya lo sé, mamá.

—No vayas a volver con Jaume, por favor.

—Tranquila.

—Siempre estuvo loco, y lo sabes. Mucha simpatía, mucha labia, pero de aquí… —Se tocó la frente con un dedo—. Lo importante es que no eches por la borda tu futuro, nuestro futuro.

—No voy a hacerlo. —Se mordió el labio inferior para no gritar ni pedirle que se fuera de la habitación. ¿Cuándo le hacía caso su madre?

—Francisco lo arreglará todo. —Le apretó un poco más las manos.

Neus dejó de respirar.

Francisco iba a arreglarlo todo, sí. Albert, ella…

Iba a contar hasta tres, pero no pudo hacerlo.

—¿Qué hacéis aquí encerradas hablando como cotorras? —Oyeron la voz del cabeza de familia.

Estaba en la puerta, que seguía abierta. Las miraba a las dos con su característico aire de hombre despistado, bigote frondoso, calva manifiesta. Llevaba uno de sus eternos puros en la mano.

Toda la casa olía a puro.

—Jaume ha vuelto —anunció su esposa.

—¡Mamá! —saltó Neus.

—¿Qué pasa? ¿Es que no puedo decírselo ni a tu padre?

—¿Quieres que se entere todo el mundo?

—¡O sea que ha vuelto clandestinamente! —se alarmó todavía más ella.

—¡Supongo, no sé! —mintió asustada—. ¡Por favor, ya basta, dejadme en paz, me duele la cabeza!

No fue un silencio muy largo.

—Así que Jaume, ¿eh? —columpió las palabras el hombre.

—¡No tiene que saberlo nadie! —rozó la súplica Neus—. ¡Y menos Francisco!

—¡Por supuesto que quien menos ha de saberlo es Francisco! —Se levantó su madre—. ¡Faltaría más!

—Bueno, tampoco sabe que estuviste comprometida con Jaume —consideró su padre—. Para Francisco, es como si no existiera. Y de todas formas, no vas a volver a verle, ¿verdad?

¿No iba a volver a verle?

¿Y él, se conformaría con respetar su nuevo estado a pesar de haberlo discutido no hacía ni cinco minutos?

¿Cuándo había hecho caso Jaume de los convencionalismos?

—No, no le veré —dijo para tranquilizarles.

—Estabais muy enamorados, pero fue hace ya muchos años —asintió él—. La vida cambia, las personas crecen. Además, los amores de juventud pasan. La vida es otra cosa, ¿verdad, Milagros?

—Sí, Damián —le dio la razón.

Tal para cual.

Neus se habría echado a reír de no seguir tan perturbada.

¿De verdad los amores de juventud pasaban?

¿Acaso no eran los más fuertes, por ser los primeros?

—Todo irá bien. —Milagros le pasó la mano por la cabeza a su hija—. Agradece la suerte que has tenido con Francisco y no le des a Jaume ni la menor oportunidad, ¿de acuerdo? Ese hombre sería capaz de… —Llenó los pulmones de aire, atribulada—. Bueno, qué sé yo.

—¿Oímos un rato la radio antes de cenar? —propuso Damián tratando de cerrar la conversación—. Hoy dan un buen programa.

«No sabes la suerte que has tenido».

Siete palabras.

Siete cuñas hundidas en la mente.

Pero más en el alma.

Neus miró el anillo. Oro y una piedra preciosa engarzada. Nunca había tenido nada parecido. Jamás en la vida se habría imaginado llevando algo así en la mano. Ni en sueños podría haberse visto con un regalo como aquel. Y no era más que la punta del iceberg. El anillo la ataba a Francisco de Madariaga. Los continuos regalos ataban a sus padres. Como el hecho de que ahora él trabajara para su futuro marido.

Suerte.

¿Era suerte pillar a un viudo rico en el desierto de una posguerra cada vez más dura y eterna?

¿Y por qué no un fracaso?

Un año antes todavía mantenía una leve esperanza. Un año antes aún creía que Jaume regresaría. Se lo decía el corazón, no la razón. A veces el corazón sabía más que la razón. Claro que, de estar vivo, ¿por qué no tenía noticias de él? Con la guerra en plenitud en toda Europa, lo lógico era que estuviese, si no muerto, preso en algún lugar horrible.

Aunque regresara algún día, ya no sería el mismo.

Imposible.

Nadie vuelve igual del infierno.

Entonces las cosas se habían complicado de manera irreversible, sin darle la menor oportunidad de reconsiderar las circunstancias. Todo la había empujado hasta su momento presente. Sin escape. Sin una pausa para pensar. Primero, la detención de Albert, el drama, el hundimiento de la paz familiar, la certeza de que podían fusilarlo en cualquier momento, aun antes de terminar con la investigación. Segundo, la inusitada aparición de Francisco de Madariaga.

Viudo, rico, sin hijos, cuarenta y nueve años, elegante, señorial, no mal parecido, de buena posición, con muchos contactos e influencias. Había entrado en la mercería para hacer una consulta. Le atendió ella. Regresó al día siguiente, y esperó a que terminara de hablar con una clienta. Segundo contacto. Otra consulta. A la tercera los rumores en la mercería se dispararon. Ya no podía ser

casual. Además, no era un hombre que pasara desapercibido. Ni él ni el automóvil con chófer aparcado en la calle. Esta vez compró un pañuelo de encaje. A la salida la estaba esperando y se lo regaló. Neus no supo qué decir. Quedaron para merendar el domingo por la tarde. La llevó al Salón Rosa. Ni más ni menos. ¡El Salón Rosa! Casi tuvo vergüenza de sentarse allí, con sus ropas baratas, comiéndose un suizo con nata como jamás había comido, sintiéndose pequeña en medio de tantas mujeres de buena posición.

—Todas te miran con envidia —le aseguró él—. Pueden comprar ropas caras, pero jamás tu belleza ni el frescor de tu encanto.

Francisco hablaba bien, era hombre de mundo. Tan educado como atento, tan amable como respetuoso. Ni la había tocado. De la vieja escuela, la galanteó de la única forma que creía posible, con palabras bonitas y regalos caros, haciéndole ver que iba en serio, que no buscaba una aventura.

Estaba a tiempo de formar una familia y tener hijos.

Fue una de las últimas confesiones antes de pedirle la mano.

Si ella lo hubiese rechazado…

Pero no lo hizo.

Después de Jaume ya no sabía si existía el amor. La necesidad, en cambio, sí.

Y era perentoria.

Cuando Francisco le dijo que intentaría sacar a Albert de prisión, utilizando contactos e influencias, fue definitivo.

Incluso la declaración fue formal, lejos de la pasión de Jaume y sus arrebatos. Una declaración adulta, razonada y meditada. La declaración de un hombre no habituado al fracaso ni al rechazo.

—Sé que no soy joven y que tú, en cambio, eres más que un ángel: eres preciosa. Una diosa hecha realidad, completa. Podrías tener al hombre que quisieras y, sin embargo, siento como si me hubieras estado aguardando, sabiendo que solo yo puedo hacerte feliz y darte seguridad. Cuando te miro veo el cielo, me empequeñezco. Lo que siento es tan puro, tan increíble, que hasta me asusta. Jamás vi o quise a mi esposa como te veo o te quiero a ti. Me casé por compromiso, posición… Ni siquiera sabía que existía el amor. Daba la impresión de ser algo que pertenecía únicamente a los pobres. Así que ya ves. ¿Quieres que me arrodille? Puedo

hacerlo. Ya no me importa nada, salvo tenerte a ti. Te dije hace unos días, casi a modo de prueba, que quería empezar de nuevo, tener el hijo que mi mujer no pudo darme. Vi que te sonrojabas, pero no apartaste la mirada. La sostuviste. En ese momento lo tuve claro. Si aceptas este anillo —sacó del bolsillo una cajita, la abrió y le mostró aquel increíble regalo—, prometo hacerte feliz y te juro que nunca os habrá de faltar nada ni a ti ni a tus padres, ni a tu hermano cuando consiga sacarlo de prisión. Tendrá un puesto en mi empresa, como se lo daré a tu padre para que mejore vuestra situación, y será como otro hijo para mí. ¿Qué me dices?

Le había pedido unos días para pensarlo.

Loca.

Unos días.

Y, pese a todo, él se los había concedido.

En casa…

Su madre:

—¡Estarás para encerrarte si no lo aceptas!

Su padre:

—¡Un Madariaga, uno de los apellidos más señeros de la burguesía catalana! ¡Emparentados con ellos! ¿Y dice que va a emplearme en su empresa? ¡Jesús!

Pensó en Jaume por última vez.

Luego lo mató y lo enterró.

¿Por qué tenía que haber vuelto ahora, removiendo el suelo bajo sus pies?

El ropero benéfico de la parroquia estaba lleno. A un lado, montañas de ropas usadas en mejor o peor estado. Al otro, las mujeres que, como ella, trataban de ordenarlas según su función. Cuando se abrieran las puertas y entraran los desfavorecidos, con sus cuerpos hambrientos de seguridad y abrigo, aquello acabaría convirtiéndose en un manicomio. Pese a todo, se lo tomaban con calma, hablaban, reían. Por lo menos la ropa había sido previamente lavada. No había peligro de que todavía anidaran en ella bichos de distinto pelaje, desde piojos a pulgas.

Probablemente ninguna de aquellas mujeres había visto jamás una pulga o un piojo. Ni en la guerra.

No daban la impresión de haberla sufrido.

¿Dónde se habían escondido?

Miró a las que tenía más cerca, básicamente las primeras amigas, las que la arropaban. Incluso en un acto como aquel, llevaban el sello de la dignidad y el buen gusto impreso en los semblantes, los cuerpos. No cambiaban de aspecto por el hecho de estar en un evento benéfico y llenar la parroquia con su pretendido amor al prójimo.

Los sacerdotes, apartados, las contemplaban como los pastores debían de contemplar a sus rebaños: con orgullo. Algunas se empleaban con ahínco en el trabajo, otras parloteaban. De vuelta a casa volverían a ser quienes eran. Allí formaban el núcleo duro de la paz y el amor familiar, bandera de la España de Franco.

Neus empezaba a sentirse parte de la comunidad.

Al comienzo la intimidaban. Todas eran damas de alcurnia. La beneficencia las hermanaba, las convertía en parte de algo superior, algo que tenía que ver con la piedad y el buen corazón. Les proporcionaba una causa común. Eran buenas, iban a misa, pero si una dama no participaba en acciones sociales, casi parecía extraño. ¡Había tanto que hacer! La victoria representaba un compromiso. Los hombres peleaban, las mujeres amaban.

Por si faltara poco, ella era la más joven.

La prometida del mejor de los partidos posibles: Francisco de Madariaga.

Francisco no quería que trabajara. Ya no era una dependienta. Siempre la habían rodeado moscones. No les hacía caso. Pero estaban allí, la piropeaban al salir, se le insinuaban por la calle. Francisco le pidió que lo dejara y lo hizo. Ahora que su padre trabajaba para él y ganaba el doble que antes, podían permitírselo. Le habría dado dinero incluso a ella en caso necesario. Cuando fuera su esposa, todo sería diferente. Sus padres volverían a mudarse a un piso de los muchos que tenía Francisco por toda Barcelona.

Esa era su nueva realidad.

Neus separó unos pantalones de hombre por tallas.

A veces todavía lo pensaba: cada una de aquellas prendas había tenido un dueño. ¿Dónde estaba ahora? ¿Muerto? Posiblemente. Cada camisa, blusa, pantalón o falda lo llevó antes una persona,

vivió con ella, amó con ella, soportó la vida con ella. También había prendas más caras, las que las propias damas ofrecían de sus roperos cuando pasaban de moda y se les quedaban pequeñas o se cansaban de llevarlas. Ellas y sus maridos o hijos. Pero fuera como fuese, cada pieza tenía su historia.

Un pasado.

Un año antes ella misma habría matado por algo como lo que ahora tenía entre manos.

—Qué bien, ¿verdad? —Oyó la voz de la señora Monturiol.

Se volvió hacia la mujer. Tenía una voz aguda, reconocible. Era menuda, de unos sesenta años, pero muy dinámica, de gestos nerviosos. El diamante de su anillo debía de pesar una tonelada.

—Sí, es maravilloso. —Le devolvió la sonrisa.

—Hay muchas formas de ganarse el cielo, pero esta es sin duda una de las mejores, ¿no crees?

La tuteaban. Entre ellas mantenían el usted, pero a ella la tuteaban. Era «la niña». Todo cambiaría cuando fuese una mujer casada, subiría de rango. Mientras, quedaba situada en el escalafón previo. Alguna todavía la miraba como una advenediza, una intrusa, la jovencita que había conquistado al viudo rico a saber con qué artes, aunque pudieran imaginarlo. Sin embargo, eran cada vez menos. Simples rescoldos. El poder de Francisco de Madariaga era demasiado ostensible.

Mejor estar a buenas con él.

—Hacer algo por los demás siempre es gratificante —dijo.

La señora Monturiol le guiñó un ojo.

—¿Qué, cuándo será la boda?

—Pues… —No supo qué decir—. Todavía no hemos hablado de fechas, pero sé que Francisco está en ello.

—Yo si fuera él tendría mucha prisa. —Movió la cabeza de arriba abajo—. Ese hombre… —Hizo un gesto de admiración—. Mira que había mujeres dispuestas a rendírsele, ¿eh? Pero él ha esperado, y ha esperado bien. Dice mi marido que se le ve tan enamorado… ¡Y eso que es de lo más serio y discreto! ¡Ah, querida! —Lanzó un profundo suspiro cargado de emoción—. ¡No sabes la suerte que has tenido! ¡Dios te ha bendecido, hija, sin lugar a duda!

Otra vez la palabra suerte.

Y ahora mezclada con otra: Dios.

¿Qué había hecho ella para merecer la bendición de Dios?

Continuaron con el vocacional trabajo, de nuevo en silencio. La selección de la ropa tocaba a su fin. En unos minutos la parroquia abriría las puertas y ellas mismas se encargarían de atender a los desfavorecidos que esperaban en la calle. Se concentró en el pequeño montón de ropa que le quedaba y casi ni se dio cuenta de que el padre Remigio se acercaba a ella.

—¿Señorita Mata?

—¡Oh, padre, perdone, no le había visto!

—¿Puedo apartarla de su benemérita labor unos segundos?

—Claro, por supuesto.

Se alejaron unos pasos, no muchos. El religioso llevaba en la mano una especie de folleto. Neus dedujo que era para ella, pero no se lo entregó de inmediato. Antes el sacerdote le acarició la mejilla, con ternura y ojos amorosos. Era un hombre mayor, muy mayor. Quizá rondase la setentena. Barriga prominente, papada, y la larga sotana abotonada desde el cuello a los pies. Los dedos de las manos eran extremadamente carnosos.

—¿Cómo estás, hija?

El tono era mucho más que paternal.

—Bien, muy bien —asintió.

—Quiero que sepas que ver tan feliz a un hombre como el señor Madariaga me llena de alegría.

—Gracias.

—Eres una buena chica, aunque…

—¿Qué, padre? —se alarmó.

—Vienes a misa con él, te confiesas, comulgas…

—Por supuesto.

—¿Por qué te confiesas con el padre Norberto y no conmigo?

Se puso roja.

—Porque usted es el confesor de mi prometido, padre. Pensaba…

—No pasa nada. —Repitió la caricia—. Es lógica cierta vergüenza aunque yo, como religioso, esté muy por encima de las cosas de los hombres. Lo único que me preocupa a mí es el alma.

—¿Quiere que me confiese con usted?

—No, tranquila. —Levantó la barbilla con suficiencia—. Sé que eres una buena muchacha. El señor Madariaga sabe muy bien lo que tiene entre manos. Es un hombre que se ha hecho a sí mismo, culto, religioso, trabajador. Te ha elegido por suficientes razones, además de lo guapa que eres.

—Gracias, padre. —Bajó la cabeza.

De hecho, temía que el sacerdote pudiera ver a Jaume escondido en ella.

—Sé que aún no tenéis fecha de boda, pero, antes de prepararte debidamente cuando la fijéis y te hable de los deberes conyugales, te he traído este pequeño folleto preparatorio. Espero que te sirva para empezar a formarte en tus nuevas y venideras obligaciones.

El folleto cambió de mano.

—Gracias —repitió ella.

—Te dejo trabajar. Dios te bendiga, hija. —Le hizo la señal de la cruz en la frente y en el pecho.

Neus se quedó sola.

Estuvo a punto de guardarse el folleto, pero se le ocurrió mirarlo.

Y de mirarlo a leerlo menos de un segundo.

El titular era expresivo: *«Guía de la buena esposa»* . Debajo de él podía leerse: *«11 reglas para mantener a tu marido feliz - Sé la esposa que él siempre soñó».*

Se quedó absorta en la contemplación de aquellas imágenes de mujeres sonrientes, hermosas y cuidadas. Eran ilustraciones, pero no se diferenciaban mucho de cualquier fotografía real tomada a posta. La primera regla era: *«Ten lista la cena. Planea con tiempo una deliciosa cena para su llegada. Esta es una forma de dejarle saber que has estado pensando en él y que te preocupan sus necesidades. La mayoría de los hombres están hambrientos cuando llegan a casa. Prepara su plato favorito».* La ilustración era de una mujer con bata de cocina y un plato entre las manos, sonriendo feliz.

De hecho, todas sonreían, amorosas y contentas.

Ya no pudo dejar de leer.

La segunda regla era: *«¡Luce hermosa! Descansa cinco minutos antes de su llegada para que te encuentre fresca y reluciente. Retoca tu maquillaje, pásate un cepillo por el cabello. Recuerda que ha tenido un*

día duro y solo ha tratado con compañeros de trabajo». La tercera decía: *«Sé dulce e interesante. Su aburrido día de trabajo quizá necesite mejorar. Tú debes hacer lo posible para que sea así. Una de tus obligaciones es distraerle».* En la cuarta, con el dibujo de una mujer arrodillada fregando el suelo, y un texto muy opuesto al de la segunda regla, leyó: *«Arregla tu casa, debe lucir impecable. Haz una última ronda por las principales áreas de la casa justo antes de que tu marido llegue. Levanta libros de escuela, juguetes, etc. Y limpia con un plumerito las marcas».* El dibujo de la quinta regla era el de una mujer llevando unas zapatillas en una mano y una bandejita con una copa en la otra. El texto sentenciaba: *«Hazlo sentir en el paraíso. Durante los meses más fríos del año debes preparar la chimenea antes de su llegada. Tu marido sentirá que ha llegado a un paraíso de descanso y orden. Esto te levantará el ánimo a ti también. Después de todo, cuidar de su comodidad te brindará una enorme satisfacción personal».* La regla número seis iba más allá, porque ya hablaba de niños. Decía: *«Prepara a los niños. Cepíllales el cabello, lava sus manos y cámbiales la ropa en caso de ser necesario. Son sus pequeños tesoros y él los querrá relucientes».* La séptima regla era admonitoria: *«Minimiza el ruido. A la hora de su llegada apágalo todo e intenta que los niños estén callados. Piensa en todo el ruido que ha tenido que soportar durante su pesado día de oficina».* En el dibujo de la octava, la mujer, radiante, abrazaba a un sonriente hombre que se dejaba querer. La norma decía: *«Procura verle feliz. Regálale una gran sonrisa y muestra sinceridad en tu deseo de complacerle. Tu felicidad es la recompensa por su esfuerzo diario».* La ilustración de la novena regla mostraba a un hombre sentado en una butaca, hablando, mientras la mujer cosía a su lado, muy sumisa. El texto advertía: *«Escúchalo. Puede que tengas una docena de cosas importantes que decirle, pero a su llegada no es el mejor momento para hablarlas. Déjalo a él antes, recuerda que sus temas son más importantes que los tuyos».* La décima regla era: *«Ponte en sus zapatos. No te quejes si llega tarde, si va a divertirse sin ti, o si no llega en toda la noche. Trata de entender su mundo de compromisos y su verdadera necesidad de estar relajado en casa».* La última regla decía: *«¡No te quejes! No lo satures con problemas insignificantes. Cualquier problema tuyo es un pequeño detalle comparado con lo que él tuvo que pasar».* Como colofón, una frase: *«La buena esposa siempre sabe cuál*

es su lugar» , y un consejo extra: *«Hazlo sentir a sus anchas, deja que se recueste en un sillón o en la habitación. Ten una bebida caliente lista para él. Arregla su almohada y ofrece quitarle los zapatos. Habla con voz suave y placentera».*

Seguía quieta, como una estatua, ajena a todo lo que sucedía a su alrededor.

También pensativa.

¿Qué dirían de algo así todas las mujeres libertarias que habían muerto en la guerra?

Por otra parte, ¿era un folleto solo para gente más o menos pudiente? ¿Chimenea, maquillaje, trabajo en una oficina, butaca…? Francisco de Madariaga tenía criadas. Ella ni siquiera tendría que hacer nada de todo aquello.

De pronto le sobrevino un acceso de rabia.

Ira.

El padre Remigio le había dicho que «la prepararía debidamente y le hablaría de sus deberes conyugales».

¿Sexo?

¿Deberes y obligaciones?

Jaume seguía en su cabeza.

Escuchaba su risa.

Porque el muy idiota se estaba riendo.

No podía echar el folleto al suelo, pero tampoco impedir que la rabia aumentara, y con ella una amarga sensación de impotencia.

Se dio la vuelta y confió en que, al menos, nadie la viera llorar.

SEGUNDA PARTE

Octubre de 1943

Capítulo 6

Preámbulos

Jordi insertó las cuñas entre las cuerdas, para evitar que no sonaran al apretar las teclas, y alargó la mano para tomar la llave de afinación. Estaba tan concentrado en el trabajo que no notó que no estaba solo hasta que oyó la voz.

—Perdone, señor Jofresa.

Volvió la cabeza y se enderezó de golpe al verla. La señora Sandoval estaba a un par de pasos de él, con su circunspecto aire de siempre. Un aire que aunaba severidad con rigor, elegancia con distancia. Afinador de pianos o no, era un empleado. Por lo menos, en aquellos días, le había tratado con mayor displicencia que a Amparo, la pobre y atribulada criada de la casa.

—¡Oh, buenos días, señora! —la saludó.

—¿Cómo va todo? —Fue directa ella.

—Bien, bien —asintió deslizando una rápida mirada en dirección al piano—. En un par de días le aseguro que estará como nuevo. Le sonará de maravilla.

—Un par de días —repitió la mujer.

—La verdad, casi estoy sorprendido de lo rápido que ha ido todo. Las piezas, la reparación, el trabajo… —No ocultó su deje de orgullo—. Este piano le dará muchas alegrías.

—De eso quería hablarle. —Unió ambas manos a la altura del pecho, como si rezara—. Me temo que ha surgido un importante contratiempo y no sé qué hacer.

—¿Qué tipo de contratiempo? —Temió algo inesperadamente malo.

—El profesor que tenía que enseñar a mi hijo no va a poder hacerlo. Causas de fuerza mayor que no vienen al caso. Y ha sido incapaz de recomendarme a alguien para sustituirle. ¿Se imagina? Resulta que tenemos piano, pero no maestro. —El hecho parecía

aturdirla, como si fuera lo más importante de su vida en ese momento. Y quizá lo fuera—. La primera vez que vino aquí, usted dijo que, además de afinar pianos, también tocaba.

—Sí, señora.

—Y me dijo que, aunque nunca se lo había planteado, podía dar clases, porque había cursado varios años de piano y de solfeo.

—Así es. —Empezó a darse cuenta de por dónde iban los tiros.

—¿Le interesaría el trabajo?

Jordi pareció quedar ingrávido.

Dar clases a un niño. No era algo complicado. Y seguir cobrando un buen dinero extra, que tanto necesitaban, era como abrir una puerta al cielo. Un regalo.

En contra, el ambiente de la casa, el peso de aquel uniforme falangista, las fotografías de Franco y los demás prebostes, los crucifijos…

Y un niño que quería ser general.

Un niño que odiaba la música.

—¿Tiene que pensárselo mucho? —dijo la señora Sandoval ante su silencio.

—No, no, perdone —reaccionó—. Es que ha sido toda una sorpresa y… —Buscó la mejor forma de quedar bien—: Y también un halago para mí.

—Quiero que mi hijo aprenda, y lo quiero ya, antes de que se despiste con otras cosas. —Mostró su monolítico temperamento—. Si usted no puede o no quiere…

—No he dicho que no pueda o no quiera, solo que es una responsabilidad.

—Le pagaré, es obvio.

—No se trata de dinero, se lo juro. Lo haré con mucho gusto. Es solo que hace años y…

Mentía. Y mentía bien. Claro que lo haría por dinero.

¿Qué si no?

¿Tratar de meterle en la cabeza a un niño el amor por la música si no lo sentía?

—Me he fijado en cómo trabaja, y sé que es meticuloso, bueno en lo suyo —le alabó la mujer—. No creo que los años o la edad tengan que ver con eso. Aunque tuviera artritis en las manos podría

enseñar, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca.

—Entonces no discutamos más. —Estaba habituada a salirse con la suya y se le notaba—. Mi hijo le necesita. ¿Usted tiene hijos?

La pregunta le sorprendió. Era algo demasiado personal.

—Sí, tuve una hija —asintió.

—¿Tuvo?

—Murió.

—¡Oh! —Frunció el ceño en una mueca de dolor.

Pero no le preguntó cómo, ni cuándo, ni por qué había muerto.

Nadie preguntaba esas cosas después de una guerra.

Y menos los vencedores.

La señora Sandoval se recompuso al instante.

—Le cogerá cariño al momento, ya verá —dijo refiriéndose a su hijo—. Es muy buen niño, educado y formal. En la escuela todo el mundo le adora. Y es el favorito de casi todos los profesores.

—No lo dudo —convino él.

—Usted también parece una buena persona, tranquila y afable.

—Bueno, supongo que es la edad.

—No, es algo que va más allá de eso. Algo que se tiene o no se tiene, se lleva dentro y se nota —reapareció su tono de mujer habituada a mandar—. ¿Cuándo puede empezar? Ha dicho que en un par de días el piano estará listo.

—Podemos empezar ya. Primero he de saber cuál es el nivel de Jesús. Dijo que había recibido unas pocas lecciones. He de comprobar cuánto solfeo sabe, ver las manos encima del teclado… Puedo compaginar eso con los retoques finales.

—¿Mañana?

—Sí, de acuerdo.

—¿Por las tardes, de seis a ocho?

—Dos horas son muchas. Se cansará. Prefiero que ame lo que haga, sin forzarle, dejando que él mismo vaya disfrutando de sus progresos. No por dar más horas aprenderá mejor o más rápido, créame.

—¿Entonces una?

—Sí, mucho mejor. De seis a siete, después de que salga del colegio y meriende. Así luego tiene tiempo de estudiar sus

lecciones, hacer los deberes, prepararse para cenar y todo eso. Me dijo que su marido era muy estricto con los horarios.

—No es solo mi marido —proclamó con todo su orgullo—. La casa la llevo yo, y me gustan el orden y la puntualidad.

—¡Oh, por supuesto!

—Todo arreglado, pues. —Le tendió la mano.

Jordi se la estrechó.

—Gracias —tuvo que decirle.

—Le dejo con su trabajo.

La vio alejarse con paso firme. En una parada militar, habría desfilado con más marcialidad que muchos soldados, de eso estaba seguro.

Bueno, cinco minutos antes estaba terminando de afinar un piano. Ahora tenía un trabajo.

Bien.

Recogió la llave para continuar tensando las cuerdas y solo en ese momento se dio cuenta de que al final no habían hablado de dinero. Mejor. Así preguntaría antes cuánto cobraba un profesor de piano.

María se apartó de la máquina cuando Sofía, una de las aprendizas, se detuvo ante ella. Era una chica alta, espigada, de nariz muy larga y mentón muy corto. Tenía los ojos tristes y asustadizos y los dientes mal colocados. También era de piel muy blanca, así que con la luz del taller parecía un cadáver ambulante. La bata la convertía en una especie de cirio con piernas.

—El señor Sanchis quiere verla en su oficina —le dijo.

Dámaso Sanchis llevaba unos días sin atosigarla, rondarla o pedirle que bajara cajas del almacén subida a la maldita escalera. Pensaba que había tenido suficiente con su rechazo de la última vez y se había rendido. Pensaba que había decidido dedicar sus esfuerzos a acosar a otra, o que ya la había encontrado.

Se equivocaba.

Si el encargado la llamaba no era para nada bueno.

Por lo menos era en su oficina.

—Gracias —suspiró.

—Ha dicho que ya —se despidió la aprendiza.

Se tomó su tiempo. Primero, paró la máquina. Segundo, se mordió el labio inferior. Tercero, intentó no levantar la cabeza, para no encontrarse con las miradas de las demás.

Echó a andar.

A veces el ruido de todas las máquinas, funcionando a la vez, la aturdía.

De noche soñaba con él.

Por eso amaba tanto el silencio.

Llegó a la oficina del encargado. Una parte era sólida y la otra estaba acristalada. Allí no podía hacerle nada. Demasiados ojos. La puerta estaba entreabierta. Vaciló entre llamar o meter la cabeza por el hueco y acabó haciendo esto último.

Dámaso Sanchis la esperaba.

—Pasa, pasa —le dijo en tono neutro, como el que empleaba con cualquiera de ellas en el trabajo.

Le obedeció. Intentó dejar la puerta entreabierta.

—Cierra, haz el favor.

No tuvo más remedio que obedecerle. Luego cubrió la breve distancia que le separaba de la mesa y esperó, con las manos por detrás de la espalda, como solía hacer en la escuela de niña. El despacho no era muy grande. Más bien tenía visos de caja de zapatos. La mesa, archivadores, papeles, el plan de producción colgado de una pared y ninguna silla para sentarse. El encargado escribía algo en un papel, sin mirarla.

María esperó.

Un largo, muy largo minuto.

Cuando Dámaso Sanchis acabó de escribir le puso el capuchón a la pluma estilográfica, cogió un secante circular, lo pasó de lado a lado por encima de la tinta aún húmeda y, dándole la vuelta, se lo entregó a ella sin levantarlo de la mesa.

—Firma —le pidió.

María parpadeó asustada.

Siguió quieta.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Si quieres, léelo y lo verás —dijo él, echándose de manera indolente hacia atrás para recostarse en el respaldo de la silla.

María recogió la hoja de papel.

Le costó concentrarse en la lectura, y más al sentirse presa de la mirada del hombre. Tuvo que hacerlo dos veces, porque se perdió en la terminología del texto en la primera. Una terminología demasiado legal, rimbombante, llena de palabras muy serias de esas que solo entendían los abogados o los administrativos de las empresas.

Las mismas con las que luego se convertían en amos de los empleados.

Aquello era una especie de contrato de trabajo.

Un contrato nuevo.

Con una cifra de pesetas muy clara al final.

Tragó saliva.

—¿Qué te parece? —Sonrió el encargado del taller.

—No entiendo…

—Vamos, María, sí entiendes. ¿Acaso se puede ser más generoso? Es casi una peseta más al día —lo recalcó—. Al día. Entre eso, el plus de vida cara y todo lo demás, te llevas once con noventa y cinco céntimos por jornada laboral. Casi doce pesetas.

—¿Y eso por qué?

—Es una prueba de que voy en serio y de que, si me haces caso, te va a ir muy bien. Más de lo que jamás pudieras imaginar.

—¿Tan buena soy en mi trabajo? —se atrevió a desafiarle—. A una le suben el sueldo cuando lo merece.

—¿Y quién te dice que tú no lo merezcas? —La sonrisa volvía a ser la de siempre, petulante, agresiva, cínica y segura.

La sonrisa del poder.

La seguridad de la fuerza.

—No va a subirme el sueldo a cambio de nada. —Intentó seguir firme.

—Claro que no. —El encargado juntó las yemas de los dedos casi frente al rostro. Los ojos eran ascuas—. Yo te doy esto —señaló el papel—, y tú me das… no sé, ¿digamos un poco de cariño? No pido mucho. Un poco. Aunque luego, a medida que te acostumbres, ya verás como te sientes a gusto. A fin de cuentas nos lo hemos ganado, ¿no? Yo te aseguro que no te arrepentirás.

María dejó el papel sobre la mesa.

Si echaba a correr, si se le doblaban las rodillas, si rompía a llorar… sería peor.

Tenía que mantenerse en pie.

—Señor Sanchis, yo no puedo firmar esto, lo siento.

Ni siquiera supo por qué dijo «lo siento».

Quizá por venir de donde venía, ser quien era y temerle siempre al poder, y más al de los nuevos amos de España.

—¿Cómo no vas a firmarlo? —Hizo un chasquido de sarcasmo—. Todas las de ahí afuera darían una mano por algo así. ¡Incluso por cincuenta céntimos de más al día!

—Ofrézcaselo a otra.

—¡No me seas remilgada, María, ya está bien! —Volvió a poner las manos sobre la mesa y empezó a perder el control—. ¿Quieres más? ¿Es eso? ¿Qué quieres que te diga, que me robaste el aliento desde la primera vez que te vi y desde entonces ni duermo pensando en ti? ¡No puedo ser más sincero, caramba! ¡Acepta las cosas como son y sácales partido!

—No —se resistió sin aliento.

—¡No seas tonta!

—No… puedo. Se lo dije, tengo novio.

—Y yo mujer, ¿y qué? No vamos a casarnos ni durará siempre. Pero mientras tanto… ¡Vamos, no te arrepentirás! ¿Sabes lo que me juego yo con esto? —Señaló el papel—. El dueño es buena persona, sí, pero yo me arriesgo lo mío. Di que sí y luego lo hablamos, al acabar el trabajo.

—He de volver. —Se dispuso a regresar al taller.

El tono de Dámaso Sanchis ya no fue amigable.

Todo lo contrario.

—¿Quieres tenerme como enemigo?

—No, no, señor. Solo quiero trabajar, nada más.

El encargado comprendió que había perdido.

Que no había la menor oportunidad.

El rictus tenso del rostro se hizo pétreo. La mirada aún se endureció más. Dejó de desnudarla con ella para convertirse en una pistola cargada.

—Entonces vete —la despidió.

María no esperó más. Dio media vuelta y salió de la oficina

cerrando la puerta a su espalda. Tuvo que apoyarse por unos segundos en el quicio. Luego se recompuso.

Inesperadamente, la puerta se abrió de nuevo.

Apareció él.

María hizo un vano intento de reanudar la marcha pero no pudo hacerlo. Reaccionó tarde. Dámaso Sanchis la retuvo asiéndola por un brazo.

Casi se lo dijo al oído, con los dientes apretados.

—Como le vayas con el cuento a alguna, se te cae el pelo, ¿entiendes?

La paralizó el terror.

—Di, ¿lo entiendes? —Le hizo daño al hundirle los dedos en la carne.

—No estoy tan loca —jadeó asustada.

Las siguientes palabras del encargado fueron mucho más dolorosas que el ofrecimiento de ser su amante. Todo el desprecio que sentía se amontonó en ellas.

—Todavía tenéis orgullo, ¿eh?

María logró soltarse.

Por lo menos de la mano del hombre.

La sesión final había sido productiva. Un par de tomas y listo. Tampoco era muy difícil. Los diálogos eran mínimos y llanos. Ninguna escena complicada, ningún grito, ninguna aglomeración de voces. Su papel, además, era fácil.

Pere esperó a que los demás terminaran.

Desde la sala de control, el director de doblaje les dio el visto bueno.

—¡Perfecto, gracias a todos!

Era suficiente por un día y lo sabían. Llevaban allí más de diez horas. La dobladora y el otro doblador se relajaron. Ella extendió los brazos hacia arriba, desperezándose. Él resopló. De hablar animadamente poniéndoles voz a los actores de Hollywood pasaron a una expresión básicamente aburrida. Día y noche. Por unas horas habían sido aventureros, vaqueros en el salvaje oeste americano.

—Bueno, hasta mañana. —La mujer inició la retirada.

—Yo ya he terminado mi parte —dijo Pere.

—¡Oh! ¿Ya no vuelves?

—Para la próxima, espero.

—Que te vaya bien. —El hombre le palmeó la espalda.

Pere los vio alejarse rumbo a la salida de los estudios de grabación y doblaje. No se movió hasta que los dos abandonaron la sala. Entonces caminó en dirección contraria, abrió la puerta del fondo, subió las escaleritas y enfiló la zona de las oficinas. El despacho de Asdrúbal Quatrecases quedaba al fondo, y, dada la hora, ya no quedaba nadie en las inmediaciones.

Llamó a la puerta con los nudillos.

—¡Pase!

Metió la cabeza por el hueco sin atreverse a entrar del todo.

—¿Da su permiso, señor Quatrecases?

—¡Ah, eres tú! Pasa, pasa, ¿qué quieres?

Se coló dentro y cerró la puerta. El dueño de los estudios apenas si sobresalía entre una montaña de papeles apilados en su mesa. Había una silla delante de ella pero Pere no se atrevió a usarla. Continuó de pie.

—Yo ya he terminado —dijo revestido de cautelas.

—Ah, bien —dijo el hombre de manera despistada, sin levantar los ojos de los papeles.

—Quiero decir que he acabado con mi trabajo en esta película.

Ahora sí lo miró.

—Vaya. —Fue lo único que acertó a decir.

—Como no me ha dicho nada de la próxima…

Asdrúbal Quatrecases chasqueó la lengua.

—Es que, de momento, no hay próxima, hijo. Ya te avisaré.

—Me dijo que quizá tuviera algo importante para la semana que viene.

—Sí, pero al final se ha hecho el reparto y… Bueno, que nos han impuesto a otro que viene muy recomendado. Lo siento.

—Ya. —Bajó la cabeza desalentado.

—Ten paciencia. —El tono fue paternal—. Eres bueno, y tu voz también. Ahora han salido dobladores de debajo de las piedras. Todos los actores de teatro se han apuntado al carro. Algunos son veteranos, con muchas horas de vuelo y muchos contactos. Esto

acabará siendo un coto cerrado, ¿sabes?

—Por eso me interesaría tanto que me diera para doblar a un actor de esos que se sabe que van a hacer más películas.

—¡Míralo! —pareció burlarse el hombre—. ¡Y a mí que me tocara la lotería! No eres tonto ni nada. Todos quieren algo así, doblar a Humphrey Bogart, a James Cagney, a James Stewart o a Gary Cooper. ¡Menudo seguro de vida! —Soltó una bocanada de aire—. Pero lo que hay es lo que hay, Pere. ¿Qué quieres que te diga? Te tengo en la lista, por eso no te preocupes. Y, además, quiero mucho a tu antiguo capitán. ¡Todavía eres joven!

—Voy a cumplir los veintisiete.

—Entonces imagínate: para dar voz a un actor de carácter aún te falta.

—No todos son mayores. Hay muchos que se ve que llegarán muy arriba. Y, además, puedo hacer muchas voces, ya lo sabe.

Asdrúbal Quatrecases hizo un gesto de fastidio.

Le sostuvo la mirada dos o tres segundos. Cambió de expresión y dejó de ser paternal. Se convirtió en lo que era: un empresario dueño de un estudio.

—Siéntate —le pidió.

Pere le obedeció.

—Te voy a ser sincero —dijo hablando despacio—. Mira, estos estudios se fundaron con el cambio del cine mudo al sonoro, en 1932. Fue la casa Orphea Films francesa la que los puso en marcha, primero en París, por iniciativa de Ferdinand Resnard y Camille Lemoine. Camille fue el que se vino a Barcelona e inició todo esto. —Abarcó el lugar con ambas manos—. Él, con el ingeniero Josep María Guillen, que había fundado Radio Barcelona, y el director de cine Francisco Elías, consiguieron convertirlos en los mejores de España, porque también tenían el mejor equipo y los mejores medios. Bueno, también eran los únicos. Aquí se hicieron muchas películas, Pere. Entre 1933 y 1935 nada menos que veintiuna. Una de ellas, la primera en catalán, «El café de la Marina», dirigida por Domènec Pruna en 1933. Lo malo es que la exclusividad del cine sonoro duró poco. En 1934 Madrid también estrenó sus propios estudios. Luego llegó la guerra. ¿Me sigues?

—Sí, señor.

—Durante la contienda, esto estuvo intervenido por la CNT. ¿Qué voy a contarte? Fue un caos. Propaganda y poco más. Elías, muy de parte del Alzamiento aunque sin decirlo, optó por el cine comercial, nada revolucionario salvo alguna excepción, como «Barrios bajos» de Pedro Puche en 1937. Acabada la guerra, aquí estamos. Ahora es el gran momento del doblaje. Pero el Régimen se lo está llevando todo a Madrid. Todo, Pere, ¿entiendes? Todo. Producción y doblaje. Es algo solapado, pero irreversible. Acabaremos con las migajas, con lo que allí no puedan hacer y poco más. Los actores y las actrices de doblaje con acento catalán, como se ha visto en estos primeros meses, ya pueden ir haciendo las maletas. Así pues —volvió a abrir las manos—, el trabajo va a escasear, y vivir de esto no va a ser fácil, por no decir imposible. Ni mucho menos. Si lo tienes en cuenta, mejor para ti. Y no solo hablo de doblaje. ¿Sabes cuántas películas están programadas para rodarse el próximo año, al menos que yo sepa? —No esperó la respuesta de Pere—. Setenta y tres. ¿Sabes cuántas en Madrid y cuántas en Barcelona? Cincuenta y cinco a dieciocho. —Dejó que el dato calara en él y agregó—: Ya no somos la capital del cine. Menos permisos de rodaje, menos recursos, solo una cuarta parte de la protección asignada a la producción nacional… No, ya no somos la capital del cine en España a pesar de que el mayor peso consumidor está aquí y hasta los americanos nos miman por parecer más europeos. Tuvimos un momento de gloria y ya está. Esto se acabó. Y contentémonos con lo que hay, porque como se nos ocurra abrir la boca…

De pronto, el ambiente en el despacho era de funeral.

Pere no supo qué decir.

Pensó en María sin saber por qué. De hecho, él le había dicho casi lo mismo unos días atrás. Tampoco hacía falta ser muy listo para entender la realidad.

—Siento ser tan directo, hijo. —El hombre recuperó el tono paternal—. El Régimen ha comprendido que el cine es el escaparate de un país, y nuestro escaparate, hoy por hoy, es el que hay. El Gobierno está en Madrid y aquí se perdió la guerra. Mira, léete esto. —Rebuscó entre los papeles y le pasó una especie de panfleto o memorando escrito a máquina y con un sello oficial en la parte

superior—. Es del Delegado Nacional de Propaganda, Manuel López Torres.

Pere lo leyó.

El párrafo principal decía:

El cine ha de ponerse al servicio del Estado para cumplir los fines que le son particulares, dentro de las normas y consignas del Movimiento. Es necesario incorporar al cine el sentido político del Movimiento de forma que en toda película, cualquiera que sea su argumento, se aliente el espíritu auténticamente español que ha de saber reflejarse en los distintos modos de reaccionar o de conducirse ante los problemas humanos que se planteen.

—¿Qué tal? —preguntó Asdrúbal Quatrecases cuando él lo dejó de nuevo en la mesa.

No hubo respuesta.

Lo único que quería Pere, de pronto, era estar muy lejos de allí.

Más que una reunión del FNC, era un diálogo a dos bandas. Estaban solo ellos. Por un lado, su jefe en la rama militar, Jaume Martínez Vendrell. Por el otro, él.

Quedaba poco que decir.

O casi todo.

—Lo siento, Jaume.

—¿Que lo sientes? —Le mostró las manos desnudas con el sello de la impotencia—. ¿Para eso vinimos aquí? ¿Para eso nos jugamos la vida? Si no hacemos nada, ¿qué nos queda? ¿Esperar?

—Estamos aquí para sentar las bases del futuro, y, de paso, espiar, preparar el terreno. Hoy por hoy, no tenemos las armas que necesitamos, ni modo alguno de conseguirlas. No, hasta que mejore la situación en Europa.

—¡La guerra puede tardar años en terminar! ¿Quieres morirte de asco sin hacer nada, rodeados de fascistas por todas partes? ¡Si no les damos un golpe de vez en cuando, se sentirán cada vez más fuertes y seguros! ¿Y quién te dice que al acabar la guerra Franco no va a firmar algún acuerdo de paz para que le dejen tranquilo?

—Eso no sucederá.

—¿Que no?

—Los informes que nos pasan los ingleses son buenos.

—¡Todos los informes son propagandísticos!

—Estos no. Y tú lo sabes mejor que nadie. Con Stalingrado perdido, el frente oriental roto, la invasión de Sicilia y la retirada del norte de África, Hitler está en claro retroceso. Es imposible que los nazis reviertan la situación. Es el momento de actuar con la cabeza, no con el estómago.

—¡Hicimos el Front para combatir y no lo estamos haciendo, eso es todo lo que sé! ¡Y no me hables de cabeza! ¡Parecemos hormigas asustadas!

—¿Quieres calmarte? —se crispó el hombre fuerte de la presunta lucha armada en el seno de la organización mientras encendía un pitillo.

—¡No puedo calmarme!

—¡Entonces limítate a obedecer las órdenes y punto! ¡La impaciencia es mala consejera, lleva a cometer errores! ¡Si cae uno solo de nosotros puede venirse todo abajo! ¡Las cosas no se hacen en un abrir y cerrar de ojos!

—¿Y por qué no un golpe? ¡Uno solo!

—Aún no es el momento de alertarles. Cuando se haga, ha de ser sonado.

—¡Santo Dios! —Levantó las manos al cielo—. ¡Ya sé que no hay tanto dinero como para disponer de armas o explosivos, y que los ingleses o los franceses bastante tienen con lo suyo, pero yo puedo fabricar una bomba con apenas nada, y lo sabes! ¿Qué tiene de malo un poco de ruido?

—¿Quieres decirme algo más? — Jaume Martínez Vendrell puso fin a la disputa.

—¿Eso es todo?

—Sí, eso es todo. Si no lo entiendes, es tu problema. Pero las órdenes son las órdenes. Métetelo en la maldita cabeza: estamos aquí para trabajar, para sentar las bases del futuro, no para resolver las cosas de un día para otro y menos en el momento más inoportuno.

—¿Entonces qué hago?

—Ver, observar, tomarle el pulso a la situación, informar… Lo

que hacemos todos, Jaume. Lo que hacemos todos y otros.

—Menudo jefe militar eres. —Dio un respingo.

—Si llevaras uniforme te haría fusilar por esto. —Le apuntó con un dedo su compañero.

—Si llevara uniforme tendría un arma en las manos —replicó él poniéndose en pie para irse.

—Espera. —Su superior lo detuvo—. ¿Dónde paras?

—De momento en casa de un amigo.

—¿De confianza?

—El mejor que tuve en la vida —rectificó—: El mejor que tengo. Por eso no puedo quedarme demasiado tiempo con él. Tiene una madre enferma y tampoco es que esté mucho por la labor de volver a las andadas. No quiero comprometerle.

—¿Puedes buscarte algo mejor tú solo? Todo menos ir a una pensión.

—Sí, descuida. Estoy en ello.

—Y ten cuidado.

—Lo tengo.

—No, no lo tienes. Eres demasiado radical e impetuoso. Justo lo que hace que se cometan errores. Aquí solo cuenta tener la cabeza fría.

—Joder…

—¿Te recuerdo que el 2 de marzo se aprobó la Ley de Rebelión Militar y que todo delito, aunque sea público, va a ser juzgado en consejo de guerra por un tribunal militar?

—No, no me lo recuerdes.

—Mejor muerto que preso, Jaume.

Se lo acababa de decir: si caía uno, caían todos. Ni el más valiente estaba hecho para soportar una larga tortura.

—Cuídate —se despidió.

—Jaume…

—¿Qué?

Las palabras de su jefe, envueltas en el humo de su cigarrillo, fueron cautelosas pero firmes.

Como su mirada.

—Estás demasiado lleno de odio, y el odio ciega siempre la razón. Eres un soldado: obedece las órdenes. Cálmate o tú mismo

cavarás la fosa en la que acabarás sepultado.

Comenzaba a hacer fresco, el verano se había ido por completo. Pero aun así, el otoño era, de momento, llevadero y agradable. Bastaba un abriguito de entretiempo para sentirse bien.

Como el que Francisco le había regalado.

Neus caminaba de su brazo. Le gustaba andar y él la complacía. Un mínimo capricho, porque, en lo demás, todo era distinto. A las parejas se las adivinaba no solo por su ropa. Los gestos y las miradas eran delatoras. Ella miraba ahora el mundo de otra forma, como si, de pronto, estuviera situada por encima del resto. No le gustaba verse ni sentirse así, pero era la realidad, no podía disimularla. Por si faltara poco, su prometido se lo recordaba continuamente:

—Cuando nos casemos serás una reina.

—Cuando vivamos juntos no tendrás que hacer nada, solo ser feliz.

—Pasaremos los veranos en la Costa Brava, en mi villa de S'Agaró, y cuando tengamos nuestro primer hijo…

Primer hijo.

Francisco quería tres, cuatro…

Quería aprovechar el tiempo perdido con la primera esposa.

Llegaron a la plaza de Cataluña. Se detuvieron en la calzada y, tras esperar el paso de un coche y una carreta tirada por un burro, cruzaron hacia la Rambla sin decir nada.

Un paseo era precisamente eso, dejarse llevar.

Francisco de Madariaga fue el primero en hablar después de mucho rato.

—Nieves.

—¿Sí? —reaccionó ella.

—¿Estás bien?

—¿Yo? Sí, claro.

—Te noto… no sé, distraída.

No quiso sostenerle la mirada, por si él veía más allá. Apartó la cabeza y pareció centrar la atención en la fuente de Canaletas, de la que bebía un hombre mientras una mujer llenaba un botijo.

—He dormido mal, eso es todo —se excusó.

—Sí, a veces yo también tengo insomnio —reconoció él—. Y es muy molesto. Te levantas con la mente espesa. En mi caso es por dormir solo, la falta de compañía todos estos años…

—Yo siempre he dormido sola y bien —se atrevió a mencionar ella.

—Ya me entiendes, mujer.

—Sí, perdona. —Bajó la cabeza al darse cuenta de su comentario.

Dieron media docena de pasos más.

Francisco la observó de soslayo.

—¿Problemas en casa?

—No, no.

—¿En el ropero benéfico?

—¿Por qué iba a tenerlos allí?

—Eres nueva, joven, tan bonita… Siempre hay quien se hace mala sangre.

—Me han acogido muy bien. Y por lo menos hago algo, me siento útil. Hay tantos necesitados…

—Sí, parece que la guerra no haya terminado para algunos —suspiró él—. Esos malditos rojos… Encima hemos de cuidar de sus familias.

—No todos eran así —buscó una inútil defensa.

—¿Así, cómo?

—Rojos, comunistas…

—La mayoría —insistió el hombre—. La verdad es que nuestra magnanimidad es digna de elogio. En eso admiro al Generalísimo. De haber mandado otros, Queipo, Millán, otro gallo cantaría. Los habrían exterminado a todos y problema resuelto.

—No hables así, ¿quieres?

—¿Cómo quieres que hable? ¿Crees que los rojos no nos habrían exterminado a nosotros? ¡Ellos sí eran bestias! —Hizo una pausa—. ¿Sabes lo que me da miedo? Pues que mientras quede un hijo de rojo, quedará un odio larvado. Ese hijo crecerá y un día… Por eso nosotros hemos de dar hijos a la nueva España, Nieves. Es nuestro compromiso y nuestro deber.

Neus apretó la mano libre, la que no iba colgada del brazo de él.

—A veces olvidas lo que yo misma pasé en la guerra, y que mi propio hermano está ahora en…

No pudo terminar la frase. Francisco de Madariaga se detuvo en seco. No le gustó la manera en que la miró. Era dulce, refinado, quizá excesivamente estirado, pero cuando torcía el gesto podía ser temible. Habituado a mandar y a dar órdenes, no era de los que aceptaba con naturalidad la opinión de los demás, sobre todo si era contraria a la suya.

Sobre todo si tenía que ver con la guerra o la realidad política.

—A veces creo que sigues siendo una niña. —Suavizó el gesto de la misma forma en que lo había endurecido, desarmado ante la belleza del rostro que tenía delante—. No ves la vida como la veo yo, y no me quejo, al contrario. Eres como barro fresco dispuesto a ser moldeado. Sinceramente espero ser capaz de hacerlo yo. Te mereces tanto…

Estaba enamorado.

Neus podía verlo, sentirlo.

Lo malo era que la cuña hundida en su mente seguía allí.

Jaume.

Y no se iría fácilmente.

—Sigamos caminando —le pidió ella.

Francisco no se movió.

—Quiero que decidamos la fecha de la boda ya, y que planeemos la ceremonia cuanto antes.

Neus acusó el impacto. Pero no se contuvo.

—Y yo quiero que mi hermano asista a nuestro enlace, lo sabes.

—Hago lo que puedo —ensombreció el rostro—. Ni todas mis influencias resisten la tenacidad del estamento militar. Te dije que sería un proceso largo, y que solo al final podré mediar para conmutarle la condena que sea, en caso de hallarlo culpable, y liberarlo de prisión bajo mi tutela y responsabilidad. Nieves… —Contrajo la expresión en un rictus de dolor—. Esta espera me resulta particularmente angustiosa. Deberías saberlo. Desde que te conozco… No hago otra cosa que pensar en ti. No veo la hora de que por fin seamos marido y mujer y compartamos la misma cama.

Neus estaba segura de que, en algún lugar de su mente, lo que oía era la risa de Jaume.

Controló tanto la furia como la sorpresa producida por la ansiedad de su prometido.

—Las cosas han de hacerse bien. —Fue lo único que acertó a decir.

—¿Que tal por Navidad? —No le hizo caso él.

—¡Pero si faltan poco más de dos meses!

—Suficiente.

—¿Por qué no en primavera?

—Es demasiado tiempo.

—Pero mejor. Abril, mayo… Para entonces seguro que Albert ya está libre.

Los ojos de Francisco se convirtieron en cuñas.

—¿Crees que puedo esperar tanto?

—Si me quieres, sí.

—¡Claro que te quiero! ¡Y pondré el mundo a tus pies! ¡Pero en marzo cumplo cincuenta años! ¿Te das cuenta? ¡Cincuenta! No quiero perder más tiempo. Hace un año estaba seguro de que mi vida estaba perdida, y ahora, en cambio… Nieves, cuanto más espere quizá más me cueste llegar a ser padre. Estas cosas son así. Nos necesitamos el uno al otro, ¿no lo ves? Si me amas como yo a ti, debemos dar el paso ya. Por favor…

Estaban en mitad del centro de la Rambla, rodeados de personas ajenas que iban y venían, la mayoría sin mirarlos, atribulados con sus propios problemas. En otras circunstancias, Neus pensó que la escena bien podría haber sido de una película romántica.

Pero era la vida real.

Su vida.

Todo estaba claro y era perfecto antes de la aparición de Jaume.

Antes de que su corazón se hubiera vuelto del revés, como una media.

Antes de que volviera a ser la Neus de años atrás, enamorada de un loco.

Capítulo 7

Cambios

Jordi llevaba en la casa diez minutos, terminando de afinar el piano, cuando Jesús apareció en la sala. Su alumno se lo quedó mirando en silencio, muy serio. O, mejor dicho, con cara de pocos amigos.

Golpeó el diapasón, acercó su oído a las cuerdas y pulsó una tecla.

Eso logró llamar la atención del niño.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Un diapasón.

—¿Y para qué sirve?

—Al vibrar produce un determinado tono que sirve para afinar los instrumentos

—Ah —dijo sin estar nada convencido por la explicación.

—¿Ya has merendado?

—Sí.

—¿Y hecho los deberes?

—Sí.

—Entonces ¿listo? —Jordi dejó de hurgar por las entrañas de piano y se cruzó de brazos.

Podía ser el niño rico de una familia pudiente comandada por un alto cargo de la Falange, pero él era el profesor, y tenía que hacerse valer como tal.

De los primeros días dependía el resto.

—No pienses de quién es hijo —le había dicho María—. No mires las fotografías de su padre, ni hagas caso de los crucifijos. Piensa solo en que él es un niño.

Un niño.

Un niño que quería ser general y odiaba la música.

—Piensa también en el dinero que tan bien nos va a venir —

había acabado por decirle María.

—¿Le gusta enseñar? —quiso saber Jesús.

—Claro.

—¿Ha enseñado a muchos?

—Suficientes —mintió.

El chico miró el piano.

No era una mirada amigable. Más bien la de un condenado a muerte ante el patíbulo en el que iba a dejar la vida.

—Venga, siéntate y veamos cómo estás —le invitó a ocupar el taburete frente a las teclas.

—¿Cómo estoy de qué?

—Tu madre me dijo que ya habías dado algunas lecciones. He de ver en qué punto de aprendizaje te encuentras, qué sabes de solfeo… Esas cosas.

—¿Y qué quiere que haga?

—¿Sabes tocar algo?

—Una canción.

—Pues adelante.

Logró hacerle reaccionar. Se sentó en el taburete y extendió las manos sobre las teclas. Por lo menos tenía los dedos largos y con los pies llegaba a los pedales.

—Ponte recto —le pidió.

Jesús enderezó la espalda.

—Bien. Adelante.

Jordi pensó que tendría más resistencia, que le costaría, pero no. Quizá fuera el miedo a su madre o, tal vez, que, en el fondo, no era de los que se rendía a la primera de cambio. También pudiera ser el espíritu militar inculcado por el padre.

Tanto daba.

Jesús empezó a tocar.

Mal, equivocándose, de manera lenta y repitiendo las notas allá donde había errado. Pero tocó. Tocó, le puso tesón, se esforzó y acabó la canción.

Todo maestro sabía que lo esencial para enseñar era, primero, despertar al alumno. Despertarle y motivarle. Provocar su interés.

—Vaya —suspiró Jordi.

—¿Qué pasa? —Frunció el ceño el niño.

—Pues que a pesar de estar verde y todo lo demás, lo has hecho muy bien.

—¿Ah, sí?

—De verdad.

—¿No lo hace para tenerme contento?

—No.

—¿Ni para que lo esté mi madre?

—¡No! —Se echó a reír.

—Si le dice que soy bueno igual se lo cree y le saca más dinero.

—¡Pero qué dices! —Se horrorizó sin dejar de reír—. ¡Hablo en serio! Pensaba que tendría que empezar de cero contigo y veo que no. Incluso noto que tienes algo.

—¿Yo?

—Sí. —Se puso serio—. Todos tenemos habilidades que desconocemos y que, un día, sin pretenderlo o sin darnos cuenta, aparecen y florecen. Si habiendo recibido unas pocas lecciones eres capaz de hacer lo que has hecho, es que en el fondo tienes ese algo que te llevará a poder tocar lo suficientemente bien en el futuro. Incluso muy pronto.

Jesús se miró las manos, y más allá de ellas, las teclas.

Luego se encogió de hombros.

Volvió a fruncir el ceño, enfurruñado.

—¿Y ahora qué hago? —preguntó.

—Vamos a ver cómo llevas el solfeo. —Cogió una silla para sentarse junto a él.

Era la tercera tienda en la que entraba. En este caso una zapatería. Dada la hora no había más que una parroquiana con su hijo probándose zapatos. El niño se quejaba de que le dolían. Y por lo visto le dolían todos, porque a su alrededor había no menos de media docena de cajas abiertas.

—Di que no te gustan, pero que te duelan… —le advirtió su madre—. Fíjate en estos. Son de charol. Bonitos, ¿no?

María se acercó a la mujer de la caja. Por detrás, oyó como la dependienta apoyaba a la madre del pequeño. Sí, los de charol eran preciosos, y muy elegantes.

También caros.

—Buenas tardes.

—¿En qué puedo ayudarla? —se ofreció la mujer—. ¿Ha visto ya algo que le guste?

—Busco trabajo.

La cara de la mujer cambió. Tal vez fuera la dueña, o la encargada. No fue un cambio a peor, ni duro. Más bien se le endulzó la mirada.

—Me temo que aquí…

—Paso algunas veces por delante, y solo tiene a esa empleada —señaló a la dependienta—. Cuando hay mucha gente solo son dos, y ahora llegará la Navidad, más ajetreo.

—¿Ha trabajado ya en algo? —le preguntó ella.

—Sí, en un taller. De hecho sigo en él. Pero necesito cambiar.

—¿Por dinero?

—No exactamente.

—¿No? ¿Cuánto gana?

Se lo dijo, sin ocultarle nada.

—Entre unas cosas y otras, casi doce pesetas al día.

—Este es un comercio pequeño. Yo no podía pagarle tanto. —La mujer levantó las cejas.

—¿Cuánto podría ser?

Hubo una pausa. Por detrás, la discusión entre el niño, su madre y la dependienta, seguía. Uno protestaba, otra suplicaba y la tercera hacía gala de su mejor disposición para que al final el cliente saliera con los zapatos comprados.

La posible dueña o encargada de la zapatería observó a María.

Pareció calibrar su juventud, y el dolor escondido detrás de sus ojos.

—¿Puedo preguntarle por qué quiere dejar de trabajar en ese taller?

María se puso roja.

—Cosas mías —evadió una respuesta directa.

De mujer a mujer, no hizo falta más.

—Lo entiendo —asintió ella.

—Gracias —dijo María.

—Lamentablemente, no puedo darle el trabajo que pide. Es

cierto que nos vendría bien una dependienta más ahora que llegará la Navidad en un par de meses. Pero le pagaría mucho menos, y no sería justo. Estoy segura de que una joven tan guapa y decidida como usted encontrará el trabajo que se merece y con el salario que sea preciso.

Tercera tienda. Tercera derrota.

—Siento haberla molestado.

—No, al contrario. Siento no haberla podido ayudar.

—Tienen zapatos muy bonitos. Volveré.

—Será un placer, querida.

Emprendió el camino de la puerta apartando la vista del trío que monopolizaba el centro de la zapatería. Antes de cruzarla escuchó un chasquido seco.

—¡Ya está bien, Mario! ¡Te los compró y se acabó!

La bofetada hizo que el niño se echara a llorar.

María pensó en lo poco que le iban a durar los malditos zapatos de charol cuando él pequeño monstruo los empleara para jugar al fútbol en el patio de la escuela, o donde fuera con tal de gastarlos y romperlos a conciencia.

Salió a la calle y echó a andar en dirección a su casa bajo la primera oscuridad del anochecer.

Pere metió la cabeza por el hueco de la puerta y se encontró con su madre despierta, la mirada perdida en la ventana y el semblante serio. Por una vez parecía no haberla oído llegar. O tal vez sí, y la esperaba.

—¿Mamá?

—Hola, Pere.

—¿Cómo estás?

Era la pregunta más absurda del mundo, pero se la hacía cada vez que llegaba. La respuesta también era la misma.

—Mejor.

Ni siquiera «bien». Mejor.

—¿Sabes si está Jaume?

—No. No le he visto en todo el día.

—Bueno.

Iba a dejarla sola, para pasarse por la cocina.

—Ven, entra un momento, siéntate —le pidió ella.

Se sentó en una silla, apartado del brasero. No era una inválida, pero de entre lo poco que hacía, cuidar del brasero encendido era una prioridad. La principal. Pere notó cierta serenidad en el rostro. Había días que el dolor se le marcaba a fuego lento, cincelándole la cara de cicatrices invisibles y muecas angustiosas. Aquel no era uno de ellos. En otras circunstancias habría parecido tan solo una mujer algo mayor, cansada, o convaleciente de una gripe.

—¿Qué quieres? —Temió que fuera a insistirle con lo de ver a su padre.

—Estoy preocupada —reveló ella.

—¿Por?

—Jaume. —Fue lacónica.

—No tienes por qué preocuparte. Se irá pronto.

—Iban a ser unos días, y ya lleva…

—No tiene a dónde ir. No voy a dejarlo en la calle.

—Si le detienen por lo que sea será malo.

—Vamos, mamá. Él haría lo mismo por mí.

—Pero es peligroso.

No supo qué responderle. Cada día transcurrido era, en efecto, una espada de Damocles suspendida sobre la cabeza de ellos dos. Si, por lo que fuera, detenían a Jaume, ¿podrían alegar ignorancia, decir que no sabían que estaba ilegal y clandestinamente en Barcelona?

—Hijo, nunca te he dicho qué hacer, ni cómo. Eres mayor, y además tienes la cabeza bien asentada sobre los hombros. He confiado en ti siempre. Pero ahora…

—Te repito que Jaume se irá pronto, y que no me meterá en sus cosas. Lo hemos hablado.

—No es únicamente eso. Es… —contuvo un atisbo de emoción— … sabes que yo no voy a llegar a la Navidad, ¿verdad?

—No digas eso.

—He de decirlo.

—Pues mejor te callas.

—No puedo, Pere. —Sintió un arrebato de determinación—. Lo dijo el médico: seis meses. Como mucho, siete u ocho. Y ya han

pasado.

—Porque eres fuerte.

—¿Quieres escucharme, por favor?

—Te escucho.

Su madre se inclinó hacia delante. Estaba demasiado lejos como para atraparle las manos, pero lo hizo de igual forma con la mirada.

—Cásate con María, ya, no esperes más, y sed todo lo felices que podáis, porque solo os vais a tener el uno al otro.

—¿Quieres que me case con ella de la noche a la mañana?

—Sí. Y en cuanto yo falte, os vais a vivir con su abuelo. Y en cuanto falte él…

—¿Qué?

—Marchaos de España. Este es ya un país sin futuro.

—¡Mamá!

—¡Es la verdad!

—¡Pero si hay una guerra que está devastando Europa!

—La guerra acabará, Europa se reconstruirá. Lo que no va a cambiar en años es España. Y si hace falta, os marcháis a Cuba, a México, a la Argentina… Todo menos ver crecer a vuestros hijos en una dictadura infrahumana.

Era la primera vez que la oía hablar así.

El final de la guerra la había dejado sin alma. Creía que, después de ello, lo único que la atormentaba era su enfermedad. Ahora se daba cuenta de que no. De que tal vez todo fuera en el mismo paquete.

Sentimientos, dolor.

—Primero querías que fuera a ver a mi padre. Y de pronto me dices que me vaya. Como si fuera tan fácil.

—Cruzar la frontera no es difícil. Peligroso imagino que sí, difícil no. Jaume puede ayudarte. Sabes que al otro lado, en Perpignan, vive una prima mía. Siempre le caíste bien, aunque te vio poco siendo niño, mucho antes de la guerra. Mira si fue lista que se casó con aquel francés y se marchó a tiempo. Ella te ayudará, seguro.

—Va, cállate. —Movió la cabeza de lado a lado.

—Pere, hablo en serio.

—Tu prima puede haber muerto.

—Vive.

—¿Cómo lo sabes?

—Le hice llegar una carta hace unos meses.

—No me dijiste nada.

—Lo hago ahora.

—¿Cómo le hiciste llegar una carta, si puede saberse?

—Se la di al señor Claudio, el de la frutería.

—¿En serio?

La mujer cerró los ojos. Mostró un ligero agotamiento. Se pasó una mano por la comisura de los labios y respiró con fatiga. El dolor iba y venía. Cuando remitía era un alivio. Cuando se aproximaba, un infierno.

Si no la mataba el cáncer lo harían las medicinas.

—Quiero decirte algo más, Pere.

—¿Por qué no descansas?

—Ten cuidado con Jaume.

—Te he dicho que lo tengo, y que se irá pronto.

—Pero seguirá aquí, en Barcelona, y está lleno de odio. Rebosa odio. Quiere matar, se le nota en la mirada. Quiere ganar la guerra él solo. De niño ya era peleón. Lo malo es que ahora no es tiempo de pelear, sino de actuar con la cabeza, y él parece haberla perdido. Que no te arrastre a su locura, por favor. Piensa en María. Es lo mejor que te ha pasado jamás.

Eso lo sabía muy bien.

—Mamá…

—Estoy cansada. —Levantó la mano impidiéndole continuar y se vino abajo de golpe, como si ya hubiera terminado lo que tenía que decir—. ¿Puedes prepararme algo caliente? No sé de dónde saco este maldito frío. Venga, vamos, por favor. Ya no quiero hablar más.

Lo había dicho todo.

Todo y más.

Pere se levantó, salió de la habitación y la dejó sola.

Jaume miró arriba y abajo de la calle antes de cruzar aquel umbral.

Daba a un patio, con puertas a ambos lados. Un niño sucio

jugaba en una esquina, al sol, con dos palos que debían de ser sus mejores juguetes. Estaba solo. De hecho, el lugar era un mundo en sí mismo, un microcosmos. Jaume estaba seguro de que, por detrás de las ventanas, media docena de ojos ya lo habían detectado al entrar.

Sin contar los de la calle.

Todo seguía igual que años antes.

Incluso la puerta de madera carcomida por el paso del tiempo era la misma.

Llamó con los nudillos.

Le abrió él, Agapito, unos años mayor, unos kilos de más, unos cabellos de menos. Se lo quedó mirando con un deje de ironía mal medida. Jaume no hizo nada, se dejó observar.

La voz de Agapito Huguete era grave, gutural.

—¿De dónde sales tú, válgame el cielo?

—Del purgatorio.

—¿Del purgatorio?

—Si hubiera estado en el cielo, no habría regresado. Y si hubiera estado en el infierno, no me habrían dejado salir.

—Muy ocurrente. Siempre fuiste muy gracioso.

—¿Cómo te va, Pito?

—¿Pito? ¡Te voy a dar yo a ti Pito! ¡Ahora soy Agapito, leches! ¡O mejor el señor Huguete!

—¿Has subido de categoría?

—¡Los nuevos tiempos, no te digo! ¡Ya estaba harto de lo del «pito del sereno»! Así que, o un respeto, o ya te estás largando por donde has venido.

—¿Vamos a hablar aquí, de pie, en la puerta?

—Anda, pasa.

La puerta exterior daba directamente a una sala-comedor sin apenas muebles. La norma de Agapito era la discreción, sobrevivir antes que exhibir. Gracias a ello había podido hacerlo tanto tiempo, en los días de la República y bajo la bota de una dictadura. Jaume siempre se había preguntado dónde guardaba el contrabando antes y el estraperlo ahora. Lo que estaba claro era que, si quería algo, Agapito lo tenía. O podía proporcionárselo.

—Siéntate.

—Te veo bien.

—No me hagas la rosca, que ya sabes que no me va. Nadie está bien hoy en día.

—A ti no te va mal, que me he informado.

—¡Bah, la gente no sabe una mierda! ¿Qué quieres?

—¿No vas a ofrecerme ni siquiera un vaso de agua?

—¡No me toques los cojones, Jaume! Si estás aquí es porque quieres algo, y si quieres algo, son negocios. Si necesitas una fiesta de bienvenida la montamos aparte y entonces sí, nos tomamos unos vinos. Di lo que quieres que no tengo todo el día.

—Siempre tan amable, tú.

—¡Cagüen Dios…! —barbotó agitando la cabeza—. ¿Buscas trabajo?

—No.

—¿Cuándo has salido?

—No he salido. Simplemente he vuelo a Barcelona.

—¿Vuelto, de dónde?

—De Francia.

Se lo quedó observando de hito en hito, con un leve atisbo de respeto.

—¿Y de qué vives?

—Eso es cosa mía.

Agapito Huguete se cruzó de brazos, más calmado, mirada expectante.

—Sigues en guerra, ¿eh?

—No, hombre. —Hizo un gesto de indiferencia.

—Yo creo que sí. —Entrecerró los ojos.

—Necesito un lugar donde quedarme por una temporada. —Fue al grano.

—¿Discreto?

—Lo más que se pueda, sí. Pero no oculto. No estoy aquí para esconderme. ¿Tienes algo?

—Si pagas, puede arreglarse.

—¿Dónde sería?

—En un pequeño almacén que tengo, en la Barceloneta. Hay un cuartito arriba. Así, de paso, me lo vigilas.

—No voy a pasarme el día encerrado —le advirtió.

—Ya lo sé.

—¿Y si quiero algo más?

—¿Una mujer que te caliente la cama? —Le enseñó los dientes en una falsa sonrisa.

—No, hombre. Me refiero a un arma, y luego quizás pólvora…

—¡Ves como sigues en guerra!

—Es una pregunta. El arma sería para protegerme. Y la pólvora… bueno, no sé, quizá me haga falta. Vete a saber —quiso parecer convincente.

Agapito Huguete guardó silencio.

Jaume sintió sus ojos incrustados en la cabeza, explorándolo. Era un gato viejo. En su negocio tenía que ser listo.

—Estás loco —repuso finalmente el hombre.

—¿Puedes, sí o no?

—Olvídalo. —Fue categórico.

—¿Por qué?

—Porque esto ya está, Jaume. Han ganado. No se puede hacer nada. ¿Otra guerra civil? ¿Con qué? Si la perdimos teniendo un ejército, imagínate ahora. —El tono se hizo de pronto muy lúgubre —. No hay vuelta atrás. Adáptate o acabarás mal, preso o fusilado. Y todos los que tengan que ver contigo también.

—Caray, como te pones —suspiró él.

—Me pongo en 1943. —Se encogió de hombros—. Es lo que hay. Contrabando y estraperlo, sí. Armas o explosivos, ni hablar. Una cosa es ir a la cárcel y otra que te fusilen. ¿Te vale lo de la Barceloneta o qué?

Jaume asintió.

—Dame un vaso de agua, va —le pidió en serio—. ¿Qué tal tu mujer y tus hijas? ¿Ya te han hecho abuelo?

Narcisa era una de las pocas amigas que conservaba.

A otras, le daba vergüenza verlas.

Su cambio de casa, de posición, de todo. De pronto era como vivir en ambas orillas de un río que bajaba impetuoso, sin un puente que las conectara. Neus se sentía solitaria en una y el resto de tiempo se perdía en la otra.

Pero Narcisa seguía allí.

¿Cuánto hacía que no la veía sonreír?

—¿Cómo va todo?

—Bien, bien —dijo su amiga de manera intrascendente—. ¿Y tú?

—Un poco aturdida —confesó.

—Es natural. Debes sentirte como en un tobogán.

Más bien era una montaña rusa, pero no se lo dijo.

Había quedado con ella justamente para hablar de eso.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro —dijo Narcisa.

Acababan de sentarse en el bar. Sus achicorias humeaban en las tazas. Estaban prácticamente solas y apartadas, en el rincón más lejano del local. Narcisa vestía de manera muy discreta. Neus también se había puesto ropa vieja para quedar con ella, prescindiendo de cuanto le había regalado Francisco.

Buscó las palabras adecuadas pero no había otras salvo aquellas.

—¿Estabas muy enamorada de Ovidio?

El nombre hizo que Narcisa se estremeciera.

Un golpe, un puñetazo en mitad de la conciencia.

Miró a Neus con el rostro levemente contraído por la sorpresa.

—Pues claro.

—¿Tanto como para seguir sola ahora? —Ya no contuvo las palabras.

—¿Qué quieres decir?

—Has tenido alguna que otra oportunidad, ¿no?

—Sí, y no me han interesado.

—¿Porque no le olvidas?

—¿Tú qué crees?

—No sé. Es… —Abrazó la taza con los dedos de ambas manos, para sentir el calor—. Perdona por preguntarte esto.

—Neus, sé que tarde o temprano aparecerá alguien. Es ley de vida. Pero hoy por hoy todo es demasiado reciente y doloroso.

—¿Reciente? Por Dios, Narcisa. Ovidio murió en el 38. Han pasado cinco años.

—¿Te parecen pocos?

—¡Me parecen muchos!

Su amiga esbozó una sonrisa amarga. Los ojos se le nublaron, de

vuelta al pasado.

—¿Sabes que todavía sueño con él, y que tengo su olor metido en la nariz, y el eco de sus palabras en mis oídos, y que incluso puedo notar el tacto de sus manos y sus besos con solo cerrar los ojos?

—Dios, Narcisa…

—Es la verdad. —Se mordió el labio inferior—. Llámalo amor, locura, dependencia… ¿Qué más da? Ovidio fue el primero, el único. Y ni siquiera tengo una tumba a la que llevarle flores. —Contuvo la humedad de las pupilas antes de decir—: Yo no he tenido tu suerte.

Neus acusó el golpe.

La misma palabra siempre.

—¿Suerte?

—Un hombre como el señor Francisco no cae del cielo todos los días.

—¿Te casarías con él sin amarle?

—¿No le quieres? —se asustó Narcisa.

—Te lo pregunto a ti.

—¡No lo sé! —se crispó un poco—. ¿A qué viene esto? ¡Vas a casarte con él, olvidarás las penurias, tendrás lo que muy pocas tendremos! Además, Jaume seguro que está vivo, en alguna parte, menudo era. Al menos no has de llorar su muerte.

Neus buscó la manera de continuar.

—¿Qué harías si Ovidio entrara por esa puerta ahora?

—¿Estás loca? ¡Desmayarme! Solo de imaginarlo…

—¿Lo dejarías todo por él?

Narcisa ya no pudo más. Primero bebió un sorbo de su taza. Después la miró abriendo los ojos hasta la desmesura. Nunca había sido una chica fuerte, así que ahora era una mujer frágil.

—Me estás asustando —profirió—. ¿Qué te pasa?

—Nada.

—No, te pasa algo. No me digas que estamos aquí para hablar de mi Ovidio y de si… ¿Qué es lo que te sucede?

—Nada, de verdad. —Intentó serenarse—. Son nervios, supongo. Francisco quiere que nos casemos ya.

—Es lógico. ¿Cuándo cumple los cincuenta?

—En marzo.

—Se sentirá mayor, y con una novia guapa y joven como tú… Igual tiene miedo.

—¿De qué?

—De que te arrepientas.

Neus bebió otro sorbo.

Ni lo había pensado.

¿O sí?

Sentía a Jaume tan metido dentro de su cabeza…

—¿Puedo preguntarte algo íntimo?

—Ay… —vaciló Narcisa.

—¿Llegasteis a acostaros Ovidio y tú?

—¡Neus!

—Perdona, perdona —Se sintió avergonzada de pronto.

—No, si… Bueno… —vaciló su amiga—. Estábamos en guerra, y él se iba al frente. Aquella noche…

—Lo hicisteis.

—Sí —asintió Narcisa—. Y luego, cuando volvió a Barcelona. —Se sintió más valiente—. ¿Y sabes que te digo? Que fue lo mejor que pudo pasarme. Lo mejor que hice. Por lo menos ahora tengo ese recuerdo. No llegamos a casarnos, pero para mí, es como si lo estuviéramos.

—¿Y si te hubieras quedado embarazada?

—Neus, ¿quién piensa en eso cuando está en brazos del hombre al que ama y por el que daría la vida? —proyectó todo el énfasis hacia ella—. De todas formas tuvimos cuidado —atravesó las defensas de Neus y preguntó de pronto—: ¿Y tú?

—¿Yo qué? —Se tensó.

—¿Tú no lo hiciste con Jaume?

Neus empezó a venirse abajo.

Quiso gritar «¡Sí!», pero la realidad era otra. Y era absurdo mentir.

—No —reveló.

—¿Por qué? —No pudo creerlo Narcisa.

—¡No lo sé! —Empezó a llorar.

—¡Una cosa es meter la pata en tiempos de paz, pero en mitad de una guerra y con la muerte acechando…!

—¡Te digo que no lo sé!

Sí lo sabía. No estaba preparada. Ninguna chica lo estaba salvo que fuera una irresponsable cabeza loca.

—Perdona.

—No, yo te he preguntado primero. —Se pasó un pañuelito por los párpados—. Tampoco tuvimos la opción, las cosas fueron como fueron y sucedieron muy rápidas.

—¿Y piensas en ello?

Movió la cabeza de arriba abajo.

Aplastantemente firme.

—Sí, muchas veces —confesó.

—Entonces, ¿te arrepientes de no haberlo hecho?

Arrepentirse era poco.

Llegaría virgen a manos de Francisco de Madariaga.

Todo un regalo.

El camarero apareció súbitamente junto a la mesa. Ya las había admirado al llegar y servirlas. Ahora las bañó con una enorme sonrisa estirándose lo que pudo para parecer más alto. Tendría más o menos la de edad de ambas.

—¿Las señoritas bien? —les preguntó antes de darse cuenta de que una de ellas estaba llorando.

Capítulo 8

Pausas

A veces, le maravillaba su tenacidad. Otras, empezaba a temer los arrebatos de furia, sobre todo cuando algo no le salía bien o le costaba engarzar media docena de notas seguidas. Las más, las clases fluían con mejor fortuna de la que, en un principio, hubiera creído.

Se decía que los niños aprendían rápido y lo asimilaban todo mucho mejor que los mayores, y era verdad.

Jesús progresaba bien.

Jordi se sentía casi feliz.

Pero ahora, en aquel momento, tocaba explosión de ira.

—¡No me sale!

—Repítelo, va. Es un cambio difícil. Seguro que a Liszt le costó cien veces.

—¿Y quién es ese?

—El mejor pianista…

—¡Seguro que está muerto, como todos!

—Vive en la memoria de la humanidad, Jesús.

El niño miró las teclas con odio.

Jordi no esperaba que las aporreara de pronto, dejando caer los dos puños sobre el teclado.

Fue tal la violencia del impacto que se cayó la tapa.

—¡Jesús! —se asustó su maestro.

El ruido no había sido discreto. Por la puerta de la sala apareció la señora Sandoval, asustada. Eran las seis y media de la tarde pero vestía como si acabase de llegar de una fiesta o estuviese a punto de irse a una cena de gala. Se plantó ante ellos con un atribulado gesto de preocupación.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó—. ¿Pasa algo?

Jesús miró a Jordi.

—No, no, todo está bien. —Se apresuró a tranquilizarla él—. Ha sido un accidente.

Mercedes Santacana, señora de Sandoval, paseó la mirada por el piano.

—¿Qué clase de accidente?

—He sido yo —se resignó Jordi—. A veces soy un patoso. Se me ha caído la tapa sin querer.

—¡Pues menudo susto! —Soltó una bocanada de aliviado aire—. ¡Ha sonado por toda la casa!

—Lo siento.

—Bueno, bueno. —Inició la retirada—. ¿Todo bien, señor Jofresa?

—Todo bien, sí. Progresando.

La mujer le lanzó una mirada final a su hijo y los dejó solos.

Se hizo el silencio. Jordi levantó la tapa de nuevo, como si no hubiera pasado nada, dispuesto a seguir.

—¿Por qué no se lo ha dicho? —quiso saber Jesús, mitad enfurruñado mitad sorprendido.

—¿Debería haberlo hecho?

—Los maestros se suelen quejar a los padres, para que les echen la bronca a los hijos.

—Pues yo no soy así.

—¿Por qué?

—Porque lo que suceda entre tú y yo, se queda entre tú y yo. Además, soy tu profesor de Música, no un maestro.

—¿Somos cómplices? —lo dijo como si hablara de una película.

—Más o menos. —Le guiñó un ojo.

Jesús dejó de estar enfurruñado.

Puso las dos manos sobre el teclado, como si estuviera dispuesto a intentarlo de nuevo, aunque no tocó ninguna nota.

Parecía reflexionar sobre lo que acababa de suceder.

Jordi se sentó a su lado.

—Mira —le dijo—, tu madre no sabe nada de música, ni de lo difícil que es aprender, ni de lo duro que es ser un genio.

—Yo no soy un genio —se lo aclaró muy serio.

—Bueno, podrías —mencionó Jordi como si evaluara las posibilidades—. Es cuestión de trabajo, de dedicarle horas y más

horas.

—Yo no voy a ser pianista, así que… ¿Qué más da las horas que le eche si no van a ser más que horas perdidas?

—Todo el tiempo que se dedica al arte nunca es tiempo perdido. Te lo dije: esto —señaló el piano— te hará mejor persona. Y, para que lo sepas, eres bueno. Tienes dotes.

—Se burla de mí.

—No, para nada. Tienes capacidades para muchas cosas, y una de ellas es esta. Podrías tocar muy bien. Otra cosa es que quieras.

—Cuando algo te sale bien, no está mal —contemporizó el niño —. Pero para que te salga bien…

—Es una pena que no acabe de gustarte. ¿Todavía piensas en ser militar?

—¿Cómo que todavía? ¿Se cree que cambio de idea como un niño de esos que hoy quiere ser bombero y mañana policía?

—Pues es una pena.

—¿Qué es una pena?

—Militares hay muchos. Pianistas, pocos. Preferiría ser uno de pocos que uno de muchos.

—Mire que es raro.

—No soy raro. Soy un romántico.

—¿Y de qué sirve ser romántico? —Soltó una risa.

—Creo que todo tipo de arte, pintar, esculpir, escribir, pero más la música, acerca al ser humano al universo y le hace ser mejor.

—Mamá dice que tocar el piano es hablar con Dios de otra forma —manifestó Jesús.

Jordi se quedó unos segundos en suspenso.

El gran crucifijo que presidía la sala pareció caer sobre él.

Como una guillotina.

—Usted cree en Dios, ¿no? —preguntó Jesús.

La respuesta fue rápida.

Tranquilizadora.

—Pues claro —dijo con toda naturalidad.

Fue María la que lo notó pensativo a la hora de la cena.

Ensimismado y serio.

—Abuelo, ¿estás bien?

—Sí, ¿por qué? —Levantó la vista del plato para centrarla en ella.

—Pareces despistado.

—Oh, no es nada, en serio. —Se recuperó.

—¿Van bien las clases?

—Mucho. Mejor de lo que me esperaba. Ese niño…

—¿El monstruito?

—No, no es un monstruito —dijo con ternura—. Puede que lo sea algún día, si llega a general como dice. Pero hoy por hoy no es más que lo que es: un niño de doce años. Todavía está a tiempo.

—¿De cambiar?

—Sí.

—¿Tú crees? —Se mostró escéptica ella—. ¿Viviendo en esa casa y con ese ambiente?

—Depende de él, aunque lo tiene difícil, claro. Una madre obsesiva, que le impone lo del piano no por él, sino por ella, y un padre con pinta de falangista radical que asusta nada más verlo… Pero sí, lo creo. El ambiente en el que nacemos y crecemos marca mucho, pero no es definitivo. Todos crecemos y abrimos los ojos a la realidad. Luego están los sueños.

—Eres un idealista.

—Hoy le he dicho a él que soy un romántico —admitió con sarcasmo.

—Pareces estar más a gusto de lo que cabía esperar.

—Lo estoy —aceptó—. Poco a poco… pero sí. Primero me incomodaba el ambiente, estar en esa casa. Sin embargo, cuando le enseño cosas a Jesús, me abstraigo. Dejo de ver las fotografías, lo que me rodea. Estoy abriéndole los ojos a un niño, y eso es un regalo, ¿comprendes, María? Quizá Jesús nunca me olvide, y espero que sea para bien. Encima no es malo, aprende rápido, tiene intuición. He vuelto a sentirme útil, tengo un piano cerca, es casi un regalo.

—Te está cayendo bien, ya veo.

—¿Te lo repito? Es un niño, por Dios.

—No creo que por tener doce años sea inocente, abuelo.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan escéptica y dura?

—Los niños pueden llegar a ser muy crueles.

—Porque están desprovistos de empatía, nada más. Viven en su mundo, por lo general son egoístas, y más Jesús, que es hijo único y está creciendo en un ambiente militarista y fanático. Pero se trata de eso: de enseñarles a ser mejores. ¿Y cómo se consigue un milagro así? Despertando su interés por algo. No te diré que Jesús no esté malcriado. ¡Lo está, tiene rabietas, a veces te dan ganas de darle una bofetada! Sin embargo, cuando conectamos… La música es un puente único para eso.

—Eres increíble.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque eres la mejor persona que conozco —dijo María con orgullo.

—Anda, va, que me pondré rojo.

—Es la verdad. Aun en estas circunstancias, eres positivo y estás lleno de esperanzas.

—¿Y qué otra cosa queda, renunciar a ellas y rendirse?

—Otros están llenos de odio.

Jordi se puso serio, aunque no triste.

—María, en todas las casas hay muertos, esposas sin maridos, hijos sin padres, padres sin hijos… Estas heridas no van a cicatrizar nunca. Mientras quede alguien vivo con la guerra a sus espaldas, recordará el horror que vivimos. Habrán de pasar muchos años para que siquiera pensemos en olvidar, que creo que ni eso. Así que lo que nos toca ahora es mantener la entereza, no dejarnos llevar por ese odio ni dejarnos arrastrar por los sentimientos negativos. Tus hijos deberán empezar a construir el futuro, de la misma forma que deberá hacerlo Jesús Sandoval Santacana. Es ley de vida.

María se levantó de la mesa, fue hacia él y le abrazó por detrás. Le dio un beso en la cabeza.

—Te quiero, abuelo —dijo.

—Yo también a ti.

—No sé —bromeó ella—. A veces pienso que quieres a todo el mundo.

—Bueno, en un corazón cabe mucha gente —la secundó él.

Su nieta siguió abrazándole.

A Jordi le habría gustado tener delante un espejo para ver la

escena y guardarla en la mente como si fuera una foto.

Pero no había ninguno.

Pere observó, con cierto recelo y sentimiento de culpa, cómo su amigo recogía las cosas.

Tampoco eran muchas.

—¿Seguro que estarás bien?

—Que sí, pesado.

—Pero ¿dónde es?

—¿Y para qué quieres saberlo?

—Coño, por si quiero ir a verte.

—Pere, mejor no —dijo Jaume—. Todo está tranquilo, pero por si acaso. Yo contactaré contigo.

—Al menos dime la zona.

—La Barceloneta.

—¿Y es seguro?

—Todo lo seguro que puede llegar a ser un almacén de un estraperlista.

—¡Anda que lo tuyo!

Jaume acabó de meterlo todo en el macuto con el que había llegado. El jersey de más y el chaquetón, por el frío, los llevaba puestos. Una vez completada la acción se colocó delante de su amigo y le puso las dos manos en los hombros.

—Si te decides a unirte a la lucha, lo hablamos. Si no, siempre seré tu amigo, y espero ser tu padrino de boda y el de tu primer hijo.

—La lucha, la lucha.

—Las cosas como son —afirmó Jaume.

—Es como cuando te fuiste a la guerra. Parecías ir a una fiesta.

—Entonces lo era. Íbamos a darles por el culo a los fascistas.

—Pues ya ves.

—Vamos, Pere. —Pegó la frente a la de su compañero—. No me hagas sentir mal. Tú tienes tus ideas y tus sueños. Yo las mías. Y prefiero morir por ellas, ¿qué quieres que te diga? Yo no puedo vivir con toda esta mierda, como si no pasara nada.

—Entonces crees que soy un cobarde.

—¡No! —se agitó—. ¡Cada cual es como es y ya está! Mira, bastante has hecho por mí dejando que me quede tantos días. Sigues siendo mi mejor amigo.

—Prométeme que no cometerás ninguna tontería.

—¿Como cuál?

—No, sé. Liarte a tiros, matar a alguien.

—Ya me gustaría. —Se separó de él—. Un fascista menos es mucho más que un fascista vivo.

—¿Y no crees que es mejor esperar a que acabe la guerra en Europa y ver qué hacen las potencias mundiales?

—Debemos empezar a construir el futuro aquí y ahora, nosotros. Si confiamos demasiado en los demás acabaremos dormidos. Hemos de prepararnos, Pere. Ese cabrón no solo ganó la guerra y nos mató la libertad: nos mató lo único que nunca puede perderse, la esperanza. Hay que recuperarla como sea. Si le dejamos, seguirá metiendo gente en la cárcel, para fusilarla impunemente en su fiebre de limpieza genocida. ¿Sabes que cada día, al amanecer, se oyen las descargas de los fusiles en el Campo de la Bota? ¿Es que vamos a hacernos los sordos porque hasta aquí no llegue el eco de los disparos?

—No sé si admirar tu fortaleza o temer tu locura —exhaló Pere.

—Mejor teme mi fortaleza y admira mi locura, amigo. —Le sonrió Jaume—. Dime una cosa: ¿cómo fue cumplir el servicio militar con ellos?

Pere apretó las mandíbulas.

—¿Te convencieron de algo? —preguntó Jaume.

—No.

—No te culpo. Ni te juzgo. Pero al menos no me juzgues a mí.

—Y si te matan, ¿qué?

—Ven a mi entierro y cuídate de que no me pongan cruces ni flores. Eso suponiendo que me entierren.

—Estos días…

—¿Estos días qué?

—Llagaste de una forma, pero… no sé, te vas de otra.

—Llegué a una Barcelona que desconozco y con la que me he topado de bruces —se lo dijo sin ambages—: ¿Sabes que Neus va a casarse con un viudo rico y fascista?

Neus fue la encargada de servir la fuente de carne. La dejó en el centro de la mesa, ante la mirada impactada de sus padres y la más que complacida de Francisco de Madariaga. La carne era jugosa, fresca, y estaba apenas cocida, como le gustaba al invitado de la casa. Ni siquiera le habían preguntado de dónde la había sacado. Esas cosas eran obsoletas.

¿Se le preguntaba a un borracho de dónde sacaba el vino?

Francisco se dirigió a la dueña de la casa.

—Señora Milagros, si nos hace el favor.

—¡Oh, gracias! —se hinchó ella.

Neus se sentó y permitió que su madre siguiera con los rituales. La mujer escogió el pedazo de carne mayor, lo tomó con el tenedor y el cuchillo, y se lo sirvió a su invitado. El segundo pedazo fue para su marido, el tercero para su hija y el cuarto para sí misma.

Quedó casi el doble en la fuente.

Tendrían para varios días.

—Tiene un aspecto increíble. —Se le hizo la boca agua a Damián Mata.

—Qué menos —le quitó importancia Francisco.

Fue el primero en cortar un pedazo y llevárselo a la boca.

Antes de la sopa, habían dado las gracias. Algo insólito. Lo hizo el mismo invitado. Se sumaron a la plegaria en silencio, cogidos de las manos. Tanto en ese momento como ahora, a la madre de Neus se le hizo palpable un deje de contenida emoción.

—¿Se encuentra bien, señora Milagros?

—Sí, sí, claro. Cosas mías —trató de quitarle importancia.

—No parece feliz.

—¡Lo estoy! —exclamó de inmediato—. ¡Qué cosas tiene, por favor! ¡No se le puede pedir más a la vida, salvo, quizá…!

—Mamá —trató de prevenirla Neus.

—No, deja que tu madre siga —le reprochó su prometido.

—No, no quiero parecer agorera —se excusó ella.

—¿Es por Alberto? —insistió Francisco.

El nombre cayó como una pesada losa sobre la mesa. Milagros se llevó una mano a los labios. Damián apenas si se atrevió a suspirar. Neus cerró los ojos.

—Es comprensible —siguió hablando el invitado—. Y le aseguro

que hago y haré lo que esté en mi mano para que todo salga bien. Se lo prometí y soy hombre de palabra. Lo malo es que no tengo tanto poder, y a veces hay que actuar con tacto, dejar que pase el tiempo y las cosas se apacigüen. No soy un político, soy un industrial. Mi amistad con los estamentos militares no puede ir en contra de ley, solo tratar de adecuarla, no sé si me explico.

—Confiamos en usted —dijo Damián.

—Y yo les agradezco esa confianza. —Miró a Neus—. Por Nieves haría lo que fuera.

—Pero… no sabe nada, ¿cierto? No le han dicho… —tanteó Milagros.

—No, de momento las cosas están igual. Hay una investigación, se trata de aclarar si Alberto estuvo allí, que implicación tuvo en caso afirmativo, si fue voluntaria o forzada… Era muy joven, cierto, pero eso no le exime. Los cargos son serios. Eso lleva un tiempo, es un proceso complejo, porque no quedan testigos de las atrocidades de esa checa. Lo importante es que, si le condenan a pesar de todo, podamos sacarlo de prisión luego. A las malas, se dice que el Generalísimo, en su infinita bondad, quizá proclame un indulto general en fechas próximas.

—¿En serio? —se aferró a la inusitada nueva esperanza Milagros.

—El Caudillo no es un hombre rencoroso. Ahora es el padre de todos nosotros —dijo Francisco serenamente—. Un padre sabe perdonar a sus hijos.

—La guerra acabó hace casi cinco años —se atrevió a decir Damián.

—Pero hay noticias de agitadores en Barcelona. —Chasqueó la lengua Francisco—. Eso es lo malo.

Neus tragó saliva. Hizo el mayor de los esfuerzos por parecer normal, aunque le era imposible deglutir el pedazo de carne que llevaba un minuto masticando.

—¿Y si le fusilan antes de ese indulto? —se dejó llevar por la tensión Milagros.

—¡Mamá, ya basta! ¡Tengamos la cena en paz! —protestó Neus finalmente, liberando el nerviosismo—. ¿Para eso queríais que viniera Francisco a cenar, además de que él mismo nos trajera la

carne?

—Vamos, hija —musitó su padre con dolor.

—¿Por qué no hablamos de cosas más felices? —propuso Francisco de Madariaga con la palma de la mano izquierda por delante—. ¿Les ha comentado Nieves que le he pedido fijar ya la fecha de la boda?

—¿En serio? —Se le iluminaron los ojos a la mujer.

—¿Cuándo será? —preguntó el cabeza de familia.

Francisco miró a su novia.

—Ella tiene la palabra —dijo—. Por mí, lo haría de inmediato. Le he propuesto que sea antes de Navidad, aunque se inclina más por la primavera, abril, mayo…

—Antes de Navidad sería maravilloso —se animó Milagros.

—Precipitado, pero sí —la secundó su marido.

—Sepan que asistirá toda Barcelona. —Francisco alargó la mano, tomó su vaso con agua y bebió un breve sorbo—. No quiero aventurar nombres, pero piensen en algunos de los más importantes, alcalde, consistorio, jefes provinciales de la Falange y el Movimiento… Y no solo de Barcelona, también de Madrid.

—¡Oh, Neus! ¿Has oído eso? —Se le iluminó la cara a su madre.

—¿Por qué siguen llamándola Neus? —preguntó de pronto el invitado.

El tono, demasiado adusto.

Aparentemente distendido pero seco.

Les sobrevino un incómodo silencio.

Extraño.

Hablaban de la boda y, de pronto…

—Bueno. —Se vio en la necesidad de hablar Damián—. Siempre la hemos llamado así desde que nació. Se nos haría raro llamarla ahora de otra forma.

—No es de otra forma. —Francisco se llevó otro pedazo de carne a la boca—. Es su verdadero nombre. Con él la bautizaron, ¿me equivoco?

—No, no, es cierto.

Francisco le sonrió a su prometida.

—Nieves es precioso —manifestó—. Y le hace justicia. Lo otro en cambio es tan… impersonal. Diría incluso que frívolo. —Masticó

la carne, despacio, y luego, cambiando el sesgo de la conversación, olvidando que un minuto antes hablaban de la fecha de la boda, se dirigió a su futuro suegro y le preguntó—: ¿Cómo le va en su nuevo puesto de trabajo, señor Mata? ¿Se adapta bien? Imagino que ser uno de los contables de una gran empresa no es lo mismo que trabajar donde lo hacía antes, ¿verdad?

María llevaba casi diez minutos en la antesala del despacho del dueño de la empresa.

Una eternidad.

Y en plena jornada laboral.

Miró a Petra, la secretaria de don Gaspar. Era una mujer mayor, de aspecto grave. Llevaba unos impertinentes colgados de una cadenita, y se los subía y quitaba de los ojos constantemente. Era un ir y venir casi mecánico que dejaba ligeras huellas oscuras a ambos lados de la nariz, marcada y aguileña. Vestía como antes de la guerra, nada de modas. Blusa abotonada hasta el cuello, falda larga, botines, y llevaba el cabello recogido en un moño.

María tosió.

La secretaria permaneció inmutable.

—¿Sabe para qué quiere verme? —se atrevió a preguntar.

—No —respondió sin mirarla.

Para ella, todas las muchachas del taller eran unas locas insoportables, cotorras y listillas, que solo buscaban trabajar poco, pillar un novio cuanto antes, casarse y dejar el empleo. Ninguna de las del taller le tenía la menor simpatía.

Quince minutos.

Pareció un tiempo medido, porque entonces se iluminó una lucecita en un pequeño receptáculo de madera situado a la derecha de la mesa en la que trabajaba Petra.

—Ya puedes pasar —le dijo a María.

Petra las tuteaba. A todas. Para sí misma, en cambio, exigía el máximo respeto.

María se puso en pie. No le contestó. Se estiró la bata, levantó la cabeza, puso la mano en el tirador de la puerta del despacho y, tras tomar aire, la abrió.

Era la segunda vez que estaba allí.

La primera había sido al ser contratada, para escuchar las nobles palabras del dueño de la empresa hablando de que eran una gran familia y, si trabajaba con ahínco, iba a tener un futuro en la casa.

El lugar era amplio. Paredes y suelo de madera, muebles con libros y premios diversos, a la productividad principalmente, un ventanal enorme que, sin embargo, no daba la suficiente luz al lugar, más bien sombrío. La mesa despacho, de caoba, relucía como si fuera nueva. Por detrás de Gaspar Peláez, un aparato de radio y fotografías de su mujer, sus hijos y sus nietos.

Un enjambre.

—Pasa —le ordenó el hombre al ver que vacilaba.

Llegó hasta la mesa. No se le ocurrió sentarse en una de las dos sillas frontales. Permaneció de pie mientras él concluía la redacción de lo que parecía ser una carta. La escena le recordó el día en que Dámaso Sanchis quiso que firmara aquel papel con su aumento a cambio de convertirse en su amante.

—Bien, señorita Estany. —Gaspar Peláez acabó levantando la vista al dar por concluido lo que fuera que estuviera escribiendo—. Quería notificarle en persona no solo su despido, sino la profunda decepción que me ha causado con su comportamiento, del todo inapropiado e inusual en una empresa decente como la mía. —La acribilló con una mirada despiadada—. Cámbiese, recoja sus cosas y váyase, aunque antes puede pasar por administración para cobrar la parte de su sueldo de esta semana. No lo merece, pero trato de ser lo más justo posible a pesar de todo.

A María se le descolgó la mandíbula.

—¿Qué he hecho? —apenas si pudo balbucear.

—¿Y me lo pregunta?

—Sí, sí se lo pregunto. Esto es injusto.

—Tengo informes muy negativos acerca de su productividad, pero más aún acerca de su moral.

—¿Negativos? ¿Moral? —Empezó a venirse abajo al ver la dimensión de lo que estaba sucediendo—. ¿Eso es lo que le ha dicho el señor Sanchis?

—Le ruego que no haga ningún espectáculo —la previno el hombre.

—¡No estoy haciendo ningún espectáculo, solo me defiendo de una mentira! ¡El señor Sanchis lleva tiempo acosándome, y ante mi negativa a satisfacerle ha sido capaz de mentirle acerca de mí, por Dios!

—El señor Sanchis lleva conmigo muchos años, y es un hombre de una reputación intachable —la amenazó con el dedo índice de la mano derecha.

—¡Me ofreció una peseta más al día si me plegaba a complacerle y ser su querida!

—¡No sea ridícula! —Gaspar Peláez se puso en pie de golpe—. ¡Mentir no le servirá de nada! ¡Es mejor que acepte las consecuencias y mantenga lo poco que le quede de dignidad!

María sintió asco. Recordó los rumores extendidos por el taller acerca de que el mismo señor Peláez había embarazado a una de las chicas. Él y su encargado eran hombres. Se protegían unos a otros. Las Marías de turno no tenían nada que hacer.

—Es la verdad —exhaló sin apenas voz.

—¡Y yo le digo que no voy a tolerar que arrastre por el fango el buen nombre de un caballero como el señor Sanchis! ¡Es un hombre casado!

—¡Que persigue a las empleadas, que se encaprichó conmigo y que por ser decente…!

—¡Se acabó! —Señaló la puerta con un ademán inflexible—. ¡Váyase! ¡El señor Sanchis me ha advertido de que es usted capaz de todo, pero llegar a esto…! ¡Qué infamia! ¡Qué vergüenza!

María intentó responderle de nuevo, pero ya no pudo.

Era una empleada más.

Una chica más.

El mundo era de ellos. El poder era de ellos. Ninguna verdad resistía algo así.

Estuvo a punto de echar a correr, para salir de allí cuanto antes. Pero consiguió revestirse del suficiente aplomo como para hacerlo despacio, paso a paso, con la cabeza alta.

Cerró la puerta.

Se encontró con la mirada aséptica de Petra.

—¿Qué tal se siente tragando mierda todos los días? —le dijo a la secretaria antes de continuar andando.

Siempre llegaba cinco o diez minutos antes, para echarle un vistazo al piano, afinarlo un poco más, e incluso tocar alguna pieza y recordar tiempos mejores. El dueño de la casa jamás estaba allí, aunque, a veces, lo veía al salir. Por esa razón se le antojó extraño encontrárselo en la sala, como si le esperara.

—Buenas tardes —se detuvo Jordi.

—¿Cómo está, señor Jofresa?

Castellanizaba la «J». No la pronunciaba con la entonación catalana. Por la misma razón, allí era Jorge, no Jordi.

Nada fuera de lo común.

—Muy bien, ¿y usted?

—Trabajo, trabajo, trabajo. —Hizo un gesto de suficiencia—. Ni se lo imagina. Bueno, nadie podría imaginárselo. ¿O cree que es fácil llevar un país, una región, una provincia o una ciudad como Barcelona? Todos, en mayor o menor medida, damos lo que podemos y más para mejorar España y darles a nuestros hijos la paz y el bienestar que merecen, ¿no cree?

—Desde luego. —Se arrepintió de haber llegado casi diez minutos antes, porque Salvador Sandoval no parecía dispuesto a irse sin más.

—Dice mi esposa que el aprendizaje de mi hijo va bien. —Fue directo al grano.

—Muy bien, sí. Es un gran chico, aprende rápido, y, desde luego, es muy habilidoso.

—Mi mujer está encantada.

—Puede estarlo.

—Yo jamás lo hubiera dicho, ya ve.

—Los niños tienen cosas ocultas, y aptitudes que nos asombran si, como se da el caso, salen a la luz.

—Ya, pero tocar el piano… —Plegó los labios en una mueca de estupor—. Nunca lo hubiera dicho. Desde luego él insiste en seguir la carrera militar.

—¿Es lo que usted quiere?

—¿Qué mejor orgullo para un padre que tener a un hijo al servicio de la Patria?

La Patria.

Se habían apoderado de ella, y de la palabra, y de todo cuanto

significaba.

También de otras palabras, como Dios, Honor…

Todas con mayúscula.

Jordi no dijo nada.

Salvador Sandoval, sí.

—Le ha cogido cariño, ¿verdad?

—Claro. Es un buen chico.

—Me refería a él con respecto a usted.

—Bueno —vaciló un instante—. Creo que sí. Es lo que debe intentar un profesor, de la materia que sea. Eso de que «la letra con sangre entra» no es una máxima que me parezca muy acertada. Uno siembra lo que recoge. Jesús aprenderá mejor, como cualquier alumno, si se establece un puente de confianza entre nosotros. Además, lo importante es que las clases de piano no sean aburridas. Bastante pesado y lento es aprender solfeo o dónde se encuentra cada nota.

El falangista asintió con la cabeza.

—Me gusta usted, señor Jofresa —admitió—. Hábleme de su trabajo.

—No hay mucho que contar, se lo aseguro.

—Siempre es bueno aprender. Y soy curioso. Por ejemplo eso del 440. A mi esposa le sorprendió la cifra, aunque no supo explicarme muy bien a qué se refería.

—Más que una cifra, es un nombre —le explicó Jordi—. Se usa en tono coloquial para referirse al sonido que produce una vibración a 440 hercios y 20 grados centígrados. Sirve como estándar de referencia para afinar a la altura musical. La 440 es la nota que se encuentra cinco teclas blancas a la derecha del do central del piano. Aquí, ¿ve? —Pulsó la tecla.

—Interesante —asintió el hombre.

—Se puede afinar a 441, 442, 443… Pero yo suelo partir de la base de 440, aunque, para mí, lo más importante es la armonía. Las tres cuerdas de cada tecla han de sonar lo más igual posible. Después, las octavas, y después las quintas. Las octavas no pueden ser nunca cortas, porque se nota rápidamente, y las quintas no pueden ser nunca más largas que la quinta pura. Digamos que esto es como un marco referencial. También cuenta quién toque el

piano. Uno puede dejarlo afinado y a los diez minutos, dependiendo del pianista, ya estará desafinado de nuevo.

El falangista se echó a reír.

—¡Por Dios, menuda jerga! ¡Ah, ustedes los artistas son dignos de admirar! ¡Viven en otro mundo!

—Le aseguro que es tan real como este.

—Reconozco que yo, de música, nada. No tengo oído. Ni gusto. Además, tampoco tengo tiempo para estos placeres, ¡más quisiera yo! A todos se nos exige mucho, pero a nosotros, el doble, el triple, como se puede imaginar.

—Es lógico.

Salvador Sandoval miró a lo lejos, más allá de la ventana.

De pronto pareció un visionario.

—La victoria vino acompañada de un gran compromiso. No se nos regaló: la ganamos. Y lo hicimos con nuestra sangre, la primera, la mejor. Devolver a España al lugar que le corresponde en el Nuevo Mundo y recuperar el prestigio perdido no es tarea sencilla, ni está al alcance de cualquiera.

Jordi estaba asustado.

—No, no lo es —asintió suplicando que Jesús apareciera cuanto antes.

—Por eso Dios escogió a nuestro Caudillo —continuó el falangista—. Puso su mano sobre él, le señaló, y le encomendó la más sagrada de las misiones, a su mayor gloria.

Todo era más fácil cuando Dios estaba del lado de uno, sí.

Mucho más fácil.

De todas formas, Jordi prefirió callar.

A lo lejos, como la campana evitando el final del combate por KO, oyó por fin la voz de Jesús.

El ambiente en el despacho de Asdrúbal Quatrecases era el mismo de la última vez.

Sombrío.

Pere hizo lo posible por permanecer inalterable.

—¿Nada?

—No, nada. Lo siento.

—Pero alguna película habrá a la vista. O doblar a un actor español con mala dicción…

—¿Crees que no te habría llamado si fuera así?

—Es que yo… —No se contuvo—. Lo necesito, señor Quatrecases.

—Tú y cien más, hijo. —El tono fue crepuscular—. Te lo dije: hay una reconcentración de trabajo destinada a potenciar los estudios madrileños. No se puede luchar contra eso. Con tu voz y tu potencial, incluso te diría que te fueras a vivir allí.

—Sabe que no puedo.

El hombre sostuvo su mirada.

—Los demás estudios… —insistió Pere.

—Igual, pero puedes probar. Si aquí, que somos los más importantes, estamos así, imagínate el resto. ¿Por qué no pruebas en Radio Barcelona?

—¿Haciendo qué?

—Coño, hacen falta voces para las obras radiofónicas, ¿o es que no oyes la radio? Es un trabajo diario y bastante seguro. Si entras en plantilla… Desde que el año pasado empezó eso del «Teatro del Aire», adaptando clásicos y cosas así, tanto de autores españoles como internacionales, la gente se pega cada vez más a la radio. Las están vendiendo a plazos en todas partes. No todo el mundo puede ir al cine, por barato que sea. Y eso una vez a la semana. La radio en cambio es a diario. Ahí está el futuro, te lo digo yo. Habrá teatro, novelas por capítulos, series, cuentos infantiles y muchas cosas más. Pruébalo, no pierdes nada. El director del «Teatro del Aire» se llama Antonio González Calderón, pero te recomiendo que pidas por el señor Castaños, Lorenzo Castaños.

La radio.

Ni lo había pensado.

—Gracias —dijo.

—No me las des. Le diría lo mismo a cualquiera. ¿Te crees que me gusta estar así, dar malas noticias, esperar? Cada semana te vienen con algo nuevo. Ahora solo faltaba la españolización de los nombres de los cines. Ya no pueden tener nombres en inglés. ¡No sé adónde iremos a parar! Y como te quejes o digas algo… te meten en una lista negra y vas listo. Ten cuidado con eso.

—Yo no me meto en líos, señor Quatrecases.

—Mejor que mejor. Ya las pasamos canutas. Ahora… a tragar y esperar tiempos mejores, aunque dudo que yo ya los vea, y tú… Bueno, supongo que tú sí. Eres joven. —Se puso en pie con ánimo de despedirle.

Pere hizo lo mismo.

Se estrecharon la mano.

Asdrúbal Quatrecases era un buen hombre.

La mayoría lo eran.

Todos los que llevaban impreso el sello de la derrota.

Por primera vez, en la reunión clandestina estaban todos.

El grueso del Front Nacional de Catalunya instalado clandestinamente en Barcelona.

Jaume no les conocía uno por uno, pero sí a la mayoría. Unos habían cruzado la frontera en agosto; otros, como él, en septiembre, y muchos más estaban ocultos en Barcelona desde el fin de la guerra, a la espera de salir a la luz. Se decía que existían decenas, quizás cientos de «topos» escondidos en techos, sótanos y falsas paredes de muchas casas. Los que no habían podido exiliarse y trataban de no caer en manos de Franco, para no acabar fusilados. No era como una cárcel, pero casi. El que menos esperaba un tiempo mejor.

Un tiempo que no llegaba.

Joan Cornudella y Antoni Andreu presidían la reunión tanto como la escasa luz y el humo de los cigarrillos de la mayoría. A su lado, el jefe de la rama militar, Jaume Martínez Vendrell. Las caras eran serias.

Tampoco parecía haber muchas novedades.

—Organizaremos una cadena de evasión desde Suiza hasta Lisboa —decía en ese momento Antoni Andreu—. Manuel Valls y Jaume Cornudella están ayudando a muchos aviadores aliados. Josep Rovira, por su parte, está organizando otra ruta por Palafrugell, Vic y Barcelona.

Jaume bajó la cabeza.

Estaban en España, en Barcelona, y seguían hablando de ayudar

a las tropas aliadas. Espionaje para el Servicio de Inteligencia Británico, para el Deuxième Bureau francés… ¿Y Franco qué?

¿Y el maldito fascismo de casa qué?

Antoni Andreu acabó la exposición.

—¿Alguna pregunta? —habló Joan Cornudella.

Jaume levantó la mano.

Vio perfectamente cómo Jaume Martínez Vendrell crispaba el gesto.

—Dime, compañero —lo invitó el fundador del FNC.

—¿Cuándo actuaremos aquí? —fue directo.

—Perteneces a la rama militar, que depende de Jaume Martínez —empezó a decir Joan Cornudella.

—Aquí estamos todos —le interrumpió Jaume—. No hay ramas de esto ni de lo otro. Mi pregunta va dirigida a la dirección y es muy clara: ¿cuándo vamos a actuar aquí?

—Cuando estemos en disposición de hacerlo —trató de ser enérgico ante el tono de Jaume.

—¿Y si ese momento no llega nunca?

—Llegará.

—¿Vamos a estar de brazos cruzados hasta entonces, esperando Dios sabe qué ayuda inglesa o francesa o americana o…?

—Jaume, siéntate —le pidió Jaume Martínez Vendrell.

—No voy a sentarme —le retó y miró a los demás participantes en la reunión—. Somos soldados, no políticos. Hemos venido aquí a plantarle cara al fascismo, a decirle a Franco que no todo le saldrá barato. Si no dejamos nuestra impronta cuanto antes, esto no tendrá sentido.

—Lo tendrá si actuamos como un bloque, sin fisuras, y cada cual asumiendo su papel —habló Antoni Andreu—. ¿No has dicho que somos soldados? Pues los soldados obedecen órdenes de sus mandos.

Jaume apretó los puños. Le alentó ver algunas cabezas asintiendo con sus palabras.

—¡En febrero, hace ya de eso ocho meses, estalló una bomba en el local de Falange en Cuatro Caminos! ¡En Madrid! ¿Por qué no podemos asestar un golpe siquiera parecido aquí, en Barcelona? —elevó aún más la voz—. ¡La táctica es esa, no dejarles descansar,

hacerles ver que estamos ahí, golpearles y que tengan algo en que pensar! ¡Hay que hacerlo!

—¿Con qué? —gritó Joan Cornudella—. ¡No tenemos nada!

—¡Puedo fabricar una bomba con lo mínimo! —también gritó él.

—¡La represión puede ser peor que el daño causado! —Le tocó el turno a su homónimo, Jaume Martínez—. ¡Son capaces de fusilar de golpe a todos los que esperan en el Campo de la Bota!

—¡No necesitan excusas, lo harán igual! ¡Estamos en guerra! —se agitó Jaume.

Hubo un murmullo de voces, algunas de apoyo, otras discordantes. Los hombres de la mesa tuvieron que levantarse para imponer el orden.

—¡Calma! ¡Calma! ¿Queréis que nos oigan desde la plaza de Cataluña?

—¡Esta es una lucha a largo plazo! —Se hizo oír una voz.

—¡Si nos les hacemos sentir nuestro aliento es como si no existiéramos! —se le enfrentó otra.

—¡Callaos de una vez! —les conminó Joan Cornudella.

—¡Llevamos callando desde que acabó la guerra! —gritó Jaume—. ¿Quién nos dice que los aliados nos ayudarán a echar a Franco cuando acaben con Hitler?

—¿De veras crees que dejarán un país entero bajo la bota del fascismo en Europa? —Abrió las manos Antoni Andreu.

—¡Estamos espiando para ellos, ayudándoles a ellos! ¿Por qué no hacen algo por nosotros aquí y ahora? ¡Yo solo digo que hay que emprender alguna acción, para que sepan que estamos aquí y no vamos a rendirnos ni a regalárselo todo sin hacer nada!

Los murmullos subieron de tono. Luego, ante la mirada grave de los que estaban en la mesa, fueron decreciendo paulatinamente. Uno a uno, tanto los que estaban a favor como los que estaban en contra, fueron callando. Al final solo Jaume quedó en pie.

Solo.

—Siéntate —le pidió su jefe directo.

Tuvo que obedecerle.

Volvió a tomar la palabra Joan Cornudella.

—Antes de que nuestro compañero Jaume Enrich haya querido declarar la guerra a Franco él solo —buscó un poco de humor para

calmar la asamblea—, iba a comentaros algo que consideramos de vital importancia. —Hizo una pausa para concentrar toda la atención—. Sucedió hace un mes, y no ha trascendido hasta ahora. Por lo visto, ocho tenientes generales presionaron a Franco para que reinstaurara la monarquía.

Reapareció el murmullo.

—¿De dónde ha salido eso? —preguntó uno de los hombres.

—De fuentes fiables. —Fue escueto el fundador del FNC.

—¡Franco nunca dejará el poder! —exclamó alguien.

—¿Y en que nos beneficia que lo haga, si es que nos beneficia en algo? —preguntó otro.

—Puede que haya ruido de sables en los cuarteles. Puede que la dictadura dé un paso al lado. Y puede que no pase nada, que es lo más lógico —dijo Joan Cornudella—. Pero nos parece buena señal que se produzca algo así. Esos tenientes generales también deben saber que Alemania tiene la guerra perdida, y quizá traten de curarse en salud.

La discusión, de pronto, cambio de derrotero.

Dejó de hablarse de la lucha armada.

Jaume bajó la cabeza, crispado.

Predicaba en el desierto y estaba solo.

Solo.

Salvo que él fuese al final su propio ejército y su jefe.

Capítulo 9

Momentos

Al pasar por delante de la zapatería, se extrañó de que la mujer con la que había hablado unos días antes se asomara a la puerta y la llamara.

—Hola, ¿puede entrar un momento?

María se detuvo.

Sí, hablaba con ella.

Sintió una punzada de esperanza en el corazón.

—Claro, sí.

No había nadie en aquel instante. Ni siquiera la dependienta del primer día. Sin pretenderlo, a María se le desató el cuento de la lechera en la mente: la dependienta se había ido y aquella mujer, dueña o encargada, iba a ofrecerle el trabajo.

Un trabajo que necesitaba desesperadamente, porque seguía sin encontrar nada, salvo que rebajara las expectativas y aceptase cobrar menos de lo que ganaba en el taller.

—Está refrescando mucho y rápido, ¿eh? —Se frotó las manos la mujer.

—Lo peor son las primeras lluvias de otoño, porque la humedad… —Pensó en su abuelo.

—¿Ha encontrado ya trabajo? —Fue al grano.

—No, todavía no.

—Yo creo que tengo algo que podría interesarle. —La envolvió con una sonrisa.

—¿En serio?

—Bueno, tendrá que ir a ver. Pero creo que sí. Me encantaría tenerla aquí. Creo que se adaptaría rápido y sería una buena vendedora. Por desgracia ya le dije que no podía. La gente cada vez alarga más la duración del calzado, así que las ventas son muy justas. Hay personas que tienen un par de zapatos para todo:

trabajar, pasear, qué se yo.

—¿Y de qué se trata ese trabajo? —preguntó María.

—Hay una señora que vive aquí cerca, en el barrio, sola. Es mayor, pero dispone de una renta que le permite vivir sin agobios. Los vecinos le dicen que con ese dinero podría estar muy bien cuidada en una residencia, pero ella dice que antes se muere que ir a un asilo. Y es tozuda como una mula. ¡Ya sabe cómo son los ancianos!

—Tengo un abuelo, sí —dijo por decir algo.

—Ayer mismo me comentó que lo que necesita es una buena chica que la cuide, que sea atenta, amable y cariñosa. Vamos, la hija que no tiene, digo yo. Al decírmelo la recordé a usted. No sé por qué, pero me vino su imagen a la cabeza. Así que le dije que, a lo mejor, le encontraba a alguien. Por eso estaba en la puerta, por si la veía pasar.

—¿Y cree que esa señora me pagaría un sueldo digno?

—Por lo menos lo que gana en el taller seguro, porque también puede que sean más horas. Imagino que tendrá que ir por la mañana a levantarla, vestirla, prepararle el desayuno, dar un paseo con ella para que no se caiga, luego hacerle la comida, charlar un rato por la tarde, hacerle la cena y acostarla.

—No sé si podré pasar todo el día fuera de casa. Vivo con mi abuelo, y también he de cuidarle a él.

—Por lo que sé, ella no se levanta precisamente temprano, que es mujer de mucha cama, y a las ocho de la tarde ya está de nuevo acostada. Y si no, seguro que se las apañan. Yo solo trato de ayudar.

Y la ayudaba.

Era una desconocida, pero se había tomado la molestia.

—Es usted muy amable, se lo agradezco mucho.

—No tiene por qué darme las gracias. Si entre nosotras no nos echamos una mano… Cuando le pregunté por qué quería dejar el trabajo me contestó que eran «cosas suyas». Pero ¿sabe?, tengo una edad. Yo también tuve la suya, y un hombre en el lugar en el que trabajaba no paró de acosarme hasta que me vi forzada a marcharme. Eso no se olvida. Te da experiencia. Una mujer joven y guapa como usted… Vamos, que igual me equivoco, pero me pareció lo más lógico.

—No se equivoca. —Bajó los ojos María—. Es más, me echaron del trabajo acusándome de ser yo la que me insinuaba a él.

—¡Válgame el cielo! ¿Adónde iremos a parar? ¡Cuántas deben de caer en manos de hombres así o se mueren de hambre por ser decentes! —se agitó la mujer—. ¡Es una vergüenza!

Se quedaron mirando sintiéndose extrañamente solidarias.

La puerta de abrió y volvieron la cabeza. Una parroquiana de unos cincuenta años entraba en la tienda con aire circunspecto. Llevaba un cesto prácticamente vacío.

El racionamiento seguía siendo duro.

—¡La atiendo en seguida! —gritó la responsable de la zapatería. Luego se dirigió de nuevo a María—. Le voy a anotar las señas de esa señora. A esta hora seguro que está en casa, y no es lejos. Yo de usted me pasaría hoy mismo. Dígale que va de mi parte. ¿Le parece?

Le parecía.

—Me llamo María. —Le tendió la mano.

—Yo soy Eugenia Rosales. —Se la estrechó ella.

Al salir de Radio Barcelona, Pere miró el encapotado cielo.

Nubes negras.

Malos presagios.

Tan malos como los que acababa de dejar atrás, en las profundidades de la emisora más antigua de España.

No había trabajo.

El cuadro de actores estaba cerrado.

Se metió las manos en los bolsillos y echó a andar. No sentía el frío, pero pronto sería mucho más intenso y necesitaría algo de más abrigo. También calcetines gruesos. Y quizá unas chanclas de goma para protegerse los zapatos, porque solo tenía los que llevaba puestos y como se le mojaran o, peor, se le pudrieran…

Subió por el Paseo de Gracia ensimismado. Tanto que de no ser por la campanilla de aviso del tranvía, habría acabado atropellado por él. Se apartó a tiempo y le vio traquetear por las vías en dirección al Tibidabo. Se estaba acostumbrando a ir a pie a todas partes, para ahorrarse el dinero del billete.

Pura necesidad.

Continuó subiendo, paso a paso, preguntándose en qué acabaría trabajando para salir adelante y cómo iba a casarse con María en aquellas condiciones, hasta que tomó la calle Mallorca a su izquierda.

Sin saber cómo, a los pocos pasos, levantó la cabeza.

Y allí estaba.

Un grito silencioso.

El rótulo ocupaba tres balcones de la primera planta de la fachada del edificio.

Las palabras le golpearon la razón. Sí, cuántas veces había pasado por delante de ese lugar sin saber que allí estaba su origen.

Su padre, sus hermanos…

«Macías e Hijos Sociedad Limitada».

Oyó la voz de su madre:

—¡Ve a verle! ¡Es tu padre! ¡Han pasado los años, pero sigue siéndolo! ¡Te ayudará, te dará un trabajo! ¡Te lo debe!

Pere se convirtió en una estatua de sal.

No tenía más que cruzar la calle, entrar en el vestíbulo, subir y preguntar por él.

—El señor Tomás Macías, por favor.

—¿De parte de quién?

—De su hijo.

Cruzar la calle, entrar en el vestíbulo, subir y preguntar por él.

Tan sencillo.

Siguió en la acera, rígido.

¿Cómo sería aquel hombre? ¿Y sus dos hermanastras? ¿Y su hermanastro? ¿Sabrían ellas y él que su padre, antes de casarse con su madre, había tenido un hijo ilegítimo debido a un amor de juventud? Un amor prohibido por la familia, y negado por las circunstancias.

—¡Te lo debe!

Pere cerró los ojos.

¿Por cuánto tiempo más podría mantener la dignidad, sin caer en la humillación de cruzar aquella puerta?

¿Lo haría por María?

Sí, por ella lo haría todo.

Llegado el momento…

¿Y cuándo era el momento?

Sin saber cómo, a medida que una sorda furia crecía en él, acabó pensando en Jaume, su belicoso temperamento, su odio, sus ganas de empezar la nueva revolución. Jaume y su sed de venganza.

¿Podía él odiar a esa familia secreta y desconocida, y a un padre que le había ignorado?

—Te olvidaste de mí —le dijo al rótulo de la empresa y a lo que significaba.

La palabra repiqueteó en su cabeza:

«Bastardo, bastardo, bastardo».

Fue suficiente para enfurecerle todavía más y obligarle a moverse.

Esta vez no caminó sin rumbo, ni con pasos perdidos o cadenciosos. Esta vez lo hizo furioso, casi a la carrera, para alejarse de aquella trampa cuanto antes.

Pero incluso Ulises había sucumbido a las voces de las sirenas.

Cuando se detuvo, derrotado, hundido, no supo ni por qué volvía al punto de partida, frente a las oficinas de Macías e Hijos.

Jordi veía las manos de Jesús deslizándose torpemente por encima de las teclas del piano. Y, a pesar de ello, sin equivocarse en ninguna nota. O gracias a ello. Si corría, se tropezaba. Yendo más despacio tenía más control de los movimientos. Los dedos le atinaban a la tecla adecuada. Era la tercera vez que intentaba tocar entera la pieza.

Contuvo la respiración al llegar a la parte más complicada.

Esta vez, Jesús la superó.

—Bien, bien —lo alentó.

Los últimos compases eran más sencillos. El niño los completó incluso con un mayor sentimiento, libre, como si la música acabase de penetrarle por todos los poros de la piel, y con ella, la emoción adecuada para hacerla suya.

Chopin se habría sentido orgulloso.

La nota final.

Jordi dejó que flotara en el aire unos segundos.

Luego aplaudió.

—¡Perfecto, Jesús, lo has conseguido!

Hizo algo más.

Sentado a su lado, le pasó un brazo por encima de los hombros al chico y lo apretó contra sí mismo.

Por un momento, pareció que Jesús se deshacía, correspondiendo a su gesto.

Por un momento.

—¿De verdad lo he hecho bien? —Se separó de Jordi.

—¡Pues claro! ¡La has tocado entera, sin equivocarte, despacio pero concentrado! ¿A ti qué te parece? ¡Es asombroso!

—¿Por qué está tan contento?

Jordi abrió los ojos.

A veces Jesús lo desconcertaba.

—¡Porque un maestro se siente feliz siempre cuando su alumno aprende! ¡Es la mejor parte de la enseñanza! ¡El premio final!

—Mire que es raro.

Lo dijo en un extraño tono, escéptico.

Inusual para un niño de doce años.

—¿Raro yo?

—¿A usted qué más le da que lo haga bien o mal? Cobra lo mismo.

Jordi ensombreció el gesto.

—No digas eso, ¿quieres?

—Sabe que la música me da igual —dijo extrañamente a la defensiva.

—No es verdad: te está gustando, y más cuando, como ahora, te sale bien. Lo que pasa es que no quieres confesarlo, como si te diera vergüenza.

—Yo no tengo vergüenza.

—Yo creo que sí. ¿Es por tu padre?

—¿Qué tiene que ver mi padre en esto? —Se puso aún más a la defensiva.

—Tú quieres ser militar, y él está encantado con esa idea. Lo del piano parece ser lo menos importante de tu vida. Sin embargo, te estás dando cuenta de que te gusta, que te hace sentir bien. Si no fuera así, no aprenderías tan rápido.

—Es un viejo loco —espetó Jesús.

Jordi sostuvo su mirada.

Buscó la forma de volver a abrir aquel caparazón, inesperadamente cerrado tras la euforia recién experimentada.

—¿Tienes abuelos, Jesús?

—Una abuela. La madre de mi madre.

—¿Nada más?

—Murieron. ¿Por qué?

—Porque no soy un viejo loco. Ninguna persona mayor lo es. A veces se aprecia a las personas por razones muy diversas. Los mayores merecemos respeto, y los niños atención y comprensión. Un día serás adulto y lo entenderás mejor. Y ese día, aunque lleves un uniforme y cuelguen de tu pecho cien medallas, espero sinceramente que al llegar a casa puedas sentarte a tocar el piano, como lo has hecho hoy.

Esta vez, Jesús bajó la mirada.

Jordi le vio luchar contra sí mismo.

—Te gusta tocar el piano —dijo.

El niño asintió con la cabeza sin resistirse más.

—Buen chico —suspiró Jordi.

Iba a seguir con la clase, superado el inesperado bache emocional, cuando apareció Amparo, la criada. El nuevo uniforme le sentaba mucho mejor. Moldeaba su juvenil silueta. Lo que no cambiaba era el temor y el respeto del semblante.

—Señor Jofresa…

—¿Sí?

—Que me dice el señor Sandoval si al acabar la clase puede pasarse por su despacho.

Jordi se quedó en suspenso.

¿El falangista quería verlo?

¿Para hablar de su hijo y de las clases de piano?

—De acuerdo, gracias, Amparo.

—No hay de qué, señor —se despidió la criada tan rápido como había aparecido.

Volvieron a quedarse solos.

—Tranquilo, no va a despedirle —dijo Jesús—. Con lo encantada que está mi madre…

Lo que menos podía esperar era encontrárselo allí, en mitad de la calle, como si tal cosa.

Como el clásico novio esperando a su chica.

Neus se acercó a él, tan azorada como pálida.

—¿Qué haces aquí?

Jaume la iluminó con una de sus encantadoras sonrisas.

Tranquilo.

—Esperarte.

—¿Estás loco? —Ella miró a ambos lados de la calle—. ¿Y si apareciera?

No dijo el nombre. Ni quién. No era necesario. Jaume resistió el nerviosismo que la envolvía.

—¿Es celoso?

—¡Ya basta, por Dios!

—¿Es que no puedes tener amigos?

—¿Quieres hacer el favor de irte?

—No.

—Jaume…

—Vas a venir conmigo.

—¿Adónde? —Se mostró incrédula.

—Quiero que veas algo. Será cuestión de una horita, depende.

—¿Depende de qué? —Se dio cuenta de que estaba cayendo en sus redes y se rebeló—. ¿Y qué es lo que he de ver, si puede saberse? ¡No tienes que enseñarme nada!

—¿Quieres que te lleve a rastras?

—¡Serías capaz!

—No pierdo nada con montar un espectáculo.

—¡Ay, por Dios! —Se llevó una mano a la boca—. ¡Vas a meterme en un compromiso! ¡Y tú acabarás en la cárcel!

—Neus, ven y te dejo en paz.

—¡No! ¡Déjame en paz ahora! ¡Vete!

—¿Por qué luchas contra lo que sientes?

—¿Y qué siento, si puede saberse?

—Me quieres.

Ella se agitó. Volvió a mirar a ambos lados de la calle, por si la veía o reconocía alguien.

—¡Eso fue hace años!

—Me sigues queriendo.

—¡Te creía muerto! ¡Tuve que olvidarte, maldita sea! ¡Ahora vuelves y…! ¿Y ya está? ¿He de echarme a tus brazos como si no hubiera pasado nada? ¡Estoy comprometida! —Le enseñó el anillo poniéndoselo delante de los ojos.

—Con un hombre al que no amas.

—¡Y tú qué sabes!

—Lo sé y punto. Me basta con verte. Puede que te entienda, o no, no lo tengo claro. Imagino lo mal que lo habéis pasado, y encima con Albert en la cárcel. Pero llegar al extremo de pensar en casarte con un carcamal, por rico que sea…

—¿Crees que me voy a casar con él porque sea rico?

La respuesta fue dura.

El tono, más.

—Sí.

—Jaume, por favor… —Se vino abajo.

—Vamos, ven. —No le dio opción él.

—No…

—Sí.

—No saldrá bien…

Jaume ya no le contestó. La cogió del brazo y tiró de ella.

Neus no se resistió.

—No saldrá bien… —gimió por segunda vez mientras se dejaba guiar.

La mujer estaba apergaminada, tenía la piel pegada a los huesos y parecía muy frágil. Su menuda imagen era la de una dama de comienzos de siglo, vestida de negro de cabeza a los pies, con un camafeo colgado de su cuello y el cabello gris recogido en un moño. María no pudo calcularle la edad, porque tanto podía tener ochenta años como noventa… o cien. Y a lo peor ni siquiera eran ochenta, y simplemente hubiera envejecido mal, sumida en la amargura que le confería al rostro aquel rictus de eterno dolor bajo una mirada desprovista de calor. Una mirada fría y desapasionada. La mirada de quien está por encima de los demás y culpa al mundo de todo.

Una vez dicho que venía de parte de la señora Rosales, la de la

zapatería, la hizo pasar, no sin antes mirarla de arriba abajo, con desconfianza, calibrando si era digna de pisar su sacrosanto templo.

Porque el piso era un templo. Un mausoleo.

La dueña de la casa se apoyaba en un bastón para caminar, pero no lo hacía precisamente despacio. Llegaron a una sala que daba a la galería por la parte de atrás del enorme piso y una vez en ella se sentó en una butaca. Su butaca. No la invitó a imitarla, pero María lo hizo igualmente en una silla, frente a ella.

—¿Cómo te llamas? —Fue la primera pregunta.

—María.

—¿María qué más? Tendrás un apellido, ¿no?

—María Estany.

—Ya veo que no estás casada. —Señaló el dedo anular de su mano izquierda—. ¿Tienes novio?

—Sí, señora.

Arrugó la cara.

—Es lógico, claro. Pero te diré algo: no me gustan los novios. Las muchachas de hoy perdéis la cabeza y luego… ¿Qué edad tienes?

—Voy a cumplir veintiuno, señora.

—Llámame señora Gonzaga.

—Está bien.

—Y si vas a cumplirlos es que no los tienes.

—Entonces son veinte.

—Veinte —repitió—. Pareces incluso más joven. ¿Con quién vives?

—Con mi abuelo.

—¿Y tus padres?

—Murieron.

Levantó una mano imperiosa.

—No me cuentes tu vida. Todos hemos pasado lo nuestro. Si algo he de reprocharle al Caudillo es lo mucho que tardó en liberarnos, Santo Dios. ¿Tienes experiencia cuidando a personas?

—Fui enfermera en la guerra.

—¿Guerra? ¿Qué guerra? —La taladró con los ojos.

—Pues…

—¿Te refieres a nuestra gloriosa Cruzada contra los ateos?

Necesitaba el trabajo. Se tragó algo más que la saliva.

—Sí, señora.

—Santo Dios. —Frunció el ceño—. ¿Enfermera? ¿Cuidabas de esas bestias?

—Estaba en Barcelona y… sí, claro. Tenía apenas dieciséis años.

—¿Y eso qué? A los quince ya se es una mujer.

María guardó silencio. A veces era mejor callar. Al otro lado de los ventanales de la galería la noche caía muy rápido sobre la ciudad. La casa era oscura, por el papel de las paredes, por la escasa luz, por los muebles severos y la densidad de objetos. Parecía un museo.

Un museo con una implacable celadora.

—Si no fuera por lo necesitada que estoy y lo mal que me encuentro… —rezongó la mujer—. ¿Eres honrada?

—Sí, señora.

—Mira que si me robas…

—Yo nunca haría algo así. —Se puso roja.

—Tengo un sobrino en la guardia civil —la advirtió—. En Tarragona, pero allí está.

—Deme unos días de prueba. Si no lo hago bien…

—¿Dónde trabajabas antes?

—En un taller.

—¿Por qué lo dejaste?

—Porque el encargado me acosaba sin parar, y era un hombre casado. No tuve más remedio.

Eso la impactó.

Aunque se limitó a decir:

—¡Hombres!

María contuvo una leve sonrisa. Salía de la sartén para caer en las brasas. Dejaba atrás la angustia de verse sometida a los ataques de un depredador sexual para acabar en las manos de una mujer de armas tomar, para nada empática. Una tirana incapaz de dar amor porque, probablemente, nunca lo había recibido.

Tenía que permanecer alejada de aquella amargura, nada más.

—¿Entonces, me acepta? —preguntó.

—¿Cuánto ganabas a la semana en ese taller? Y no me mientas. Voy a pedirte una hoja de pago.

Se lo dijo.

La anciana lo valoró.

—En la vida todo es relativo. —Se encogió de hombros—. Hay cosas que pueden parecer caras y otras baratas, todo depende de si son buenas o malas, o de si el servicio es el adecuado o no. —Levantó la barbilla con orgullo—. Por suerte, mi Benito me dejó en una posición holgada. —La última mirada fue la definitiva—. Te pagaré lo mismo que en ese lugar. ¿Te parece?

—Sí, señora.

—¿Puedes venir mañana mismo? —Se levantó de la butaca—. Ahora estoy muy cansada para enseñarte esto y decirte cuáles son tus obligaciones.

—Sí, señora —repitió María.

—Solo una cosa más. —Se quedó delante de ella—. No me gustan los colores, así que haz el favor de venir con una ropa más discreta. Blanca, gris, negra… Este abrigo de entretiempo es de un marrón demasiado claro, y no digamos el granate de la blusa, ¿estamos?

No tenía otro abrigo, ni de entretiempo ni de invierno.

Tampoco era cosa de decírselo.

Antes de ir a por ella, había tratado de arreglar lo mejor posible la habitación, si es que podía llamarse así. Pese a todo, no dejaba de ser un antro infecto, mal ventilado, sin ventana, con paredes de madera, suelo irregular, un techo formado por placas de cerámica y poco más.

Salvo la cama.

Bueno, el simple colchón tirado en el suelo.

Neus se quedó petrificada.

—Jaume, ¿qué es esto?

Era inútil explicárselo, así que ni lo intentó. Se lanzó a tumba abierta. Ya no tenía nada que perder. La cogió por detrás, la apretó contra sí, pegándose a ella, y le puso ambas manos sobre el pecho.

Neus se estremeció.

Jaume le aplastó los senos.

Ella no gimió hasta sentir los labios de él en su cuello.

—No, Jaume… No, por favor…

No le hizo caso. El beso se convirtió en una posesión. Una de las manos ya no se contentó con aprisionarle el pecho: se introdujo con habilidad por debajo de la blusa y atravesó la coraza del sujetador como si hubiese encontrado una puerta abierta.

La primera puerta del paraíso.

—No… —gimió Neus.

Ni sus lágrimas hicieron que Jaume aflojase la presión.

El sexo endurecido se le incrustó por detrás, lo sintió en la espalda igual que un hierro candente. Los dedos le rozaron el pezón por delante. Uno de sus puntos más sensibles. Como presionar la puesta en marcha de un aparato.

Neus echó la cabeza hacia atrás.

Sus manos cayeron flácidas a ambos lados.

Jaume continuó el asalto, medido, pausado pero sin descanso. Neus ni se dio cuenta de que la estaba desnudando. Fue un primer estremecimiento a causa del frío el que se lo hizo notar. Ya no llevaba nada, ni el sujetador. Él presionaba ambos pechos con una mano. La otra bajó por el vientre, atravesó la cintura de la falda, penetró por las bragas y se apoderó de la frondosidad del pubis.

Solo entonces intentó zafarse de él.

—No… ¿Qué haces?

—Lo que debimos haber hecho hace mucho.

—Ya no es…

Jaume le dio la vuelta. Quedaron de cara. Al hundirle los labios en el primer beso lo hizo con algo más que deseo o pasión. Lo hizo como si tratara de devorarla. Neus quiso respirar, pero no pudo. La lengua de Jaume se agigantó en su boca. El beso acabó de someterla.

Dejó de pensar.

Ya solo sentía.

Ahora, de cara, la barra de hierro candente la tenía en su vientre.

—Neus…

—Lo estás complicando todo… todo… —jadeó.

—Dime que no me quieres y pararé.

—No te…

No la dejó terminar la frase. Pareció fundirse con ella. Volvió a buscarle el sexo, casi le arrancó la falda. Cuando llegó hasta él se encontró con un enorme lago húmedo, abierto, cálido.

Eso le acabó de excitar.

Y fue el momento en que, ya entregada y rendida, Neus le abrazó y compartió aquella explosión de lujuria.

El despacho de Salvador Sandoval era una loa al Régimen, a su trabajo y a sí mismo. Había muchas más fotos que en el resto de la casa. Incluso algunas secretamente elegidas para ese lugar, como una en la que se le veía junto al canciller alemán Adolf Hitler. En una panoplia contó media docena de medallas y condecoraciones, en otra una representación del yugo y las flechas que daba la impresión de ser un relieve de oro, en una tercera había enmarcada una pistola ni mucho menos de adorno, probablemente utilizada en la guerra. En una mesita ratona, lateral, un precioso ajedrez con las figuras talladas en marfil esperaba una partida que posiblemente nadie hiciese jamás. La alfombra era gruesa, así que los pasos se daban bajo un silencio que tenía algo de iglesia. Tampoco faltaban las alusiones religiosas, una santa cena, una imagen de la virgen, y, presidiéndolo todo, los retratos de Francisco Franco y de José Antonio Primo de Rivera bajo una bandera española.

«Una, Grande, Libre».

Una por la dictadura, pequeña a pesar de todo, y, desde luego, ni mucho menos libre.

Jordi hizo lo posible para abstraerse de todo aquello.

—¿Cómo le va, señor Jofresa?

—Muy bien. Jesús progresa mucho.

—Me alegro. Siéntese, siéntese.

Le obedeció. Ocupó una silla. Su anfitrión, en cambio, permaneció de pie.

Iba de uniforme.

Jordi se sintió muy pequeño.

Empezó a darse cuenta de que no estaba allí para hablar de los progresos del niño. El falangista le miró fijamente, con los brazos cruzados sobre el pecho, apoyado en el borde de la mesa.

—He estado investigándole, ¿sabe? —dijo de pronto.

A Jordi se le nubló la vista. También se le quedó la garganta seca se golpe.

—¿A mí? —logró musitar.

—¿No iba a pensar que le dejaría tantas horas con mi hijo sin más?

—No entiendo…

—Un maestro siempre es un maestro, aunque sea de Música.

—Yo solo le enseño a tocar el piano.

—Pero habla mucho de usted —manifestó en tono aparentemente cordial—. Que si el profesor tal, que si el señor Jorge cual… Le llama señor Jorge. —Sonrió distendidamente—. Y me di cuenta de que apenas si sabía nada de usted.

—No hay mucho que saber.

—Las relaciones importan.

—Yo no…

Salvador Sandoval levantó la mano derecha. Jordi cerró la boca.

—El marido de su hija combatió con la República —dejó ir el falangista como si lo que acababa de decir no tuviese la menor importancia.

—No todos hicieron la guerra donde hubieran querido. —Fue cauteloso Jordi.

—¿Me está diciendo que sus simpatías eran otras?

—No lo sé. No hablábamos de estas cosas. A veces pienso que todo fue muy rápido, visto y no visto, a pesar de esos tres años de hambre, frío y miedo.

—¿Usted qué opina?

—¿Yo? Yo quería que acabase todo, como muchos.

—Tendría algunas preferencias.

—¿Qué quiere que le diga, señor Sandoval?

—Tranquilo. —Volvió a levantar la mano—. No pretendo ponerle en un aprieto ni en un compromiso. Solo estamos hablando, como personas civilizadas. Incluso diría que como amigos, ¿no?

—Sí —manifestó sin estar del todo seguro.

—¿Su nieta es afecta al Régimen?

La nueva pregunta le pilló de improviso.

—Tiene apenas veinte años, señor. En aquellos días era una

niña.

—Una niña que prestó servicios de enfermería en 1938.

—La llamaron, sí. Tampoco es que pudiera negarse.

—¿Y ahora?

—Es una buena chica, va a cumplir veintiún años, tiene novio y va a casarse. Su novio es doblador de películas.

El hombre de la Falange se lo tomó con calma. Si era un interrogatorio, no lo parecía. Jordi era incapaz de atravesar la máscara del rostro. Quizá sí, quizá solo se trataba de hablar con él, sondearle, para proteger a su único hijo de malas influencias.

El silencio se hizo espeso.

—¿Va a despedirme? —acabó rompiéndolo Jordi.

—¡No, hombre, no! —Se echó a reír—. Está haciendo un buen trabajo y se lo agradezco. Pocas veces he visto a Jesús tan entusiasmado con algo. Pero me veía en la necesidad de tener esta charla con usted.

¿Le estaba advirtiendo de que lo vigilaba?

Todo era posible.

En el fondo, no se fiaban ni de su sombra, a pesar de la victoria.

—Gracias.

—Déselas a Jesús.

—Conmigo no es tan abierto.

—Es listo. No deja de ser su profesor, aunque sea de piano. Pero cada noche, cenando, nos da la vara. Repite frases que ha dicho usted, sobre el arte en general, la música en particular… ¡Dios Santo, a veces es incluso insoportable! Si no fuera porque a mi mujer se le cae la baba…

—Ya ve. —Se sintió más cómodo—. Al comienzo sabe que a Jesús eso de estudiar piano no le gustaba demasiado.

—Dígalo francamente. —Hizo un gesto claro—: Lo odiaba.

—Sigue queriendo ser militar.

—Y lo será. —Fue categórico el hombre—. Pero si cree que el piano le hará mejor persona como dice…

Mejor persona.

La bandera, Franco, Primo de Rivera, Hitler, la santa cena, la virgen, el yugo y las flechas, la pistola…

—Sí, lo creo. —Jordi suspiró, incapaz de decir otra cosa.

¿Cuánto llevaba allí?

Ya había oscurecido. Quedaban pocas luces en el edificio en cuya primera planta estaban las oficinas de Macías e Hijos. Poco a poco, todo el mundo volvía a su redil. La calle Mallorca, un momento antes llena de gente, ahora empezaba a estar desierta. La mayoría miraba al cielo temiendo que lloviera, así que se apresuraba, por si las moscas.

Pere siguió quieto, en la acera de enfrente.

Solo quería ver.

Y vio.

Apareció el coche, negro, solemne, conducido por un chófer impecable. Se detuvo frente a la puerta y no tuvo que aguardar demasiado.

No le costó reconocerlo.

Tomás Macías Roselló salió con el paso tranquilo.

Era un hombre elegante, alto. Llevaba un abrigo de calidad y sombrero. Se metió en la parte de atrás del coche y el vehículo arrancó despacio.

Pere reaccionó.

Primero, cogido a contrapié por la sorpresa. Después, lo más rápido que pudo.

Apenas si llevaba unas pesetas y calderilla, pero levantó la mano y detuvo a un taxi.

Se precipitó en su interior mientras le decía al taxista:

—Siga a ese coche negro, por favor.

El hombre volvió la cabeza.

Le miró con insistencia, mitad dudoso mitad inquieto.

—¿Es usted policía? —quiso saber.

—¿Yo? No, hombre, no. —Seguían parados y el automóvil de Tomás Macías se estaba alejando—. ¡No le pierda de vista!

—¿No irá a cometer una maldad? —insistió el taxista.

—¿Habría cogido un taxi? —empezó a enfadarse.

El taxista por fin emprendió la persecución. Eso no significó que no dejara de observarle con el ceño fruncido y cara de pocos amigos.

También se fijó en la ropa de Pere.

—Eso de seguir a alguien nunca me había pasado —refunfuñó.

—Mire —Pere se vio obligado a decir algo—, ese hombre de ahí delante es el padre de mi novia, y no nos deja estar juntos, porque, como ve, es de buena posición mientras que yo… Pero estamos enamorados, ¿comprende? Le sigo para ver qué hace, adónde va. Si pudiera pillarle en algo…

—¿Una querida o algo así?

—Por ejemplo.

El taxista se animó. Apretó un poco el acelerador, más convencido.

—Desde luego, el cochazo…

—Y que lo diga.

—¿Cómo llegó a conocer usted a la hija de ese señor? —se puso a hablar el taxista una vez perdido el miedo.

—Yo trabajo en su empresa. Nos veíamos al pasar y… bueno, ya ve.

—Dicen que el amor es ciego.

—Será eso. —Una vez soltada la mentira, acabó animándose—. Nos ha amenazado con casar a su hija con un socio suyo, o peor, con meterla monja.

—¡No me diga! ¿Esas cosas pasan todavía hoy?

—Me temo que sí.

—¡Para eso hicimos una guerra, hombre!

Pere pensó que como el trayecto fuera muy largo, por una parte acabaría cansado de hablar, pero, por la otra, se le iría hasta el último céntimo que llevaba encima.

Empezó a mirar el contador con ansiedad.

El coche de Tomás Macías dejó el centro de la ciudad y subió en dirección al Tibidabo. Enfiló la calle Balmes y, al llegar al paseo de San Gervasio, dobló a la izquierda, frente a la parada del tranvía azul, para tomar el paseo de la Bonanova después de la plaza del mismo nombre.

El contador seguía subiendo.

El taxista, hablando.

Pere metió la mano en el bolsillo para comprobar el alcance de sus existencias monetarias.

Por suerte el viaje ya no duró mucho más.

El coche negro se desvió a la derecha poco después y, en la

primera travesía, se detuvo delante de un chaletito de dos plantas, con un enorme jardín. El conductor tocó el claxon y, al momento, una criada salió por la puerta y abrió la enorme cancela.

El coche entró en el jardín.

—Oiga, su futuro suegro vive bien, ¿eh? —Silbó al taxista.

—Me bajo aquí —se apresuró a decir Pere.

—¿Va a quedarse?

—Para ver a mi novia, sí.

—No le arriendo la ganancia —consideró el hombre—. Va a tener que pelear lo suyo. Los ricos son duros de roer.

Le dio todo lo que llevaba. Le sobraron cincuenta y cinco céntimos. Tardaría lo suyo en llegar a casa.

—Gracias. —Se bajó del taxi.

—¡Suerte! —le deseó el taxista.

Pere lo vio alejarse.

Se quedó solo.

Tomás Macías Roselló ya había entrado en la casa.

En la calle no se veía a nadie y, finalmente, empezó a llover.

El cabo de la vela chisporroteaba apurando lo poco que le quedaba de vida. En unos minutos temblaría, se estremecería y, tras un destello final, se extinguiría.

Se quedarían a oscuras.

Desnudos, sobre la revuelta cama que ahora más parecía un campo de batalla, Jaume y Neus seguían abrazados, acompasadas las respectivas respiraciones desde mucho antes.

Los corazones más calmados.

El sosiego tras la furia.

Jaume le acarició la cabeza. Hundió la mano entre la maraña del pelo de Neus y le masajeó el cráneo con los dedos abiertos. La otra mano le acarició el pecho.

Bastaba un roce para que los pezones se le endurecieran.

Ella no se movió.

—¿En qué piensas? —Fue lo primero que dijo Jaume desde los gritos provocados por el orgasmo.

Neus no le contestó.

—¿Duermes? —insistió él.

—No.

—Entonces dímelo.

—Pienso que estoy loca —dijo ella.

—No, para nada.

—¿Y cómo llamas a esto?

—Amor.

Se agitó un poco.

—Por favor, Jaume, no seas… —rezongó.

—¿Que no sea qué?

—El amor es otra cosa.

—No, Neus. El amor es esto. Tú y yo, aquí, ahora, lo que acabamos de hacer.

—No has cambiado nada.

—Mejor, ¿no?

—Sigues siendo el mismo romántico loco y… qué sé yo. Has venido a luchar, me acabas de seducir, te matarán el día menos pensado…

—No hables así, va.

—¿Trae mala suerte?

—No, pero no viene al caso. Por más vueltas que le des, nos queremos. ¿Qué tiene de malo?

—¡Que no es el momento, que estamos en otra historia, que se nos pasó todo y que yo estoy prometida!

—Pero no casada.

—¿Y qué?

—Neus, todos estos años te juro que…

—¿Quieres callarte? ¡No quiero oírlo! ¿Pensabas en mi cada día, cada noche? ¡Por Dios, Jaume!

La besó en la cabeza sin dejar se masajearle el cráneo. La otra mano dejó de acariciarle los pechos y subió hasta la barbilla. Se la presionó para que ella volviera el rostro hacia él.

Se la quedó mirando.

Los ojos de Neus brillaban.

Aunque no eran unos ojos alegres, sino tristes.

—Eres preciosa.

—Sí, ya.

—Tu cara, tu cuerpo…

—No me hagas sentir vergüenza o me tapo.

—Eres lo más bonito que he visto nunca —continuó—. No pareces real.

—Tal vez no lo sea y solo esté en tu maldita mente.

Jaume le besó la comisura de los labios. Se la lamió. La mano libre volvió a bajar por el suave cuerpo. Dejó atrás el cuello, el pecho, el vientre, y no se detuvo hasta la entrepierna.

La humedad seguía.

—Para —le previno Neus.

—Vuelvo a estar excitado.

—Yo no.

—Mentira.

—Como me hayas dejado embarazada…

—Sería bonito, ¿no?

—¿Quieres callarte? —protestó agitada.

Jaume no se quedó quieto. Le cogió la mano a ella y la llevó hasta su propio sexo, de nuevo enorme y duro. La dejó sobre él, aunque Neus no hizo nada.

—Vamos… —le pidió.

—He de irme. —Ella suspiró apartando la mano.

—¿Y ya está?

—Sí.

—Sabes que esto lo ha cambiado todo, ¿no?

Neus ya no pudo más. Se apartó de su lado y se acodó sobre el costado derecho para mirarlo mejor. La ira volvía a los ojos. La tensión a la voz.

—¿Qué es lo que ha cambiado? Que yo sepa solo nos hemos acostado.

—¿Y te parece poco?

—¿Crees que vivimos antes de la guerra, cuando las parejas se fugaban y así luego los obligaban a casarse?

—Sabes que ese hombre no te hará feliz.

—No tienes ni idea.

—Lo sabes —insistió él.

—¿Y quién es feliz hoy en día? —Apareció un atisbo de humedad en las pupilas.

—Cualquiera que tenga a alguien con quien compartir la vida.

—Eso es muy bonito de decir. —Forzó una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—Es imposible que le quieras. Lo haces por tu hermano, y por tus padres. Vas a sacrificarte por todos ellos.

—¿Entenderás de una vez que no es un sacrificio? ¡Ya no tengo quince años, por Dios! ¡Ni veinte! ¡Soy una mujer, y vivimos en unas determinadas circunstancias! ¡Estaría loca si no agradeciera mi suerte!

—¿Lo llamas «suerte»?

—¡Francisco podría haber tenido a la mujer que quisiera, y se ha enamorado de mí! —Acabó sentándose en la cama, abrazada a sus rodillas—. Esto no tenía que haber pasado.

—Pero ha pasado.

—¡Porque me has traído aquí y me has seducido!

—Llámalo como quieras. Te has deshecho como un helado al sol nada más tocarte. Si eso no es amor…

—¿Y ahora qué? —dijo sin mirarle—. ¿Dejo a Francisco y me caso contigo?

—¿Por qué no?

—¡Porque las cosas no son así ni funcionan como queremos, Jaume, por eso! —Rompió a llorar—. ¿No ves que me estás haciendo daño? ¿No entiendes…?

Tuvo que abrazarla. Se incorporó, quedó de rodillas sobre el colchón y la abrazó muy fuerte. Las lágrimas de Neus le mojaron la carne.

Quemaban.

La vela empezó a chisporrotear.

—Déjame ir, por favor —le suplicó.

—Júrame que volverás.

—No puedo…

—Júramelo.

—Me duele… tanto…

—¿Qué es lo que te duele?

—Todo. —Se vino abajo de nuevo.

Jaume buscó sus labios.

Los encontró sin esfuerzo, porque, de pronto, ella ya era incapaz

de luchar, de reaccionar, de sentir.

La vela se apagó en ese momento y quedaron a oscuras.

Al llegar a casa, María le salió al encuentro con una toalla, preocupada.

—¿Te has mojado? —le preguntó ansiosa antes de ver que estaba cerrando un paraguas.

—No, no —la tranquilizó Jordi—. Los Sandoval me han dejado este paraguas.

—Menos mal. —De todas formas, le pasó la toalla mientras se lo recogía—. Ha caído una buena.

—Estoy bien.

—¿Te has mojado los pies?

—Un poco, pero nada importante. No los tengo fríos, ni húmedos.

Ella le dio un beso en la mejilla. Sonreía.

—Vamos, ponte cómodo que tengo noticias.

—¿Buenas? —Su abuelo se animó.

—No sé. Supongo. Te espero en la cocina que estoy preparando la cena.

Jordi entró en la habitación. La cama estaba perfectamente hecha, como siempre. Y la ropa dispuesta, planchada y a punto en el armario o la cómoda. A veces se preguntaba cómo se lo hacía ella para tenerlo todo así, la casa impecable, sin nada olvidado o dejado al azar. Ahora no trabajaba, tenía más tiempo, pero antes, aun yendo al taller todos los días, todo estaba igual.

Egoístamente pensó que Pere iba a llevarse a la mejor de las mujeres.

Se quitó la ropa de calle. Lo hizo con premura. ¿Buenas noticias? Escaseaban, así que quería oírlas cuanto antes. Se pasó la toalla por los pies, se puso unos calcetines secos, unos pantalones viejos, las pantuflas, el batín por encima y regresó a la cocina. María estaba acabando ya con los preparativos de la cena, la sopa a punto de calentar, la escasa verdura y los garbanzos repartidos en dos platos. El fogón todavía no estaba encendido.

—¿Qué son esas buenas noticias? —quiso saber.

—Tengo trabajo. —Fue directa.

—¿En serio?

—Sí. Mañana empiezo.

—Bueno, me alegro. —Se acercó a ella para abrazarla—. Sabía que encontrarías algo pronto, así que no estaba preocupado. Pero es mejor tener las cosas antes que después.

María correspondió al abrazo.

Luego él se apoyó en la pared de la cocina. Hizo la pregunta principal.

—¿Ganarás menos, igual, más…?

—Lo mismo. Está bien. —Hizo un gesto de resignación.

—¿Es otro taller?

—No. Ahí está la diferencia: voy a cuidar a una señora mayor.

—¿Trabajarás de criada?

—No exactamente, abuelo —mesuró sus palabras—. Seré su cuidadora, su asistenta… No sé cómo llamarlo. Lo único malo es que no se trata de un trabajo normal. Aquí el horario no es fijo, ¿entiendes?

—¿Tendrás que limpiarle… bueno, limpiarle el trasero a esa señora?

—¡No! —Se echó a reír—. Se vale por sí misma. De hecho no creo que yo le haga mucha falta de momento. Pero tiene dinero y pienso que lo que más necesita es compañía, sentirse segura, y que se lo hagan todo, desde luego. Lo peor es que tiene un carácter de armas tomar.

—Sí, la gente mayor es insoportable —quiso bromear él.

—Abuelo, tú eres un sol comparado con ella. Me ha preguntado si soy honrada, me ha dicho que como le robe, poco menos que va a mandarme a galeras…

—¿En serio?

—Ya ves. Toda una joya.

—Tendrás que tener mucha paciencia, por lo que veo.

—Mejor que en el taller seguro que voy a estar —quiso tranquilizarle—. Ahora solo tendré que aguantar a una persona.

—Entonces bien, ¿no?

—Tampoco creo que sea algo para siempre. Y no porque sea muy vieja y vaya a morirse ya. Pienso seguir buscando.

—Harás bien.

—¿Y tú qué tal?

¿Le hablaba de la charla con Salvador Sandoval?

No, de la charla no.

—Las clases bien —dijo—. Ese chico es bueno, y se aplica, en serio. Parece que está en otra frecuencia pero cuando estamos solos con el piano… se mete en lo que hace. Yo en este sentido lo paso bien. Otra cosa es el ambiente de esa casa.

—¿A qué te refieres?

—Ese hombre, el padre de Jesús… —Se estremeció—. Cuando lleva el uniforme es… siniestro. Hoy le he visto en una foto con Hitler.

—¿Tan importante es?

—No sé qué cargo tendrá, pero sí, desde luego es importante. Si no es el jefe provincial de la Falange, poco le falta. Prefiero no preguntar, ni saber. Allá ellos. Pero desde luego no creo que tenga las manos limpias.

María bajó la cabeza.

Todos convivían con asesinos, y lo peor era ser conscientes de ello.

—¿Cenamos en media hora? —quiso cambiar de tema.

Antes de que Jordi respondiera, sonó el timbre de la puerta. Ella miró su relojito de pulsera. Pareció insegura pero acabó diciendo:

—Debe de ser Pere.

Se dirigió a la puerta. Jordi la siguió. En efecto, era Pere. Él sí estaba un poco mojado.

—Iba de camino a casa y… —se excusó—. ¿Me dejas que me seque un poco?

—¿Pero qué hacías andando bajo la lluvia, hombre? —Se inquietó María—. ¡Pasa, pasa!

Pere entró en el piso.

—Buenas noches, señor Jofresa —saludó al abuelo de su novia.

—Buenas noches, hijo. ¿Qué tal todo?

—Como siempre. —Se encogió de hombros.

—¿Tu madre?

—Igual. No sé ni cómo aguanta.

—Es una mujer fuerte. ¿Te quedas a cenar?

—No, hoy no. Gracias. Siento presentarme así, a estas horas.

—Anda, no seas tonto. María te dejará como nuevo.

La chica ya lo empujaba hacia el lavadero.

—¡Quítate la chaqueta, va! ¡Y la camisa! Te la sacas y te pones una del abuelo. No vas a irte a casa así.

Todo fue muy rápido. Pere se secó el pelo y se puso la camisa limpia. María lo ayudó mientras él la miraba con el rostro ingrávido. Acabó levantando una mano para acariciarle la mejilla.

—Estate quieto. —Sonrió ella.

—¿Podemos ir a dar una vuelta?

—¿Ahora?

—Sí. Ya no llueve. Cinco minutos.

—¿Qué te pasa?

—Nada. —Fingió indiferencia—. Pero quiero estar contigo un rato, los dos solos.

María le escrutó con los ojos.

La decisión fue rápida.

—Está bien —dijo—. Acaba de arreglarte que yo voy a por mi abrigo.

Al salir del portal tomaron la izquierda de manera maquinal. Un paseo no era más que eso: un paseo. Pasos perdidos sin rumbo. Todo lo más sabían que darían la vuelta a la manzana.

La calle estaba mojada, las pocas personas que caminaban por ella apretaban el paso por si las moscas y por la calzada no circulaba ningún vehículo.

Flotaba un suave silencio.

María fue la primera en hablar.

—Tengo trabajo.

—¿En serio? —Se le iluminó el semblante.

—Voy a cuidar a una vieja gruñona. Será un cambio interesante.

—¿Y te gustará hacer algo así?

—Es lo que hay. Mientras no encuentre un empleo mejor…

—¿Es rica?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque si puede pagar a alguien que la cuide…

—Tiene dinero, sí. Por lo visto el marido la dejó en buena posición.

—Pues si es vieja y rica, cuídala bien. A lo mejor se muere y te deja algo.

—¡Pere!

—¿Qué? —Se asustó por el codazo.

—¡Serás malo! —Se echó a reír ella.

Dieron media docena de pasos más.

—Sí, supongo que no tengo el día. —Él suspiró recuperando su talante taciturno.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

No hubo una respuesta de palabra, sino de gesto. Pasaban por delante de un portal abierto y oscuro. Pere tiró de ella hasta que los dos quedaron protegidos por las sombras. Una vez a salvo de miradas ajenas, la besó.

Con algo más que intensidad.

Pasión.

Las palabras resbalaron por los labios, por la piel, y la cubrieron como un manto.

—Te quiero…

—Y yo a ti. —María se le entregó.

—Dios… —Dejó de besarla, le cogió la cara con las dos manos y la miró con ojos trémulos. En la penumbra, con la débil luz que provenía de la calle, ella parecía de porcelana—. No veo la hora de estar juntos.

—Si tu madre muere…

—¿Qué?

—¿No tendrás que guardar un año de luto?

—¿Quién dice eso?

—No sé, la costumbre.

—Quiero casarme ya, María.

—¿Y cómo vamos a hacerlo?

Llegaba el momento de la revelación. Por eso había ido a su casa. Estar mojado no había sido más que la excusa. Necesitaba contárselo, reventar.

—He ido a ver a mi padre.

María se quedó pálida.

Abrió los ojos.

—Pere…

—Bueno, no ha sido así exactamente —ordenó las ideas—. Le he seguido hasta su casa cuando él salía del trabajo. Pero iré. Mi madre tiene razón. Iré y le pediré ayuda.

—No hagas eso —le suplicó ella.

—¡Es rico!

—No importa, no lo hagas.

—¿Por qué no he de hacerlo? ¡Me lo debe!

—Por orgullo.

—El orgullo es para los ricos. Nosotros no podemos tenerlo.

—Pere, si no te ha llamado ni ha querido verte en todos estos años, es que no le interesas.

—Quizá no se haya atrevido, o haya algo que no sé. ¡Soy su hijo!

María lo abrazó, y luego fue ella la que lo besó con fuerza.

La entrega les hizo estremecer durante un minuto o más. Formaban un solo cuerpo. Cuando volvieron a separarse, la que habló fue ella.

—¿Confías en mí?

—Claro.

—Entonces créeme: saldremos adelante, y lo haremos por nosotros mismos. Lo del doblaje irá bien, poco a poco, ya lo verás. Y a mí trabajo no me faltará. Hay que tener paciencia.

—¿Hasta cuándo?

—¡Hasta donde debamos tenerla!

Pere se mordió el labio inferior. Había un deje de angustia en su voz cuando recuperó el habla.

—Mi madre me dijo el otro día que me fuera de España cuando ella faltara.

—¿Qué? ¡No me asustes!

—Contigo, está claro.

—Pero irnos… ¿adónde?

—Tiene una prima en Perpignan, en el sur de Francia, tan lejos de esto como de la guerra en Europa. Dice que ella nos ayudará.

María movió la cabeza de lado a lado.

—Anda, va, cállate. ¿Y qué hago yo con mi abuelo? ¿Nos lo llevamos? —Le acarició la mejilla—. ¿De qué íbamos a vivir?

¿Sabes francés?

El último beso fue el más largo.

El más denso.

Hubiera durado mucho más de no ser porque, en ese momento, alguien entró en el portal sosteniendo una cerilla y les sorprendió.

Se encontraron ante una mujer que los miraba demudada, horrorizada, como si acabase de pillar a Adán y Eva desnudos en el Paraíso cometiendo el pecado original.

—¿Se puede saber qué hacéis aquí, a oscuras, cochinos, que sois unos cochinos?

Trataron de evadirse.

No les fue fácil.

—¡Parece mentira! —La mujer elevó el tono de voz cuando pasaron por su lado, sin dejar de mirarlos con espanto—. ¡Esta es una casa decente, asquerosos! ¡Como llame a la policía…!

Salieron a la calle y echaron a correr.

Como delincuentes.

Cuando se detuvieron, jadeando, se dieron cuenta de que los dos se estaban riendo.

Capítulo 10

Reacciones

Jesús cogió el disco con las dos manos. Lo sacó de la funda de papel y leyó el texto impreso en la primera etiqueta.

—*Concierto para piano número 3* , Piotr Illich Tchaikovsky.

Le dio la vuelta y leyó la segunda etiqueta.

—*Concierto para piano número 5 en mi bemol mayor, opus 73* , Ludwig van Beethoven.

Jordi le señaló al intérprete de los dos conciertos.

—Arthur Rubinstein —dijo.

—¿Quién es?

—Uno de los grandes artistas de este siglo. De hecho tienes en las manos una joya —proclamó con orgullosa satisfacción.

—¿El disco?

—No, los dos conciertos. Aunque el disco… Bueno, fue un hallazgo.

—¿De dónde lo ha sacado?

—Ayer fui el mercado de San Antonio, ya sabes, el de las cosas viejas y usadas, libros…

—No, no sé —dijo el niño.

—Bueno, es un lugar donde puedes vender lo que no te sirve y comprar muy barato lo que necesites de segunda mano.

—Nosotros no compramos nada usado.

No había sido un comentario pedante, ni puntilloso. El tono de Jesús había sido de lo más normal. Simplemente se trataba de una evidencia.

—Hay cosas que, si no es de segunda mano, viejas y usadas, no se encuentran —le hizo ver.

—¿Y no están estropeadas?

—No. ¿Te parece que este disco esté estropeado?

—No sé.

—Pues no lo está. Antes de comprarlo lo escuché. El vendedor tenía un gramófono. Suena de maravilla.

—Pero si dice que es un hallazgo, debió de costarle caro, ¿no?

—La verdad es que no, tranquilo. Regateé. Y además llevaba unos libros para vender. Casi fue un intercambio.

El disco seguía en las manos de Jesús.

—Mis padres tienen un gramófono —dijo.

—Ya, por eso vamos a pedirle permiso a tu madre para que nos lo deje escuchar, ¿te parece?

Se le iluminó la mirada.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Y la clase?

—Esto también forma parte de tu aprendizaje.

—¡Entonces vamos! —Sostuvo el disco con una mano y cogió a su profesor con la otra para ponerlo en marcha.

Jordi se dejó arrastrar.

Mercedes Santacana, señora de Sandoval, estaba inspeccionando minuciosamente una cubertería de plata que Amparo acababa de limpiar. Solo le faltaba utilizar una lupa. A un lado dejaba los cubiertos que pasaban su riguroso control. Al otro, aquellos en los que todavía percibía restos de deterioro. Junto a la mesa, el abrillantador y el paño esperaban.

—¡Ay, por Dios! —lamentó la mujer al encontrar un tenedor todavía manchado.

Jordi se preguntó si alguna vez utilizaban aquella cubertería.

Tal vez por Navidad.

—¡Mamá, el señor Jorge ha traído un disco de piano! ¿Podemos escucharlo?

Fue como si aquello la perturbara un poco más de lo que ya estaba.

—¿Ahora?

—¡Sí, mamá, por favor! ¡Dice que es muy bueno! ¡Lo compró ayer!

El entusiasmo del niño hizo que ella se rindiera rápido.

—Bueno, pero no lo pongáis muy fuerte, ¿de acuerdo? Ya sabes dónde está el gramófono.

Jesús volvió a tirar de Jordi. Atrás dejaron a la atribulada Amparo junto a las quejas de la dueña de la casa.

—Pero ¿es que no ves estas manchas? ¿Estás ciega?

—Señora, que yo ya froto y froto, pero no se van. Es como si la plata estuviera picada.

—¡Qué va a estar picada, mujer! ¡Esta plata es de la mejor! ¡La buena plata no se pica!

Dejaron de oírlas. El gramófono estaba en otra sala, esta más pequeña. La campana era de madera y la caja de marquetería. Una verdadera obra de arte. A Jordi casi se le desencajó la mandíbula al verlo.

—¿Sabes si lo usan mucho? —preguntó.

Jesús se encogió de hombros.

—Yo diría que no. Mamá no pone ni la radio, salvo para escuchar los discursos del Caudillo y esas cosas.

Pusieron el disco en el plato. Primero el concierto de Tchaikovsky. Jordi le dio cuerda al aparato y cuando el disco empezó a rodar colocó la aguja con cuidado en las primeras estrías.

La música fluyó a través de la campana.

Un minuto, dos, tres…

Para un niño, aquello podía ser aburrido. Sin embargo, Jesús lo escuchaba con atención y algo más: embeleso. En lo más álgido de la interpretación de Rubinstein incluso preguntó:

—Eso debe de ser difícil, ¿no?

—Cuestión de práctica.

—¿Me lo enseñará?

—Por supuesto.

Siguieron escuchando el disco, hasta la última nota de la primera cara. Quedaba la segunda y aun así, el chico preguntó:

—¿Podemos oírlo otra vez?

Jordi sintió una extraña emoción.

Quizá, con suerte, el mundo perdería a un militar y ganaría a una persona.

Alguien capaz de escuchar un concierto de piano.

—Podrás oírlo cuantas veces quieras —dijo Jordi—. Ahora deberíamos volver a la clase.

—¿Quiere decir que… es mío?

—Sí.

—¿Me lo regala?

—Claro. Yo no tengo gramófono. Lo compré para ti.

El efecto fue extraño.

Sorpresa, emoción, duda, extrañeza…

Un cúmulo de sensaciones yendo y viniendo por el rostro de un niño mimado que lo tenía todo.

O casi.

—Gracias —dijo Jesús, absolutamente quieto.

—No hay de qué. —Jordi se puso en pie.

—Lo guardaré siempre, ¿sabe? —afirmó muy serio, consciente de lo que significaba aquello.

Guardarlo siempre.

Quizá sí. Quizá no. A fin de cuentas «siempre» era una palabra ambigua. Pero lo que contaba era el momento.

Su cara y su sinceridad al decirlo.

Los contactos eran mínimos. Las relaciones, precarias. Las tapaderas, destinadas a no llamar la atención. Las asambleas, comprometidas. Todos se movían con cuidado, notando el invisible y angustioso aliento de la policía, la guardia civil y los servicios secretos españoles en el cogote. La consigna seguía siendo la misma: no dar pasos en falso. La certeza de que si caía uno caerían todos flotaba en su ánimo. La idea central del desembarco del FNC en Barcelona era la misma que dos meses atrás, nada había cambiado: retomar el contacto con la situación de Cataluña y establecer las bases de la futura lucha.

Sin precipitarse.

Siempre, de momento, a la espera de lo que sucediera en Europa.

Por esta razón el jefe de la rama militar se quedó rígido al ver aparecer a Jaume.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Necesito una información.

—¿Acerca de qué?

—Una persona. ¿Podemos hablar?

—Ven.

Jaume Martínez Vendrell tomó la iniciativa. Jaume conocía las normas. Lo siguió a unos pocos pasos. Su superior en el Front no se detuvo hasta unos metros más allá, al amparo de cualquier mirada ajena. Llevaba un vulgar mono de trabajo, así que parecía un obrero más.

Era un obrero más.

Por el puerto entraban y salían algo más que barcos.

Entraban y salían personas.

—¿De quién quieres información? —Fue al grano el hombre.

—Un tal Albert Mata Folguerolas. —También fue directo Jaume—. Lo detuvieron hace unos meses acusándole de formar parte de una checa en Barcelona durante la guerra, y mientras investigan si es verdad y su implicación, lo tienen en mal lugar: en el Campo de la Bota.

—¿Dices que fue hace meses?

—Sí.

—Ese ya estará muerto, hombre. —Fue categórico—. Con que lo hayan sospechado basta. ¿O te crees que hacen juicios justos y pierden el tiempo buscando pruebas? ¡Anda ya! Muerto y bien muerto, te lo digo yo.

—Según tengo entendido, está vivo.

—Pues si sabes eso, ¿para qué quieres más?

—Quiero saber su situación. No me fío del que dice que sigue vivo. Es un burgués de mierda que le ha sorbido el seso a una chica, la hermana del preso. Dice que lo va a sacar de la cárcel.

—¿Así de fácil?

—Por eso acudo a ti. A ver si puedes averiguar algo, si es verdad lo que dice ese hombre o no.

Jaume Martínez Vendrell vaciló un par de segundos.

A lo lejos, se oyó la sirena de un barco.

Más allá de las aguas, había un mundo libre, o casi.

—De acuerdo, veré lo que puedo hacer —asintió el jefe de la rama militar del FNC—. Conocemos a uno que tiene acceso a las listas de presos, aunque cambian cada día, entre los que llegan nuevos y los que fusilan…

—Gracias.

—Oye, ya que estás aquí. Hay algo que debes saber.

—¿Sí?

—Dentro de unos días, el 27, se producirá aquí mismo, en el puerto, un intercambio de prisioneros ingleses y alemanes. Vendrán dos barcos de cada lado, uno de transporte y otro de protección, con unos dos mil soldados por bando. Hemos de estar el ojo avizor para informar después.

—¿Habrá autoridades?

—¿Tú qué crees? Los embajadores de los países beligerantes, los gerifaltes españoles en pleno, supongo que la Cruz Roja, quizás observadores internacionales neutrales… Pero una cosa es lo que se cocerá *in situ* , en el muelle, y otra lo que podamos ver, aunque sea de lejos. A ti ese día te toca buscarte un buen lugar en Montjuic para dar un paseo y echar un vistazo. Nunca se sabe.

—¿Por qué vienen aquí para esto?

—Porque así España hace gala de neutralidad y ofrece la imagen de la nueva Barcelona, abierta y cosmopolita, para un gesto del que se hablará en todas partes.

—Un montaje propagandístico.

—Sí, pero para los desgraciados, muchos de ellos heridos, que van a volver a sus casas, una bendición. Nuestra misión es informar al Servicio Secreto Británico de lo que suceda fuera de su alcance.

—¿Y si no sucede nada?

—Pues ya está. ¿Puedo preguntarte algo más?

—Sí, claro.

—¿Estás más tranquilo?

—No.

—Lo imaginaba. —Jaume Martínez Vendrell hizo un gesto de desagrado no exento de sorna—. ¿Sigues deseando actuar, hacer algo?

—Por supuesto.

—Hemos recibido indicaciones.

No le preguntó de quién. Era lo de menos. Se envaró.

—¿Y?

—Puede que sí hagamos algo y demos un golpe de efecto.

—Ya sería hora —asintió.

—Te avisaré.

—¿Cuándo?

—Cuando llegue el momento, descuida. De momento todos seguimos en nuestros puestos. Habrá que buscar un objetivo, lo evaluaremos y actuaremos en consecuencia. Por supuesto no estoy hablando de poner una bomba en un lugar complicado.

—Pues deberíamos. Cuanto mejor sea el objetivo, mayor ese golpe de efecto.

—Tú no hagas nada por tu cuenta, ¿estamos? Te conozco.

Volvieron a oír la sirena del barco.

Se acercaba.

—Lárgate —le pidió el jefe militar del FNC—. Aquí hay muchos ojos.

—Nos vemos. —Inició la retirada.

—No te he preguntado quién es el tal Albert Mata. —Su jefe le detuvo.

—El hermano de la que fue mi novia.

—¿Fue?

—Sí.

—Pero has vuelto a verla.

—Sí —admitió.

—Ten cuidado —le previno su homónimo—. Cuando hay mujeres de por medio…

—No pasa nada —le aseguró.

—Eso dicen todos, hasta que pierden la razón —concluyó Jaume Martínez Vendrell.

Jaume le dio la espalda y ya no volvió la cabeza.

Había pensado en ir a verle al trabajo. Luego decidió que no, que allí sería más vulnerable. Su padre podía echarlo, o negarse a recibirle. Por eso estaba ahora allí, en la casa, el chalet del paseo de la Bonanova.

Tomás Macías Roselló acababa de llegar hacía diez minutos.

Pere tomó aire.

Lo determinó el empuje final.

Cruzó la calle, pasó a través de la cancela del jardín, pisó la crujiente grava del sendero y llamó a la puerta. Apenas si escuchó el

timbre al otro lado. Aún estaba a tiempo de dar media vuelta y echar a correr.

Pensó en su madre.

Pensó en María.

Dejó de respirar y se concentró. En cuanto se abriese la puerta una atenta criada le preguntaría qué deseaba.

Lo asaltaron las voces de su cabeza.

—Quiero ver al señor Macías.

—De parte de quién.

—De su hijo.

No, no, no era el sistema adecuado. ¿Su hijo? No tenía sentido.

Primero, recuperar las fuerzas.

La persona que apareció en el umbral no era precisamente una criada, sino un joven, un muchacho de unos dieciséis años, increíblemente parecido a él.

A Pere se le doblaron las rodillas.

Por detrás del adolescente sí apareció ahora la criada.

—Ya he abierto yo, Candela. —El chico la detuvo antes de dirigirse a su visitante—. ¿Sí?

Ya no había vuelta atrás.

—El señor Tomás Macías, por favor.

—Si es por algo del trabajo… —Se puso serio su hermanastro.

—No, es personal. —Y agregó—: Particular.

—Es que no sé…

—Dígale que es de parte de Pere.

—¿Pere?

—Sí.

—¿Pere que más?

—Solo eso. Él ya sabe. —Cambio de idea, por si acaso, y añadió —: Dígale que soy el hijo de la señora Concepción.

—Bueno, si hace el favor de esperar…

Esperó.

Se quedó solo, en el recibidor de la casa, presidido por un retrato familiar en que se les veía a todos ellos, los cinco: Tomás Macías, la esposa y los tres hijos, dos muchachas y el joven que acababa de abrirle la puerta. Bastaba con ver aquel recibidor para percibir el lujo del ambiente. Candelabros, alfombras, cortinas…

Pensó que le harían pasar a una sala, y que allí aguardaría lo suficiente para acabar de perder los nervios y la poca estabilidad que le quedaba. Cada vez que se sentía mal, o prematuramente derrotado, se aferraba a la imagen de María.

¿Qué no haría por ella?

Tomás Macías no tardó ni un minuto en aparecer ante él.

Serio, con el ceño fruncido y la mirada pétrea. Todavía llevaba el elegante traje con el que acababa de llegar a casa. Ni siquiera se detuvo a darle la mano o saludarle. Le tomó del brazo, abrió la puerta y lo empujó al otro lado.

Pere pensó que le echaba.

No fue así. Su padre salió con él. Cerró la puerta a su espalda y de nuevo le condujo hasta separarse unos metros de la entrada. Lo detuvo en mitad del jardín.

La noche era suave.

—¿Está loco? —le gritó de pronto.

Pere lo miró de cerca. Los Macías debían de ser copias los unos de los otros. Por un momento sintió un nudo en la garganta. Logró dominarlo. Estaba delante de su padre. Nunca imaginó tenerlo tan cerca. Delante de un padre que ni siquiera le llamaba hijo. Al contrario: le hablaba de usted.

Tan extraño.

—¿Qué hace aquí? —estalló bajando al máximo la voz, aunque parecía improbable que pudieran oírlos desde la casa.

—Veo que sabe quién soy —dijo Pere.

—¡Pues claro que sé quién es! ¿Qué quiere?

Pere comprendió de pronto que ni la esposa ni los hijos de Tomás Macías sabían nada de él, ni de la mujer a la que había amado más de veinticinco años antes, cuando los dos eran jóvenes.

Inocentes.

Podía incluso chantajearlo.

—No lo sé —suspiró de manera cansina.

—¿No lo sabe?

—Conocerlo, supongo.

—¿Y eso es todo? —Mantuvo el mismo tono seco, de gesto endurecido.

—Es mi padre —dijo Pere.

—¡Ser padre es algo más que engendrar un hijo, por Dios! —Se agitó con un nuevo bandazo de furia.

—¿Por qué se enfada? —preguntó Pere.

—¡Ahí están mi esposa y mis hijos! —Señaló en dirección a la casa con un dedo imperioso—. ¿Va a montar un escándalo?

—No, no tema.

—¡Yo me porté bien con su madre, y con usted, hasta que llegó la guerra y perdí el contacto! ¡Lo que sucedió fue… triste, muy triste, y tuvimos mala suerte, pero pasó! ¡No se puede volver atrás!

¿Le decía que había leído sus cartas?

No, lo sucedido no había sido triste. Las consecuencias, sí. Lo sucedido, no. Había sido una historia de amor, pura y simple. El primer amor de una vida para dos personas que se lo dieron todo antes de hora. Un amor roto por las circunstancias y marcado por los designios de una familia, un apellido, unas normas sociales.

Aquel hombre había amado a su madre. Por eso vivía él.

—Crecí sin padre —le dijo sin acritud.

—Y lo lamenté. Más de lo que imagina. Pero ¿qué quería que hiciese?

—¿Luchar por ella?

—Dios… —Tomás Macías se pasó una mano por la cara y volvió la cabeza, para estar seguro de que nadie se asomaba a la puerta o les observaba desde una ventana—. ¿Habla usted en serio?

—Mi madre nunca le odió. Siempre le quiso, a pesar de todo.

—Por favor, ya basta —exhaló agotado—. ¿Quiere dinero? ¿Es eso?

La mirada de Pere lo atravesó.

—Mi madre se está muriendo.

Su padre acusó el impacto. Lo sacudió igual que si le hubiera golpeado. Pere imaginó que, en ese instante, debía de estar recordándola en su mente.

Recordándola tal y cual la había conocido y amado.

Porque nunca la había visto crecer, hacerse mayor, envejecer prematuramente a causa de la enfermedad.

—Lo lamento —farfulló el hombre.

Pere abrió las manos. Le mostró las palmas desnudas.

—Solo quería verle. Entender…

—¿Qué hay que entender? —le preguntó al ver que se quedaba sin palabras y no terminaba la frase.

—Nada —dijo Pere—. Lo siento. No quería molestarle. Perdone.

Dio media vuelta.

Un paso.

El más difícil.

La diferencia entre vivir en el lujo y en la pobreza, entre ser rico y ser pobre, estaba allí.

En aquel simple paso.

—¿Necesita un trabajo? —preguntó Tomás Macías antes de que él llegara a la cancela.

«Sí».

—No —respondió Pere sin dejar de andar.

La acompañaba a misa por las mañanas, y oía misa con ella. Le leía antes de comer, siempre libros apropiados, en los que nunca se hablaba de amor y se respetaban los valores cristianos. Le preparaba la comida. Comían, sin excesos, porque la obligaba a tomar lo mismo. Y entonces llegaba lo peor.

La señora Gonzaga rezaba el rosario cada tarde.

Y no podía escapar.

—¡Un rosario compartido es tan reparador! —decía.

Tampoco lo rezaban sentadas. Arrodilladas. La señora Gonzaga disponía de un reclinatorio acolchado, tanto para las rodillas como para las manos. María en cambio tenía que pasar la media hora, a veces más, en el suelo. Hasta que no se puso un paño debajo, después de los primeros días, terminaba con las rodillas heladas y el cuerpo anquilosado.

Acabado el rosario, si María se había portado bien y ella tenía un buen día, le enseñaba fotografías de su familia. Y no eran pocas. Sazonaba el visionado con historias de todo el mundo.

Podía estar o parecer vieja, pero su mente rozaba la lucidez máxima. Antes de irse le preparaba la cena.

Y como el tiempo ya no era agradable y refrescaba, si salían a pasear era solo para dar la vuelta a la manzana.

Esa era su rutina.

Diaria, de lunes a sábado, aunque ella ya le había pedido dos veces que también trabajara los domingos.

—¡La misa dominical es la más importante!

—Lo siento, señora, pero también tengo mis obligaciones en casa, para con mi abuelo. Además, la iglesia está a dos calles. Por un día a la semana…

—¿Y si me caigo? ¿No te remorderá la conciencia?

No la odiaba, pero empezaba a tenerle mucha manía.

Lo peor era oírla hablar de la guerra, de las «hordas rojas», de cómo Franco había salvado a España. Solía mirarla a veces, con el ceño fruncido, y le espetaba:

—¡A saber qué harías tú en aquellos días, tan niña y vulnerable! ¿Algún miliciano te hizo algo?

Nunca una pregunta por el hambre, el frío o los bombardeos. La culpa era del comunismo. Nunca una pregunta por su padre o su madre. La culpa de que estuvieran muertos era de la traidora y vendida República. El Alzamiento era el mayor hito de la historia de España. Tendría que dar gracias al cielo por ser tan joven y merecer un futuro en un país que había sido capaz de tan noble gesta.

En nombre de Dios.

Un Dios que estaba en todos los rincones de la casa, con crucifijos llenos de dolor y vírgenes llorosas.

María se preguntaba a veces si los santos habrían reído en algún momento de sus vidas.

¿Por qué siempre se les representaba sumidos en la agonía de la muerte, el martirio o el calvario?

Hora de irse a casa, una vez más.

Por lo menos era sábado.

—Señora, me voy. Hasta el lunes.

—Espera, espera. —La mujer señaló el abultado bolso de María con gesto grave—. ¿Qué llevas ahí?

—Nada, cosas mías. La bata para lavar en casa y…

—A ver —le tendió la mano con la palma hacia arriba, exigiendo que le entregara el bolso.

María tuvo un golpe de calor.

Un acceso de ira.

—¿No me cree?

—A ver —insistió la señora Gonzaga.

—No tengo por qué dejarle husmear en mi bolso. —Lo apretó furiosa con ambas manos.

—Entonces me estás robando algo, ¿verdad? —Se tensó ella—. ¿Qué es, comida? —Empequeñeció los ojos—. O peor. ¿No será algún objeto de plata, para malvenderlo por ahí?

Esta vez, María no supo si gritar o echarse a llorar.

El sofoco aumentaba.

—Me está humillando —dijo.

—¡No me vengas con esas, niña! —Subió el tono la mujer—. ¡Dame tu bolso!

—¿De veras cree que voy a robarle?

—¿Por qué no? ¿Si no por qué no me dejas ver lo que llevas dentro?

—Por dignidad, señora. Por eso.

—¡No digas tonterías! ¿Dignidad? ¡El que roba no tiene dignidad!

—¡Yo no he robado nada! ¡Le digo lo que hay en el bolso y ya está! ¡Si piensa que soy una ladrona, no vuelvo más y se acabó! ¿Qué se ha creído?

La señora Gonzaga levantó las dos cejas.

Probablemente nadie le había hablado así en la vida, y menos en su casa.

—Si cruzas esa puerta sin enseñarme lo que llevas, llamaré a la policía.

María se vino abajo.

La señora Gonzaga podía inventarse lo que quisiera. La creerían. Siempre iban a creerla a ella. Una anciana sola, católica y reverente, en manos de una muchacha joven, con los padres muertos y un pasado oscuro en la guerra.

Tuvo que masticar su orgullo.

Y tragárselo despacio.

Acabó tendiéndole el bolso.

La mujer lo abrió, sacó la bata, examinó el interior con ojo crítico. Pareció incluso sorprendida al ver que no había nada.

Se quedó inalterable.

Luego metió de nuevo la bata dentro, lo cerró y se lo devolvió.

María esperó inútilmente una petición de perdón, una excusa, algo.

—Está bien —dijo la señora Gonzaga como si nada—. Me alegro, ¿ves? Todo aclarado. Mejor así. —Se retrepó en la butaca y la despidió con un lacónico—: Te espero el lunes. Sé puntual.

María abrió y cerró la boca.

Esta vez sí, la odió.

A ella, a su misa diaria, a su falsa piedad, a su tacañería, a su rosario, a sus fotos, a su aire de gran dama ignorando su mezquindad.

Lo odió todo.

Pero se fue sin decir nada.

Consiguió no llorar hasta que llegó a la calle.

La merienda tenía algo de acontecimiento social. Incluso ella y su hijo iban vestidos para la ocasión, como si estuvieran en un local de alto copete del estilo del Salón Rosa en lugar de tomarla en casa. La mesa estaba preparada con esmero. Sobre el impoluto tapete de puntillas, una fuente de pastas, chocolate, nata, leche, té y café. No faltaba de nada. Ni mucho menos parecía que al otro lado de las ventanas hubiera una ciudad entera aplastada por las privaciones y sometida a las cartillas de racionamiento. Lo que no se vendía en las tiendas, sí se encontraba con los estraperlistas. Para los Madariaga, el precio a pagar era lo de menos.

Neus acabó la segunda pasta.

No supo si ir ya a por la tercera, para no parecer ansiosa, o glotona.

O simplemente pobre.

—Están muy ricas —dijo.

—Hechas a mano —le aseguró la madre de Francisco, sin que por ello quisiera decir que las hubiera hecho con las suyas.

—Hoy es que he comido poco —quiso justificar su hambre.

—Todas para ti. —Él le acercó el plato.

—¿Quieres que no me quepan los vestidos?

—No te vendría mal ganar un poco de peso —intervino la mujer

—. Una esposa delgada no es el mejor de los atributos para un hombre. La carne es siempre lustrosa, ¿verdad, Francisco?

—Qué cosas tienes, madre.

—También hay que gozar de buenas caderas. A la hora de parir…

Neus no supo qué decir.

Ni dónde meterse.

De hecho, temía sobradamente a las veladas con su futura suegra.

—Nieves está muy guapa —acudió en su ayuda Francisco—. De hecho lleva unos días…

—Gracias —dijo ella.

—En serio. No es por halagarte. Tienes un color precioso, te brillan los ojos, estás incluso cambiada.

—No me había dado cuenta. —Intentó no ponerse roja.

—Creo que es por lo que hablamos de la boda —sentenció él—. ¿A qué mujer no le parece maravilloso pensar en el día más importante de su vida?

La dueña de la casa sorbió su taza de té.

Era una mujer de setenta y ocho años, más próxima a las tendencias del siglo XIX que del XX . Baja y regordeta, no se parecía en nada a su hijo. Por las fotografías de la sala, se notaba que Francisco de Madariaga había salido a su padre, tanto en aspecto como en porte y distinción. Sin embargo, los ojos y la mirada de ella eran los de un águila.

Penetraba y desnudaba a la vez.

No iba a enfrentarse a su hijo poniéndose en contra de su elección, pero tampoco parecía inclinarse favorablemente hacia la que pronto sería su nuera, hija adoptiva y madre de sus nietos. Cuando no comentaba algo de la ropa, le comentaba algo como aquello: el peso.

Era amante de las señoras robustas.

Dejó la taza de té sobre la mesita y, como de pasada, dijo:

—Bueno, habrá que ir pensando ya en el ajuar, ¿no?

Neus casi se atragantó con el último pedazo de pasta.

—Sí, señora.

—Y los cambios. —Se puso seria, casi triste, y miró lo que le

rodeaba con aire nostálgico, como si fueran a echarla de su propio hogar—. Me mudaré de habitación para dejárosla a vosotros. Es la mayor de la casa.

—Madre, ¿qué dices? —saltó su hijo—. No voy a permitirlo, ¿verdad, Nieves? La mía es lo bastante grande.

—No diga esas cosas —se apresuró a añadir Neus.

—Ahora serás la señora de la casa —dejó ir ella con voz apagada.

—Yo nunca…

—Madre, Nieves te cuidará como una hija —dijo Francisco interrumpiéndola.

—¡Oh, sí, con mis achaques!

—Lo haré con gusto —la tranquilizó.

—Supongo que un poco de ayuda no vendrá mal —suspiró la anciana—. Porque Pilar sola ya no puede con tantas cosas. —Miró a su futura nuera—. Al fin y al cabo, estaremos todo el día aquí las dos. Bueno, y los niños, claro. Cuando lleguen. Ojalá pueda verlo aún.

Neus se lo imaginó.

Todo el día allí, con ella.

Pensó en su hermano, en sus padres, en Jaume…

Miró a Francisco.

¿Cuántas mujeres darían media vida por estar donde estaba ella?

—Querida, ¿me acompañas un momento? —La mujer se levantó sin necesidad de ayuda—. Quiero darte algo.

—Claro.

—Ni se te ocurra encender uno de tus puros mientras estamos fuera —se dirigió a su hijo en tono conminatorio—. Espero que una vez casado corrijas ese espantoso vicio, hijo. Ya sé que es una señal de dignidad, pero lo dejas todo apestoso.

Salieron de la sala y lo dejaron solo. Francisco las contempló con orgullo pese a la reprimenda. Su madre y su prometida. Un círculo perfecto. O, mejor dicho, un triángulo. Neus sintió aquella mirada hundida en la espalda. Una vez en el amplio pasillo, la mujer, apoyada en el bastón y con pasos breves, la precedió hasta la habitación a la que, un momento antes, había querido renunciar. La cama tenía dosel y cortinajes; el tocador, el armario y los restantes

muebles eran de caoba y brillaban como si acabasen de ser pulidos. Había cuadros y retratos familiares en las paredes.

—Quería darte algo, de mujer a mujer —le dijo mientras abría la cómoda.

Neus esperó.

¿De mujer a mujer?

La madre de Francisco encontró lo que buscaba. Era un pequeño librito. Lo tomó con la mano izquierda y, tras dejar apoyado el bastón en el canto del mueble, lo acarició con la derecha. No era una Biblia, pero para ella debía de serlo. O casi.

Se lo dio a Neus.

—Es el *Ideario de la Sección Femenina* —le dijo—. Lo ha hecho una gran mujer, Pilar Primo de Rivera. Por eso es importante que lo leas. Toda futura esposa debería leerlo y tenerlo en su mesita de noche, porque en estas páginas están algunas de las claves de vuestra felicidad una vez casados. Lo que más deseo en esta vida es que mi Francisco sea feliz.

«Su» Francisco.

—Gracias. —No supo qué más decir Neus.

—Que no lo vea él —se refirió a su hijo—. Como te he dicho, esto es cosa de mujeres. Sé que me lo agradecerás.

Neus apretó el librito entre las manos.

Fue extraño: le pareció tocar un pedazo de hielo.

Capítulo 11

Muerte

Jordi llegó a casa de Jesús, por una vez, con el tiempo justo. Subió la escalera jadeando y cuando llamó a la puerta acompasó la respiración para no parecer extenuado. Le abrió, como siempre, la seria Amparo. Era como si la criada de los Sandoval viviera eternamente asustada, o temerosa de algo. A veces Jordi sentía lástima por ella. Tan joven, y tan lejos de la vida.

Al menos allí dentro.

—Hola, Amparo.

—Buenas tardes, maestro.

Lo llamaba «maestro». Sería por dar clases. Jordi pasó por su lado y se dirigió directamente a la sala del piano.

—Espere —lo detuvo la criada.

—¿Qué sucede?

—La señora quiere verle.

Vaciló. ¿Verle? ¿Para qué? ¿Otra charla como la del falangista días atrás? Se quedó al comienzo del pasillo sin saber qué hacer. Además, había sacado ropa del armario y olía a naftalina. De todas formas la dueña de la casa le estaba aguardando, porque apareció por el otro extremo y caminó hacia él con las manos unidas a la altura del vientre.

Semblante serio y grave, más de lo normal.

A veces se preguntaba si aquel tipo de gente se reía alguna vez.

—Señora Sandoval…

—Buenas tarde, señor Jofresa.

—¿Pasa algo? —se inquietó.

La mujer se detuvo frente a él. Ahora sí la notó afectada.

—Hoy no habrá clase, lo siento mucho.

—¿Por qué? —se inquietó—. ¿Está enfermo Jesús?

—No. —Fue seca—. Está castigado.

Que él supiera, era la primera vez que lo hacían, así que se le antojó raro.

—¿Por qué?

No parecía dispuesta a compartir con él la información. Guardó silencio. Era como si decidiera que los problemas y las miserias familiares tuvieran que quedarse en casa, sin trascender más allá de las paredes. Cuestión de orgullo. A fin de cuentas, no era más que un extraño.

—Por favor, cuéntemelo —le rogó Jordi—. Sabe que su hijo me importa.

Eso la conmovió.

O lo pareció.

Bajó un poco la guardia, lo suficiente.

—Anoche, después de cenar, puso el disco que usted le regaló, varias veces, hasta que le pedimos que lo quitara. Insistió en que una más, una más, una más. Decía que quería aprender no sé qué movimiento. Cuando mi marido le reprendió y le obligó a retirarse, cogió una de sus rabietas.

—Sí —reconoció Jordi—. Cuando le da una se pone…

—Fue peor que eso, señor Jofresa. Se puso fuera de sí. Y siento decirlo porque es mi hijo. Empezó a gritar, y a gritar, y como no se lo dejábamos escuchar lo rompió.

—¿Lo rompió? —Se le encogió el alma.

—Sí, lo siento. Aunque fue un regalo le daré el dinero que le costó y…

—No, no. —Él la detuvo—. Si no es por el disco en sí, sino por el disgusto.

—Y que lo diga. Nunca había hecho algo así, se lo juro. Es más, cuando vio lo que acababa de hacer, con los pedazos del disco a sus pies, se quedó helado. Fue como si despertara de su propia pesadilla.

—¿Le pegaron?

—Naturalmente. —Levantó la barbilla—. Su padre le dio diez azotes con la regla y lo mandó a la cama. Por eso hoy está castigado, encerrado en su habitación.

—¿Diez… azotes?

—Y fue benévolo —asintió firme—. A mí se me rompió el

corazón, pero sin disciplina no hay nada, ¿no le parece? Si insiste en ser militar, es lo primero que debe entender. Su padre es un ejemplo para eso. Confiamos en que aprenda la lección.

—¿Puedo verle?

La propuesta se le antojó inusual.

Abrió los ojos.

—Por supuesto que no. Un castigo es un castigo.

Jordi bajó la cabeza.

—Lo entiendo, sí —manifestó compungido.

—Dicen que la música amansa las fieras. —La señora Sandoval comenzó a caminar en dirección a la puerta, dando por finalizada la conversación—. Pero a veces mi Jesús…

—Es un niño —lo defendió Jordi.

La mujer no dijo nada. Ya no había ni rastro de Amparo. Llegaron al recibidor y ella misma le abrió la puerta antes de tenderle la mano. Ahora sí arrugó la nariz al percibir el olor a naftalina de la ropa de él.

—Hasta mañana —se despidió.

—Bien, sí. Hasta mañana.

—Y no se preocupe por el dinero. El castigo ha sido para mi hijo, no para usted. Cobrará la clase igualmente.

Jordi salió al rellano.

Obvió decirle que no pensaba en el dinero, porque no siempre era lo más importante.

Al pasar por delante del portal en el que se habían ocultado noches atrás para besarse, María incluso se atrevió a sonreír.

—¿Cuánto es una multa por escándalo público? —se le ocurrió preguntar.

—Lo peor no creo que sea la multa, sino que pueden llevarte a la cárcel —dijo Pere.

—¿En serio?

—Vete a saber. Por si acaso, mejor no arriesgarse. ¿Te imaginas el susto para tu abuelo y para mi madre? Eso del «escándalo público» suena fatal.

—Aquella mujer se enfadó de veras, ¿eh?

—Seguro que nunca la han besado como te estaba besando yo a ti.

—¿Tú crees?

—Y debe de hacer el amor con su marido a oscuras llevando una combinación blanca de la cabeza a los pies, con un agujero en el centro.

—¡Qué bobo eres! —Soltó una carcajada—. ¡Ni que estuviéramos en la Edad Media!

—Seguro que en la Edad Media no eran tan mojigatos.

—Tú qué sabes.

—Menudas juergas debían de correrse.

María le dio un leve codazo.

—¿Y a ti qué te pasa ahora? —dijo.

—¿A mí? Nada. Solo es una observación.

—Nunca habías hablado de cosas así.

—Vamos a casarnos, ¿no?

Continuaron caminando, despacio, aprovechando el limitado tiempo de que disponían. María observó de reojo a su novio. Una vez, dos. Al final no pudo más y se lo hizo notar.

—Has cambiado.

—¿Yo?

—Estos últimos días, sí. Desde que fuiste a ver a tu padre.

Ya no bromeaba. Hablaba en serio. Pere lo tuvo en cuenta.

—¿Y qué quieres?

—¿Tanto te afectó?

—Por Dios, María. Estaba allí, con él, hablándome de usted, y me acababa de abrir la puerta mi hermanastro, que no sé ni cómo no se dio cuenta de que éramos como dos gotas de agua. —Soltó una bocanada de aire—. ¿Cómo se aguanta algo así? A menos de diez metros debían de estar también mis dos hermanastras, todo lo que habría sido mío si…

—¿Es por eso? ¿Porque echas de menos vivir como ellos?

—¿Es que no te das cuenta? ¡Me robaron mi identidad, incluso mi futuro! ¡Convirtieron a mi madre en una madre soltera y la condenaron a vivir sola el resto de su vida!

—Ódiales a ellos, pero no a ti mismo.

—Yo no me odio a mí mismo.

—Creo que sí. ¿Qué esperabas, que tu padre te abrazara, te pidiera perdón, te hiciera entrar en casa, te reconociera como hijo legal?

—¡No sé lo que esperaba!

—Eh, no te enfades conmigo —le suplicó en un suspiro.

—Ellos van a estar ahí eternamente —admitió Pere con dolor—. Su sombra me oscurecerá siempre el sol.

—Pere, seremos felices, tú y yo. Tendremos nuestro propio sol —quiso animarlo ella.

—Nuestro propio sol —lo repitió sin emoción—. Yo trabajo a salto de mata y tú has de humillarte ante una vieja loca que te hace rezar el rosario cada tarde e ir a misa cada mañana.

—¡Voy a dejarla en cuanto encuentre algo mejor, y lo encontraré! ¡Y tú acabarás doblando a una estrella de Hollywood, todas sus películas, o puede que incluso acabes haciendo algo diferente! Si nos tenemos el uno al otro, ¿qué puede ir mal? ¡Olvídate de tu familia! Ya hiciste caso a tu madre, fuiste a verle. ¿Quieres que te diga algo? ¡No te merecen! ¡Ese hombre no merece un hijo como tú! ¡Si fue tan cobarde entonces, como para no luchar por el amor de tu madre, y es tan mezquino ahora, como para actuar como lo hizo, doy por seguro que en el fondo no son felices! ¡No pueden serlo, les falta algo!

—¿Qué puede faltarles?

—¡No sé! —Se aferró al brazo de él—. ¡Emoción, amor… esas cosas! ¡Te prefiero mil veces a ti, como eres, que a ellos con su… lo que sea!

Unos pocos pasos más.

¿Le decía a María que, al final, le había ofrecido un trabajo?

¿Por piedad?

Se lo ahorró.

Por lo menos le quedaba el orgullo de haberle dado la espalda.

—¿Se lo has contado a tu madre? —volvió a hablar ella.

—No.

—Mejor —musitó.

Había algunas parejas más, como ellos, paseando y quemando la última hora que les quedaba del día. Parejas cargadas de sueños, llenas de esperanzas sin gastar, con las manos abiertas a la espera

de ser llenadas por la vida. La mayoría parecían muy jóvenes, como si con la guerra ya perdiéndose en el pasado hubieran florecido de la noche a la mañana.

Una nueva generación.

Auspiciada por la nueva España que el Caudillo había diseñado para ella.

—¿Iremos al cine el domingo? —preguntó de pronto María.

Ir al cine.

El último refugio de los pobres.

Desde enero era obligatorio pasar en todos los cines un noticiario llamado *NO-DO* . Reportajes con casi un único protagonista: Francisco Franco Bahamonde, Caudillo de España por la gracia de Dios. Él y su eterna cohorte de militares y sotanas. Si a alguien se le ocurría ausentarse, aun con la necesidad de ir a orinar, podía aparecer alguno de la secreta para peguntarle por qué se iba en lo mejor de la sesión.

Por lo menos, las películas ayudaban a que uno se evadiera.

—Bueno —dijo.

—En el Kursaal hacen *Buffalo Bill* , con Gary Cooper y Jean Arthur. Pero claro, es de estreno —continuó María—. En la mayoría de reestreno son las mismas, *Siete torres* y *Niña revoltosa* , que no me llama mucho. Podríamos ir más lejos, al Paralelo, ¿te parece? En el América hacen *Loca por la música* , con Diana Durbin, y *Vivir para pagar* , con Katherine Hepburn y nada menos que Clark Gable —suspiró rendida—. A mí es que ese hombre me parece guapísimo, ¿verdad?

En el exterior, el otoño iba creando cada vez más la sensación de frío. Allí dentro, en la habitación, estaban sudando.

Todavía jadeaban.

Dos, tres minutos después, todavía jadeaban.

Jaume se apartó de encima de ella. Al acabar de penetrarla y retirarle el miembro, Neus hizo un leve gesto de dolor. Él se dejó caer a un lado y los dos se quedaron boca arriba, acompasando las respiraciones poco a poco. Después de sentir lo que habían sentido, y de vivir por un rato en el Paraíso, volver a la vulgaridad de su

techo tuvo visos de burla.

La habitación dejó de ser un templo.

—Dios, cómo gritas —dijo Neus—. Te van a oír desde media Barcelona.

—Lo siento, es que…

—Es como si te rompieras.

—Es que me rompo, Neus. Me rompo. Te juro que lo que siento es… No sé ni explicarlo. Todo mi ser converge en la punta y estalla…

—Va, cállate. —No quiso oírle.

—Tú también gritas.

—Gimo, que no es lo mismo.

—No, gritas. Y hoy hasta has puesto los ojos en blanco. Parecía que ibas a desmayarte.

—Más quisieras. —Le dio por sonreír.

—Te has corrido varias veces.

—Siete.

—Jesús…

—Ahora no vayas a pensar que eres Tarzán.

—Bueno, algo tendré que ver, ¿no?

Neus cerró los ojos para dejar de ver el dichoso techo. Siguió acompasando la respiración. Los latidos del corazón bajaron poco a poco el ritmo. Se llevó una mano al sexo y se tocó la humedad. Luego cerró las piernas y olió los dedos mojados.

Jaume volvió la cabeza para mirarla.

O, mejor dicho, para admirarla.

Había dejado a una joven muy guapa para irse al exilio y se encontraba con una mujer plena y hermosa a su vuelta.

Una mujer total.

—Me estás mirando —dijo ella.

—Te quiero —contestó él.

Neus no respondió. Jaume paseó los ojos por todo el cuerpo, el rostro puro, el pecho preciso, el vientre, la cintura, el sexo, los muslos, las piernas, los pies…

—Di algo —le pidió.

—¿Qué quieres que diga?

—Que también me quieres.

Ella hizo una mueca.

Podía significar cualquier cosa.

—¿Y de qué servirá eso?

—Reconócelo.

—Te lo repito: ¿de qué servirá eso?

—Te estás volviendo cínica —le soltó Jaume.

Neus volvió a abrir los ojos. Se encontró con los de él.

—Cínica e insensible —insistió Jaume.

—¿Después de lo que acabamos de hacer, me llamas insensible? —le preguntó sorprendida—. Dios, casi ni me reconozco.

La besó. Se incorporó un poco, se acercó a ella y la besó con suavidad en los entreabiertos labios, sin pasar de ahí. Su sabor, el olor, volvió a excitarlo, pero se contuvo.

—Me vuelves loco —dijo.

—Ya lo estabas.

—No, más.

—Jaume, esto no es real y lo sabes —quiso disuadirle.

—Te equivocas. —Negó él con la cabeza—. Lo real es precisamente esto.

—¿Y lo que pasa al otro lado de estas paredes de madera?

—Es el mundo que nos han montado unos, obligándonos a vivir en él, y el que nos hemos montado nosotros, por necesidad, obligación e inconsciencia. ¿No ves que aquí, desnudos, es cuando somos de verdad lo que somos?

—Esto es una isla. —Apareció la amargura en el semblante.

—Si entendieras…

Neus le tapó la boca con la mano.

—No hay nada que entender —dijo con firmeza.

Por unos instantes, se quedaron quietos. Quietos bajo el fuego de las respectivas miradas. Luego, inesperadamente, él se le colocó de nuevo encima.

Fue automático.

Reapareció la dureza, el deseo.

Jaume le separó las piernas con los pies.

Ni siquiera tuvo que acomodarse. El miembro encontró el camino con suma facilidad. Neus apenas si hizo un leve gesto al sentirlo dentro.

—¿Entiendes esto? —dijo él acompasando los movimientos antes de que ella cerrara los ojos y se abandonara.

No había vuelto a ver a Enric Miramón desde aquel día, cuando salió de casa de los Sandoval después de reconocer el piano. No parecía que hubiera transcurrido poco más de un mes. Era como si hiciera mucho más.

Llegó al cruce de la calle Enrique Granados con la de Provenza y subió al piso de su amigo. Esta vez le abrió la puerta Assumpta, la hermana «de buen ver», según él, y que pasaba por ser ideal para su viudedad.

¿Cuántos matrimonios formados por mitades rotas se habrían forjado con el fin de la guerra?

La gente necesitaba compañía, la soledad no era buena.

La soledad venía cargada de recuerdos.

—¿Está Enric? —le preguntó—. Soy Jordi Jofresa.

La había visto un par de veces, hacía años, y, aunque con más edad, estaba casi igual, no había cambiado de acuerdo con el paso del tiempo. Calculó que rondaría los sesenta, pero no los aparentaba. Enric Miramón tenía razón: estaba «de buen ver». Alta, proporcionada, de rostro abierto y semblante luminoso, Assumpta era toda una mujer. A veces costaba entender que alguien así nunca se hubiera casado.

Misterios de la vida.

—Pase, pase. —Se le iluminó la mirada—. Enric me dijo que le vino a ver hace unas semanas, y que vendría a cenar un día.

—He estado un poco liado.

Primero pareció que iban a darse la mano. Fue ella la que tomó la iniciativa y le plantó sendos besos en las mejillas. Olía bien, como si a pesar de ser mediodía, acabase de lavarse y perfumarse. Llevaba el cabello perfectamente peinado, y lo tenía de color muy negro. Ni rastro de hebras blancas.

Entraron en el piso. Ella lo anunció:

—¡Enric, es tu amigo Jordi!

Se lo encontró sentado en el mismo lugar de la primera vez. Leía un libro. Alcanzó a ver el título antes de que lo dejara sobre la

mesa: *Los tigres de Mompracem* , de Emilio Salgari. A su anfitrión se le iluminó la cara.

—¡Hombre, ya era hora!

—Ya le he dicho a tu hermana que he estado un poco liado.

Se estrecharon la mano. Enric la izquierda. Jordi se preguntó si sería muy difícil leer un libro con solo una mano. Pasar las páginas no debía de ser fácil.

—¿Quiere tomar algo? —le preguntó Assumpta.

—¡Como no sea agua! —se burló su hermano.

—¡Cállate! —le recriminó ella con una sonrisa—. Tengo un vasito de vino para las ocasiones.

—Mejor no, gracias —dijo Jordi.

—¡Vamos, siéntate! ¿Cómo va todo? ¿Afinaste mi piano?

—Os dejo para que charléis —se despidió la mujer.

La vieron salir de allí.

—Guapa, ¿eh? —No perdió el tiempo Enric.

—No seas casamentero, va —le reprochó con una sonrisa—. Afiné el piano, sí. Es más: le estoy dando clases al chico.

—¿En serio? —Abrió los ojos hasta el máximo—. ¿Tú de profesor de ese pequeño fascista?

—No es más que un niño, hombre.

—Un niño que en unos años llevará uniforme y será peor que el padre, que ya es decir.

—Pues por ahora es un buen muchacho, y se aplica mucho. Está resultando un buen alumno.

—¿En serio?

—Lo que oyes. Si de verdad quisiera seguir estudiando música llegaría a algo.

—Lo que me faltaba por oír: que tuvieran sensibilidad musical. —Se echó para atrás en el asiento y rezongó—: No tenía que haberle vendido el piano a ese hijo de puta. Cada día que pasa me arrepiento más. Si hubiera sabido…

—¿Saber qué? —preguntó Jordi al ver que se detenía.

—No tienes ni idea, ¿verdad?

—¿De qué?

—De quién es Salvador Sandoval.

—Se que es falangista, eso es todo. Y, al parecer, un pez gordo.

Tiene fotos suyas con Franco y muchos más. Hasta con Hitler.

—¿Y te parece poco?

—Bueno, es lo que hay, ¿no?

—Jordi —Enric Miramón estaba ahora muy serio—, Sandoval es el responsable de la muerte de más de doscientos de los nuestros. —Y se lo recalcó—: Doscientos. —Dejó pasar unos segundos, para que la noticia le calara, y agregó—: Lo llamaban «el Tigre». Y era por algo. Ese hombre, el padre de tu querido alumno, es una bestia.

—¿Por qué no me lo dijiste la primera vez?

—¡Porque no lo sabía! ¿Crees que conozco todas las historias de la guerra y los nombres de los cerdos que hicieron esto o aquello? Me enteré hace tres semanas.

—Cuando dices que es «el responsable», ¿a qué te refieres?

—¡Coño, a que los mató él!

—¿Con sus propias manos?

—¡No, hombre! ¡Los hizo desnudar, en pleno invierno, con nieve, y después de horas a la intemperie los mandó fusilar! ¡Una masacre! ¡Él mismo remató a muchos con un tiro en la nuca! Encima, al acabar la guerra, Franco lo condecoró, ya ves tú. ¡Ahora es uno de los hombres fuertes de la Falange en Barcelona, prácticamente al mismo nivel que el jefe provincial! Tiene un despacho en la Jefatura, en la calle Mallorca 278.

Jordi se quedó pensativo.

Le crujió el estómago.

—Quizá la música cambie a su hijo, o le ayude a ser una buena persona —reflexionó en voz alta.

—¿Es todo lo que se te ocurre decir? —se asombró su amigo.

¿Qué más podía decir?

Se enfrentó a él sin palabras.

—Piensa en lo que acabo de contarte la próxima vez que lo veas —dijo Enric Miramón apuntándole con el dedo índice de su mano izquierda—. Y te diré algo más: yo que tú me largaría de esa casa a la que pudiera, y que le den mucho por el culo a ese niño. ¿O de verdad crees en los milagros?

Prefirió no decirle que necesitaba el dinero de las clases.

Y mucho menos que sí, que creía, si no en los milagros, sí en la fuerza de la música para ayudar a cambiar a las personas. Sobre

todo a un niño.

Assumpta entró de nuevo en la sala, cortocircuitando las palabras de uno y los pensamientos del otro.

—¿Te quedarás a comer? —le preguntó tuteándole directamente—. Hoy he conseguido nada menos que medio pollo. Y no ha sido fácil.

A lo lejos, desde Montjuic, Jaume apenas si atinaba a ver lo que sucedía en el Muelle de España del puerto de Barcelona. Los cuatro barcos estaban amarados dos a dos, a ambos lados del muelle. Por una parte, en el paramento oeste, los británicos, con el paquebote *Tairea* , totalmente pintado de blanco y con la enseña internacional de la Cruz Roja en sus tres chimeneas, en la cubierta y en los costados; y el trasatlántico *Cuba* , de gris oscuro. Por la otra parte, en el paramento este, los alemanes, con un barco de dos chimeneas que llevaba escrita la palabra «Freigeleit» a ambos lados y su correspondiente buque de apoyo, del que ni siquiera sabía el nombre porque, tras llegar de madrugada, los periódicos no habían informado de ello.

Entre los cuatro barcos, a lo largo y ancho del Muelle de España, la actividad era frenética. Los prisioneros, muchos de ellos heridos, ayudados por médicos y enfermeras o transportados en camillas, bajaban de uno de los lados y con cada paso se acercaban a la libertad del otro lado, cruzando el muelle. Para muchos, el cambio era la vida, volver a casa, regresar con los suyos. Incluso parecía que el precio a pagar, una pierna, un brazo, un ojo, una herida grave, fuera lo mínimo. Para ellos, la guerra quizá hubiera terminado. Las autoridades españolas les obsequiaban indistintamente con botellas de vino, tabaco y otros regalos ofrecidos «por la generosidad del pueblo español».

Una fiesta en mitad de una masacre mundial.

Jaume agudizó la mirada.

Tampoco iba a tener mucho de qué informar. Cualquiera que leyera los periódicos sabía que allí estaban el embajador del Reich en España, el doctor Dieckhoff, y su homónimo inglés, Sir Samuel Hoare. Junto a ellos, los gerifaltes de la Barcelona franquista, el

gobernador civil, el jefe provincial del Movimiento, el alcalde de la ciudad, y militares varios, como el general Moscardó.

Se cansó de mirar a lo lejos.

Todavía llevaba *La Vanguardia* en la mano.

Todavía no la había arrojado a una cloaca, a pesar de que costaba veinticinco céntimos y en la precariedad todo era útil. El papel de periódico, debidamente cortado a trozos, valía para limpiarse el trasero. Uno servía para todo un mes.

Miró los titulares:

El canje de prisioneros alemanes y británicos se efectuará esta mañana .

Y más abajo:

A la sombra de la neutralidad española.

El texto, mil por mil laudatorio, no tenía desperdicio:

Que los olvidadizos y los frívolos nos perdonen por perturbarles su amnesia o su inconsciencia, pero el tema se impone sobre todos, no con un rigor de cosa local, sino —y nada menos—, por su rango de actualidad internacional. Barcelona va a ser hoy el ámbito de este hecho entre todos sentimental y sobre todos, con excepción singularísima, humanitario y cristiano: el canje de prisioneros heridos, entre Inglaterra y Alemania. A Barcelona, ciudad señera entre las ciudades de España le cabe el honor de semejante magnanimidad, oasis fulgurante aunque fugaz, en medio del desierto desolado y yermo de ternuras que es siempre la guerra. Un alto y providencial destino, inserto en el histórico Destino misionero y evangelizador de España, nos ha conducido a ser entre el huracán frenético de pasiones u odios, un remanso de paz y fraternidad. ¡Bendito sea Dios que así predestinó a España para una misión de amor, que no es en definitiva sino un nuevo brote actual de la generosidad con que nuestra Patria se desangró en provecho de la humanidad entera y muchas veces en detrimento de sí misma! Esta vez, no. Porque esta vez la buena acción de la que nuestro puerto barcelonés va a ser dentro de pocas horas área condigna, trae

aparejado para España algo que vale más que cualquier provecho material; a saber: el enaltecimiento de su propio prestigio y aun de la eficacia de su actitud serena, ecuánime y objetiva entre el fragor delirante del Mundo en guerra. Para los cortos de entendederas o los largos de perfidia que en España y fuera de España preguntan aún sobre las bases en que se fundamenta nuestra neutralidad reflexiva, deliberada y escrupulosa, este hecho que va a producirse hoy en Barcelona ilumina con claro resplandor de evidencia la razón y la trascendencia de aquella posición española. Proyectada nuestra neutralidad al exterior, es decir, independientemente de nuestra conveniencia nacional, nadie desconocerá que este canje de prisioneros, por ejemplo, es posible a que hay en esta punta de Europa un país abierto a la hermandad y a la paz entre los hombres. Esos centenares de vidas y de libertades humanas que se van a salvar en el magnánimo intercambio sobre las tranquilas aguas de nuestra bahía, justificarían por sí solas una actitud nacional que no es caprichosa ni mucho menos egoísta y utilitaria, sino que hunde sus raíces vitales en motivaciones de muy hondo e infalsificable linaje.

Pero además, para nosotros, los españoles, tiene este canje de prisioneros heridos un motivo más de sugestión evocadora. Nos referimos a la comparación con la ferocidad implacable y zoológica en que los rojos desempeñaron la guerra civil española, de fecha todavía reciente y traumática. Nadie desconoce, en verdad, la enorme dureza y la terrible violencia de la contienda presente. Y sin embargo, aunque sea con la rapidez de un relámpago, pero que al fin y al cabo es luz en las tinieblas de la tormenta temerosa, pueden producirse en medio del espantoso delirio de odios, un instante de tregua y de hidalguía entre las naciones que luchan. Ese momento es el que hoy va a testificar Barcelona. Pues en nuestra guerra civil, ni eso siquiera. Ni aun con la vertiginosa brevedad del relámpago le fue concedida a la España nacional y humana una pausa por parte de quienes detentaban el resto de España, cautivo. No fue aquella una guerra sin cuartel, sino una guerra sin humanidad. Por parte de ellos, naturalmente, porque por la nuestra, es decir por la parte de España puesto que del otro lado no eran españoles, sino las peores heces internacionales quienes capitaneaban; por parte de España, repetimos, fueron derrochadas las pruebas de generosidad

humanitaria.

Jaume quiso estrujar el periódico entre las manos.

Algunas de aquellas frases las llevaba ya incrustadas como cuñas en el alma.

«Ferocidad implacable y zoológica en que los rojos…», «No fue una guerra sin cuartel, sino una guerra sin humanidad. Por parte de ellos, naturalmente», «Del otro lado no eran españoles, sino las peores heces…».

Ya no siguió tratando de ver lo que sucedía en el Muelle de España. Al diablo con ellos. Con todos. Alemanes e ingleses.

Humanidad.

¿Dónde estaba la humanidad para con los derrotados de la guerra de España, fusilados día tras día, casi cinco años después, en las cárceles franquistas?

—Estamos solos —se dijo en voz alta, crispado, apretando los puños mientras echaba a andar—. Lo que no hagamos nosotros…

Neus se quedó sin aliento, sin respiración, de golpe, y tuvo que apoyarse en el mármol de la cocina para no caer al suelo y recuperarse. El corazón le latía a mil. Se asustó, como si fuera a sufrir un infarto. Cuando comprendió que estaba teniendo un ataque de pánico, o de ansiedad, o de lo que fuera, intentó reaccionar buscando la pizca de calma necesaria para dominarlo.

No quería que sus padres la vieran así.

Sintió un extraño vértigo. La cabeza empezó a darle vueltas. Dejó de ver la realidad para transmutarla en un sinfín de luces de colores, cambiantes. Agarrotó las manos en el mármol y engarfió los dedos en el borde.

Contó hasta diez.

Poco a poco, logró respirar.

Controlar la situación.

Cuando se vio con las fuerzas suficientes, aunque mínimas, dejó de sujetarse y se enderezó. Hizo lo posible por parecer normal y salió de la cocina. Su padre leía el periódico. Su madre cosía algo.

No miraron hacia ella. Caminó erguida y desembocó en el pasillo. Los últimos pasos hasta su habitación los hizo temblando.

Una vez a salvo, cerró la puerta y se tendió en la cama, boca arriba.

Regresó el miedo.

La angustia.

Se llevó una mano a la boca y se mordió el dorso con todas sus fuerzas, hundiendo los dientes en la carne. Cuando ya no pudo más, contó por segunda vez hasta diez.

Siguió hasta veinte.

Treinta.

Le dolía la cabeza, el pecho, las articulaciones, pero más el alma.

¿Qué estaba haciendo?

Se acostaba con Jaume, vivía el gozo ilimitado del placer, desenfrenada como jamás hubiera imaginado que pudiera serlo, poseída por todos los demonios de la carne.

Iba a casarse con Francisco.

Dos mundos.

¿Cómo se mezclaban el agua y el aceite?

Ni siquiera sabía ya quién era ella.

Otra cuenta de veinte, llevada hasta el cincuenta. Respiración más y más acompasada. Adiós a las luces. Levantó las dos manos y las movió, desentumeciendo los dedos. De un momento a otro su madre la llamaría por algo. Siempre lo hacía.

Siempre.

Neus se incorporó de pronto y quedó sentada en la cama. Apoyó los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos, doblada sobre sí misma. Transcurrió otro minuto, o dos, quizá más. Hasta que se enderezó y abrió el cajón de la mesita de noche.

El librito estaba allí.

El catálogo de los horrores facilitado por su futura suegra parecía gritarle, reírse de ella, amenazarla.

Lo cogió.

Ideario de la Sección Femenina .

Aquello lo había escrito una mujer, como ella.

Una mujer que, seguramente, jamás había tenido un amante como Jaume Enrich.

Ni había sentido lo que sentía ella cuando hacía el amor con él.

No tuvo que volver a leerlo. Las frases seguían en su cabeza. La martilleaban. Eran como piedras lapidándola. Frases y más frases cargadas de…

¿De qué?

«Gracias a la Falange, las mujeres van a ser más limpias, los niños más sanos, los pueblos más alegres y las casas más claras», «Las mujeres nunca descubren nada; les falta el talento creador reservado por Dios para inteligencias varoniles», «Todos los días deberíamos dar gracias a Dios por habernos privado a la mayoría de las mujeres del don de la palabra, porque si lo tuviéramos, quién sabe si caeríamos en la vanidad de exhibirlo en las plazas», «La vida de toda mujer, a pesar de cuanto ella quiera simular, o disimular, no es más que un eterno deseo de encontrar a quien someterse», «No hay que ser una niña empachada de libros que no sabe hablar de otra cosa. No hay que ser una intelectual», «Disimula tu presencia física en el trabajo, seamos hormiguitas graciosas y amables...».

No bastaba con la sumisión. Había más.

También el sexo necesitaba de un orden.

El sexo.

Si tu marido quiere dormir, no le presiones ni estimules la intimidad. Si es él quien te pide la unión, accede humildemente teniendo en cuenta que su satisfacción es más importante que la de la mujer. Si las prácticas sexuales que te demanda son inusuales, sé obediente y no te quejes. En el momento culminante, un pequeño gemido por tu parte es suficiente para indicar cualquier goce que hayas podido experimentar .

Jaume gritaba como un loco en pleno orgasmo.

Y ella…

Neus empezó a arrancar las páginas del librito, despacio, maquinalmente, una a una. Las arrancaba, las arrugaba y las depositaba en el fondo del cajón.

No era una victoria, ni un reto: era una derrota.

—¡Neus! —Escuchó la voz de su madre—. ¿Qué haces, hija?

Como tantas veces en las últimas semanas, Pere abrió la puerta del piso tratando de no hacer ruido. La cerró con el mismo cuidado y caminó de puntillas hasta la habitación del brasero. No tuvo más que asomarse por el hueco para ver a su madre, de espaldas, con la cabeza ladeada, dormitando.

Hacía frío. Debía de hacer rato que no removía el brasero. Pero prefirió no despertarla.

Para ella, descansar, dormir sin dolor, era una bendición.

Fue al retrete. Orinó. Tenía ganas de darles las buenas noticias, a ella y a María. Una película para el lunes. Y un buen papel, con bastante diálogo. Un papel dramático, capaz de poner en solfa sus dotes. Tal vez bastara para cambiarle la suerte. Asdrúbal Quatrecases le estaba ofreciendo un caramelo.

Su mejor oportunidad.

Canturreó algo en voz baja mientras iba a la cocina a por un vaso de agua. La luz chisporroteó unos segundos, pero no acabó de irse. Observó la bombilla, expectante, y luego suspiró al ver que la iluminación se mantenía. Los apagones a veces eran insoportables, unas por largos, otras por constantes pese a la brevedad. Imaginarse un mundo lleno de luz, con comida en la despensa, y sin miedo en la calle, se le antojó utópico.

Volvió por segunda vez al cuarto del brasero.

La escena se mantenía igual.

Su madre, con la cabeza ladeada, dormitando.

Demasiado ladeada.

Entró para moverla un poco, aun a riesgo de despertarla. Tenía el sueño muy fino. Quedó delante de ella, levantó las manos, y entonces se dio cuenta de todo.

La cabeza no estaba ladeada, estaba caída.

Y su madre tenía los ojos medio abiertos, lo mismo que la boca, de la que ya no caía la baba espesa que debía de haberle caído mucho antes, al desvanecerse.

Jesús apareció ante él como si tal cosa, dispuesto a empezar la clase. No había en el rostro ni rastro de lo que pudo haber sido la pataleta o el castigo del día anterior. Volvía a ser el niño que era.

Inocente.

Jordi vaciló.

¿Por qué tenía que haberle contado la verdad Enric Miramón?

«El Tigre».

Jesús era el hijo de «el Tigre».

¿Cambiaba eso las cosas?

—¿Cómo estás?

—Bien, ¿por qué?

—Por el castigo.

—¿Se lo contó mi madre?

—Sí.

—No tenía que haberlo hecho.

—Pero lo hizo. Se lo pedí yo.

—¿Qué más le da?

—Te aprecio.

Fue como si le diera una bofetada cariñosa. Un cachete de cura bonachón.

—No quería que supiera que había roto el disco. —Bajó la cabeza apurado.

—El disco es lo de menos. Tu mal genio sí cuenta.

—Yo no tengo mal genio.

—Ahora lo estás teniendo.

—¡No es verdad!

—Te estás enfadando, y eso es tener mal genio.

—Es que… —Abrió las manos y pareció como si fuera a llorar.

—No sucede nada. Va. —Por primera vez no le pasó la mano por encima de los hombros, de forma cariñosa y amigable, como solía hacer en ocasiones—. ¿Empezamos?

—De acuerdo.

—Los buenos pianistas dicen que si están un día sin practicar lo notan.

—Sí, a veces me pregunto para qué quiero ser general si no hay guerras.

No era la mejor de las respuestas, ni la más indicada, pero prefirió callar.

El silencio como terapia.

Algo había cambiado.

No en Jesús, no en la casa: en él.

¿Podría volver a mirar a la cara a Salvador Sandoval? ¿Y estrecharle la mano? ¿La misma mano con la que había ordenado asesinar a doscientas personas desnudas y a la intemperie, por el simple hecho de no creer en lo que él creía?

—¿Qué le pasa? —preguntó el niño al verle tan quieto.

—Nada, nada.

—Parece distraído.

—Todos tenemos nuestros problemas. —Intentó sonreír.

—¿Y usted qué problemas tiene? —Jesús mostró su curiosidad —. Es mayor, ya ha vivido lo suyo, hace lo que quiere… Debería estar la mar de feliz, ¿no?

Solo Jordi escuchó aquel ruido.

El desplome de algo muy oculto en su interior, definitivamente vencido.

El encuentro tenía lugar en un sitio inquietante, la frontera entre Barcelona y el Somorrostro. Dos mundos, dos islas separadas por apenas unos metros de tierra baldía. Como si en vez de formar una sola ciudad, con sus contrastes, fuesen dos. La Barcelona conocida y la desconocida.

Porque el Somorrostro era un mundo aparte.

Jaume vio a lo lejos a un enjambre de niños jugando en un descampado cercado por las barracas que se apelotonaban de manera informe frente al mar. El Mediterráneo estaba calmado. Las olas besaban la playa con amor, sin hacer ni siquiera espuma. El día era claro y apacible. Los niños, que jugaban con una pelota hecha con trapos, gritaban cada vez que metían un gol. Y los goles eran constantes.

Se decía que en el Somorrostro no se atrevía a entrar ni la policía.

Jaume Martínez Vendrell apareció a los pocos minutos, fumando. Llevaba un cubo y una caña de pescar. A Jaume se le antojó un disfraz estúpido. Suponiendo que fuera un disfraz. Quizá al jefe de la rama militar del FNC le gustase realmente pescar. En el fondo, no sabían demasiado los unos de los otros. La clandestinidad

obligaba a forzar la inteligencia, a fiarse del instinto, a tener ojos en la nuca, buscar salidas, la mejor manera de pasar inadvertidos, aunque esconderse era lo peor.

—Si te escondes, te encuentran. Lo mejor es aparentar normalidad.

El recién llegado dejó el cubo y la caña sobre la arena y se sentó a su lado. Le dio una larga calada al cigarrillo.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Bien. —Fue lacónico Jaume.

—¿Viste el numerito del intercambio de prisioneros?

—Sí, pero desde tan lejos…

—Abajo tuvimos más suerte.

—¿Por qué?

—Conseguimos meter a alguien allí dentro.

—¿En serio? —se asombró—. ¿Quién?

—Uno de los que repartió los regalos a los soldados. Chapurrea algo de inglés y alemán, así que pudo hablarles un poco, o pillar de aquí y de allá, comentarios al vuelo.

—¿Algo interesante?

—Los alemanes están desmoralizados. Se la ven venir. Por mucho que sus mandos les digan que la guerra está ganada, que el Reich es invencible y que la contraofensiva será total, saben que los americanos están en Italia y los rusos avanzan por el este. Los rumores de un desembarco aliado en el norte de Europa, quizá en alguna playa de Francia, son la guinda del pastel.

—¿Entonces…?

—Cuestión de meses, Jaume. Cuestión de meses.

—¿Y lo de hacer algo, mientras tanto?

—Se verá. Hay que escoger un objetivo viable. Dijiste que podías fabricar una bomba con lo mínimo.

—Sí.

—De acuerdo. Pero no hagas nada sin el consentimiento de la dirección.

—Bien —asintió.

Los niños volvían a gritar. Miraron hacia ellos. Iban descalzos, con ropas de diversos tamaños, pequeña o grande, y estaban sucios. Pero con su juego, felices, vivían ajenos a todo. Ni siquiera sabían

que estaban condenados a seguir allí toda la vida, sin la menor oportunidad, hundidos en la miseria, o a ser carne de presidio.

—Tengo información para ti —dijo el jefe militar del FNC apagando la colilla en el suelo—. Lo que me pediste el otro día acerca del tal Albert Mata Folguerolas.

—¿Has conseguido averiguar algo?

—Lo fusilaron hace casi dos meses, Jaume.

Se le fue la sangre del estómago. El vacío le subió hasta el pecho y luego le presionó las sienes. Todo en un segundo.

—¿Estás seguro?

—Sí —dijo su compañero.

—¿Por qué no lo han comunicado a la familia?

—Primero, porque les importa una mierda. Segundo, porque no siempre lo hacen. ¿Para qué? Y tercero, porque al parecer, en este caso, convenía el secreto.

—¿Y por qué iba a convenir?

La respuesta de Jaume Martínez Vendrell acabó de sacudirlo.

—Alguien pidió que fuera así. Vete tú a saber por qué.

Las paredes del Clínico parecían las de unos baños públicos. Por lo menos las de la zona de urgencias. Losetas blancas, de unos doce o quince centímetros de lado, llenando todo el espacio, de arriba abajo. El suelo en cambio era de una cerámica aséptica, en blanco y negro, con el abrillantado gastado por el paso de los años, si es que un día aquello había sido brillante.

Había dos espacios diferenciados. Uno, el de la llegada de los enfermos o heridos, cada cual con su prisa, cada cual con su urgencia, cada cual con su miedo. Otro, el de la zona de espera, donde los familiares se consumían en la angustia de no saber qué estaba pasando en los consultorios o los quirófanos. En las tres horas que llevaba allí, después de cargar a su madre en brazos y encontrar un taxi que quisiera conducirles al hospital, Pere ya había visto de todo: un hombre con un infarto, una mujer abrasada por el aceite de una sartén, un niño con la pierna rota, otro con una navaja incrustada en el estómago, una niña con los ojos en blanco y convulsiones…

La sala de espera era el oasis de las lágrimas.

Y las voces ahogadas.

—Se pondrá bien, ya lo verás.

—Caminará de nuevo.

—Es fuerte, saldrá de esta.

—Hoy en día hay medicinas muy buenas.

—Necesitará cuidados y mucho amor, eso es todo.

Todo el mundo iba acompañado.

Menos él.

Él estaba solo, sin poder hablar con nadie.

Sabiendo que su madre había llegado con apenas un hilo de vida y la sentencia de su enfermedad.

Apareció un médico. La tensión general se disparó y una docena de miradas convergieron en él esperando una llamada. Era el que había atendido al niño de la navaja incrustada en el estómago. Les dijo a sus padres que estaba fuera de peligro. Luego hablaron del incidente.

—¿Jugaba con una navaja?

—Nos ha contado que la ha tirado contra un árbol, le ha rebotado y se le ha clavado…

—¿Estaba solo?

—Con un amigo. Jugaban a darle a una diana.

El médico se los llevó para que pudieran ver a su hijo. Sus voces se perdieron más allá de la sala de espera, donde el resto siguió aguardando su momento.

Pere se apoyó en el quicio de la puerta.

Cuando había cogido a su madre en brazos, se le antojó que levantaba una pluma. La llevaba a la cama ayudándola a andar. O la levantaba y la conducía hasta el brasero de igual modo. Pero nunca la había tomado en brazos. De pronto, aquella mujer hermosa, fuerte, ya no era más que un montón de huesos articulados con una leve capa de piel encima. La carne había desaparecido. La voracidad del cáncer se la había tragado entera.

A pesar de lo cual, resistía.

—María… —susurró.

Habría dado lo que fuera por tenerla allí, a su lado.

La necesitaba.

Se acercó otro médico por el pasillo. Era un hombre mayor, como de cincuenta años. Caminaba despacio. No supo si la circunspecta cara era la habitual en él o si era porque iba a dar malas noticias a alguien.

Cinco pasos, tres, uno…

—¿Jaime Enrich?

—Soy yo. —Se apartó de la pared.

No era su circunspecta cara habitual.

Eran malas noticias.

—Lo lamento. —Fue directo—. No hemos podido hacer nada. Y créame: ha luchado hasta el final. No sé ni cómo ha resistido tanto con vida después de ese ataque. Le doy mi más sentido pésame.

Los médicos nunca decían: «Ha muerto».

Tampoco era necesario.

Capítulo 12

Entierro

El sacerdote parecía un anciano a punto de jubilarse. O a lo mejor ya lo estaba, pero todavía no tenía relevo con algún nuevo cura salido del seminario. Como muchos de los suyos, la barriga era prominente. Después de la guerra, en un mundo de personas delgadas, por no decir flacas, los sacerdotes y los militares de graduación eran los únicos gordos. O comían muy bien o no hacían nada.

O las dos cosas a la vez.

Su voz resonaba con aire cansino, como si en lugar de hablar de una persona muerta, rezara una letanía que se sabía de memoria y repetía todos los días.

Bueno, sí, todos los días había muertos.

Solo cambiaba el nombre.

—Estamos aquí para acompañar a nuestra hermana… —Hizo una pausa para mirar de soslayo sus papeles—. Nuestra hermana Concepción, cuyo cuerpo y alma han hecho el tránsito…

En primera fila estaban ellos: Pere, María, Jordi y Jaume. Por detrás, media docena de vecinos de la escalera y algún conocido del barrio.

Ningún Macías.

¿Los esperaba?

No, claro.

—Dios ha llamado a Concepción a su lado de manera temprana. Y podemos pensar que es injusto, que merecía un tiempo más de vida. Pero ¿acaso podemos nosotros, en nuestra ignorancia, conocer los designios del Señor? Concepción está ahora junto a Él. Nos mira desde el cielo. Recibió la extremaunción con su último aliento y mereció el perdón de los pecados…

Pere apretó las mandíbulas.

¿De qué pecados hablaba aquel hombre?

¿Los de cualquier ser humano?

¿Los de una mujer que había sido madre soltera por haber amado a quien no debía?

María buscó su mano.

La encontró y se la apretó.

—Vivimos tiempos de paz, y es por ello que Concepción ha muerto en paz, acompañada de su familia y sus seres queridos. —Miró a las cuatro personas de la primera fila y continuó el panegírico—. Es justo llorarla. No la volveremos a ver hasta el día de la Resurrección final. Pero ese día, en el gozoso reencuentro, nos parecerá que la vida ha sido un soplo de tiempo ante la inmensidad de la eternidad que nos espera. Los caminos del Señor son inescrutables, todos lo sabemos. Pero conducen a un mismo fin, no lo dudemos. Concepción nos deja en vida, pero, sonriente, nos aguarda en el cielo, al que todos, todos, hemos de aspirar, puesto que de lo contrario, nos devorarán las llamas del infierno y ya no habrá reencuentros posibles.

Pere miró a su izquierda. Se encontró con los ojos de Jaume. Bastó esa mirada para decírselo todo. Luego se resignaron a seguir escuchando. Frente a ellos, el ataúd, muy sencillo, con una cruz de madera en la parte de arriba y un ramo de flores a los pies, dominaba el espacio entre el sacerdote y los asistentes al funeral. El único que tenía los ojos vidriosos era Jordi.

Quizá por pensar que el próximo podía ser él.

Tal vez por respeto a la madre del novio de su nieta.

La homilía no terminaba nunca.

—Concepción fue un alma buena y generosa —siguió hablando el cura con voz átona y parsimoniosa.

—No la conocías, hijo de puta —musitó de forma ahogada Pere.

María le apretó la mano por segunda vez.

La ceremonia continuó, pero Pere ya no escuchó nada más.

En el exterior del tanatorio, las despedidas fueron rápidas. Apretones de mano, pésames, agradecimientos por estar allí y poco más. Al final quedaron ellos cuatro.

Solos.

A la espera de que saliera el ataúd y lo acompañaran en su viaje final.

Pere vio alejarse a la última persona a la que había abrazado, la pescadera del barrio. Odiaba ese olor, así que temió que se le hubiera pegado.

—Ya está —suspiró María, siempre cogida de la mano de él.

—No ha venido.

No hacía falta que le preguntara de quién hablaba.

—¿Qué esperabas?

—Creía que… —se crispó un poco.

—Ni siquiera sabes si recibió tu mensaje.

—Lo recibió.

—De acuerdo —concedió ella—. ¿Te lo imaginas aquí? ¿Y encima estando tú?

—Lo odio.

—Vamos, estás afectado. No hables así, por favor.

Pere paseó la vista por los alrededores. El sol del penúltimo día de octubre inundaba Barcelona. Sol, aire fresco y gente yendo y viniendo. A unos pocos pasos, Jaume y el padre de María esperaban en silencio. Un día normal. Un día cualquiera. Un sábado más.

Y todo se le antojaba falso, una mascarada.

—Le odio a él —dijo de pronto—. Les odio a ellos. Odio esto, María. No me había dado cuenta. No era consciente. Es… como si hubiera estado muerto y ahora despertara de golpe. Siento que me he estado engañando a mí mismo.

—¿Qué quieres decir? —se asustó ella.

—¿No lo comprendes? —Una oleada de dolor fluyó con cada una de las palabras—. Este mismo aire nos está ahogando. Y se hará cada vez más irrespirable. ¿Cómo someterme a esto? ¿Y cómo arrastrarte a ti a ello? No quiero que nuestros hijos nazcan y crezcan en un país marcado por las leyes de los uniformados y los cantos celestiales de los curas que hablan de cielos e infiernos, de pecados y culpas.

—Pere, no me asustes —gimió María.

La abrazó, en medio de la calle, sin importarle nada.

Y lo hizo con tanta fuerza que casi la ahogó.

El coche fúnebre salía en ese momento con el ataúd en su interior. El que iba a llevar a los cuatro al cementerio esperaba ya en la calzada.

Jaume y el padre de María fueron los primeros en dirigirse a él.

Los operarios del cementerio de Montjuic hacían su trabajo con calma, casi ceremonialmente. Dado que el nicho estaba a la altura de los ojos, no habían necesitado ninguna escalera. La lápida era vieja y solo tenía una inscripción de muchos años atrás. Quitaron el cemento de los cuatro lados y la retiraron.

Los restos de un ataúd podrido quedaron a la vista.

Golpeados por el sol mucho tiempo después.

—¿Quieren ver por última vez el cuerpo? —preguntó uno de los operarios con solemnidad.

Pere negó con la cabeza.

Se había despedido de ella antes de que cerraran la tapa. Y era suficiente. Lo que quedaba ya no era más que un resto, un envase sin vida. Probablemente jamás olvidase aquel rostro demacrado, tan pálidamente distinto del que recordaba.

Los operarios no volvieron a hablar. Ni a preguntar acerca del ataúd viejo. Al colocar el nuevo féretro los empujaron hacia el fondo, evitando tener que tocarlo con las manos.

—La abuela de Pere —le dijo Jaume a Jordi. Y por si no estaba claro, agregó—: La madre de la señora Concepción.

En primera fila estaban Pere y María. Unos pasos por detrás, ellos dos.

El ritual continuó con la segunda parte de la operación. Primero, colocaron la lápida. Mientras uno de ellos preparaba el cemento en un capacho, el otro la asentó y cuadró retirando los restos anteriores con una paleta. La misma que empleó después para tomar el cemento fresco y empezar a sellar la lápida en el nicho.

Los golpecitos quebraron suavemente el silencio.

Fue en ese momento cuando Jaume se dirigió al padre de María, en voz baja.

—¿Cómo está, señor Jofresa?

—Bien, hijo. Bien. —Asintió con la cabeza—. Se hace lo que se

puede.

—Más bien lo que nos dejan.

—Sí, claro.

—¿Aún trabaja o ya está jubilado? Porque, desde luego, usted era una persona muy activa.

—Ahora mismo lo único que hago es dar clases de piano a un niño por las tardes.

—No me diga.

—Es lo que hay. —Subió y bajó los hombros.

—Lo decía porque me parece raro que aún haya gente a la que le guste la música, y más que pueda pagar clases de piano.

—El padre de ese niño puede, te lo aseguro.

—¿Alguien importante?

—Casi me da vergüenza decirlo. —Bajó los ojos—. De hecho, cuando acepté, ni siquiera sabía…

—¿Qué le pasa? ¿Tan malo es? —cuchicheó Jaume.

La lápida ya estaba casi sellada.

Delante de ellos, Pere y María no perdían detalle de la operación.

Todo terminaría en menos de un minuto.

—Es un falangista —dijo Jordi con un enorme sentimiento—. ¿Has oído hablar de un tal Salvador Sandoval?

TERCERA PARTE

Noviembre de 1943

Capítulo 13

Previas

Sabía que se la encontraría enfadada. Y mucho. Pero no imaginaba cuánto.

Más que enfadada, estaba alterada.

Fuera de sí.

—¡¿Por qué no viniste el sábado?!

—Señora…

—¡Podía haberme muerto, aquí, sola! ¿Dónde estuviste, malnacida, mala, mala, mala?

Intentó no gritar, como ella.

Solo explicárselo.

—Tuve que ir a un entierro, señora. ¿No ve que voy de luto?

—¿Y quién se murió? ¡Me dijiste que vivías con tu abuelo y nadie más! ¿Fue él?

—¡Se murió la madre de mi novio! —empezó a desesperarse.

—¿Tu novio? —La señora Gonzaga pareció no dar crédito a lo que estaba oyendo. Extendió los brazos a ambos lados de su cuerpo, escandalizada—. ¿Ni siquiera era alguien consanguíneo?

—¡Por Dios! —Abrió los ojos María.

—¡Te pago para que me cuides! ¡Lo mínimo que exijo es respeto, atención! ¿Te pasaste todo el día con ese entierro o qué?

—¿Cómo iba a dejar a mi novio solo?

La anciana dio un paso hacia ella, como si pretendiera acorralarla. La sobrepasaba la ira. Los ojos no eran más que dos rendijas horizontales desprovistas de vida.

—¿Y cómo sé yo que me dices la verdad? ¡Te pones ropas negras y listo, que todas sois iguales! Te llevaste un recordatorio, ¿no? ¡A verlo!

Lo llevaba encima, en el bolso.

Estuvo tentada de abrirlo, sacarlo y dárselo, para demostrarle

que decía la verdad.

Como el día en que la mujer pensó que le estaba robando algo, comida o algún objeto de plata.

María no se movió.

Se dio cuenta de que ya no podía más.

—Usted sí que no es buena, señora —le dijo súbitamente calmada.

—¿Cómo te atreves…?

—Mucha misa diaria, mucho rosario, pero usted sí que es mala. No tiene corazón. Desde luego se merece morir sola, sin nadie cerca, porque es imposible que nadie la quiera.

La señora Gonzaga levantó la mano derecha.

No llegó a abofetearla.

Con la mirada, María la desafió a que lo hiciera.

—Vete de mi casa inmediatamente, desvergonzada.

—Iba a hacerlo, descuide.

Dio media vuelta. Cinco pasos más y saldría de nuevo a la libertad.

Por detrás de ella, la tormenta volvió a arreciar.

—¡Desvergonzada! ¡Eso es lo que eres, una desvergonzada, y roja, seguro! ¡Roja has de ser! ¡Miserable, muerta de hambre!

María cerró dando un portazo que hizo temblar el edificio entero.

Luego, el silencio.

La otra vez, al llegar a la calle lloró.

Ahora sonreía con determinación.

Jaume se dio cuenta de que no sabía cómo decírselo.

Hubiera preferido hablarle en la habitación, después de hacer el amor, en cama, para abrazarla, consolarla. O incluso antes, por dignidad, para que no pensara que lo único que le importaba a él era el sexo. Pero la realidad era otra, y la oportunidad diferente. Estaban sentados en un parque, aislados, lejos de miradas ajenas. Neus incluso parecía muy lejos, callada, con la expresión un tanto extraviada.

Contó hasta tres.

—He de decirte algo.

No hubo respuesta. Ella continuó igual, con los ojos perdidos en alguna parte. Quizá en la frondosidad de los matorrales que les protegían, quizá en un grupo de niños que jugaban al otro lado, quizá en las escasas personas que pasaban cerca.

—Neus.

—¿Sí? —reaccionó.

—He de decirte algo.

—No, Jaume. Por favor. —Hizo un gesto de cansancio.

—No sabes qué es.

—Sí lo sé, y estoy agotada. Hoy no, te lo ruego.

—No tiene nada que ver con lo nuestro —quiso aclararle él.

—¿Lo nuestro? —Asomó un deje de burla en su rostro.

—Es sobre tu hermano. —Pasó por alto el comentario.

Neus se envaró. Frunció el ceño sin acabar de comprender.

—¿Qué pasa con Albert?

—Has de ser fuerte, ¿entiendes?

—Me estás asustando —dijo con un leve temblor del labio inferior.

—Neus, Albert murió. Lo siento.

Había dos tipos distintos de disparos. El que impactaba en un cuerpo, producía una herida por la que brotaba la sangre y causaba mucho dolor; y el que impactaba en el alma, porque era verbal, sin sangre aunque con el mismo dolor.

Tal vez incluso más.

—¿Qué estás diciendo?

—Hemos hecho algunas averiguaciones y… fue fusilado hace dos meses.

—No digas tonterías, ¿quieres?

Jaume resistió su mirada.

Neus empezó a descomponerse.

—De veras, lo siento. Y siento tener que decírtelo yo.

—¿No ves que es imposible?

—¿Por qué?

—¡Nos lo habrían comunicado!

—No siempre lo hacen, y en este caso hubo órdenes expresas de que no se os informara.

—¿Pero quién…?

La brecha ya estaba abierta.

Jaume entró por ella, a tumba abierta.

—Ese hombre te ha estado engañando, Neus. Él lo sabía. Y no tengo la menor duda de por qué ha preferido que no os enterarais. De esta forma te tiene cogida, en la palma de la mano.

Ya no hubo vuelta atrás.

Un segundo antes de que rompiera a llorar, Jaume la abrazó, sepultándola en su pecho aunque estaban sentados uno al lado del otro.

Nadie les prestó atención.

—No sé mucho más —le susurró al oído—. Pero no hay error posible. Te juro que daría lo que fuera para ahorrarte esto. Dios… te lo juro.

Neus siguió llorando, liberando todo el sentimiento. Debió de hacerlo un minuto o dos. Cuando se serenó lo suficiente, se apartó de él y lo miró completamente hundida, los ojos enrojecidos, el semblante pálido y las mejillas bañadas por las lágrimas. Toda su belleza se diluía entre la agonía de aquel dolor.

—No puedo decírselo a mis padres —gimió.

—Has de hacerlo. —Jaume fue terminante—. Y acabar con esta mentira.

—¿Qué quieres decir?

—¿Crees que tu Francisco ha callado para protegerte y evitarte la verdad?

—Jaume, no. —Apartó el rostro.

—¿No, qué?

—Por favor, ya basta.

Lacrimosa, destrozada, pero la deseó más que nunca.

Se lo habría hecho allí mismo.

—Saldremos adelante, te lo juro.

—¿Quieres callarte? —Volvió a venirse abajo.

—No. Ya he callado demasiado.

—¿No comprendes que no has regresado a Barcelona para ser feliz, sino para matar gente y empezar otra guerra?

—Esto no tiene nada que ver con nosotros.

—¡Sí tiene! ¡Ya te enterré una vez! —La desesperación llegó al

máximo—. ¡Ellos han ganado, están aquí para quedarse! ¡Lo único que conseguirás será acabar como mi hermano y yo… yo ya no puedo más!, ¿entiendes? ¡No puedo más!

Iba a decirle algo tan trivial como que la quería, una vez más. Como si eso fuera todo. Suficiente. Lo único importante. Pero no pudo. Neus se levantó y logró sostenerse en pie.

—Por favor —lo detuvo—. Prefiero ir sola a casa.

—No dejaré que…

La conocía bien. Sobre todo su determinación.

Si la acompañaba, sería un largo y doloroso vía crucis envuelto en el silencio.

Permaneció sentado.

Luego la vio alejarse envuelta por los contornos arbolados del parque, hasta que se perdió junto a otras personas y, cerca de él, solo quedaron las voces risueñas de los niños que jugaban al otro lado de los matorrales.

Otra melodía más.

Otra canción aprendida y bien interpretada.

Sin alardes, sin pretensiones. En la justa medida en que un niño que estaba aprendiendo podía tocar el piano después de casi dos meses de lecciones.

Jesús esperó la reacción de su maestro.

—Bien —asintió Jordi.

—¿Solo bien? —Arqueó las cejas.

—De acuerdo: muy bien.

Eso le hizo sonreír, rebosante de orgullo.

—Puedo ir más rápido, seguro —dijo lleno de determinación.

—Cuestión de práctica, sí. Pero está bien de momento. Tampoco hace falta correr. ¿O quieres dar ya conciertos?

Lo comentó en broma, pero Jesús se lo tomó en serio.

—Me gustaría.

—¿Cómo que te gustaría?

—El mes que viene es Navidad —le hizo ver—. Me gustaría tocar dos o tres melodías, en Nochebuena, por ejemplo.

—¿Hablas en serio?

—Pues claro.

—¿Te atreverías a tocar en público?

—Sí. —Sacó a relucir toda su firmeza.

Jordi lo meditó.

—Bueno, podríamos escoger dos o tres temas, ensayarlos, practicarlos mucho, y faltando todavía tanto tiempo… Sí, desde luego es posible.

—A mi madre le encantaría. Sería mi regalo.

—Entonces no se hable más. Pero será nuestro secreto, ¿eh? Mejor anunciarlo unos días antes de Nochebuena, ¿te parece?

—Estupendo, sí —lo apoyó el niño no muy convencido.

Jordi le revolvió el pelo. Un simple gesto de cariño.

—Desde luego… Hay que reconocer que tienes valor.

—Mi padre dice que los cementerios están llenos de cobardes. Que solo los valientes tienen premio.

A Jordi se le ensombreció la cara.

¿Aquellos doscientos muertos habían sido unos cobardes? ¿Y el hombre que los había asesinado era más valiente por haberlo hecho?

—¿Qué le pasa? —preguntó Jesús.

—Nada, nada.

—Se ha puesto blanco de golpe, y con una cara…

—Cosas mías. —Se recuperó como pudo—. Venga, vamos a elegir esos tres temas, ¿de acuerdo?

La escena que estaban doblando era muy dramática, intensa, a pesar de que la película era muy mala e incluso los actores americanos, desconocidos, parecían no tomársela en serio. Ni siquiera tenía todavía título en español. Lo peor era trabajar haciendo horas extras, hasta tan tarde, porque a la productora se le había ocurrido que era ideal para pasar el rato en Navidad.

Había que llenar los cines.

Y ninguno de ellos le hacía asco a lo de las horas extras, al contrario.

Quedaban apenas treinta segundos para completar la escena. Si lo hacían bien, si impostaban perfectamente las voces sobre el

movimiento de los labios del actor y la actriz, y si les conferían el suficiente dramatismo que requería el diálogo, podrían irse a casa. De lo contrario…

Pere esperó a que su compañera le diera la réplica. Acababa de decirle que estaban perdidos, que el barco se hundía y quedarían a merced de los piratas si los tiburones no llegaban antes.

—¿Moriremos juntos? —le preguntó con desmedida pasión ella.

—Hubiera preferido vivir.

—Capitán, ¿cree en Dios?

—¿Cree que Dios está por aquí ahora?

En la pantalla, la actriz levantaba los ojos al cielo y ponía cara de éxtasis. Iba a morir pero ponía cara de éxtasis. Entonces, se abrazaba a él mientras el agua empezaba a subirles por las piernas.

—Dios está en todas partes —suspiraba ella.

El beso les dio unos segundos de pausa.

Quedaba el final.

Pere esperó la orden del director de doblaje.

—¡Mire! —gritó de pronto.

Una luz se extendía por encima del mar. Una luz divinamente celestial. Por debajo, navegando hacia ellos, la silueta de un navío se recortaba entre el cielo y las aguas. El barco pirata, que acababa de verlo, iniciaba ya la retirada.

La música subía.

—¡Se van!

—¡Salvados!

—Dorothy, sí creo en Dios —dijo Pere poniéndole voz a su actor —. Sí creo porque ahora comprendo que está en ti, en tus ojos, en tu alma…

Y volvían a besarse.

Más música.

Fin.

—¡Perfecto! —Les aplaudió el director de doblaje—. ¡Buen trabajo!

Pere y su compañera se relajaron. Ella rondaba los cincuenta, aunque acababa de doblar a una heroína de veintipocos. Él le había dado voz a un hombre de cuarenta, aguerrido capitán de barco. El cine tenía mentiras maravillosas. La gente, el público, ni siquiera

sabía quién estaba detrás de cada voz. ¿Para qué? No les importaba. Que cada actor famoso tuviera la suya propia sí. Lo demás…

Soltaron una bocanada de aire y se dieron la mano, felices por el resultado de tantas horas en el estudio. Era ya la segunda vez que trabajaban juntos.

Finalmente, se relajaron.

—¿Cómo estás? —le preguntó ella desentumeciendo los músculos agarrotados por la tensión.

—Bien, bien.

—Oí decir que tu madre había muerto.

—Sí.

—Lo siento.

—Cosas que pasan.

—Ahora estás solo, ¿verdad?

Era una mujer guapa. Lo había sido de joven y se mantenía en plenitud. Además, su voz era muy hermosa. Cabello ondulado, ojos profundos, labios carnosos y un cuerpo sólido, de pecho alto, cintura breve, quizá gracias a una faja o quizá no.

—Sí —dijo Pere.

—Un piso entero, tan vacío.

Captó la intención, el fondo, y percibió el calor con el que se lo dijo. Ella no llevaba ningún anillo en las manos.

No supo qué decir.

Su compañera sí.

—Podríamos quedar un día, si te parece. Ir a tomar algo. El domingo…

—Tengo novia —la detuvo.

Notó el golpe en el ánimo de ella. La forma en que se le apagó la mirada. La manera en que frenó el motor de su cuerpo. Desde lo más profundo de su ser, regresó el fantasma de la soledad. Los personajes, en la pantalla, acababan de besarse.

Ellos acababan de decirse adiós.

Todo fue rápido, y también triste.

La mujer le acarició la mejilla.

Una sonrisa.

Después dio media vuelta y caminó hacia el camerino, para darle a él la oportunidad de irse el primero.

El modo en que se comunicaban era lento, pero seguro. No servía para lo inmediato, pero sí para concertar citas con, al menos, veinticuatro horas de antelación. En aquel caso habían sido más. Cuando Jaume vio aparecer al jefe de la rama militar del FNC se levantó.

Jaume Martínez Vendrell no se detuvo a su lado.

—Sígueme —le pidió.

El paseo no fue muy largo. Suficiente para estar seguros de que nadie seguía a uno u otro. Jaume sabía que un tercer miembro debía de estar controlando a su superior desde la distancia. A la menor señal de peligro, lo alertaría y tocaría correr. Acabaron en mitad de la plaza de Cataluña, rodeados de palomas.

—¿Por qué será que te veo más a ti que al resto? —gruñó Jaume Martínez Vendrell.

—¿Porque no he venido aquí de vacaciones?

El hombre no le ocultó su inquietud.

—¿Qué quieres, Jaume? ¿A qué viene esta urgencia?

—Quiero que me des permiso para atentar contra alguien.

—Ya hemos hablado…

—Salvador Sandoval.

El nombre hizo impacto. Alcanzó de lleno a su jefe y le abrió un boquete en la razón.

—¿«El Tigre»?

—El mismo.

—¿Está en Barcelona?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Sé dónde vive. El padre de mi mejor amigo le da clases de piano a su hijo.

—¿Y eso nos ayuda en algo?

—¿Tú que crees? —Jaume tenía los ojos encendidos—. Significa que tenemos acceso a la casa.

—¿Lo haría ese hombre, el del piano?

—No, él no sabría nada.

—Coño, Jaume… —Mostró su primera inquietud.

—Necesito un explosivo, nada más. Y sé cómo conseguirlo. —Incrementó la vehemencia—. Pólvora, un par de cables y un

detonador que funcione simplemente levantando la tapa de una caja. —Abrió los dedos de las dos manos hacia arriba, simulando una explosión—. Te aseguro que es hombre muerto.

—Si abre la caja él.

—La abrirá él, descuida.

—¡Joder! —se agitó Jaume Martínez Vendrell.

—¡Vamos, es una oportunidad única, y lo sabes! Nada de atacar un cuartel o una jefatura provincial de la Falange o el Movimiento. Nada de matar a un cualquiera. ¡Es «el Tigre», por Dios! ¡Les daremos donde más les duele!

—¿Cuándo lo harías?

—Todavía no lo sé.

—No hagas nada sin avisarnos.

—Por supuesto. No estoy tan loco.

—Ese día y los siguientes, deberemos ocultarnos aún más, por si las moscas. Habrá una represión feroz.

—Ya.

—¿Y si les da por matar a todos los del Campo de la Bota?

—¡Será que necesitan excusas para fusilar a diario a quien les salga de los huevos! —estalló Jaume.

Las palomas ya no se les acercaban. Volaban en torno a quienes les echaban comida. Parecían más desamparados.

Desamparados en el centro de la plaza de Cataluña, el corazón de Barcelona.

—De acuerdo —dio por terminada la conversación Jaume Martínez Vendrell—. Vas a salirte con la tuya, coño. Déjame que lo hable con Cornudella y Cruells.

—Tú eres el jefe militar.

—Sí, pero sigue habiendo escalafones —le tranquilizó de todas formas—. Descuida que solo hablo de informar. La decisión es nuestra.

—Bien. —Jaume se sintió aliviado.

—Anda, vete. Yo me espero un minuto más.

Obedeció la orden de su jefe y se retiró.

Desde que había regresado a Barcelona, y salvo cuando hacía el amor con Neus, no había sido tan feliz.

El Salón Rosa estaba lleno. No quedaba ni una mesa libre. Algunas personas bajaban incluso al sótano, al restaurante de la Bodega Mallorquina, donde los camareros servían los platos con bandejas de alpaca ribeteadas con purés de diversos colores. La primera vez, se había sentido impresionada. Ahora ya no. Ahora aquello le pesaba. Neus paseó una mirada que quiso ser distraída a su alrededor y no se sorprendió por ser la mujer más joven. La mayoría eran señoras mayores, algunas de mucha edad, perfectamente vestidas y enjoyadas, haciendo gala de sus mejores dotes sociales, que merendaban en grupos de tres o cuatro. Apenas si había hombres. Por eso Francisco de Madariaga no pasaba desapercibido.

En consecuencia, tampoco ella.

La novia joven y guapa del viudo rico.

Por delante, sonrisas y parabienes. Por detrás, probablemente, epítetos duros y mezquinos, como «lagarta», «buscona», «aprovechada», «cazafortunas» y algunos peores.

Otros días lo habría resistido.

Aquel no.

—Francisco, ¿podemos irnos?

—Pero… si acabamos de sentarnos.

—Por favor.

—¿No te encuentras bien?

Neus ya estaba en pie. No esperó el permiso ni la bendición de su prometido. Agarró el bolso con las dos manos y se dirigió a la salida pasando por en medio de las mesas con el paso vivo, tratando de no hacer caso de las miradas que convergían en ella.

Francisco no la alcanzó hasta casi la calle.

—¡Nieves!

—Aquí no.

—Pero ¿qué te pasa? ¡No has dicho nada en todo este rato y ahora, de pronto…!

Quiso retenerla y no pudo.

Neus pisó la calle.

El paseo de Gracia rebosante de animación.

No podía echar a correr, ni tampoco seguir callando. Aquello la quemaba por dentro. Miró arriba y abajo, acorralada, sintiéndose pequeña, tan ridícula como olvidada, tan mezquina como falsa.

Cuando él se colocó delante de ella, estalló.

—Mi hermano está muerto.

No era una pregunta, era una aseveración.

Directa y dura.

—¿Qué? —balbuceó el hombre.

—Solo dime una cosa. ¿Lo sabías y has estado callando todo este tiempo?

—¿Cómo sabes que está muerto? —preguntó con el semblante pálido.

—Responde —lo acució ella.

—¡No!

—¡Murió hace dos meses! ¡Si estabas haciendo algo para liberarlo, tenías que saberlo!

—Nieves, te juro que…

—¡No jures, Francisco! ¡Ni siquiera sé dónde está su cuerpo! ¡Ni siquiera hemos podido enterrarle! ¡Cuando mis padres lo sepan…! —La emoción la hizo romper a llorar.

—Cariño…

Se abrazó a sí misma y no dejó que la tocara. Dio un paso atrás. Dos mujeres que entraban en el Salón Rosa los miraron con ojos críticos. Francisco se quedó quieto.

—Nieves, por favor.

—¡Cállate! —le pidió crispada, elevando la voz más de lo normal.

—No, vamos a casa.

Neus no se movió. Fue sintiéndose pequeña, más y más pequeña. Hubiera querido desaparecer, pero no lo hizo. Seguía allí, con su vida del revés, como una media tras ser retirada de la pierna y caída en el suelo. Había estado conteniéndose, hasta no poder más. Una balsa a la deriva en medio de un mar embravecido poseía más estabilidad que ella, con las emociones en guerra.

—Vamos, ven —insistió su prometido.

Y, ahora sí, se dejó guiar, igual que si fuera sonámbula.

Guiar hacia ninguna parte.

Porque, de pronto, no tenía ni sabía adónde ir.

La cena era tranquila. La primera después de la emoción del entierro de la madre de Pere. María acabó se servir los platos y se sentó finalmente a la mesa. Jordi cortaba el pan en rebanadas.

—No sabes lo que echo de menos un buen pan con tomate, hijo. —Puso casi los ojos en blanco—. Pan de payés, tostado sobre unas hermosas brasas, también con ajo, y un buen jamón… Se me hace la boca agua.

—Yo echo de menos la butifarra con lentejas, ya ve —dijo Pere.

—¡Menudo par! —Se rio María—. Como no vayáis al estraperlo…

Empezaron a cenar. Primero en silencio.

Hasta que volvió a romperlo Jordi.

—Me gustó ver a tu amigo Jaume. No sabía que ya lo habían liberado.

—¿Le dijo eso?

—No, pero, bueno… lo imaginé. No llegamos a hablar tanto. Di por supuesto que si estaba aquí, era por esa razón.

Pere vaciló un instante, pero acabó diciéndole la verdad.

—Jaume no ha estado preso, señor Jofresa. Se fue al exilio y regresó hace poco.

—¿Cómo que regresó?

Ahora no supo si seguir. María acudió en su ayuda.

—Tranquilo.

Era el abuelo de su novia. Un hombre íntegro, claro.

—Está en Barcelona clandestinamente —reveló.

—¿En serio? —se asombró Jordi—. ¿Y no corre peligro?

Pere se encogió de hombros.

—No es el único, abuelo —dijo María.

—Parecéis dos conspiradores —manifestó tras unos segundos de pausa—. ¿Me estáis diciendo que ha vuelto a Barcelona por algo en concreto?

—Es miembro del Front Nacional de Catalunya —acabó de abrirse Pere.

—¿Y eso que es?

—Un grupo que se formó en París hace unos años, al poco de acabar nuestra guerra.

—¿Revolucionario?

—Llámelo así. Yo prefiero emplear la palabra «patriota». Muchos no van a esperar a que acabe la guerra en Europa ni a dejar que Franco siga haciendo lo que le dé la gana aquí impunemente.

Jordi se quedó en suspenso. Masticó un trozo de pan casi por inercia. Miró a Pere con gravedad y a María con susto.

—¿No me diréis que vosotros…?

—No, abuelo, eso no —se apresuró a decirle ella.

—¿Y tú? —se dirigió a Pere.

—No es lo mío —dijo convencido—. Además, tengo a María.

—A veces las amistades son peligrosas —le previno Jordi.

—Jaume era mi mejor amigo. Bueno, aún lo es. Pero ya entonces éramos diferentes, así que imagínese ahora. Lo tuve en casa los primeros días, porque no tenía adónde ir. Se marchó y ni siquiera sé dónde para, ni cuántos son, ni qué hacen o pretenden hacer.

—Pero harán algo.

—Sí, eso seguro.

—¿Poner bombas?

—Vaya usted a saber.

—Podía haberte comprometido. —El rostro de Jordi era grave—. Y también a María.

—Lo sé, y lo siento. Ya acabó, en serio.

—Esto no acabará nunca. —Jordi dejó la cuchara en el plato, afectado.

—Vamos, abuelo. —María le presionó la mano.

—Las cosas están mal, señor Jofresa —habló Pere—. Lo queramos o no, aquí el futuro es muy negro. No le extrañe que haya gente dispuesta a lo que sea.

—¿Otra guerra?

—No sé si tanto. Pero golpear al Régimen, quizá debilitarlo, eso sí. Todo el mundo espera que Hitler pierda la guerra y que entonces las potencias miren a España para acabar también aquí con el fascismo.

—¿De veras crees que esas potencias, como las llamas, se meterán en otro lío para ayudarnos? Lo más lógico es que acaben hartos de guerras. Encima, Franco no es tonto. Les lamerá el trasero a todos, ya lo verás.

—¿No siente rabia de que sus bisnietos vayan a crecer en una

dictadura?

—¿Y qué queréis? ¿No tener hijos? —preguntó Jordi con amargura—. ¡Cada cual ha de resistir a su modo!

—La madre de Pere le dijo antes de morir que tenía una prima en Perpignan, en Francia, y que si quisiéramos podríamos irnos allí —anunció María de pronto.

Su abuelo recibió el impacto de aquellas palabras.

—¿Cruzaríais la frontera ilegalmente?

—No tema, no nos iremos. —Pere fue rápido.

—¿Por qué no? —dijo él, para sorpresa de ambos—. Yo no viviré eternamente.

—¿Quieres callarte? —María se estremeció.

—Quiero morir aquí, en Barcelona, y que me entierren con mi mujer. Pero vosotros… Es la verdad. Este país está condenado por décadas, y Cataluña no digamos. Si tenéis una oportunidad de ser felices y libres, ¿por qué no aprovecharla?

—Abuelo, ¿hablas en serio?

—Pues claro.

María se cruzó de brazos.

—¿Por qué estamos hablando de esto? —se enfadó.

—Solo son comentarios —se defendió Pere.

—Pues callaos, los dos. —Volvió a coger los cubiertos—. Uno y su pan con tomate, el otro con su butifarra, Jaume con su guerra personal… Lo que hay es esto y punto. ¿De qué sirve soñar?

Jordi se lo resumió en cuatro palabras:

—Para tener esperanzas, cariño.

Capítulo 14

Acciones

El patio, las puertas a ambos lados, incluso el mismo niño solitario jugando con los palos. Allí el tiempo no se movía. Ni antes de la guerra, ni con la guerra ni con la posguerra. Agapito Huguete era de los que nadaba y guardaba la ropa. No era fácil, pero algunos sabían cómo hacerlo, plegarse de acuerdo con el viento, y tanto daba que fuera una suave brisa como huracanado.

Jaume llamó a la puerta de madera carcomida, aunque de nuevo estuvo seguro de que su presencia ya había sido detectada. La puerta se abrió y por ella apareció el anfitrión.

Vestía exactamente lo mismo que en la primera visita.

—¿Otra vez tú?

—Ya ves.

—Pasa. —Le obedeció y cruzó el umbral. En la calle, alguien debía de estar comprobando que no le hubieran seguido. La sala comedor también mostraba el mismo aspecto de la primera vez. Agapito Huguete no le ofreció una silla.

—¿Qué quieres? —Fue al grano—. ¿No estás cómodo en tu palacio?

—La habitación está bien, gracias.

—Ya. —El tono se revistió de sarcasmo—. Me han dicho que de vez en cuando te llevas a un auténtico bombón.

—¿Me espías?

—¿Yo? No. Pero el almacén es mío, así que cuido mis intereses. Tampoco eres discreto, que digamos. Y esa niña llama la atención.

—Es mi novia.

—Y yo el rey de Inglaterra.

—No he venido aquí a hablar de eso, ¿de acuerdo? —se molestó Jaume.

—A mí… —Levantó las dos manos en un gesto de inocencia y

repitió su primera pregunta—: ¿Qué quieres?

—Lo que te pedí la primera vez.

—¿Y qué me pediste?

—Pólvora.

—¿Recuerdas lo que te dije entonces?

—Sí.

—Pues ya está. —Le señaló la puerta—. Andando.

—Agapito, que esto es serio.

—¿Serio? —El hombre se cruzó de brazos—. ¡No me jodas, Jaume! ¿Serio? ¡Pues claro que es serio, coño! ¡Te dije que estabas loco y que lo olvidaras, que acabarías preso o fusilado, y a tu lado todos los que hayan tenido que ver contigo! ¿Quieres mercancías, comida, medicinas? ¡Te lo consigo! Pero pólvora… Lárgate, va. Y no me hagas cabrear porque te quedas sin esa habitación, ¿de acuerdo? Total, por la mierda que pagas…

—¿No vas a ayudarme?

—¿Estás sordo o qué? —Se enfadó aún más—. ¿Qué vas a hacer con esa pólvora?

—Eso es cosa mía.

—¡Y mía, la hostia! ¡Si te cogen cantarás como un tenor de ópera!

—¿Me tomas por idiota?

—¡Te tomo por vete de aquí de una jodida vez y no me toques los cojones, bocazas! ¡No te vendería pólvora aunque la tuviera!

—¿Dónde puedo conseguirla? —Se mantuvo en sus trece.

Agapito Huguete no pudo creerlo.

—¡Serás…! ¿Es que nunca te das por vencido? ¡Mira que eres mula!, ¿eh? ¡No tengo ni puta idea! ¿No eres un manitas? ¡Pues allá tú, inventa! Y ahora, ¿quieres dejarme en paz de una vez? ¡Vosotros y vuestra maldita revolución, la madre que os parió!

Terreno vedado.

Se puso en movimiento al tiempo que el contrabandista, ya harto de él, reaccionaba para empujarlo de vuelta al patio y a la calle.

La primera vez había curioseado las cosas de su madre estando ella

viva, sintiéndose culpable. Ahora estaba solo en casa. Para siempre. Tenía la caja sobre la mesa, con las fotografías desparramadas y las cartas abiertas, una a una. Ya las había leído tres o cuatro veces, para entender, para comprender los secretos de un pasado ya perdido. Podía guardar aquellas cartas, o podía llevárselas a su padre y arrojárselas a la cara.

Llamarle mentiroso.

Se habían amado. Él era el fruto de ese amor. Lo otro…

Se le ocurrían mil planes maquiavélicos: hacerse amigo de su hermanastro era uno, seducir a una de sus hermanastras como venganza, otro. Luego comprendía que eran ideas absurdas, estúpidas, y se deprimía aún más. Lo malo era que no tocaba fondo. Seguía cayendo.

De no ser por María se uniría a Jaume y le ayudaría a matar fascistas.

Porque quería matar.

Sacar todo el odio que, de repente, sentía dentro de sí.

Apoyó la cabeza sobre la mesa, agotado.

No iba a resistir mucho más. Los límites eran insalvables. No podía ni quería vivir solo. También era absurdo pagar dos alquileres. Pero irse con María y su abuelo sin estar casados acabaría siendo insoportable.

Por lo tanto…

Una decisión sensata, al fin.

Se incorporó, recogió las fotografías y las cartas, las volvió a meter en la caja. Algo le decía que nunca, nunca volvería a leerlas. Fin de una época.

Empezó a sentirse mejor.

Aliviado.

—María… —susurró sabiendo lo que más necesitaba en ese momento.

Volvía a estar en aquel despacho.

El sacrosanto templo personal de Salvador Sandoval.

Las fotografías, la bandera, los retratos de Franco y de Primo de Rivera, las panoplias con las medallas, el yugo y las flechas y la

vieja pistola enmarcada…

Estaba tan absorto que no le oyó llegar.

—¿Admirando mis pequeños tesoros?

Jordi tuvo un ligero sobresalto.

—¡Oh, lo siento! —dijo.

El falangista llegó a su lado. Sacó a relucir todo su orgullo al abarcar con una mano las tres panoplias.

—Tantas medallas para acabar en una pared —manifestó—. Pero claro, no se las va a poner uno todos los días. ¿Ve esa pistola?

—Sí. —Tragó saliva.

—Fue la que llevé al cinto a lo largo de toda la guerra —suspiró casi con nostalgia—. No era la que me correspondía, pero le cogí cariño. Es un Astra 400, con balas de nueve milímetros *parabellum* . Sigue cargada, ¿sabe? Un arma vacía no es nada. Es como una mujer vestida en su noche de bodas. —Se rio de su gracia—. Una pistola tiene que sentir en su interior la carga que la hace ser lo que es. ¿Entiende usted de armas, señor Jofresa?

—Me temo que no.

—¿Le interesa? —No esperó la respuesta de Jordi—. Comencemos hablando de la Star 1920, la pistola de ordenanza de la guardia civil. La 1921, décima generación, la mejoró de manera notable. También se la llamó Puro y Astrona. Cañón más resistente, tubular, doble sistema de seguridad, manual y, en empuñadura, cargador con capacidad para ocho cartuchos, martillo percutor oculto, ventana de extracción a la derecha, fiabilidad de que no se encasquillara, parecida al Colt M1911. El Ejército Español la declaró reglamentaria el 26 de septiembre de 1921. El modelo ganó un concurso convocado el 9 de febrero de ese año para ver qué pistola sustituía a las Bergmann y Campo-Giro, que eran las usuales hasta entonces. El 13 de octubre del 22 también pasó a ser reglamentaria en el cuerpo de Carabineros. Oficialmente se llamaba Pistola de nueve milímetros Modelo 1921, pero los fabricantes, Esperanza y Unceta, la bautizaron como Astra 400, que es como la llamamos todos —disfrutaba con sus conocimientos, así que no se detuvo—. Está viendo un arma de leyenda, señor Jofresa. Se fabricó hasta hace dos años. Los franceses la llaman Bean porque acepta municiones de diverso calibre además del nueve milímetros

original. Ellos las cargan con la Steyr 9, el nueve milímetros corto, el nueve milímetros Browning, el Glisenti y hasta los .38 ACP. Los alemanes la han imitado y modificado convirtiéndola en su Mauser, semiautomática, cargador separable de diez y veinte cartuchos, alza graduada de hasta mil metros y alta precisión. ¿Qué le parece? En nuestra cruzada se fabricaron dos modelos en la zona republicana, uno en Valencia con las iniciales RE en las cachas y otro en Tarrasa, la F. Ascaso, que llevaban las milicias anarquistas. ¿Qué las diferenciaba de las originales? Las estrías. La original tenía una vuelta de 24 centímetros, la de Valencia de 26 y la de Tarrasa de 31. Al acabar la guerra se las vendimos a los alemanes y listo. ¿Algo más? ¡Ah, sí! ¿Sabe por qué les pusieron el nombre de *parabellum* a las balas de nueve milímetros?

—No.

—Por una máxima latina que dice: *«Si vis pacem, para bellum»* , que significa «Si quieres paz, prepárate para la guerra». El señor Georg Luger, alemán él, fue el que las diseñó en 1902.

Había sido toda una lección. Excesiva.

Quizá Salvador Sandoval no tuviera mucho público al que contarle esas cosas.

—Interesante. —Jordi no supo qué más decir.

—Bueno, mi mujer ha salido y me ha encomendado darle un recado. —Volvió a ponerse en la piel del amo de la casa.

—Usted dirá.

—Jesús se ha dislocado un tobillo.

—No me diga.

—Nada importante. —Hizo un gesto indiferente—. Cosas de críos, ya sabe. Jugaba al balompié y dice que ha hecho un gol fantástico, pero el precio… Esta semana no podrá ir a la escuela, eso es todo.

—¿Entonces no habrá clases?

—Toca con las manos, ¿no? Me he enterado de que nos prepara una sorpresa por Navidad y está practicando muy duro.

—Parece que ya no es una sorpresa.

—Bueno, entre nosotros. Él se lo ha dicho a su madre y su madre a mí. No pasa nada. Y usted se lo calla, ¿eh? —Le señaló con un dedo—. No sabe lo feliz que me hace ver tan contento a mi hijo,

aunque sea con algo tan inesperado como eso de la música. Criar y educar a un niño hoy en día no es fácil, ¿está de acuerdo conmigo?

—Totalmente.

—Y el mérito es suyo. Lo reconozco. Por eso, aprovechando que no irá a la escuela, mi mujer quiere que venga usted también por las mañanas, si puede. De esta forma preparan mejor esa actuación sorpresa.

—Me parece bien, sí.

—¿No tiene ningún compromiso?

—No, no. Ningún problema.

El falangista le puso una mano en el hombro. Se lo presionó.

Amigable.

—Es usted una buena persona, señor Jofresa.

—Gracias.

—No abundan las buenas personas, ¿sabe? Se lo digo yo.

—Yo creo que más de lo que se imagina, señor Sandoval.

El hombre resistió su mirada.

—Buenas tardes. Yo también tengo mucho trabajo en casa estos días. Estoy más aislado que en el despacho, donde todo son interrupciones.

—Buenas tardes —se despidió Jordi.

Lo dejó contemplando sus tres panoplias, las medallas, el yugo y las flechas de oro y la pistola Astra.

Salvador Sandoval volvía a tener una mirada nostálgica.

El peso de la noticia seguía allí, como una enorme losa instalada entre ellos. Y también las consecuencias. La verdad acababa de destrozarlos, a los dos. Por primera vez, Neus vio a sus padres como personas mayores. Muy mayores. ¿Cuántas veces había oído decir que ningún padre o madre ha de sobrevivir a los hijos?

Albert ya no volvería.

Se había ido para siempre.

Y había muerto impunemente, en secreto, fusilado un amanecer cualquiera, para ser enterrado en una fosa común con otros desconocidos.

Milagros se aferró a la esperanza final.

—¿Estás segura de eso, Neus?

—Sí, mamá.

—Pero… ¿quién te lo ha dicho?

—Un amigo.

—¿Y él cómo lo sabe?

—Lo ha averiguado, eso es todo. Yo se lo pedí.

—¿Es un amigo… de confianza?

—Sí.

—Quizá se ha confundido con otro. —Miró a su marido—. Es posible, ¿no? Tienen a tantos.

No hubo respuesta para la duda. No era necesario. Damián Mata tenía los ojos fijos en el suelo. No se movía. Su mujer en cambio le daba vueltas al pañuelo con el que se había enjuagado las lágrimas, incapaz de estarse quieta.

Neus seguía sentada frente a ellos.

—¿Por qué se lo pediste a ese amigo? —Rompió su silencio el cabeza de familia.

—¿Qué quieres decir, papá?

—El señor Madariaga dijo que él lo tenía controlado, que estaba haciendo lo posible y que era cuestión de tiempo.

—Francisco nos engañó, papá.

Levantaron la cabeza, los dos. En sus miradas había algo más que desconcierto.

Había miedo.

—No es posible —exhaló Milagros.

—No digas tonterías —protestó Damián.

—¿No veis que si está tan bien relacionado, tenía que saberlo? —objetó ella—. O quizá no lo esté tanto y se jactara de un poder que no tiene.

—Neus, cállate.

—¿Por qué he de callarme, mamá?

—Francisco es un buen hombre, así que lo más lógico es que haya una explicación. Le habrán mentido también a él.

—¿Se lo has dicho? —quiso saber su padre.

—Sí.

—¿Y qué ha respondido?

—Que no sabía nada.

—¿Lo ves?

—¿Y si no le creo?

—¿Por qué no ibas a creerle, hija? —Su madre se revistió de dolor.

—Toda esa prisa por casarse…

—¿Cómo no va a tener prisa? —exclamó Damián—. ¡Todo hombre desea lo mejor para la mujer que ama! ¡Yo veo normal que desee hacerlo cuanto antes! ¡Tampoco es ya un niño!

Neus tomó aire para soltarles la bomba.

—¿Qué pasaría si rompiera el compromiso y no me casara con él?

La noticia de la muerte de Albert había sido tan sobrecogedora como amarga. Esta les lleno de sorpresa y desconcierto. Milagros arqueó las cejas. Damián arrugó la frente convirtiéndola en un campo arado.

—¿Qué estás diciendo? —Su padre pareció quedarse sin aliento.

—Es una pregunta. Nada más. ¿Qué diríais?

Esperaba que le hablaran de su felicidad, de su decisión, pero no fue así.

Se habían convertido en dos animalillos acorralados.

—¿Vas a romper con él solo por no habernos podido ayudar? —Apretó más y más el pañuelo Milagros.

—Es más que eso, y lo sabéis.

—Neus, estás afectada.

—No, papá. Ya no.

—¿No te das cuenta de que ese hombre es nuestra única posibilidad?

—¿Nuestra?

—¡Ya sabes a qué me refiero! —elevó la voz por primera vez.

—Hija, cariño —volvió a intervenir su madre—. Ese hombre te quiere. Más aún: te adora. Basta ver cómo te mira.

—Quiere una mujer joven que le dé hijos. Y también un trofeo —repuso ella midiendo cada palabra—. Por eso me exhibe por los mejores lugares de Barcelona.

—¿Quieres callarte? —le pidió su padre.

—Si desprecias esta oportunidad, te arrepentirás toda la vida, hija. Por no hablar de la vergüenza. —Contuvo las nuevas lágrimas

Milagros—. Mira bien lo que haces.

Fue su padre el que se levantó de golpe. Y lo hizo para abrazarla. Neus ni se movió. Mantuvo los brazos caídos, incapaz de corresponderle.

Damián se lo dijo casi al oído.

—Esto ha sido duro, lo peor de nuestra vida. Puede que demasiado para que tu madre y yo nos recuperemos. Pero has de pensar en ti, Neus. En ti y también en nosotros, sí. Somos una familia, no lo olvides. No tomes ninguna decisión a la ligera, eso es todo. Deja que pasen unos días, asimílalo, y, si quieres, háblalo con Francisco cuando estés más calmada. Pero por encima de cualquier otra cosa, usa la cabeza, no el corazón. El corazón solo sirve para que te mueras cuando se para. La cabeza es algo más.

Acabó de decirlo y continuó abrazándola.

Su madre rompió a llorar de nuevo.

—Albert, mi hijo… —gimió.

Al escuchar el ruido de la puerta abriéndose y cerrándose casi al mismo tiempo se puso en pie.

Sabía quién era.

Ahora María tenía las llaves de su difunta madre. Le había estado ayudando con la limpieza. Ya no quedaba nada por hacer, pero no se sorprendió de su llegada. Escuchó el repicar de los tacones corriendo por el pasillo, de manera que ni siquiera pudo salir a su encuentro. Ella se le echó encima antes y lo besó.

Un beso muy largo.

Un beso del que ya no tenían que esconderse, porque estaban solos.

Un beso cargado de promesas y emociones.

—Pere… —La oyó suspirar de manera entrecortada.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Abrázame.

La obedeció. La apretó tanto que ella acabó soltando un suspiro al relajar su fuerza. María le puso una mano en la nuca. Las de él le rodeaban la cintura.

Se miraron sin decir nada por espacio de unos segundos.

—Te quiero —dijo ella.

—Y yo a ti.

—Casémonos cuanto antes, por favor. Y al diablo el luto.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Sin dinero?

—Saldremos adelante y lo sabes.

—De acuerdo —convino él sin darle más vueltas—. No sé qué haría si…

—¿Si qué?

—No, nada.

Pere le besó la punta de la nariz.

Un roce dulce y suave.

—Soy un hombre con suerte.

—¿Ah, sí?

—¿Recuerdas aquella película que doblé en septiembre, la de Gary Cooper y Barbara Stanwyck?

—*Bola de fuego* , sí.

—En un momento de la película, la Stanwyck, que hace de mala pero se redime al entrar en contacto con el grupo de viejos locos, dice una frase que me hizo pensar en ti.

—¿Yo de chica mala? ¿Y qué dice?

—Que quiere a Gary Cooper porque es la clase de tipo que se emborracha con un vaso de leche.

—¿Y eso te hizo pensar en mí?

—Ya ves tú.

—No le veo el sentido.

—Yo soy esa clase de tipo, el que bebe leche y es capaz de emborracharse con eso, es decir: un ingenuo.

—Tú no eres un ingenuo.

—Tú en cambio…

—¿Yo soy la mala redimida?

—No quería decir eso.

—Pues ¿sabes una cosa? Ya va siendo hora de que la vida se parezca un poco a las películas.

—¿Qué quieres decir?

María volvió a besarlo.

Esta vez, fue distinto.

Se pegó literalmente a él.

Le hizo sentir algo más que el calor del beso.

Cuando se separó, le brillaban los ojos.

—Desnúdame —le pidió.

Quizá fuera una sorpresa, pero no la acusó. Tal vez lo esperara, pero no se lo dijo. De pronto todo estaba claro, y era limpio, puro. Las vidas sencillas lo eran casi siempre.

Pere se convirtió en gelatina.

—¿Estás segura? —le preguntó por segunda vez desde que había llegado.

—Sí.

—¿Por qué ahora?

—Me he cansado de esperar algo que debimos haber hecho hace mucho tiempo, eso es todo.

No hubo más dudas.

Despacio, muy despacio, para saborear toda la magia de aquel momento y sin dejar de mirarla a los ojos, hizo lo que ella le había pedido.

Jaume sudaba.

Un error, un simple error, y se quedaría sin manos, sin cara, sin cuerpo. Tendrían que recoger sus pedazos por las paredes con una pala y meterlos directamente en el ataúd, sin recomponer. Tampoco haría falta que nadie se esforzara en hacerlo o reconociera su cadáver.

Quedaba la parte final, la más difícil.

Conectar la bomba con el sistema de detonación, y este con la tapa de la pequeña caja, de manera que, al abrirse, estallara.

¡Bum!

—Y adiós, hijo de puta —musitó.

No tensó demasiado los cables. Mejor no arriesgarse. La pólvora estaba compactada y protegida con algodón. Los clavos y tornillos, destinados a causar un mayor daño al salir disparados hacia todos lados, los había incrustado en la masa grisácea y en su envoltura, para que no hicieran ruido si Salvador Sandoval sospechaba y movía el paquete.

Quedaba el paso final.

Jaume apartó una gota de sudor de la frente con la mano izquierda.

La derecha no soltaba la caja.

Se concentró, tomó aire, hizo la conexión final controlando la agitación del pulso y, sin respirar, colocó la tapa encima.

Fin.

—¡Sí! —liberó la tensión acumulada.

No era el mejor de los artefactos. No era la mejor de las bombas. No era la más potente. Pero bastaba para su propósito. La carga era suficiente para enviar al otro mundo a una persona. Suficiente dentro de lo mucho que le había costado encontrar todo aquello en el mercado negro.

Le quedaba envolverla, como un regalo, y decidir el día.

El paso final.

El día.

Porque antes, tenía que arreglar su huida y hacer lo más importante de todo: hablar con Neus.

Capítulo 15

Consecuencias

Todavía no se acostumbraba a verlo aparecer. Sobre todo cuando lo hacía inesperadamente, surgiendo de las sombras como un fantasma. A veces salía a la calle y, en el fondo, lo esperaba. Otras lo temía. Como se temía a sí misma.

¿Cómo dominar el vértigo que la envolvía?

Aturdida, Neus esperó a que Jaume llegara hasta ella.

—¿Y ahora qué quieres? —le espetó sin dejarle hablar.

—Ven. —La cogió del brazo y se la llevó unos metros más allá, al amparo de un portal solitario.

Ella no se resistió.

Era un cuerpo sin alma, sin vida, dócil.

—Neus, escucha…

—Me haces daño.

Se dio cuenta de que seguía sujetándola, con demasiada fuerza, como si temiera que echara a correr.

La soltó, solo eso.

—Necesito que me oigas atentamente —comenzó a hablar sin esperar más—. No tengo mucho tiempo, así que te lo diré una sola vez: quiero que vengas conmigo.

Neus salió de su letargo.

—¿Qué?

—Ya lo has oído. Nos vamos de aquí.

—¡No seas absurdo! —comenzó a reaccionar.

—Neus, hablo en serio.

—¿Irnos, adónde?

—A Francia.

Abrió los ojos hasta el límite.

—¿A Francia? ¿Los dos? ¿Estás loco? ¿Qué vamos a hacer en Francia?

—Vivir.

—¿Sin nada, y con una guerra?

—Nos ayudarán. El FNC tiene medios. Limitados, pero los tiene.

—¿Y por qué has de irte si acabas de llegar a Barcelona? —dijo empleando el singular, no el plural—. ¿Te han descubierto? ¿Van a detenerte?

—No. —Fue su escueta respuesta.

—Pues entonces…

—Hemos de irnos porque va a ser necesario, únicamente puedo decirte eso.

Neus trató de penetrar en su mirada, llegar hasta el corazón de su misma mente. Lo que encontró en él fue determinación, aquella extraña seguridad con la que Jaume lo hacía todo.

Hasta seducirla.

—¿Qué vas a hacer? —se estremeció.

—Confía en mí.

—No. —Movió la cabeza de lado a lado—. Me das miedo, Jaume.

—¿Miedo? —Ahora la cogió por los dos brazos, como si fuera a zarandearla—. ¡Vamos, Neus, por Dios, soy yo! ¿Cómo voy a darte miedo? Lo que tenemos…

—No tenemos nada —lo detuvo.

—¿Y qué me dices de estas últimas semanas?

—Sexo. —Fue muy directa—. Ha sido lo único, Jaume. Sexo.

—No. —Hizo un gesto de amargura—. Sabes que ha sido mucho más. Te quiero, y me quieres. ¿Cómo vas a luchar contra eso?

—¿Quieres callarte? —Tuvo que apartar los ojos de él.

—¿Vendrás?

—¿Cuándo vas a irte?

—Nos iremos.

—¿Cuándo vas a irte? —repitió ella marcando cada una de las sílabas.

—Pasado mañana.

—Mis padres…

—Lo entenderán. Y estarán felices por ti sabiéndote a salvo.

—¿A salvo? ¿Acaban de perder a su hijo y pretendes que yo me vaya de España?

—Dime que cuando estábamos en cama no eras feliz.

—No era feliz. —Volvió a mover la cabeza de lado a lado.

—No es verdad.

—Tú no puedes entenderlo, Jaume. —Empezó a rompérsele la voz—. Eres un romántico, tienes tu lucha, piensas en mí como la mujer que era antes y ya no soy. —Las palabras sonaron muy secas —. ¿Amor? ¿De qué sirve el amor en estos tiempos?

—¿Vas a renunciar a mí para casarte con ese hijo de puta viejo y baboso, que encima te engañó con lo de tu hermano?

—Dice que no sabía nada.

—¡Miente! —gritó Jaume tratando de ahogar el acceso de furia —. Antes de que te cases con él, lo mato, te lo juro.

—¡Cállate!, ¿quieres? —Demudó la expresión.

—Tampoco será para siempre. —Retomó el hilo de lo que le acuciaba—. Volveremos, te lo prometo.

—¿Cuándo?

—¡No lo sé!

Ella acabó de venirse abajo.

—Por favor —le suplicó—. Vete, ya no puedo más.

—Neus, mírame.

Tuvo que hacerlo.

Determinación, seguridad, aplomo.

Furia.

Vio todo eso y más: se vio a sí misma.

—Haz la maleta. Va en serio. —Más que una petición fue una orden—. Coge lo más indispensable, para no ir cargados. ¿De acuerdo? Pasaré a buscarte pasado mañana. No sé la hora, pero imagino que más o menos será a mediodía. Estate preparada.

Ya no esperó a que ella dijera nada.

Le dio un rápido beso en la comisura de los labios y volvió a irse.

Jaume llegó a su destartalada habitación con la misma mezcla de sentimientos con la que había dejado a Neus en plena calle. Por un lado, la determinación de lo que iba a hacer. Por el otro, la emoción de estar a punto de cruzar la frontera con ella.

Dejando atrás el mayor atentado de la posguerra en Barcelona.

Se sentó en el colchón, a ras de suelo. Las revueltas y maltrechas sábanas todavía olían a Neus, a pesar de que hacía ya días del último encuentro, antes de darle la noticia de la muerte de Albert. De noche se las frotaba por la nariz, absorbía su aroma. Incluso había machas de semen o de flujo vaginal. Las paredes de madera rebosaban de amor con los gritos de él y los gemidos de ella. Colgaban invisibles como estalactitas de placer. Por fin comprendía que había vuelto a Barcelona para matar, pero también para recuperarla.

Siempre Neus.

No podía haber ninguna otra.

Miró la caja con la bomba, envuelta ya como un paquete de regalo, con su lazo y todo. En la parte superior, el nombre: «Para Salvador Sandoval». Y debajo, una sola palabra: «Urgente».

La misma urgencia con la que el maldito «Tigre» se iría al otro mundo.

Si existía el infierno, a lo mejor se encontraba allí con los doscientos hombres que había hecho fusilar, a muchos de los cuales los había rematado él mismo con la pistola que le colgaba del cinto.

¿Qué sensación debía de experimentarse viendo cómo estallaba la cabeza de un ser humano?

¿El placer del odio?

Dos días.

Suficiente para prepararlo todo.

Los miembros del FNC tendrían que esconderse, por si acaso.

Tampoco estaría de más que él no se dejara ver.

Se tumbó en la cama, pasó las manos por detrás de la cabeza y cerró los ojos. Una vez más, visualizó cada uno de aquellos pasos. Llegar a la casa, subir, entregar el paquete, bajar de nuevo la escalera y caminar por la calle como un triunfador antes de recoger a Neus e iniciar la fuga. El contacto que los llevaría a la frontera estaba avisado. Todo el proceso en marcha. Los Pirineos todavía no estaban nevados. Sería coser y cantar.

Al otro lado, los del FNC se ocuparían de ellos.

¿Por qué no, incluso, casarse con Neus?

Las mujeres querían seguridad.

Si…

El grito le hizo abrir los ojos de golpe.

—¡Enrich!

Todos le llamaban por el nombre. ¿Quién usaba el apellido?

Se enderezó.

—¡Enrich! ¿Estás ahí?

Saltó del colchón y se asomó a la puerta de la habitación. El almacén de Agapito Huguete solía estar vacío. Solo entraba o salía gente cuando se iba a descargar o cargar algo. La voz procedía pues del exterior.

Sonó por tercera vez.

—¡Enrich!

Bajó la escalera a la carrera y abrió una de las ventanas. Al otro lado, moviéndose nervioso, se encontró con un chico joven, uno de los que ya vivía en Barcelona y, por lo tanto, no venía desde Francia. Tendría unos diecisiete o dieciocho años y lo utilizaban de mensajero.

—¿Quieres bajar la voz? —le pidió—. ¡Van a oírte desde toda la Barceloneta!

El chico se acercó a él.

Sudaba por la carrera, estaba pálido, y tenía los ojos ensombrecidos por las lágrimas y el pánico. Puso las dos manos sobre el borde de la ventana, como si ya no pudiera sostenerse en pie, y apenas si pudo articular las palabras que, intermitentemente, con la voz rota, fueron fluyendo de sus labios.

—¡Los han… detenido a todos…! —balbuceó—. ¡Los han cogido… Enrich… en masa! ¡Apenas si quedamos unos… unos pocos… y… maldita sea! —La crispación llegó al máximo y estalló en un acceso de angustia—: ¡Van a venir aquí, seguro! ¡Has de irte… ya! ¡Sálvate! ¡El FNC… ha caído! —Se hundió por completo, acosado por el miedo, y repitió—: ¡El Front ha caído, joder!

Acababa de dejar a María en su casa y regresaba a pie, envuelto en sus pensamientos. De pronto, lo que más deseaba no era únicamente acostarse con ella, verla desnuda, acariciarla y hacerle el amor, embeberse de aquella paz tan largamente deseada. De

pronto también quería que pasaran la noche juntos, despertar por la mañana y verla a su lado.

Un sueño.

Quizá el abuelo de María la dejara.

Por rápida que fuera la boda…

No era muy tarde, pero el frío de noviembre vaciaba ya las calles con rapidez, dejándolas huérfanas de seres humanos. Había oscurecido hacía rato. Pere oía con nitidez el sonido de los propios pasos sobre la acera. Ningún tranvía, ningún trolebús, ninguno de los nuevos automóviles que, poco a poco, empezaban a irrumpir en las calzadas junto a los carros y las carretas. Solo el silencio de una ciudad dormida.

La Barcelona que se despertaría al día siguiente consigo misma.

Pere sintió una punzada en el pecho.

Amaba su ciudad.

Amaba Barcelona, aunque llevase casi cinco años violada y maltratada.

Algún día todo sería distinto. Quizá en treinta, cuarenta o cincuenta años. Pero lo sería. El mundo cambiaba, los países cambiaban, las regiones cambiaban. Nada era eterno. Incluso en ese futuro, sabía que Cataluña acabaría siendo independiente. Tal vez en el siglo XXI , o el XXII , o… Sonrió para sí mismo.

Los hijos que tuviera con María, o sus nietos, quizá vieran esos nuevos días.

Ellos…

Dobló la última esquina y enfiló su calle. Cuando llegó al portal se encontró con la portera barriendo el vestíbulo. La mitad de las porteras se pasaban el día barriendo la calle o el vestíbulo de las casas, en un afán limpiador extremo. La saludó.

—Ha venido ese amigo suyo. Le espera arriba —le dijo ella.

Pere miró la escalera.

Su único amigo era… ¿Jaume?

Subió con paso vivo. Antes de llegar al rellano lo vio, sentado en el último escalón. Llevaba el mismo petate que cuando llegó a Barcelona.

También un paquete muy bien envuelto.

—¿Qué haces aquí? —se alarmó.

—Vamos, abre —lo apremió él—. Llevo una hora esperándote. Estaba a punto de ir a casa de María, por si estabas allí.

—¿Qué ha pasado? —Le notó la urgencia.

—Abre.

Hizo lo que le decía. Abrió la puerta y los dos se colaron dentro. Una vez a salvo, Jaume dejó el petate en el suelo y el paquete sobre la mesita del recibidor. Entonces se enfrentó a la mirada de su amigo.

—Lo siento, Pere. No sabía adónde ir —exhaló.

—¿Te han descubierto?

—A mí no.

—¿Qué quieres decir?

—Ha habido una redada. No sé mucho más. Me han avisado y he salido por piernas de mi escondite. Según parece, casi todo el Front ha caído. Puede que en masa.

—¿Qué me dices? —jadeó Pere.

—Ignoro cuántos podamos quedar en libertad, pero desde luego nos han hecho mucho daño. La dirección… Qué se yo. Habrá que esperar a ver qué sucede, cómo están las cosas.

—¿Vas a quedarte aquí? —se preocupó Pere.

—Solo esta noche. Palabra. Mañana he de hacer algo, una cosa importante. Iba a llevarla a cabo pasado mañana pero… Ya no hay tiempo.

—¿Y si alguien sabe que somos amigos?

—Nadie lo sabe, descuida. De todas formas, si tienes miedo… Lo entenderé.

—No, no. —Hizo un gesto disuasorio—. Te quedas esta noche y listo.

—Sabes que no te comprometería.

Habían caminado hasta el comedor. Jaume parecía agotado. Se dejó caer en una butaquita, a plomo. Cerró los ojos unos segundos.

—¿Vas a volver a Francia? —quiso saber Pere.

—No tengo más remedio —asintió su amigo.

—¿Y eso que has de hacer…?

No hubo respuesta.

—¿Jaume?

—No puedo decírtelo.

—¡Por Dios!

—¿Qué quieres? —Crispó las manos—. ¡Sabes a qué vine! ¡Soy un soldado! ¡Pertenezco a la rama militar del FNC! ¡Cuanto menos sepas, mejor para ti! ¡Te juro que mañana volveré a desaparecer de tu vida, al menos por un largo tiempo más!

Sabía que no conseguiría hacerle hablar.

Era su última noche.

—¿Tienes hambre? —le preguntó en un suspiro.

—No he comido ni he cenado —confirmó Jaume.

—Te prepararé algo. —Inició el camino a la cocina, aunque se detuvo a los dos pasos—. ¿Y Neus?

La respuesta de su compañero fue directa.

—Se viene conmigo —dijo.

Se había despedido de Pere un rato antes, y sabía que volvería de un momento a otro, porque no trabajaba ese día. Todo lo que tenían que decirse estaba dicho.

Jaume contó los minutos finales.

Repitió otra vez en su mente cada paso, qué decir, qué hacer, marcharse una vez dejada la bomba, llegar a casa de Neus, recogerla y acudir al punto de encuentro para iniciar el viaje a los Pirineos.

Todo calculado, todo medido.

El golpe sacudiría al Régimen de arriba abajo.

Y lo habría hecho él.

Él.

Jaume Enrich.

Faltaban tres minutos pero ya no esperó más. Fue al lavadero y se refrescó la cara. Después se dirigió a la habitación en la que había dormido. La misma de cuando llegó a Barcelona. La diferencia era que ahora, muerta la madre de Pere, la casa estaba muy silenciosa. Recogió el petate y se lo cargó al hombro. El paquete lo tomó con mucho más cuidado. La bomba era segura, no podía estallar más que abriendo la caja, pero toda precaución era poca.

Le dio un beso.

Después enfiló la puerta del piso, la abrió y salió de él.

—Algún día volveré —se despidió con nostalgia.

Jordi entró en el vestíbulo de la casa y pasó junto al cubículo del conserje, que ahora estaba vacío. Había utilizado el ascensor la primera vez, para ver cómo era algo así en una casa lujosa. Luego siempre lo había hecho a pie hasta el principal, porque, encima, el aparato era muy lento y tardaba el doble. Subió los primeros peldaños de la escalera y se detuvo a mitad del segundo tramo al verlo aparecer.

Su sorpresa no tuvo límites.

—¿Jaume?

El amigo de Pere bajaba a toda velocidad, más que rápido a la carrera. Le habría arrollado de no quedarse quieto. Él también se frenó en seco al encontrarse con el abuelo de María.

Su cara reflejó estupor.

—¿Qué está haciendo usted aquí? —exclamó.

—Doy clases a…

—¡Me dijo que era por las tardes!

Jordi parpadeó.

Le bastó un segundo para atar todos los cabos.

Jaume llevaba un petate, como si fuera a marcharse a alguna parte. Los gestos inquietos, el rostro atravesado por la prisa y la ansiedad, el hecho de encontrarse allí, justamente allí, en la casa donde vivía el carnicero de la Falange…

Recordó la cena, después del entierro de la señora Concepción. María, Pere y él. Pere le dijo que su amigo estaba clandestinamente en Barcelona, que pertenecía a un grupo, el FNC. Un grupo dispuesto a…

Recordó algo más.

Aquella parte del diálogo con Pere:

—No sé cuántos son, ni qué hacen o pretenden hacer.

—Pero harán algo.

—Sí, eso seguro.

—¿Poner bombas?

—Vaya usted a saber.

«Poner bombas».

Jordi levantó la cabeza. Miró escaleras arriba, hacia el rellano, hacia el piso de Salvador Sandoval.

—¿Qué has hecho? —le preguntó a Jaume con un hilo de voz.

Jaume se lo dijo, gritando en voz baja.

—¡Ese hijo de puta se lo merece!

—¿Qué… has hecho? —repitió Jordi hundiéndose en su zozobra.

—¡Hay que irse! ¿No lo entiende? ¡Ya es tarde!

—¡No!

Jaume trató de empujarlo escaleras abajo.

No lo consiguió.

Fue todo lo contrario.

—¡Arriba hay un niño inocente! —Jordi le apartó con todas sus fuerzas mientras echaba a correr escaleras arriba.

—¿Qué hace? ¡Vuelva!

Ya era imposible. El abuelo de María subía los escalones de dos en dos.

Lo último que escuchó Jaume de sus labios fue la repetición de un nombre:

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!

Amparo se lo encontró literalmente encima cuando abrió la puerta, preocupada por la insistencia del que llamaba.

—¡Señor Jofresa!

Jordi la cogió por los brazos.

No era él. Era una máscara de alguien parecido a él.

—¡Han traído algo hace un momento!

—Sí… un paquete para el señor…

—¿Dónde está?

—Acabo de dárselo… ¡Señor Jofresa!, ¿qué hace?

Jordi la apartó sin miramientos y entró en el piso. Sus movimientos ya no tenían la menor sincronía, estaban deslavazados, los impulsaba un mero empuje con algo de locura. Corría, pero no parecía hacerlo. Ganaba metro a metro, pero daba la impresión de que la distancia era imposible.

Pese a todo, consiguió gritar:

—¡Jesús!

Llegó casi a la puerta del despacho de Salvador Sandoval. Tres pasos más. Ya no pensaba en ninguna otra consecuencia. Era incapaz. Se imaginó al falangista abriendo lo que Jaume le hubiera llevado, posiblemente un paquete.

Si Jesús estaba con él…

Entonces lo vio.

Dos pasos a la izquierda, saliendo de otra parte, con su pie vendado y apoyado en una muleta.

La puerta.

El niño.

El despacho y la bomba.

Jesús.

Jordi hizo lo único que se le ocurrió en ese instante.

Se echó sobre su alumno, protegiéndole con su propio cuerpo.

Y mientras caían al suelo, estalló la bomba, haciendo saltar las puertas del despacho de Salvador Sandoval, y más allá de él, los cristales de las ventanas más cercanos.

Por entre el humo y la sensación de vivir el Apocalipsis, Jordi fue el primero en reaccionar.

Miró a Jesús, atrapado bajo su cuerpo.

—¿Estás bien?

El niño no le respondió. Tenía los ojos desorbitados. En alguna parte de la casa oyeron chillar a Amparo.

Jordi hizo lo posible por ponerse en pie.

No le fue fácil. No estaba herido, pero sí dolorido. Cuando lo logró, vio el resultado de la explosión, a medida que el humo se desvanecía.

El cuerpo de Salvador Sandoval yacía en el suelo, boca arriba. Al menos lo que quedaba de él. No tenía cara, ni apenas brazos desde los codos a las manos. Un espantoso boquete en el pecho mostraba sus vísceras sanguinolentas, como si una mano satánica le hubiera vaciado casi por completo.

A su alrededor, los restos del despacho formaban un informe montón de libros, fotografías y recuerdos rotos esparcidos por todas

partes.

El silencio se hizo opresivo.

—¿Papá? —dijo el niño.

—¡No, Jesús!

Intentó evitar que entrara en el interior del despacho, pero no pudo. Le dolía todo. Alargó una mano para detenerlo y fue igual que si se la arrancara él mismo, de cuajo.

Jesús cruzó aquel umbral.

Se quedó mirado el cuerpo de su padre.

Sin darse cuenta, pisó algo.

La pistola Astra 400 de la panoplia, caída a sus pies.

Jordi fue incapaz de mantenerse en pie. Cayó de rodillas. A cámara lenta, muy despacio, vio como el niño se agachaba y recogía el arma.

Las palabras de Salvador Sandoval repiquetearon por su cabeza.

—Sigue cargada, ¿sabe? Un arma vacía no es nada. Es como una mujer vestida en su noche de bodas. Una pistola tiene que sentir en su interior la carga que la hace ser lo que es.

Jesús se volvió hacia él.

No lloraba.

Estaba inexplicablemente serio.

—Usted… lo sabía. —Fue lo único que dijo.

—No… —gimió Jordi.

Tan despacio como le había visto recoger la pistola del suelo, vio ahora que Jesús levantaba la mano armada y le apuntaba directamente a la cara.

No tuvo la menor duda de que iba a disparar.

Fue extraño.

En lo único que pensó fue en María.

Luego, si acaso, en lo que tardaba una bala en llegar a su destino si se disparaba a menos de tres metros.

¿Una milésima de segundo?

¿Suficiente para recordar una vida entera?

¿Toda la música que había sido capaz de oír?

Jordi sonrió.

Sí, la música sí.

Al sonar el estampido, juraría que no sintió dolor.

Tampoco habría estado seguro.

Apostado en la calle, con el ánimo quebrado y la incredulidad tintando su rostro, Jaume veía la humareda y el polvo que salía por las destrozadas ventanas del piso de los Sandoval. La gente hacía dos cosas: unos, los menos, correr, apartarse, temerosos, como si recuperaran en su alma el miedo y el sonido de las bombas caídas durante la guerra; otros, los más, asistían absortos a lo que parecía ser un inesperado drama urbano, acercándose a una prudente distancia del edificio.

Una primera espiral de voces se elevó al cielo.

Transcurrieron los segundos.

Jaume pensó en él.

Jordi Jofresa.

Tuvo dudas. Vaciló. No supo si marcharse de una vez o seguir allí un poco más, por si…

¿Por si qué?

Cuando, de repente, escuchó el disparo, ya no tuvo que preguntarse nada más.

Desapareció la última duda.

Entonces sí, bajó la cabeza, se alejó de la calle y, cuando pudo, echó a correr.

Pere arreglaba la habitación en la que había dormido su amigo. Lo hacía por mera rutina. Su madre, en vida, no soportaba una cama deshecha. Decía que la primera cosa que debía llevar a cabo una persona decente, después de lavarse la cara por la mañana, era dejar la habitación impoluta. Luego ya podía enfrentarse al resto de la jornada con buen ánimo.

Tiró de la colcha, la alisó, puso la almohada, contempló el resultado final y salió de allí.

No pudo dar ni tres pasos.

El timbre de la puerta estalló con inusitada insistencia,

cambiando el silencio del piso por la urgencia de su sonido. Quien llamaba tenía verdadera prisa.

¿María?

El timbre no dejaba de sonar.

—¡Ya va, ya va! —gritó.

No consiguió hacerlo callar. Desembarcó en el recibidor y abrió la puerta de golpe.

Ante sí, vio a un desencajado Jaume.

—¿Pero qué…?

No pudo terminar la pregunta. Su compañero cruzó el umbral, cerró la puerta, arrojó el petate al suelo y le cogió por la camisa. Sudaba. Pero lo peor era su expresión, mitad dolorida, mitad atormentada.

—Pere, ¿dónde está María?

—En su casa, supongo. ¿Por qué?

La tensión se disparó en una espiral creciente.

La voz de Jaume sonó tan atropellada como su estado de ánimo.

—¡Recoge lo que puedas, que no sea mucho, lo imprescindible, y ve a por ella ahora mismo! ¡Que se lleve también lo justo!

—¿Pero qué pasa?

—¡Por favor, hazme caso! —La crispación casi le empujó a las lágrimas—. ¡Yo voy a por Neus! ¡Nos veremos en una hora en la plaza Padró!

—¿Para ir adónde?

—¡A Francia! ¿Adónde va a ser?

—¡Jaume, para ya! —Se deshizo de él y lo empujó contra la pared antes de empezar a comprender que aquello, fuese lo que fuese, era grave, y tenía que ver con todos ellos—. ¿Qué has hecho?

—¡Te lo contaré, pero ahora no! —le suplicó—. ¡No hay tiempo! ¡Solo has de creerme! En cuanto ellos sepan…

—¿Ellos? ¿Quién? ¿Y saber qué? —Se debatió entre las muchas preguntas y dudas que de repente le asolaban la mente—. ¡María no ha hecho nada! ¡Y, de todas formas, no comprendes que nunca dejará a su abuelo!

Jaume reunió las pocas fuerzas que le quedaban para decírselo

—¡El señor Jofresa ha muerto!

Pere acusó el golpe.

De lleno. Trató de asimilar aquello, sin poder hablar.

Jaume sí lo hizo, finalmente a tumba abierta.

—¡Ha sido un accidente, él no tenía por qué estar allí esta mañana, me dijo que le daba clases por la tarde a ese niño! ¡Pero ha muerto, y no tardarán en hacerse preguntas cuando sepan quién es, incluso comenzarán a sospechar, y entonces vendrán aquí, a hablar con María, contigo…! ¿Lo entiendes ahora, Pere? ¡Maldita sea! ¿Lo entiendes?

Al desatarse la tormenta en la puerta, Neus fue la primera en acudir al recibidor. Con su padre fuera, trabajando, estaban solas ella y su madre. Milagros también corrió tras su hija, asustada.

—¿Qué pasa? ¿Quién llama así?

Neus estuvo a punto de abrir.

Sin preguntar.

Pero oyó la voz de Jaume.

—¡Abre, soy yo! ¡Neus, abre!

Entonces se quedó paralizada.

Levantó una mano lateralmente para impedir que fuera su madre la que abriera aquella puerta. Ni siquiera tuvo que atisbar por la mirilla óptica.

Jaume ya no tocó el timbre: aporreó la madera.

—¡Neus, hemos de irnos ya, lo siento! ¡Abre, por favor!

Milagros miró a su hija.

Ella seguía quieta, paralizada, a un palmo de la puerta.

—¡Sé que estás aquí! —volvió a gritar Jaume después de un par de segundos de silencio—. ¡Me lo ha dicho la portera! ¡Por lo que más quieras, abre!

—Hija… —susurró asustada su madre.

Neus movió la cabeza horizontalmente.

No hizo falta más.

Luego cerró los ojos mientras la tempestad continuaba al otro lado de la puerta, en el rellano de la escalera.

—¡No puedo irme sin ti! ¿Es que no lo entiendes? ¡Te quiero! ¡Neus!

Los golpes se convirtieron en arañazos.

Ella contrajo la cara.

Acabó dando aquel último paso, pero no para abrirle. Apoyó la frente en la madera y ahogó en el silencio todas sus lágrimas, con los puños cerrados, dominando todas y cada una de sus emociones.

Su vida pasó ante los ojos.

Sus dos vidas.

Una con él, la otra con Francisco.

—Neus… no puedes condenarte… Por Dios… —gimió Jaume al otro lado.

La escena pareció congelarse.

Ellas dos.

Él.

Una puerta.

Un mundo.

Y Neus sabía que nunca la abriría.

Epílogo

El pastor, que iba a la cabeza, fue el primero en coronar el paso entre las dos montañas. Una vez en él, acarició con la mano al perro, que movió la cola satisfecho, con la lengua fuera, y les esperó.

Llegó Jaume.

Después María y Pere.

Los cuatro contemplaron el valle extendido a sus pies, atrapado entre más cumbres con los picos blancos. Seguía sin nevar fuera de ellas, pero lo haría pronto. El cielo estaba encapotado y era muy gris.

Lo mejor era que más allá de las nubes había un sol, aunque no lo vieran.

—Francia —se limitó a decir el guía.

Había sido un largo camino, pero finalmente quedaba atrás.

No tanto como para que María no volviera la cabeza y tratara de evitar las lágrimas.

Pere lo comprendió. Dejó el hatillo en el suelo y le pasó un brazo por encima de los hombros.

—Ya no importa —dijo.

—Ni siquiera enterrarle…

—Ya no importa —repitió—. Sé que estaría feliz por ti.

María también dejó caer el equipaje, una vieja maleta atada con dos cordeles, y se arrebujó en sus brazos.

Jaume no miraba en dirección a España, solo hacia Francia.

Él no había vuelto la cabeza en ningún momento.

Casi ni había hablado.

—¿Quieren descansar un poco? —preguntó el pastor—. Ha sido una buena subida.

—Seguimos en España —le hizo notar Jaume.

—Sí.

—Por lo tanto, podría aparecer la guardia civil.

—¿Aquí? ¡No, hombre, no! Esto ya es seguro.

—Bajemos —insistió él—. Cuanto antes pisemos tierra libre, mejor.

Esta vez fue el primero en iniciar la marcha.

El guía esperó a María y a Pere.

No les interrumpió.

—Todo irá bien —le susurró Pere al oído a su novia.

—Lo sé —asintió ella—. Si estamos juntos, lo sé.

—Y volveremos, te lo juro.

—Algún día.

—Algún día, sí.

María recogió la maleta y esperó a que Pere hiciera lo mismo con su hato. Echaron a andar dándose la mano, para ayudarse el uno al otro.

Cuando levantó la cabeza y miró al frente, se dio cuenta de algo curioso.

O no.

No había ninguna frontera. Ninguna imaginaria línea divisoria. La tierra no cambiaba de color.

Solo ellos serían distintos aun siendo los mismos.

Créditos y agradecimientos

Esta novela merece varios agradecimientos por mi parte. En primer lugar, a la revista *440* , en uno de cuyos artículos encontré la idea para crear al personaje de Jordi Jofresa. En segundo lugar, a Quim Salamanca, afinador de pianos, por sus lecciones, sus datos y su orientación, indispensables para darle vida. En tercer lugar, a los archivos que me han permitido recrear un poco la historia del Front Nacional de Catalunya, su llegada a Barcelona en agosto de 1943 y su descalabro en noviembre del mismo año. La llamada Caiguda dels 50, puesto que cincuenta fueron los miembros detenidos, supuso un duro golpe para el movimiento, reestructurado por Joan Cornudella y Antoni Andreu un año más tarde, a fines de 1944. El FNC fue, de facto, un ejército catalán decidido a luchar contra la dictadura y la opresión franquista. Todos los datos y nombres de la organización son, por tanto, reales, a excepción del personaje de la novela, Jaume Enrich. También es producto de la ficción literaria el de Salvador Sandoval.

Antes de seguir hablando del FNC, me gustaría mencionar otros detalles de la novela. El padre de Pere y su madre están inspirados en mi propio padre Valeriano y mi abuela Carmen. Él también fue hijo ilegítimo no reconocido por una familia de renombre, salvo por el hecho de darle a él su apellido. La escena de la visita de Pere a su padre sucedió en la vida real. El *Ideario de la Sección Femenina* de la Falange, impulsado por Pilar Primo de Rivera, se entregaba a las esposas de los años 40, así como otros panfletos destinados a la sumisión de la mujer como el que aparece en las páginas del libro. La película *Bola de fuego* , doblada en los Estudios Acústica de Barcelona a fines de 1943, se estrenó el 16 de marzo de 1944 en Barcelona y el 8 de abril en Madrid, dos años después de hacerlo en Estados Unidos y ser nominada a cuatro premios de la Academia. Rafael Luís Calvo era, en efecto, el doblador español de Gary

Cooper. Los datos de los estudios de cine son igualmente veraces, en especial los que tiene que ver con los famosos Estudios Orphea.

1943 fue un año excepcionalmente rico en detalles de importancia, e incidentes relevantes, dentro de aquella época de posguerra. A comienzos de año se impulsó la obligatoriedad de exhibir el *NO-DO* en los cines españoles, y el 23 de abril se hizo efectiva la orden gubernamental para que todas las películas fueran dobladas al castellano. La ley prohibiendo actitudes plebeyas y el desaliño se promulgó en julio mientras que la cartilla de racionamiento pasó de ser individual en lugar de colectiva, en abril. A nivel político, son también ciertos otros hechos que aparecen en la novela: el 15 de febrero se produjo un atentado con bomba en el local de Falange de Cuatro Caminos, en Madrid; el 2 de marzo se promulgó la ley mediante la cual todo delito político sería juzgado por un Tribunal Militar en Consejo de Guerra; el 27 de octubre tuvo lugar el famoso intercambio de prisioneros alemanes y aliados en el puerto de Barcelona, a mayor gloria del Régimen como se deduce por el texto de *La Vanguardia* ; y el 8 de septiembre, ocho tenientes generales trataron de presionar a Franco para que reinstaurase la monarquía. Evidentemente sin éxito. También son fidedignos todos los datos relativos a la marcha de la Segunda Guerra Mundial.

Para completar la historia del FNC, he de agregar que en 1943 contactaron en Francia con el Consell Nacional de Catalunya de Carles Pi i Sunyer, y que, con la disolución de ellos, se formó el Consell Nacional de la Democracia Catalana. El 4 de enero de 1945 se unieron al Bloc Nacional Català, formado por Esquerra Republicana de Catalunya. A partir de que el 14 de septiembre de 1945, acabada la Segunda Guerra Mundial, el presidente Josep Irla i Bosch impulsara un nuevo Gobierno en el exilio y no les tuviera presentes, el FNC se concentró exclusivamente en la acción dentro de las fronteras españolas.

Entre las acciones más destacadas del FNC hay que mencionar que el 11 de septiembre de 1944, un grupo comandado por Jaume Martínez Vendrell colgó una *senyera* catalana en el trasbordador aéreo del puerto de Barcelona; el 23 de abril de 1945 la colgaron de la Sagrada Familia; y en noviembre del mismo año en la fachada del Palau de la Música. En febrero de 1946 hicieron estallar un petardo

y realizaron pintadas en la Universidad. Hasta 1946 no dispusieron de armas suficientes para llevar a cabo operaciones de resistencia, sabotajes y ataques al Régimen. Ese mismo año iniciaron las emisiones en onda corta de un programa propagandístico antifranquista por la radio. Las armas y los explosivos les permitieron colocar una bomba en el Monumento de la Victoria.

El FNC continuó su labor con mayor o menor fortuna, mayor o menor repercusión, a lo largo de los años 40, 50 y 60. Un momento crucial llegó el 13 de enero de 1965, cuando fueron detenidos y torturados tres jóvenes militantes, Carles Castellanos, Agustí Barrera y Joaquim Ferrer. A partir de este hecho, la facción más joven se decantó por el marxismo. A fines de los 60, quizá de acuerdo con los aires pacifistas surgidos del movimiento *hippy* , se intentaron organizar acciones no violentas pero reivindicativas en contra de la dictadura. Después de cambios y una travesía por el desierto en las dos décadas siguientes, el FNC se disolvió a fines de los años 80 y los miembros se integraron en las filas de Esquerra Republicana de Catalunya.

Por último, esta novela también está dedicada a los cincuenta detenidos en noviembre de 1943. Su recuerdo y su memoria, en los años más duros del franquismo, persisten y siguen siendo un ejemplo de resistencia frente a toda dictadura.

El guion de *El pasado que vendrá* fue elaborado en Florencia, en octubre de 2018, y Barcelona, en enero y febrero de 2019. El texto final fue escrito en Vallirana en mayo de 2019.

Primera edición: mayo de 2023
Primera edición digital: mayo de 2023

Diseño de la colección: Enric Jardí
Ilustración de la cubierta: Alfons Freire a partir de una foto de Egor Myznik de Unsplash

© 2023, Jordi Sierra i Fabra, por el texto
Autor representado por IMC, Agencia Literaria
© 2023, Catedral, por esta edición

Dirección editorial: Ester Pujol

Catedral es un sello de Grup Enciclopèdia
Josep Pla, 95. 08019 Barcelona

ISBN: 978-84-18800-80-1

Cualquier tipo de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que autorice la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas.